

BRIAN FREEMAN

ACOSADA

«No puedes dejar
de leerlo.»

MICHAEL CONNELLY



Lectulandia

Jonathan Stride nunca ha deseado tanto ocuparse de una investigación como en el caso del asesinato del marido de Maggie, su más apreciada y estrecha colaboradora en el cuerpo de policía. Stride no alberga duda alguna sobre la inocencia de Maggie, pero precisamente por el vínculo que les une, no tiene más remedio que inhibirse y asignar la investigación a un compañero curtido en mil batallas que, al contrario que él, casi ha condenado a su compañera de antemano. Simultáneamente, su novia Serena acepta el encargo de uno de los peces gordos de la ciudad para actuar como intermediaria en un turbio asunto de chantaje que, si se hiciera público, podría hundir la carrera de su cliente.

Nadando entre dos aguas y presa de una inquietud creciente al no poder ayudar a las dos mujeres más importantes en su vida, Stride comienza a atar cabos hasta darse cuenta que un extraño vínculo parece unir ambos casos... Como las pruebas se encargarán de mostrar, no sólo se enfrenta a un homicidio y una extorsión, sino a un frío y calculador asesino que no dudará en matar del modo más pavoroso con tal de satisfacer sus depravados instintos.

Lectulandia

Brian Freeman

Acosada

Jonathan Stride 03

ePub r1.1

brusina 12.09.14

Título original: *Stalked*
Brian Freeman, 2007
Traducción: Isabel Margelí Bailo

Editora digital: brusina
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Marcia

*Donde yacen podridas las hojas rojas y muertas de los siglos,
los crímenes fríos y viejos y los actos derrochados,
lo errado y lo mal nacido,
hallaré un pecado para antes de morir.*

ALGERNON CHARLES SWINBURNE,

The Triumph of Time

Prólogo

El prisionero entornó los ojos ante el ébano amenazador del cielo, a través de la malla de acero que hacía las veces de jaula en la parte de atrás del coche patrulla. Sabía que debería asustarse, pero estaba muerto por dentro. Tenía el corazón ennegrecido. Tan sólo podía limitarse a observar el vendaval que se acercaba y esperar que lo atrajera hacia su centro, que giraba y se agitaba sin parar.

Cinco segundos después, la tormenta empezó a aullar encima de ellos.

—Oh, madre de Dios —chilló la agente que conducía.

Era una novata corpulenta, con unos dedos rechonchos que se agarraban al volante. Gotas de sudor le rodaban por las mejillas desde debajo del pelo oscuro y cortado a lo chico. La furia del viento despegaba del suelo las ruedas delanteras del vehículo, y una lluvia torrencial formaba una capa sobre el parabrisas. La conductora hizo lo único que podía hacer: detenerse ante la falta de visión. El coche se tambaleó y los neumáticos derraparon.

—Sigue adelante —le dijo su compañero.

—¿Estás loco, joder? La tormenta ha virado, estúpido hijo de puta, y viene directa hacia nosotros.

El coche estaba detenido de través en un tramo rural de la carretera. A su alrededor no había más que terrenos de cultivo abandonados. Todos los residentes de aquella zona habían puesto tierra de por medio rumbo al norte, dejando sus casas a merced del agua y el viento.

—Estamos a cuarenta y cinco kilómetros de Holman —dijo el otro policía. Tenía una voz áspera como polvo de cantera—. Tenemos que volver a poner a ese pedazo de mierda entre rejas. Sigue adelante.

Los escombros golpeaban las ventanillas del coche: piedras, ramas de árbol del tamaño de su muslo, trozos de teja, pájaros muertos...

—Ni hablar, tío, ni hablar. Tenemos que ponernos a cubierto ahora mismo.

—Dentro será igual —replicó el otro poli, al que los presos llamaban Deet^[1].

A su paso dejaba un rastro dulzón de olor a repelente de insectos como para alejar a todos los mosquitos de Alabama. Pero eso era lo único dulce que había en él. De estatura baja y constitución delgada, Deet era una bestia. Calzaba botas con puntas de acero y le gustaba romper espinillas de un rápido puntapié.

—He visto una granja —dijo la conductora—. Daré marcha atrás.

Se volvió en su asiento mientras retrocedía. El prisionero la miró a los ojos, desahogados por un pánico animal. Quedó tan petrificada que casi se lo hizo encima. El olor del miedo que captó en ella despertó algo familiar y excitante en el interior del preso.

El cemento dio paso a la grava y la agente detuvo el coche.

—¡Ya la veo! —exclamó, cuando un rayo iluminó una granja destartada.

Deet apuntó al asiento de atrás con el pulgar.

—¿Qué pasa con él?

—No podemos dejarle aquí, en medio de la tormenta.

—No sacaremos a ese tío de la jaula —masculló Deet.

El prisionero se inclinó hacia delante y, con la cara contra la malla, habló a los dos policías.

—Dejadme aquí, me importa una mierda.

Le daba lo mismo. Morir allí era mejor que regresar a Holman.

Había aguardado durante semanas el viaje a Tuscaloosa para poder así inhalar de nuevo el hedor a río del Black Warrior y echar un vistazo a las chicas de la calle ataviadas con sus tops. No había nada que pudieran ofrecerle por testificar; tenía la perpetua. Lo único que quería era saborear el polvo de la ciudad y sentir las vibraciones de la calle. Un bocado más de la vida que le habían arrebatado hacía diez años.

Diez años. Se acordó de aquella zorra petulante observando desde la última fila de la sala del juzgado cuando lo condenaron. Le había seguido la pista por todo el sur y se chivó a los polis de Alabama. Él cayó por matar a un rival, su vida se acabó por un don nadie que se lo tenía merecido, porque se estaba quedando con parte de la mercancía. Deseó haber tenido media hora más con ella para borrarle esa maldita sonrisa como si fuera de arena, antes de que lo enterraran en vida entre aquellas paredes.

Pero el hecho de volver a estar fuera no hacía sino dificultar más el regreso. Los minutos en el juzgado, con traje, sin las esposas o los grilletes, fueron un camelo, como un entrecot para cenar antes de que te metan la inyección. Hacía que los años que le quedaban por delante, en aquella diminuta celda apestosa, viendo cemento gris y acero cada minuto de su vida, se le hicieran insoportables. Que lo engullera la tormenta sería una bendición.

—¿Adónde diablos se va a escapar? —le chilló la mujer a Deet—. ¡Vamos, tenemos que irnos ahora mismo!

Deet maldijo y abrió la puerta de golpe. El viento se la arrancó de la mano y el metal crujió. La tormenta rugía como un tren a toda máquina. Deet sacó la pistola y apuntó con ella a la cabeza del prisionero.

—Si me causas algún problema, eres hombre muerto —gritó al tiempo que quitaba el seguro de la puerta de atrás.

El prisionero se enredó con las cadenas y cayó al suelo mientras intentaba asentar los pies en el terreno. Sintió la mano de Deet en el cuello de su chaqueta, tirando de él. Escupió el barro que tenía en la boca.

—¡Vámonos! —vociferó la mujer, agitó una radio de emergencia y cerró con

fuerza el maletero del coche patrulla.

La lluvia azotaba al prisionero como agujas de hielo pinchándole el rostro. Se esforzaba por caminar dando pasos cortos y torpes por un camino que se había convertido en un torrente de agua. Cuando tropezaba, con los pies impedidos por los grilletes, notaba el cañón de la pistola de Deet en el cuello, empujándole a seguir la marcha. Llegaron al porche delantero de la granja de dos pisos, pero la puerta de entrada estaba obstruida con un contrachapado clavado en el marco. La mujer policía dejó la radio en el suelo y tiró de los bordes para arrancarlos hasta que le sangraron los dedos.

Él se preguntó lo lejos que podía llegar si intentaba desaparecer bajo la tormenta. Deet le leyó la mente; observó al prisionero y amartilló su pistola.

—¿Quieres escapar? Adelante. Te ahorraré...

Deet no acabó la frase. Cuando el prisionero entornó los ojos bajo la lluvia torrencial, vio que el agente ya no tenía cabeza, justo encima del cuerpo de Deet, una señal de tráfico amarilla con el borde chorreante de color rojo sangre osciló en un lado de la casa, adonde llegó volando como una guillotina y se quedó atravesada. Algo parecido a un balón de fútbol rodó por el porche hasta que una ráfaga de aire lo alejó hacia otro lado. La cabeza de Deet.

Oyó el grito de la compañera, un sonido espantoso, primario, aterrorizado. El cuerpo de Deet se desplomó hecho una bola, y la sangre aguada que manaba a borbotones se derramaba sobre los escalones de madera como si fuese pintura. El prisionero se lanzó por la pistola, pero la agente también, y era sorprendentemente rápida para su corpulencia. Ella lo echó del porche de una patada y sacó su propia arma. Agarró la pistola de Deet y se la metió en el cinturón y, sin apartar la vista del prisionero que yacía postrado en la sangre y el barro, se agachó y vomitó ante el cadáver de Deet.

—¡Arriba! —gritó, limpiándose la boca.

Logró abrir la puerta de entrada y le hizo un gesto sacudiendo la pistola para que él la precediera. El prisionero simuló cojear. La estructura de la casa emitía un ruido como de latas de aluminio, y las vigas de madera bajo sus pies temblaban como si los clavos estuvieran a punto de saltar. Dentro reinaba la oscuridad y la policía encendió la radio y su luz de emergencia. Una furiosa interferencia crepitaba entre las paredes, y cada dos segundos la habitación se iluminaba con un destello rojo.

—Baja las escaleras —le ordenó, señalando una puerta abierta.

—Quítame las cadenas.

—Y una mierda.

—No puedo bajar escaleras con esto —insistió él, sin dejar que el anhelo se reflejara en sus ojos. «Hazlo, hazlo, hazlo».

—Ni hablar.

—Me romperé el maldito cuello, zorra estúpida. No puedo ver en esta oscuridad.

—Muévete.

—Dispárame si quieres; no iré a ninguna parte así.

Ella blasfemó y le arrojó un juego de llaves a los pies. Él mantuvo una máscara de expresión de fatiga mientras se liberaba y estiraba los miembros entumecidos. Calibró el estado de la agente, que sostenía el arma con manos inseguras. Tenía el uniforme mojado y pegado a la piel, y el pelo le chorreaba. Se agitó con impaciencia.

—Abajo —repitió, con voz entrecortada.

Los peldaños sin revestir chirriaban cada vez que ponía el pie en uno de ellos. Ella estaba justo detrás, pero era joven y se mantenía demasiado cerca, con el arma apuntándole el final de la espalda. Él tropezó y ella se quedó inmóvil. La mano del hombre reptó hacia atrás y, en un instante, tiró de la muñeca de ella, atrayéndola hacia delante y lanzándola escaleras abajo. Ella gritó, dio varias volteretas y aterrizó sobre el suelo de cemento, hecha un amasijo de carne con las piernas y la clavícula rotas. La radio quedó hecha pedazos. Él se plantó de inmediato junto a ella, le quitó las dos armas y la arrastró por el cuello de la chaqueta hasta el centro del sótano.

Ella gimió de dolor y escupió sangre.

—Cabrón.

Su miedo lo alimentó. Verla a sus pies, desesperada e indefensa, le hacía sentirse como un reptil que mudara su vieja e indeseable piel. Tras diez años en el infierno, volvía a nacer como un hombre nuevo.

Con un gran estruendo, la media ventana incrustada en la pared de hormigón estalló hacia dentro y el agua penetró en oleadas. El olor era fétido y mohoso. La agente gritó al ver que el agua sucia empezaba a formar un charco a su alrededor.

—Oh, Dios, el río se ha desbordado. Tenemos que salir de aquí.

Él se rió en su cara.

—¿Tenemos?

En torno a sus pies aumentaba el volumen del agua, y empezaban a formarse pequeños remolinos. Observó cómo la mujer intentaba ponerse en pie y luego volvía a caer de espaldas al ceder sus huesos hechos astillas. Dio una palmada contra el agua y pidió ayuda a gritos, pero su voz era un susurro ante el inminente asalto de la tormenta contra la casa.

—Por favor —le suplicó—. Por favor.

Él se sintió físicamente excitado al observarla. Se frotó a través de los pantalones y escuchó los sonidos de su dolor. Ella quedó sumergida por primera vez cuando el agua le subió hasta los muslos. Pero volvió a emerger, tosiendo y atragantándose. Ahora, cada vez que asomaba gritaba obscenidades, maldiciéndolo porque él controlaba su destino, él tenía el poder absoluto, él era el pétreo instrumento de la vida y la muerte. No había escapatoria.

Entonces, él advirtió que se estaba produciendo una metamorfosis en su interior: ya no veía el rostro de esa policía, sino el de la zorra que lo había estado hostigando como un demonio durante diez años, y supo que ahora tampoco ella tendría escapatoria.

—Es lo que tienen las inundaciones —le dijo a la policía, la última vez que su rostro irrumpió entre las frías aguas del río—. Lavan todos tus pecados.

Primera parte

SÉ QUIÉN ES

Capítulo 1

Maggie se despertó sobresaltada, soñando con sexo. Se preguntaba si el disparo también formaba parte del sueño.

Permaneció enredada entre las sábanas negras, con la piel cubierta por una película de sudor. Al parpadear, su cerebro intentaba salir a trompicones del universo de los sueños, pero la pesadilla se resistía a soltarla. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Sentía sobre el cuerpo unas manos demasiado fuertes que la retenían tumbada. Un hedor a pescado muerto le inundó las fosas nasales; tuvo ganas de vomitar, pero tenía la boca cerrada a cal y canto. Golpeó la carne de él con los puños, pero se sentía como una mosca que se estuviera dando contra el cristal de una ventana, intentando salir sin ir a ninguna parte. Él se rió con un mezquino murmullo de placer. Ella gritó.

Abrió los ojos de golpe. Estaba despierta. Salvo que en realidad no lo estaba.

Stride estaba sentado en su cama. Se oyó a sí misma decir: «Hey, jefe», en un tono que sonara seductor, aunque no lo era. Él le estaba sonriendo con unos ojos increíblemente oscuros e irónicos. Ella abrió los brazos de par en par y él se acercó, y cuando estaba a punto de saborear su beso él se desmenuzó como si fuese de arena.

Entonces lo oyó. Sordo y lejano. Bang.

Maggie se sentó en la cama. Su respiración retumbaba al entrar y salir del pecho. Miró el reloj de la mesita de noche y vio que eran las tres de la madrugada. Llevaba dos horas durmiendo, aunque más bien había sido como una ebria inconsciencia llena de sueños extraños. No habían sido más que eso: sueños.

Pero el disparo la intrigaba. Algo la había despertado. Tal vez fuese Eric, paseándose de un lado a otro por el piso de abajo; o quizás el impetuoso vendaval del exterior, que hacía crujir la madera. Se quedó sentada en silencio, aguzando el oído. Había empezado a nevar —podía ver la lluvia blanca a través de la ventana— y minúsculos trozos de hielo frotaban como susurros contra el cristal. Escuchó a la espera de oír pasos, pero no oyó nada.

Recordó lo que Stride le decía siempre: «Nunca hagas caso de las inquietudes que llegan en mitad de la noche».

Maggie se dio cuenta de que tenía frío. En el dormitorio había corriente de aire y tenía la piel húmeda. Dormía sólo con bragas, incluso en enero, pues no le gustaba el estorbo de la ropa bajo las mantas, aunque eso significara despertarse helada a menudo. Salió de la cama y llegó con dificultad al termostato, que subió varios grados. Abajo, en las entrañas de la casa, la caldera volvió a la vida con un estruendo, introduciendo su cálido aliento en la habitación.

Fue al armario para coger una bata. En la puerta había un espejo de cuerpo entero y Maggie se detuvo para ver su imagen entre las sombras iluminadas por la luna.

Llevaba años encontrando defectos a su cuerpo. Era demasiado baja, apenas superaba el metro cincuenta, y demasiado flaca, con sus miembros huesudos y unos pechos que eran como un par de baches. Parecía una muñeca de treinta y tantos. Llevaba el pelo negro cortado, como siempre, con un flequillo recto sobre la frente. Era bonita —todo el mundo se lo decía—, pero ella no lo veía así. Su nariz era pequeña y respingona, pero tenía las mejillas muy redondas. Sus ojos asiáticos con forma de almendra eran casi negros de tan oscuros, apenas punteados con unas motas amarillas y desordenadas. Sus rasgos eran simétricos en extremo. Podía hacer cosas asombrosas con la cara: retorcerla con expresiones sarcásticas o formar con la boca una O diminuta aureolada por unos labios rojo cereza, como un pez en busca de aire. Pero ¿bonita? Maggie no lo creía.

Se miró un antebrazo. La carne, color miel, se le había puesto de gallina. Se llevó una mano al vientre desnudo y plano y se observó en el espejo mientras se frotaba el abdomen con suaves círculos. La visión se tornó borrosa cuando empezó a llorar. Abrió la puerta para dejar de ver su figura en el espejo y descolgó de una percha una bata de seda. Se la puso sobre los hombros y se la ató con un fuerte nudo.

Dio la vuelta, sollozó y se enjugó los ojos. Se sentía insignificante en ese dormitorio enorme, con sus muebles de caoba maciza. En la pared opuesta había una cómoda de color burdeos, más alta que ella, tanto que tenía que ponerse de puntillas para ver el interior del cajón de arriba. Cuatro postes de madera tallada a mano se alzaban en cada esquina de ese pedazo de cama vacía tamaño extragrande. Era demasiada cama para ella sola, que es como dormía desde hacía semanas. Odiaba incluso acercarse a ella.

Avanzó un paso y la cabeza le dio vueltas. Aún notaba los efectos del vino que había bebido en el parque. Se apoyó con una mano en la mesita de noche. Al bajar la mirada, vio su placa y sintió todas las complejas emociones que implicaban los diez años de servicio. Nunca había pensado que aún seguiría en activo, pero había una parte de ella que no podía dejar el departamento de detectives, que quería y necesitaba estar cerca de Stride. O tal vez fuera que, poco a poco, durante el último año, el resto de su vida se había convertido en algo horrible, e ir al trabajo era una manera de olvidar.

Volvió a mirar la mesita de noche y sintió crecer un desasosiego en el estómago. Algo iba mal. Repasó mentalmente cada uno de sus pasos, lo que había hecho, adónde había ido, con la esperanza de que simplemente hubiera cometido un desliz por culpa del alcohol. Pero no era así. Recordaba haber subido las escaleras y dejado en la mesita, al lado del reloj, la placa, la cartera, la pistola y las llaves.

Ahora, la pistola ya no estaba.

Había sido una fea noche de miércoles. El frío era glacial, como siempre en enero. A las diez, Eric aún no había vuelto a casa. Maggie había reunido el valor

suficiente para hablar con él, pero al ver que no aparecía sintió crecer la furia en su interior. Se había mostrado hermético y reservado desde las vacaciones. No podía culparle por eso; llevaban varias semanas como extraños, discutiendo constantemente. Era culpa suya, ella era quien se había cerrado, dejándole a él al margen, incapaz de superar todo lo que le había pasado.

Sintiéndose enferma de tanto esperarle, salió de la casa. Cogió una botella de *Chardonnay* y un sacacorchos. Se envolvió en su abrigo de marta rusa, un regalo de bodas que apenas se ponía pero que era cálido y le hacía sentirse aristocrática. Aún no había empezado a nevar y las calles estaban despejadas. Condujo hasta la ciudad, aún engalanada con la luminaria navideña, y luego siguió hacia el norte por el camino de la costa, hasta llegar a una salida junto al lago. Estaba desierto. Aparcó y descorchó la botella de vino. Cuando salió de la camioneta el viento impactó contra su rostro, pero ella lo ignoró y caminó por un sendero nevado rumbo a la oscura y movediza masa del lago Superior. Las estrellas le hacían guiños sin dejarse eclipsar por el brillo de las luces de la ciudad, hacia el sur. Las ramas de los árboles cedían bajo la nieve. Sus botas se hundían en el terreno. El abrigo le llegaba a medio muslo y, entre el pelaje y las botas, el frío le hería las piernas.

Allí no se formaba hielo desde la orilla: el agua fluía demasiado deprisa. Sólo en los peores tramos del invierno el frío era lo bastante intenso para mandar una vacilante capa de hielo unos cientos de metros lago adentro. Ahora, en cambio, sólo había un embravecido oleaje nocturno que rompía contra las rocas formando una cresta de espuma glacial, ondulantes colinas de agua que parecían monstruos marinos que se acercaban serpenteando hacia la orilla.

Se llevó la botella de vino a los labios y bebió. No había cenado y el vino le subió directo a la cabeza. Sintió lástima de sí misma, pero esa sensación se fue atenuando con cada trago de vino que daba. Permaneció allí una hora, hasta que se bebió toda la botella y se le entumecieron los miembros. Arrojó la botella vacía, que voló haciendo cabriolas hasta las aguas furiosas. Pensó en tumbarse en la nieve y no volver a levantarse.

En quitarse la ropa. En morir congelada.

Pero no. Aunque nada la impelía a regresar a casa, sabía que era hora de irse. Volvió tambaleándose al aparcamiento y se sentó en la camioneta, donde enseguida empezó a entrar en calor. Tenía la boca pastosa. Estaba pálida y el pelo se le había apelmazado con la nieve. Era como el Hombre de Hojalata, oxidado y falto de aceite.

Emprendió el trayecto de regreso a casa conduciendo despacio; notaba los efectos del vino. Era la una de la madrugada y su calle estaba oscura y silenciosa. Todo el mundo había apagado las luces de sus hogares y se había metido bajo el edredón de pluma de ganso. Al abrir el garaje vio que Eric también estaba en casa. Estaría durmiendo en su despacho. Pensó en despertarle y hacer lo que había planeado, pero

resolvió que podía esperar hasta el día siguiente.

Se quitó el abrigo de piel en el pasillo sin encender la luz. Junto a la puerta había un arcón antiguo, debajo de un espejo de latón. Vio algo encima de la madera barnizada; Eric se lo habría dejado al entrar. Era una taza de café de cerámica negra y, debajo, una notita doblada con el nombre de ella garabateado del puño de Eric. En la taza aún había restos del poso del café.

Desdobló el papel. A pesar de la tenue luz, logró distinguir las palabras:

SÉ QUIÉN ES

Maggie analizó la nota con gravedad. Era la misma canción de siempre, la misma acusación cansada. La enfurecía que aún no confiase en ella. Arrugó la nota hasta hacer con ella una bola que se metió en el bolsillo, y subió a dormir.

¿Dónde estaba su pistola?

Sólo se le ocurría una explicación: Eric la había cogido. Había entrado en su dormitorio y se la había llevado de la mesita de noche. El disparo no lo había soñado. Aunque eso no tenía ningún sentido. Eric no era un suicida; era una fuerza vital, alguien enérgico y apasionado que siempre ponía a prueba sus propios límites. Y los de ella.

Maggie vio un cono de luz blanca que cruzaba el dormitorio. Instintivamente, se agachó y acercó el rostro al frío cristal hasta que pudo ver algo. La oscuridad del cuarto la protegía. Vio los faros de un coche estacionado a unos cincuenta metros; mientras lo observaba el vehículo aceleró, los neumáticos giraron en la nieve fangosa para dar media vuelta y se esfumó. No pudo ver el color ni la marca.

Aguardó, vigilando la calle. Afuera estaba nevando y grandes y húmedos copos golpeaban la ventana. Miró justo debajo y vio unas pisadas en el polvo blanco que dibujaban un rastro desde su entrada hasta la calle. El viento y la nieve ya estaban fundiendo las marcas.

Maggie corrió a la puerta del dormitorio. Giró el tirador, vaciló y luego abrió de golpe. El vestíbulo estaba lleno de sombras inmensas. Se arriesgó y en voz baja dijo:

—¿Eric?

Después repitió, más alto:

—¡Eric!

Lo único que oyó fue el opresivo silencio de la casa. Olió el aire y captó el aroma rancio de la ternera que había cocinado para una cena que nadie se comió. Maggie se mantuvo pegada a la pared mientras bajaba las escaleras. Echó un vistazo a la sala y al comedor y los encontró vacíos. Andaba descalza y el suelo estaba frío. Se ajustó

más la bata y avanzó despacio hasta la puerta abierta del despacho de Eric. Deseó haber tenido su arma.

Cerca del umbral, oyó un goteo. Lento y constante. Gotas que caían en un charco. El estómago le dio un vuelco. Cruzó el umbral y encendió la luz, entornando los ojos cuando el resplandor la deslumbró. En el interior, el ruido proseguía, un monótono tic, tic, tic. También percibió otro olor, uno al que estaba muy acostumbrada.

Entró en el despacho. Eric se encontraba en el sofá, con los miembros extendidos y un reguero de sangre que le bajaba por el rostro hasta formar charcos rojos sobre el suelo brillante. Una herida de bala le perforaba la frente. Maggie no corrió hacia su marido. No había por qué, él ya no estaba entre los vivos. Era un cuerpo más entre los cientos que había visto a la largo de los años. Su mirada escudriñó la habitación por instinto, el de una detective en busca de respuestas. No halló ninguna, sólo la solución a un terrible misterio: su pistola, que estaba en la mesita de noche cuando se había ido a dormir, ahora se encontraba en mitad del suelo. El humo se confundía con el olor mineral de la sangre.

Maggie deseó poder llorar. Más que ninguna otra cosa, deseaba desplomarse y sollozar, preguntarle a Dios cómo había podido ocurrir eso. Pero al mirar el interior de sí misma, ya no le quedaba nada. Se mordió el labio y, mientras contemplaba al hombre al que había amado una vez, supo que, por muy mal que le hubieran ido las cosas en el último año, iban a ponerse peor.

Capítulo 2

«Ninguna huella en la nieve», pensó Jonathan Stride. Eso iba a ser un problema.

Las huellas no perduraban mucho con ese clima. Si echaba un vistazo hacia el patio delantero, podía ver el viento inclemente borrando ya el rastro que él mismo acababa de dejar hacía unos segundos. Aun así, se hubiera sentido mejor de haber podido usar el móvil para sacar una foto y demostrar que las pisadas habían estado allí.

Pisadas de un intruso. De alguien que no fuera Maggie.

Odiaba pensar de ese modo, pero sabía cómo se desarrollaría la investigación. Maggie también; le había descrito la escena por teléfono. Ella iba a ser la sospechosa número uno. Llevaban más de una década resolviendo asesinatos juntos, y era casi una ley inmutable: si asesinaban a un marido en su casa, lo había hecho la esposa. Y viceversa. Lo mismo daba que fueras predicador, cristiano, político, hombre de familia, santo o policía. Si a tu cónyuge lo matan en casa, tú eres la mano homicida.

Stride se sacudió la nieve de la oscura y pesada chaqueta de cuero y de los vaqueros. Era alto, medía casi metro noventa, y delgado. Se pasó el dorso de una mano por el pelo húmedo y ondulado y los reflejos plateados brillaron sobre el fondo negro. No había tenido necesidad de llamar al timbre, la puerta se abrió mientras esperaba en el porche. Maggie se quedó de pie en la entrada, diminuta en su bata de seda roja. Él buscó un rastro de lágrimas en su rostro, pero no vio nada.

—Hola, jefe —dijo ella.

La miró sin saber qué decir.

—Dejaré las botas fuera —anunció finalmente.

Se las quitó, al igual que el abrigo, y lo dejó todo en un rincón del porche. Al cruzar el umbral, se inclinó para examinar la cerradura.

—No la han forzado —le explicó ella—. Lo he comprobado.

—No intentes registrar el escenario tú misma, Mags.

—Sé cuándo una cerradura ha sido forzada —lo cortó. Se mordió el labio inferior y luego, como para disculparse, lo abrazó. Era pequeña pero fuerte, y lo estrechó entre sus brazos durante varios segundos—. Lo siento —murmuró—. Gracias por venir.

—¿Por qué no has llamado al 911? —preguntó, aunque no le gustó el tono acusatorio de su voz.

Maggie se apartó y se cruzó de brazos.

—Sé lo que viene ahora. Agentes deambulando por la casa. Horas de interrogatorios. Periódicos, televisión. No quería enfrentarme a eso; no ahora mismo.

—Es la investigación de un asesinato. Cada segundo cuenta.

Ella se mofó.

—¿Investigación? Esto va a ser una caza de brujas. No intentemos disfrazarlo. Estoy metida en un buen lío.

Él no discrepó de su apreciación.

—¿Has registrado la casa? —le preguntó.

—No.

—Bien, voy a echar un vistazo.

—Te lo he dicho, el tipo ya no está.

—¿El tipo?

—Supongo que era un hombre. Aunque claro, estamos hablando de Eric, así que no debería dar nada por sentado. —Soltó una amarga risa.

Stride frunció el ceño.

—Maggie, te daré un consejo como amigo, no como policía: evita decir cosas como ésta, ¿de acuerdo? Tienes que cerrar la boca.

Maggie dio una patada a una imaginaria mota de polvo del suelo.

—Sí, pero no quiero cerrar la boca. Quiero volverme loca, quiero gritarle a alguien.

—Eso no te ayudará.

—¿No? Seguro que hará que me sienta mejor. —Lo miró a la cara y se aplacó—. Lo sé, lo sé, tienes razón. Oye, no deberías estar aquí. Si quieres irte, lo entenderé.

Él no respondió, pero tenía razón. Estaba jugando con fuego al quedarse allí, porque éste no iba a ser su caso. Maggie y él habían sido compañeros y amigos durante más de diez años, así que lo apartarían de la investigación. Era el teniente encargado del departamento de detectives que investigaba los crímenes de mayor trascendencia de Duluth, sita en el extremo suroeste del lago Superior, donde éste se estrechaba como la punta de un cuchillo clavándose en el corazón de la ciudad. Duluth era lo bastante pequeña como para que Stride asumiera personalmente la mayoría de los casos relevantes, pero este homicidio en concreto acabaría en manos de uno de sus sargentos.

Sabía que ése era el motivo por el que Maggie quería que estuviese allí antes de que llegaran los demás. Quería que viera la escena del crimen, que hablase con ella, que se formara sus propias opiniones. Lo estaba reclutando para su bando.

—¿Por qué no preparas un poco de café para los dos? —propuso él—. Examinaré la casa.

Maggie arrugó la nariz.

—Sabes que no bebo café.

—Ahora sí —le dijo Stride, y añadió—: He oído el alcohol en tu aliento cuando has abierto la puerta.

Maggie empalideció y se dio la vuelta.

Stride empezó por el despacho de Eric, aunque se quedó en el umbral sin llegar a

entrar. Vio la herida de bala en la frente. Su cuerpo musculoso estaba tendido sobre un sofá de piel borgoña, con una manta blanca cubriéndole las piernas y el estómago. Su pecho lampiño estaba desnudo. Su cabeza de larga melena rubia yacía sobre una almohada, que ahora rebosaba sangre como una ponchera. El arma se encontraba en el suelo, a tres metros del cuerpo como mínimo; demasiado lejos para ser un suicidio. Buscó el rastro de agua sucia que hubieran podido dejar unas botas después de pisar la nieve, pero quienquiera que fuese el autor había ido con cuidado. Seguramente se habría quitado las botas y las habría dejado en la entrada, como hacía todo el mundo, para luego desplazarse por la casa en calcetines.

Suponiendo que realmente hubiera entrado alguien en la casa.

No sintió nada al ver el cuerpo de Eric. Hacía años que había logrado mitigar esa clase de emociones. Aun así, le conocía bien. Él y Maggie llevaban casados más de tres años y Stride había estado muchas veces en su casa. Era una situación incómoda para todos, pues Stride y Maggie compartían una larga historia desde antes de que Eric entrara en escena. Durante años, Maggie había estado enamorada de Stride en silencio, y él no estaba seguro de que aquel amor hubiera desaparecido por completo. Eric lo sabía.

Stride invirtió casi media hora en recorrer los tres pisos habitación por habitación. La casa resultaba enorme y fantasmagórica para dos personas, llena de pequeñas habitaciones de extraños techos inclinados y rincones secretos por los que serpenteaban las corrientes de aire frío. Se encontraba en un barrio de casas antiguas agrupadas unas manzanas al oeste de la autopista norte-sur, cerca de la Avenida 24. En otros tiempos había sido una zona de familias adineradas, donde ahora residían profesionales y empresarios de la ciudad. Eric había sido propietario de la casa durante más de una década. Era ex nadador olímpico y había levantado un lucrativo negocio de suministros deportivos a nivel internacional, dedicado sobre todo a proveer material a los atletas de los Juegos de Invierno. Era una de esas casas tipo castillo europeo, que rezuman aspiraciones sociales. Con su exterior desgastado de ladrillo oscuro y gabletes, desde la calle resultaba un monstruo imponente. Maggie la odiaba. Cuando Eric se iba en viaje de negocios a Noruega o Alemania, a veces ella bajaba a la casa del lago de Stride y se quedaba con Serena y él.

Al volver a bajar las escaleras se encontró a Maggie en la cocina, con la mirada ausente fijada en su taza de café. Detrás, la encimera de mármol azul estaba vacía y limpia.

—No he encontrado nada —dijo él.

Ella asintió como si no fuera nada nuevo.

—Cuéntamelo otra vez —le pidió—. Como has hecho por teléfono. Explícame qué ha pasado.

Maggie recitó los hechos de la velada de forma monótona. Le contó que se había

despertado al oír un disparo, que había visto un coche fuera y que había encontrado a Eric en el piso de abajo. No mencionó que se hubiera emborrachado, y Stride se preguntó qué estaba callando.

—¿Cómo ha entrado el asesino? —preguntó Stride.

—He estado pensando en ello —contestó Maggie—. Quizás estuviera esperando fuera y se colara en el garaje al llegar yo. No cerramos con llave la puerta que comunica el garaje con la casa.

—¿Y tu pistola?

—Digamos tan sólo que no le habría costado mucho entrar en el dormitorio sin despertarme.

—¿Ha tenido Eric problemas con alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Cómo va su negocio?

—Viento en popa, por lo que sé.

—¿Por lo que sabes?

—Nunca pregunto. No tengo ni idea de cuánto dinero tiene. Pagamos las facturas. Supongo que gana más que yo, a pesar de mi espléndido sueldo de policía.

Stride sonrió fugazmente.

—¿Dónde ha estado hoy Eric?

—No lo sé. Estuvo en las Gemelas^[2] este fin de semana y regresó el lunes, aunque apenas le he visto. Esta noche no ha venido a cenar.

—¿Cómo iban las cosas entre vosotros?

Se encogió de hombros.

—Bien.

No sonaba convincente.

Stride esperó a ver si decía algo más, pero no fue así.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras contarme? —preguntó.

—No.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera querer matarlo?

—¿Quieres decir aparte de mí? —replicó ella con aspereza—. Yo no lo he hecho. Necesito saber que me crees.

—Te creo.

—¿Pero?

Maggie era lista. Notaba que tenía más preguntas que hacerle.

—Hace semanas que no pareces tú —le dijo—. ¿Por qué?

El rostro de Maggie enrojeció de furia.

—No tiene nada que ver con esto.

—¿Estás segura?

—Déjalo, jefe. No es asunto tuyo.

—Creía que no había secretos entre nosotros.

—No me trates como a una niña.

Al ponerse en pie, la bata se le abrió y él le vio más pecho de lo conveniente, pero Maggie no hizo ningún esfuerzo por evitarlo.

—Voy a vestirme. Será mejor que llamemos a los perros.

—Ya sabes lo que van a preguntarte —le advirtió.

Ella asintió.

—Que por qué no estaba Eric durmiendo arriba conmigo.

—¿Y bien?

Maggie hundió las manos en los bolsillos de la bata.

—Eric tenía problemas para dormir. Solía bajar al despacho a trabajar y cuando estaba cansado se echaba en el sofá.

No cruzó su mirada con la de él al salir de la habitación. Stride sabía que le estaba mintiendo.

Capítulo 3

Stride estaba fuera, sentado en su Ford Bronco, observando la investigación del escenario del crimen que se desarrollaba a su alrededor. Tenía la ventanilla bajada, y se estaba fumando un cigarrillo. Se permitía uno al día, a veces dos. Aquél era el tercero. La nieve seguía cayendo, pegándose como una sábana mojada al parabrisas y metiéndose en el todoterreno. Los copos helados aterrizaban en sus mejillas como picadas de mosquito.

No le gustaba verse al margen de la actividad policial, pero ya había decidido autorrecusarse. Cuando algunos agentes se le acercaron en demanda de instrucciones, él se encogió de hombros y los mandó al interior de la casa de Maggie, con Abel Teitscher. A ninguno le gustó enterarse de que Teitscher estaba a cargo del caso. A ninguno, incluido Stride.

Su móvil sonó. A veces le parecía que podía tomar el pulso a su vida fijándose en la melodía de su móvil. Durante una temporada había usado *Restless* de Sara Evans como tono. Por entonces estaba lejos de Duluth, en una breve y extraña estancia en Las Vegas. Ahora había vuelto a casa, pero aun así no lograba relajarse, no importaba dónde estuviera, y no sabía por qué. Así que se puso *I'm in a hurry*^[3] de Alabama en el teléfono. Como decía la canción, todo lo que tenía que hacer con su vida era vivir y morir.

Era Serena quien llamaba. Serena y Stride compartían casa y cama, pero pasaban tanto tiempo con Maggie que a veces parecían un trío.

—¿Cómo está? —preguntó Serena.

—Oculto algo —dijo Stride.

—No creerás que lo ha hecho ella, ¿verdad?

—No, pero no está siendo sincera. Esto la va a perjudicar.

—¿Quién lleva la investigación?

—He hablado con K-2 —dijo Stride, usando el apodo con el que se conocía en el departamento al inspector jefe Kyle Kinnick—. Se lo ha dado a Teitscher.

—Mierda.

—Sí, yo no le hubiera elegido.

—¿Puedes ayudarla?

—No mucho. Estoy entre la espada y la pared.

—Yo no —dijo Serena.

—Eso es cierto, puedes hacer lo que quieras.

—Mantenme informada.

Stride cortó la comunicación.

La vida le había concedido una segunda oportunidad tras la muerte de su primera esposa, Cindy, cinco años atrás. Serena era una antigua detective de homicidios de

Las Vegas; ambos habían trabajado en un caso cuyas vinculaciones se extendían a ambas ciudades y habían terminado siendo amantes^[4]. Cuando el caso se resolvió, de una forma terrible, él se fue con Serena a Las Vegas, pero unos pocos meses fueron suficientes para evidenciar que Stride se sentía como un pez fuera del agua. A la primera oportunidad que se le presentó de volver a trabajar en Duluth, aceptó la oferta y le pidió a Serena que le acompañara. Ella no le prometió nada ni le dio ninguna garantía; le preocupaba sentirse tan fuera de lugar como Stride en Las Vegas. Pese a todo, hacía ya más de un año que estaba allí con él.

Stride miró los escalones de piedra que llevaban a la puerta de casa de Maggie y vio acercarse a Abel Teitscher. Curiosamente, era a él a quien tenía que agradecer la oportunidad de volver a Duluth. Cuando Stride se fue de la ciudad, Teitscher había solicitado y conseguido el puesto de teniente supervisor del departamento de detectives. Era un investigador sólido, obstinado y concienzudo cuyo pelo había encanecido debido al trabajo. Tenía cincuenta y cinco años, casi diez más que Stride, pero era un testarudo solitario sin ninguna dote de liderazgo. Los detectives del cuerpo estuvieron a punto de rebelarse tras unos meses con Teitscher en el cargo, y K-2 se vio obligado a revocar su ascenso. Luego aprovechó la oportunidad para hacer que Stride regresara de Las Vegas a dirigir de nuevo la brigada.

Teitscher aún no se lo había perdonado.

El viejo detective se dirigió al asiento del copiloto del Bronco de Stride y metió dentro sus largas piernas sin que nadie se lo pidiera. Se miraron uno al otro con cortesía forzada.

—Hola, Abel —dijo Stride.

Teitscher asintió con la cabeza.

—Teniente.

Teitscher llevaba su edad dibujada en la cara. Era alto y delgado, con la piel blanca y una telaraña de arrugas esculpida en sus mejillas. Su pelo gris cortado al modo militar se adecuaba perfectamente a su bigote estilo Hitler. Era un corredor obsesivo, sin un gramo de grasa en el cuerpo, pero había terminado por parecer esquelético y enfermo: se le marcaban los huesos en las mejillas y tenía una mandíbula prominente.

—¿Has perdido el juicio, teniente?

—¿Qué quieres decir?

—Has contaminado la escena del crimen.

Stride negó con la cabeza.

—Yo no he hecho tal cosa.

—Has estado aquí durante una hora con el cuerpo y el sospechoso antes de llamar a la policía.

—Yo soy la policía —le recordó Stride.

—No en este caso. Sabías perfectamente que K-2 te apartaría del caso. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Estamos hablando de Maggie. Ella no lo ha hecho.

—¿Ah no? Estás ignorando las pruebas, teniente.

Stride no quería empezar una discusión; no allí, no en aquel momento.

—Mira, Abel, Maggie me ha llamado. Hemos trabajado hombro con hombro durante diez años. He venido y he hablado con ella; me he asegurado de que no había nadie más en la casa. Entonces he llamado a la brigada. Fin de la historia.

—Ahora eres un testigo. Tengo que interrogarte.

—Pues hazlo.

Teitscher negó con la cabeza.

—No, ahora no. Pero quiero un informe de todo lo que ha pasado mientras estabas solo en la casa con ella. Es oficial.

—De acuerdo —dijo Stride.

—Lo quiero al mediodía.

Teitscher abrió la puerta del todoterreno y Stride le puso la mano en el hombro.

—Eres un buen policía, Abel, pero a veces te fijas tanto en los detalles que pierdes perspectiva.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Se trata de Maggie. Si dice que no lo ha hecho, puedes estar seguro de que es así. Aquí está ocurriendo otra cosa.

Teitscher se inclinó hacia él, y Stride arrugó la nariz por el olor a almizcle de su colonia.

—Te diré lo que está ocurriendo: ahí dentro tengo una mujer con un marido muerto y el arma de ella en el suelo. Y además, me está mintiendo. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Si oculta algo, no es sobre el asesinato.

—Escucha lo que dices, teniente —dijo Teitscher con desdén—. Si hubiera sido cualquier otra persona, a estas alturas la tendrías esposada.

Stride sabía que tenía razón, pero también sabía que Abel no estaba siendo imparcial.

—¿De quién estamos hablando, de Maggie o de Nicole?

Teitscher enrojeció de ira.

—Eso ocurrió hace años.

—Exacto. Hace unos años era tu compañera la que estaba allí dentro con su marido tendido en el suelo. Confiaste en Nicole y te equivocaste. Así que ahora tienes prejuicios contra Maggie.

—Deberías haber aprendido la lección, como hice yo —dijo Teitscher con brusquedad. El detective sacó sus largas piernas del Bronco y luego asomó la cabeza

y los hombros por la ventanilla. Llevaba una gabardina que no era adecuada para el frío y revoloteaba a su espalda como una capa—. No puedes confiar en nadie, Stride. En lugar de cubrir a Maggie, quizá deberías preguntarte si realmente la conoces tan bien.

Stride iba pensando en las palabras de Teitscher mientras conducía de vuelta a casa. ¿Hasta qué punto conocía a Maggie? La respuesta era que la conocía más que a nadie en el mundo.

No se parecía en nada a la joven china conservadora y tranquila que había conocido hacía más de una década. Había crecido en Shanghai y a los dieciocho años había ingresado en la Universidad de Minnesota para estudiar criminología. Cuando se unió a los activistas políticos del campus tras el alzamiento de la plaza de Tiananmen, descubrió que para el gobierno chino ella se encontraba en el lado equivocado, y decidió quedarse en Minnesota después de licenciarse, antes que arriesgarse a ser encarcelada al volver a su país.

Stride la contrató para su equipo por su memoria fotográfica y su habilidad para evaluar una escena del crimen. Era más lista que la mayoría de policías con años de experiencia en el cuerpo, pero era directa y seria; seguía siendo más china que norteamericana. No le preocupaban las modas ni el maquillaje y no se reía con los chistes. Su expresión permanecía siempre estática. Cuando Stride le tomaba el pelo, ella creía que había hecho algo mal.

Pero los tiempos cambiaron, y Maggie también.

Una década en Estados Unidos la había transformado. Ahora tenía estilo y elegancia, y su armario estaba lleno de cuero y tacones de aguja. Casi siempre compraba en la sección juvenil, y salía vestida como una adolescente a la última. A sus treinta y tantos, conseguía aparentar unos veinticinco. Su pelo cortado a lo chico era extravagante y moderno, como si fuera su única concesión a sus raíces. Sin embargo se maquillaba con esmero, y el año anterior se había insertado un pequeño brillante en la nariz. Dijo que le dolió como el demonio, pero le gustaba el brillo de la joya sobre su rostro.

Se había convertido en una mujer atractiva, aunque Stride siempre la había visto como a una hermana, de la que se sentía muy orgulloso, y a la que seguía protegiendo; quizá porque la había conocido cuando ella apenas acababa de salir de la adolescencia, en una época en la que él estaba felizmente casado con Cindy. Se convirtió en su mentor y observó cómo crecía, y ella no tardó en enamorarse de él. Cindy le advirtió de lo que estaba sucediendo, pero Stride fingió que esa atracción no existía y finalmente Maggie hizo lo mismo. Sin embargo, aunque no hablaran de ello, seguía allí, como una cortina invisible que los obligaba siempre a hacer cabriolas a su alrededor.

Ahora ya era difícil ver en ella el rastro de su pasado. Estaba llena de vida, era sarcástica, divertida, aguda y malhablada. Había tardado años en armonizar sus ásperas aristas. En su juventud parecía más una máquina; nunca mostraba sus emociones porque creía que los policías no lo hacían. Pero Stride sabía que las emociones eran necesarias para tener éxito en aquel trabajo. No podías divorciarte de tus sentimientos ni tampoco dejar que te dominaran. Se trataba de mantener un delicado equilibrio.

Stride todavía recordaba la investigación en la que Maggie había dado su primer gran salto, convirtiéndose en una persona nueva e íntegra. Era el tipo de caso que odian los policías, uno de aquéllos que llegan a obsesionarles. Eso era algo que Maggie no entendía, acostumbrada como estaba a resolver casos.

Se creía tan inteligente que pensaba que si ponía en funcionamiento la suficiente materia gris, conseguiría encontrar el camino hacia la verdad. Por lo general, así era. Pero no siempre.

Stride y ella llevaban más de un año trabajando juntos cuando una mañana de finales de agosto se halló el cuerpo de una chica en el húmedo césped de un campo de golf cerca de Enger Park. Estaba desnuda y la prueba de violación dio positivo. Tenía la cabeza y las manos cortadas, y nunca se encontraron. El forense concluyó que tenía unos diecisiete años y, por los moretones del cuello, dictaminó que había sido estrangulada. Las únicas marcas identificativas en su cuerpo eran unos tatuajes de bandas de rock y de videojuegos, como Bon Jovi, *Mortal Kombat*, Aerosmith y *Virtual Fighter*.

Lo intentaron todo para resolver el caso, pero al final no consiguieron averiguar la identidad de aquella chica. Revisaron miles de informes de personas desaparecidas en todo el Medio Oeste. Analizaron el ADN del semen hallado en el cuerpo de la víctima, pero fue en vano. Colaboraron con un psiquiatra local a fin de obtener un perfil que no les sirvió de gran cosa. Contactaron con cientos de tatuadores. Comprobaron los clubs de fans de videojuegos. Se pusieron en contacto con cada una de las bandas. Pasaron las semanas y el caso se enfrió.

Era simplemente la chica de Enger Park, y eso iba a seguir siendo.

Stride recordaba a Maggie yendo de un lado a otro en una sala de reuniones de la oficina central un mes después de que se encontrara el cuerpo. Revisaba una y otra vez los puntos de la investigación, tratando de dar con algo que se les hubiera pasado por alto o alguna pista nueva que poder seguir. Finalmente, con expresión seria y confundida, miró a Stride y le preguntó cómo iban a resolver el caso. Como si él hubiera estado aplazando deliberadamente la respuesta.

Tuvo que decirle la verdad: a menos que alguien les ofreciera nueva información, sería un caso sin resolver. Un asesino iba a quedar impune. Una joven no iba a conseguir que se le hiciera justicia. A veces el mundo funcionaba así.

Fue como si a Maggie nunca antes se le hubiera ocurrido esa idea.

Se dejó caer en una silla, fijó una mirada vacía en él, hinchó las mejillas, frustrada, y dijo sin ninguna entonación:

—Pues vaya mierda, jefe.

En ese momento, Stride supo que se había convertido en norteamericana. Y en policía.

Capítulo 4

Stride y Serena vivían en una zona de Duluth conocida como Park Point, un estrecho brazo de tierra que separaba las agitadas aguas del lago Superior de los puertos donde los gigantescos mercantes embarcaban y desembarcaban cargamentos de carbón, taconita y cereales. Vivían al lado del lago, a unos pasos de la playa.

Stride llegó a casa antes del amanecer del jueves por la mañana y, en la ventosa oscuridad, el rugido de las olas le pareció un ejército invasor al otro lado de la duna. Subió la cuesta por el sendero cubierto de nieve que pasaba por detrás de su casita de 1890 hasta la orilla, donde se encontró cara a cara con las turbulentas olas que rompían sobre la arena. En aquel momento no había mucha playa a la vista, apenas una sábana de hielo gris que se extendía sobre la arena como el entarimado de un paseo marítimo. Había troncos desperdigados por la orilla, traídos por la corriente tras flotar durante meses con las olas.

En lo alto de la pendiente, el centeno salvaje formaba un muro ondulante de color caoba. La nieve y la arena mojada se mezclaban a sus pies, como una nube derretida sobre un helado de chocolate. Stride aspiró el aire frío y limpio. Hacia el oeste podía ver las luces de Duluth, focos en la niebla escalando nítidamente la colina desde el lago. A su derecha, la península del Point se extendía más de un kilómetro, y en la orilla opuesta, la luz del faro extendía su arco desde Wisconsin. Pronto amanecería, pero las nubes que se cernían sobre la ciudad eran tan densas que se imponía un acto de fe para creer que el sol todavía calentaba en lo alto.

No había podido evitar un sentimiento de pérdida y soledad cuando llegó aquí. Toda la gente importante de su pasado hacía tiempo que ya no estaba. Él había crecido en la orilla norte, y en el curso de su vida había perdido a sus padres y luego a la que había sido su mujer durante veinte años. Nunca se había arrepentido de no tener hijos con Cindy mientras ésta aún vivía, pero en ocasiones lamentaba que lo único que le quedara de ella fueran recuerdos que iban perdiendo su intensidad. Mientras observaba la furia de las olas, pensó también en su padre, que había fallecido en el lago cuando él era un adolescente. A menudo imaginaba su barco carguero, abriéndose paso a través de las frías y profundas ondulaciones, invisible desde tierra. Uno nunca sabía cuándo se levantaría una ola solitaria y se llevaría a alguien consigo. Jamás recuperaron su cuerpo.

Stride se preguntaba si era cierto que uno no puede regresar a su hogar. Porque eso era lo que estaba tratando de hacer. Durante años había vivido en el Point con Cindy, pero se había mudado tras su segundo matrimonio, y siempre se arrepintió de esa decisión. Aquel matrimonio duró tan sólo tres años y había sido un error desde el principio, cosa que descubrió al conocer a Serena y enamorarse de ella. Cuando el año pasado Serena volvió a Duluth con él desde Las Vegas, compraron una casa en el

Point, y ahora se encontraba de vuelta en el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. Se sentía renovado, pero su única preocupación era pasarse demasiado tiempo viviendo en el pasado.

Oyó el crujido de la nieve tras él y al volverse vio a Serena ascendiendo la cuesta. Llevaba el pelo suelto y despeinado. Tenía una gracia y una belleza especiales incluso con el cuerpo embutido en un abrigo pesado y las piernas enterradas en la nieve hasta las rodillas. Se reunió con él sin decir nada y ambos se quedaron mirando el lago, sintiendo cómo la suave brisa de la mañana se abría camino bajo su piel. Serena tenía la cara roja por el frío. No llevaba maquillaje.

—Sé que no quieres oír esto —le dijo Serena con suavidad—, pero Maggie podría haberlo hecho.

La cara de Stride se transformó en una máscara, y pateó la arena mojada con las botas.

—De ningún modo.

—No digo que lo hiciera, pero este último año ha sido para ella una montaña rusa de emociones. Sabes que todo el mundo tiene un límite.

—Sí, pero ella dice que es inocente.

—¿Qué piensa Abel?

—¿Teitscher? Ya le ha dibujado una diana en el pecho. Y me preocupa lo que pueda encontrar cuando empiece a escarbar.

—¿Como qué?

—Creo que Maggie y Eric tenían serios problemas.

Serena no se mostró sorprendida.

—Ha tenido tres abortos en dieciocho meses, Jonny. ¿No crees que eso es motivo suficiente para causar estragos en tu estado emocional?

—Sí, lo sé, pero si había problemas en su matrimonio, eso le da un móvil. Sobre todo por el dinero de Eric —añadió—. Abel también piensa que Maggie oculta algo, y creo que tiene razón.

—¿Sabes de qué se trata?

—No.

Serena entrelazó su brazo con el de él.

—Hace un par de meses Maggie me preguntó algo. No sé si tendrá importancia.

—Dime.

Ella dudó:

—¿De veras quieres saberlo? No pretendo que te sientas en la obligación de irle con esto a Teitscher. Estamos forzando un poco «la caja».

Stride hizo una mueca. Sabía instintivamente que hablar del caso de Maggie en medio de la noche significaba adentrarse en un terreno éticamente poco claro, además sin disponer de mapa. Estaba a punto de tensar sus principios como una goma

elástica, y se preguntaba cuándo se partirían.

—Me preguntó si tú y yo, habíamos hecho alguna vez algo extraño.

Él arqueó una ceja.

—Sexualmente —aclaró Serena.

—¿Le hablaste de la manguera del jardín?

Serena le dio un bofetón.

—Hablo en serio. Parecía como si Eric la estuviera forzando a hacer algo raro.

—¿Como qué?

Serena se encogió de hombros.

—No me lo dijo.

Stride le dio vueltas al asunto pero no contestó. Le desagradaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Pero, oficialmente, tú no sabes nada de esto, ¿vale? —repitió Serena—. Maggie no quería que te lo contara.

Él asintió.

—Podrías ayudarla, Serena. Va a necesitar a alguien que investigue su versión de los hechos, y no puedo ser yo. No puedo darle ningún trato de favor.

—Haré lo que pueda.

Serena no se había incorporado al cuerpo de policía de Duluth. Stride supervisaba a todos los detectives de la ciudad, y entre los abogados de recursos humanos el nepotismo no estaba muy bien visto. A cambio, ella había obtenido la licencia estatal como investigadora privada y así empezó a buscar trabajo. Hasta ahora, la mayoría de sus proyectos la obligaban a abrirse camino a través de actas de balances y asistir a convenciones industriales con el fin de conseguir información de la competencia para nuevos empresarios ubicados en Duluth. Stride sabía que su trabajo la aburría y hacía que se sintiera inquieta. En su corazón, seguía siendo una policía y echaba de menos la calle.

—Hoy tengo una reunión con un nuevo cliente —dijo Serena.

—¿Ah, sí?

—Dan Erickson quiere contratarme.

—¿Dan? —replicó Stride—. ¿Qué demonios quiere de ti?

Serena enarcó las cejas ofendida.

—¿Perdona?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Dice que mi pasado como policía es un mérito añadido —le informó Serena.

—Si no fuera porque vives conmigo. Eso sería un gran handicap para Dan.

Dan Erickson, el procurador del condado y fiscal jefe de la región, culpaba a Stride de su caída en las encuestas por una chapuza de juicio que le había costado la elección como fiscal general del estado. Ahora, en el universo político de Minnesota

se le consideraba material defectuoso, y era un secreto a voces su patente disgusto por tener que pudrirse en los bosques del norte de Duluth, razón por la que andaba buscando la forma de largarse.

—Quizá deberías replanteártelo, Serena —le sugirió.

—No puedo negarme. Es una gran oportunidad para mí.

Stride captó la terca resolución en su voz y supo que ya había tomado una decisión.

—No puedes confiar en él.

Serena se encogió de hombros.

—Dan puede abrirme puertas en todo el estado —y añadió—: Además, no me fío de ninguno de mis clientes.

—¿Sabes qué es lo que quiere? —preguntó Stride.

—No, no me lo diría por teléfono. Me pidió que no te dijera nada.

—Pero tú me lo has contado igualmente.

—Está en la caja.

Se habían roto la cabeza para encontrar una forma de vivir con los secretos que tenían que compartir, de modo que éstos no supusieran un problema personal ni profesional para ambos. La realidad era que se necesitaban el uno al otro. Stride quería conocer su opinión sobre las investigaciones porque era una de las detectives con más experiencia de la ciudad; pero su contribución tenía que ser confidencial. A su vez, Serena quería conocer la opinión de Stride acerca de su trabajo, sin temer que la información que compartiera terminara en un expediente policial. Así que inventaron la caja: cuando querían compartir información en privado, ésta estaba en la caja.

—Intentará ligar contigo.

—Intenta ligar con todas.

—Ése es Dan.

—¿Por qué lo aguanta Lauren? Ella es la que tiene el dinero.

—Lo de Dan y Lauren tiene que ver con el poder, no con el sexo. Si a Lauren le importaran las aventuras de Dan, le habría echado hace mucho tiempo.

—Hablas como todo un hombre —dijo Serena—. Así pues, ¿qué crees tú que quiere Dan?

—Probablemente, que eches basura sobre algún adversario político.

—Sí, yo también lo he pensado. La legislatura empieza dentro de poco.

—Sólo asegúrate de que no te deje con el culo al aire —le previno Stride—. Para Dan, todo el mundo es prescindible. Sé de lo que hablo.

—Puedo cuidar de mí misma.

Serena cerró los ojos y alzó la barbilla para que el viento helado le soplara en la cara. Cuando hacía eso, era inútil discutir con ella.

Stride sabía que había sobrevivido mucho tiempo sola y estaba totalmente decidida a apañársela sin su ayuda. Él no se molestaba en advertirle que Duluth, a su modo, podía ser tan intenso y cruel como Las Vegas. Sólo tenía que mirar la gran extensión del lago para recordar que un individuo por sí solo era un ser insignificante en aquella parte del mundo. No importaba lo fuerte que fuera; había cosas allí que lo eran más.

Capítulo 5

Serena subió los escalones de los juzgados del condado para su reunión con Dan Erickson, y se sintió atenazada de nuevo por una sensación extraña y recurrente durante las últimas semanas. El desasosiego se apoderó de ella, y se detuvo en seco. La sensación parpadeaba en la mañana gris como una luz de neón en su cabeza, iluminando una y otra vez la misma palabra: «Peligro».

Se quedó en lo alto de la escalera del jardín dando la espalda a los juzgados y escrutó las idas y venidas en la plaza del ayuntamiento. A su espalda se alzaba la estatua de un centurión con una mirada glacial, custodiando los tres edificios históricos que rodeaban la plaza. El ayuntamiento, donde trabajaba Jonny, quedaba a su izquierda. El edificio del gobierno federal se hallaba justo enfrente, a su derecha. Los tres inmuebles eran austeros monumentos de los años veinte, contruidos con bloques de granito color arena. Los coches estaban aparcados en la nieve enfangada que había alrededor de la calzada circular, y la gente se apresuraba por la acera protegiéndose del frío, enfundada en sus abrigos de invierno. Nadie la miraba. Examinó las ventanas de los edificios vecinos una a una y luego inspeccionó la calle, mirando los coches uno tras otro.

Una unidad móvil de televisión con antena parabólica en el techo. Una furgoneta púrpura de una tienda de reparación de ordenadores. Un camión de envíos de Twin Ports Catering. Un coche de policía.

Nada fuera de lo normal.

Serena se sobrepuso a su sensación y le echó la culpa al desapacible mes de enero. No era al frío a lo que más le costaba adaptarse en Duluth, sino a la mortal palidez que cubría la ciudad en aquella estación del año. Pasaban días, a veces incluso semanas, con la misma masa de nubes grises sobre ellos. El invierno era como un crepúsculo largo y sombrío, lleno de caras lúgubres y cielos amenazantes. Era entonces cuando sentía una punzada de nostalgia por el desierto, con su sol y su energía.

Pero salvo eso, le gustaba el lugar.

Su antiguo hogar era insulso comparado con aquel paisaje siempre cambiante. El verano en Duluth había sido fresco y espléndido. El otoño, con su paleta de rojos y amarillos extendiéndose kilómetros a la redonda sobre los árboles, había despertado en ella una tristeza extraña y reconfortante cuando paseaba a través de una lluvia de hojas. Incluso el invierno era hermoso, con un halo espiritual flotando sobre la severidad del frío y las nubes que la hacían encerrarse en sí misma.

Le gustaba destacar en la ciudad. Era alta y atlética, con una abundante cabellera negra como el ébano. En Las Vegas la confundían continuamente con una bailarina de striptease, pero esa ciudad estaba llena de bellezas esculturales. En Duluth no

ocurría lo mismo. Le gustaba ser objeto de las miradas, ver cómo los hombres se derretían. Eso reforzaba su sensación de poder y le infundía la confianza necesaria para afrontar el reto de construirse una nueva vida, en un lugar nuevo.

También le gustaba el efecto que Duluth ejercía sobre Jonny. Aquí estaba en casa, en un lugar frío, a la sombra del lago. Serena sentía que su amor por él se había afianzado y madurado en el curso del último año, a medida que lo había ido conociendo más íntimamente. Su atracción había sido física, eléctrica al principio, pero al convivir con él había aprendido a respetar su dignidad y humanidad. También le excitaba que él la considerase una de las detectives más perspicaces que había conocido nunca.

Pero no lograba librarse de la sensación de inquietud que le atenazaba las entrañas en aquel momento. La sensación de que unos ojos la estaban mirando a través de un microscopio.

«Peligro».

Había aprendido a hacer caso a su intuición. Cuando vivía en Las Vegas recordaba haber tenido la misma sensación durante unas semanas: sentía que algo iba mal, que estaba compartiendo su vida con un acosador secreto. Más tarde descubrió que un criminal sexual llamado Tommy Luck la había estado espionando todo ese tiempo, y se libró por los pelos.

«Eso fue entonces —pensó—. Ahora es ahora». Tommy pertenecía al pasado, y ella lo había dejado atrás.

Quizás era simplemente que no podía huir tan deprisa de sus demonios. Todavía la asediaban los recuerdos de su adolescencia en Phoenix, antes de irse a Las Vegas. Su madre se había convertido en una adicta a la cocaína y empezó a vivir con un sádico traficante llamado Blue Dog, que usaba a Serena como su puta particular. Había luchado mucho contra la indefensión de aquellos tiempos, y todavía veía a un psiquiatra una vez al mes para superar el trauma. Si bien aquello había terminado, sólo hacía falta una extraña e inconexa sensación de peligro para despertar otra vez a la niña asustada.

«Ya no tengo quince años», se dijo a sí misma.

Serena avanzó por el parque hacia los juzgados y cogió los viejos ascensores hasta el piso superior, donde Dan Erickson tenía su despacho de procurador del condado, con vistas al lago. Dio su nombre a la recepcionista, colgó el abrigo y se sentó en el sofá color almendra. Serena llevaba pantalones de sport negros, tacones, una blusa color burdeos y un chaleco con botones dorados. Era un conjunto clásico, pero no ocultaba su figura. Había notado la mirada de reojo de la recepcionista y se preguntó si la chica la habría puesto en la larga lista de conquistas de Dan.

La puerta interior del despacho de Dan se abrió.

Una mujer de unos cuarenta años apareció en la entrada y sonrió a la

repcionista sin apenas mover un músculo. Llevaba el pelo teñido de color trigo y pulcramente recogido detrás de la cabeza, aunque unos mechones quedaban sueltos y le rozaban suavemente la frente. Era pequeña y elegantemente delgada, y exhalaba un aire de autoridad que no tenía nada que envidiar a una monja católica. Llevaba un bolso Coach colgado del hombro, una falda gris marengo a la altura de la rodilla y una chaqueta color marfil. De sus orejas colgaban unas cadenas de oro con una perla que tintineaba, y otra a juego brillaba discretamente en el hueco de su clavícula. Al posar sus ojos azules como un lago sobre Serena, sus cejas se arquearon en dos colinas perfectamente simétricas. Avanzó hacia ella y ladeó la cabeza.

—¿Es usted Serena Dial? —preguntó.

—Así es.

La mujer miró a Serena de arriba abajo.

—Bueno, bien por Stride. No me habían dicho que era usted una criatura tan espléndida.

—¿Y usted es...?

—Lauren Erickson. La mujer de Dan.

—Oh, claro, por supuesto. Lo siento, nunca nos habíamos visto.

Ahora Serena la reconoció. Lauren Erickson solía aparecer en los periódicos, que se hacían eco de sus continuos enfrentamientos con el ayuntamiento por cuestiones de urbanismo que afectaban a sus propiedades inmobiliarias. Raramente perdía, y a ello contribuía el hecho de tener el poder del procurador del estado a sus espaldas y dinero suficiente con que untar a quien hiciera falta. Ella era el banquero y el cerebro que había detrás de la carrera de Dan.

—Es usted de Las Vegas, ¿verdad? —preguntó Lauren.

—Sí.

Lauren chascó la lengua como si Las Vegas estuviera en un sistema solar distinto.

—Duluth debe de ser decepcionante para usted. No hay imitadores de Elvis ni bailarinas en *top-less*.

Serena se levantó. Era casi treinta centímetros más alta que Lauren, y la pequeña boca de ésta se frunció con disgusto al tener que alzar la barbilla para mirarla.

—Siempre he sido una fan del museo Liberace^[5] —replicó Serena, sonriendo.

La recepcionista esbozó una sonrisita, que Lauren silenció con una mirada iracunda mientras se agarraba a su caro bolso sobre el hombro.

—Todo el mundo habla del asesinato de Eric —comentó Lauren—. He cogido un vuelo desde Washington esta mañana temprano y Dan me ha llamado al aeropuerto para contármelo. —Lauren se inclinó hacia delante y susurró—. Por supuesto, siempre pensé que un día Maggie le volaría la cabeza.

—¿Por qué dice eso?

—Ésta es una ciudad pequeña. La gente habla.

—¿Y qué dice?

—Oh, vamos, las dos conocemos la fama de Eric.

—Como la de muchos otros hombres —la cortó Serena. «Como la de Dan».

—Quizá, pero verás, tengo una tienda de ropa y mi encargada dice que Eric era un cliente habitual.

—¿Y?

—Y no toda la ropa que compraba era de la talla pequeña —dijo, con un guiño—. Usted ya me entiende.

Serena no contestó.

—¿Qué negocios tiene con Dan? —preguntó Lauren, dedicándole a Serena una sonrisa glacial.

—Aún no lo sé.

—Muy discreta, pero puede contármelo. Dan y yo no tenemos secretos.

—Estoy segura de ello, pero lo cierto es que todavía no sé qué quiere.

Lauren hizo una pausa para estudiar el rostro de Serena y aparentemente decidió que decía la verdad. Ésta sospechó que Dan ya se lo había explicado a su mujer y que el interés de Lauren se limitaba a tantear para ver si le había dicho lo mismo a Serena.

—Por cierto, voy de camino a ver a Stride —continuó Lauren.

—Ah, ¿sí?

—Sí, por un asunto relacionado con una de mis empleadas. Ha desaparecido.

—Lo siento.

—Bueno, quizá no sea nada, pero es una chica un poco inestable.

Serena no contestó.

—La dejo con Dan —se despidió Lauren, y añadió con una sonrisa gélida—: Es casi como un intercambio de parejas, ¿no?

—¿Disculpe?

—Yo con su novio, usted con mi marido. Eso les gusta mucho en Las Vegas, ¿verdad?

—No a mí —dijo Serena.

—Me alegra oírlo —le contestó Lauren—. A mí tampoco.

Lauren ya se había marchado cuando Dan invitó a Serena a entrar en su despacho. Ésta se preguntó cuánto tardaría él en tocarla: tres segundos. Mientras la guiaba hacia el sofá de cuero rojo junto a la ventana, le puso la mano en el hombro y la dejó allí más de lo necesario.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó—. Ha sido un día de locos. Todo el mundo llamando.

—Eso es bueno.

—¿Quieres café? —preguntó él. Serena negó con la cabeza—. Yo soy adicto —

dijo Dan—. Dos cafeteras al día.

Se sirvió una taza y se sentó incómodamente cerca de ella en el sofá. Serena se apartó, poniendo distancia entre ambos. Él advirtió su maniobra y sonrió. Serena no creía haber visto nunca unos dientes tan blancos, y supuso que Dan Erickson se aplicaba un tratamiento cada noche para mantenerlos brillantes.

Dan era uno de esos hombres que resultaba exactamente tan atractivo como creía ser. Serena podía oler su ego rezumando de él como si fuera colonia. Tenía el pelo rubio y profusamente engominado para que no se le moviera ni un solo mechón, así como una tez perfecta que lucía un bronceado artificial. El pelo le clareaba sobre la frente, y Serena se lo imaginó untándose crecepelo para reparar los estragos de la calvicie. Llevaba un impecable traje azul marino, un Rolex de oro y una gruesa alianza de casado. No era muy alto, no más de metro ochenta, pero Serena no tenía ninguna duda de que las mujeres lo encontraban atractivo. Durante años había visto a muchos tipos calcados a él en Las Vegas. Un depredador, como un halcón. Ególatra. Un adicto al sexo.

—¿Cómo se encuentra Stride? —se interesó Dan—. Debe de estar preocupado por lo de Maggie.

—Por supuesto.

—Casi todo el mundo cree que lo hizo ella.

—Te estás precipitando un poco, ¿no crees?

Dan se encogió de hombros.

—He hablado con Teitscher. No pinta nada bien.

—Stride está absolutamente convencido de su inocencia —le informó Serena.

—¿Qué va a decir? Stride no puede ser objetivo con Maggie.

—¿Y puedes serlo tú? —le preguntó Serena—. Sé que mantuvisteis una relación hace unos años.

—O sea que acaso la conozca mejor que Stride. Cuando nuestra aventura terminó, vi cuál era su verdadero carácter.

Serena frunció el ceño.

—Quizá deberíamos hablar del motivo de mi presencia aquí.

—Completamente de acuerdo. —Dan se levantó y cruzó la mullida moqueta gris. Se aseguró de que la puerta estuviera cerrada, apoyó la espalda en ella y examinó a Serena—. Antes de empezar, es fundamental que Stride no sepa nada. Esto no es asunto de la policía y no puedo permitir que lo sea.

Serena asintió.

—Sin ánimo de ofender, si es tan importante que Jonny no se entere, ¿por qué me contratas a mí?

—Todo el mundo me ha dicho que eres buena —dijo Dan.

—Lo soy, pero hay otros aquí que también lo son, y que además resulta que no se

acuestan con un hombre al que odias.

Dan volvió al sofá y se sentó de nuevo, más cerca incluso que antes.

—¿Crees que odio a Stride?

—¿No es así?

—Stride y yo hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años, pero eso es agua pasada. Ahora tengo intereses más importantes.

—Vale —aceptó Serena, aunque no parecía convencida.

—¿Cuál es tu tarifa por hora? —preguntó Dan.

Ella le dio una cifra.

—Te pagaré eso más el veinte por ciento.

Las alarmas se encendieron en la cabeza de Serena.

—¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

Dan se reclinó entre los pliegues de cuero del sofá y asió la taza de café con ambas manos.

—Porque el trabajo podría implicar algún riesgo.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Ésa es otra de las razones por las que valoro tu experiencia como policía. Estás acostumbrada a enfrentarte a situaciones peligrosas.

—Antes déjame oír lo que tienes que decir —le dijo Serena.

Dan asintió.

—Me están chantajeando.

—En ese caso deberías llamar a la policía.

—Ni hablar —replicó él, sacudiendo la cabeza—. No puedo arriesgarme a que la información salga a la luz.

—Que alguien chantajee al procurador del condado es un asunto serio y lo sabes. Deberías estar hablando con Stride.

—Quizá, sin embargo esa opción queda fuera de toda discusión en este caso.

—¿Qué tiene contra ti? —preguntó ella.

—No necesitas saberlo.

—Eso va a dificultar mi tarea —dijo Serena—. No me gusta trabajar a ciegas.

—Digamos que un asunto sexual, ¿de acuerdo?

A Serena le vino a la cabeza la pregunta de Maggie: «¿Alguna vez habéis hecho algo... extraño?».

—¿Una aventura?

—Ya no eres una detective, así que déjate de interrogatorios. No importa lo que hiciera; basta con que sepas que fui un estúpido y que no debería haberlo hecho.

—¿Lauren lo sabe?

Dan resopló.

—No, y no le digas ni una palabra, ¿de acuerdo?

—¿Qué excusa le has dado para contratarme?

—Le dije que era un tema político. Asuntos turbios. Se lo ha tragado.

—Supongo que quieres que descubra quién es el chantajista.

Se preguntaba si Dan fantaseaba con que ella pegara a alguien por él.

—No, no me importa. No quiero saberlo. Sólo quiero que esto se acabe, y necesito que seas mi intermediaria. Ese hombre ya me ha dado un precio y tengo el dinero aquí, en efectivo.

Dan sacó un grueso sobre del bolsillo del traje y lo depositó sobre la mesita de café enfrente del sofá.

—Me llamará en cualquier momento durante los próximos dos días para comunicarme dónde se efectuará la entrega —continuó Dan—. Quiero que hagas el pago por mí.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo?

—¿Y arriesgarme a que se presenten los periodistas con las cámaras? No, gracias. Quiero tenerlo todo controlado. Sólo tú. Nadie más.

—Estamos hablando de un chantajista, no se contentará con el primer pago. Volverá por más.

—Asumiré el riesgo.

Serena suspiró.

—No es necesario que te diga que todo esto es una mala idea...

—Buena o mala idea, voy a pagarte un montón de dinero para que lo hagas por mí.

—Sabes que para un investigador privado no existe el secreto profesional. Si al final se entera la policía, tendré que contarles lo que sé.

—Razón de más para no querer que la policía se entere.

A Serena no le gustaba la idea. Algo le olía mal.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser el chantajista?

—No. Sólo es una voz en el teléfono.

—¿Cómo ha conseguido la información que tiene de ti?

—Eso tampoco lo sé. Tengo algunas sospechas, pero eso ahora no importa.

—¿Estás seguro de que no es un farol? —preguntó Serena.

—Me dijo algunas cosas por teléfono. No es un farol.

Serena vaciló. Una parte de ella quería decirle a Dan que se olvidara, pero no podía resistirse a la descarga de adrenalina. Era el tipo de trabajo de calle que había deseado como investigadora privada. Algo que la hiciera sentirse de nuevo como una policía. Y además estaba el dinero.

—La tarifa más el treinta por ciento —dijo Serena.

—¿Quién es el chantajista ahora? —preguntó Dan; luego sonrió, puso una mano sobre la rodilla de ella y le dio un apretón.

—¿Eso es un sí?

—De acuerdo.

—Bien. —Serena le apartó la mano de su rodilla y le retorció la muñeca hasta que la sonrisa de él se desvaneció—. Una cosa más —le dijo sin levantar la voz—: Tócame otra vez y te partiré los dedos como si fueran los témpanos de hielo de mi tejado.

Luego le soltó.

—Stride no debe de poder contigo —dijo Dan, masajeándose para aliviar el dolor.

—Lámame cuando sepas algo del lugar de entrega —dijo Serena.

Agarró el sobre con el dinero, se lo metió en el bolsillo y salió del despacho.

Una vez abajo volvió a detenerse en el parque, cerca de la estatua del centurión. Algo en esos vacíos ojos de granito la turbaba, y sintió la opresión de las nubes grises que cubrían el cielo. Se repitió que no era nada, pero al cabo de un momento la sensación regresó.

La misma sensación que llevaba semanas persiguiéndola.

Alguien la estaba observando.

Capítulo 6

Sabía que ella podía percibir cómo la vigilaba, del mismo modo que un antílope siente a un tigre acechando, camuflado entre los arbustos, invisible y mortal.

Cuando alzó los prismáticos, el cuerpo de ella llenó la imagen y fue como si estuviera a su lado, respirando en su nuca. Mientras la miraba, ella se estremeció. Giró la cabeza en su dirección y, a través de los prismáticos, sintió un escalofrío de placer cuando sus miradas se encontraron. Su pene empezó a agitarse dentro de los pantalones, abriéndose camino hacia abajo, cada vez más hinchado y duro.

—¡Oh, joder! —murmuró, saboreando el estremecimiento.

Era una sensación especialmente dulce, después de diez años viendo cómo su virilidad se atrofiaba. Los celadores se habían reído de él diciendo que la prisión le marchitaría como a un bacalao seco, y tenían razón. Cuantos más años pasaba entre rejas, más se le encogía la polla. No se le levantaba con nada. Se había masturbado en la celda por las noches, pero al cabo de un tiempo apenas podía conseguir que se le pusiera dura. Escupía encima y se la frotaba con jabón, pero ella se quedaba yaciendo allí, tan diminuta que su enorme mano apenas podía separarla de la ingle.

Pero había vuelto a ponerse dura la noche de la granja abandonada en Alabama, durante el huracán. Al ver cómo la agente se ahogaba en el sótano, le había salido sangre entre las piernas. Una erección espontánea, llena de vigor.

Habían transcurrido cuatro meses desde que el helicóptero de la Guardia Nacional le rescató del tejado de la granja. Se había puesto la ropa que encontró en la habitación del piso de arriba, cortó a tiras el uniforme de preso y dejó que el agua se lo llevara junto con otros escombros. Cuando amainó la tormenta, las tierras alrededor de la granja se habían convertido en un lago. El coche patrulla había desaparecido, así como el cuerpo de Deet. Era un hombre cualquiera, atrapado y al que no habían evacuado a tiempo.

Le llevaron a un refugio en Birmingham junto con centenares de evacuados, pero esa misma noche se escapó, robó un coche y se dirigió hacia el norte. No quería arriesgarse a que lo encontraran, o a que las autoridades de Holman dedujeran que no era un refugiado. Al final, sus precauciones resultaron innecesarias. Consiguió un ordenador portátil y navegó por internet gracias al *wi-fi* mientras huía del sur. Unos días después, encontró un artículo publicado en un periódico de Montgomery que hablaba de su caso. El coche patrulla había sido encontrado doblado sobre un árbol a unos quince kilómetros de la granja, y el cuerpo sin cabeza de Deet había aparecido a unos ocho kilómetros en otra dirección. Se presumía que las tres personas que viajaban en el coche habían fallecido, víctimas de la tormenta.

Era un don nadie. Sin identidad y sin pasado.

Podía ir a cualquier sitio, pero antes tenía que hacer algo con la rabia que le

oprimía el pecho. Necesitaba una compensación por aquellos diez años perdidos.

—Me sientes, ¿verdad? —susurró—. Sabes que estoy aquí.

Había estado elaborando sus planes para Serena desde que llegó a Duluth. Observándola. Siguiéndola. Podría haberla atrapado en cualquier momento, pero quería prolongar la experiencia. Todo cazador sabe que no hay que romperle el cuello al animal capturado de inmediato. Una vez lo tienes en tus manos, juegas un rato con él.

Por el momento, tenía otras presas. Gente como Dan, Mitch, Tanjy. Y las chicas alfa. Gente con secretos sucios que trataban de ocultar desesperadamente.

Recordaba al pequeño maricón de Colman, que le había hablado del arte del chantaje. Si descubres lo que oculta la gente, tienes campo abierto para hacer lo que quieras con ellos sin temer a que se atrevan a enfrentarse a ti. Pero el peligro de agitar una colmena es que las abejas pueden acabar picándote. El juego podría haberse eternizado, pero había sucedido algo inesperado, como una cabeza de pez emergiendo entre las olas, y le había obligado a acelerar sus planes.

Un asesinato. Eso lo cambiaba todo.

Así que ahora finalmente era el turno de Serena. La hora de apretar la soga alrededor de su cuello.

A través de los prismáticos, la vio encogerse de hombros y bajar los escalones de la plaza del ayuntamiento hacia el coche. Sabía lo que le estaba pasando por la cabeza: se estaba diciendo a sí misma que el miedo que extendía sus tentáculos por su columna vertebral no era más que un producto de su imaginación. Estaba equivocada. Antes de terminar con ella, haría que le suplicara que la matase.

Capítulo 7

El ayuntamiento era un edificio viejo, con techos altos en los que se acumulaba el calor, y suelos de gélido y duro mármol. El frío penetraba a través de la ventana de la oficina de Stride y dejaba cristales congelados en el vidrio. Se asomó a la ventana y miró con expresión ausente el tráfico de la calle Primera. Cruzó los brazos. Las arrugas de su frente eran profundas como cañones, y sentía la tensión en todos los músculos de su cuerpo.

Stride llevaba traje y corbata; estaba preparado para la previsible invasión de periodistas y políticos tan pronto se enteraran de lo de Maggie. Normalmente vestía de calle, su habitat natural. No hubiera podido soportar un trabajo que le mantuviera permanentemente atado a un escritorio, y liquidaba su papeleo a horas intempestivas, cuando la oficina estaba a oscuras. Prefería estar allí fuera, en la escena del crimen, haciendo el verdadero trabajo, que en su mayor parte era duro y amargo.

Había sido un idealista en su juventud; pero aquella época quedaba demasiado lejos como para pensar en ella. En el fondo era como Maggie: su único interés estribaba en solucionar todos los casos y meter entre rejas a los criminales. No le había llevado mucho tiempo darse cuenta de que siempre habría víctimas como la chica de Enger Park, sobre las que nadie les podría ofrecer una pista fiable que les diera alguna respuesta. Llevaba aquella carga sobre los hombros. Cada asesinato cometido en esa ciudad se llevaba un pedazo de su alma, e incluso cuando resolvían el caso y un jurado emitía un veredicto de culpabilidad, quedaba en él una cicatriz que nunca desaparecía.

Ésa era una de las razones por las que vivía en el lago. No le gustaba compartir aquella parte de su alma con mucha gente; había necesitado meses para compartirla con Serena. Stride era realista, con la cabeza bien amueblada y sin tiempo para asuntos místicos, pero el lago era diferente. Cuando se quedaba allí de pie por las noches, mirando el agua, a veces se sentía como si la muerte le rodeara, como si el lago fuera el lugar al que todos se dirigieran para convertirse en niebla y vapor. Allí podía percibir a su padre, que había muerto en el lago, y se sentía en comunión con toda la muerte de la ciudad.

Alguien llamó a la puerta de su despacho y vio una silueta tras el vidrio esmerilado.

—Entre —dijo sin separarse de la ventana. La puerta de roble se abrió y se cerró con un portazo. Se sorprendió al ver quién era—. Lauren.

—Hola, Jonathan.

La llegada de Lauren trajo consigo una ráfaga de aire frío al despacho.

—Tienes buen aspecto —manifestó Stride.

Lauren puso los ojos en blanco. La ropa, las joyas y el pelo teñido de rubio eran

propios de su estatus, y su rostro era todo lo suave que el maquillaje y la cirugía habían podido conseguir. Era atractiva, pero no intentaba ocultar que el encanto de Stride no le afectaba. Ambos compartían una historia desagradable. Lauren era la única hija de un hombre que se había hecho millonario con el negocio inmobiliario en el norte de Minnesota. En sus primeros años como detective, Stride había puesto al descubierto una trama de sobornos en el ayuntamiento, en relación con un contrato para un gigantesco nuevo centro comercial. El padre de Lauren fue a prisión, y murió allí seis meses después, de un derrame cerebral. Lauren lo heredó todo, incluido el rencor hacia Stride.

Éste la acompañó hasta una silla. Ella cruzó las piernas y tamborileó con los dedos sobre el borde de su falda.

—Siento lo de Maggie —le dijo.

—Por supuesto.

—Acabo de encontrarme a Serena en la oficina de Dan —añadió ella, cortante—. ¿Dónde debía de estar mientras tú y yo íbamos a la escuela? ¿Jugando con pinturas?

Stride ignoró la provocación.

—Creía que no ibas a hablar nunca más conmigo, Lauren.

—El pasado es el pasado —replicó ella—. Necesitamos dar un paso adelante.

—¿De veras? No era precisamente ésa tu actitud hace un año.

Stride sabía que Lauren había promovido una campaña en el ayuntamiento para evitar que K-2 lo contratara de nuevo.

—Ahora tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

—Ah, ¿sí?

—Es obvio que aún no has leído las noticias.

—¿Qué me he perdido?

—Dan y yo nos mudamos a Washington —anunció Lauren.

—¿Un traslado permanente?

Ella asintió.

—Han propuesto a Dan para el cargo de consejero especial de un bufete de abogados especializado en delitos de guante blanco. He estado los dos últimos días en Washington, buscando casa en Georgetown.

—Así que Dan se va a convertir en abogado defensor —se burló Stride—. Supongo que para Dan siempre ha sido un juego; así es más fácil cambiar de bando.

—Sí, ya sé que a ti sólo te preocupa la justicia y la verdad, Jonathan: Déjame preguntarte cuándo las has encontrado.

Él sonrió, porque de algún modo Lauren tenía razón. Además, le gustaba la idea de que Dan abandonara su cargo como procurador jefe del estado. No le hacía gracia tener un enemigo en esa oficina.

—Felicidades; es un buen golpe —dijo.

—He estado moviendo algunos hilos —admitió Lauren—. A Dan no le gusta Duluth. Sólo vinimos aquí para facilitar su entrada en la fiscalía del estado, pero tú eliminaste esa posibilidad, ¿recuerdas?

—Creo que los votantes tuvieron algo que ver en eso —respondió Stride—. ¿Cuándo será el gran traslado?

—El mes próximo.

—¿Por eso has venido? ¿Para decirme adiós?

Lauren negó con la cabeza.

—No, sólo me estaba regodeando. En realidad, tengo que informar de un delito; o de lo que podría ser un delito, no lo sé.

Stride dejó a un lado la rivalidad.

—¿Qué ocurre?

—Ya sabes que soy la propietaria de Silk, la tienda de la calle Superior.

Stride asintió. La tienda era otra de sus muchas artimañas para evadir impuestos.

—Una de mis empleadas ha desaparecido.

—¿Cómo se llama?

Lauren sonrió con malicia.

—Oh, la conoces muy bien, Jonathan. Es Tanjy Powell.

Stride no quería decirlo en voz alta, pero escupió las palabras mientras exhalaba un suspiro de disgusto.

—Hija de puta.

—Sabía que te encantaría.

Stride no estaba en absoluto encantado.

—¿Por qué crees que ha desaparecido?

—Tanjy se fue de la tienda el lunes a primera hora de la tarde. Parecía preocupada. Según dice Sonia, la encargada, Tanjy no apareció ni el martes ni el miércoles, y no ha llamado. En su casa no contesta nadie.

—¿Por qué estaba preocupada cuando se marchó el lunes?

—No tengo ni idea.

—¿Lo había hecho antes alguna vez?

—Sonnie dice que no.

—¿Qué hay de su familia?

Lauren negó con la cabeza.

—Sus padres están muertos. Ella vive en el sótano de un edificio Victoriano en la zona de East Hillside. Pensé que querrías ir a comprobarlo, por si sale un olor nauseabundo de la casa. Eso es lo que te hace correr la sangre por las venas, ¿verdad?

—Corta el rollo, Lauren —le espetó Stride, y añadió—: Lo primero que se me ocurre es que Tanjy está jugando de nuevo con nosotros.

—¿Por qué? ¿Porque la última vez te hizo quedar como un tonto?

—Se inventó una acusación de violación. Hizo que cundiera el pánico por toda la ciudad.

Lauren suspiró.

—No pretendo entender lo que pasa por su pequeño y enfermo cerebro. Sólo soy el mensajero.

—Espero que no nos esté tomando el pelo de nuevo —insistió Stride—. La única razón por la que no presentamos cargos fue porque Dan y K-2 no querían que pareciera que nos cebábamos en una mujer con problemas psicológicos.

—Fue culpa mía —admitió Lauren—. Les pedí que no se propasasen con ella.

—¿Tú? Lo que me sorprende es que no la despidieras.

—Sólo voy a por las personas que se meten en mi camino, Jonathan. Precisamente tú deberías saberlo.

—Lo que significa que no querías verte implicada en un juicio desagradable.

—Lo que significa que me sentiría mal por ella.

Stride no creía que Lauren hubiera sentido nunca nada por nadie, pero en cualquier caso no importaba.

—Iré a echar un vistazo —dijo.

—Hay algo más —añadió Lauren.

—¿Qué?

—Tanjy llamó a mi casa el lunes por la noche.

—¿Después de irse de la tienda? ¿Por qué?

—Preguntó por Dan, pero él estaba en Saint Paul.

—¿Y qué quería? —preguntó Stride.

—No lo sé. Llamé a Dan desde Washington el martes por la noche, pero me dijo que ella no le había contestado cuando le devolvió la llamada. Ninguno de los dos hemos vuelto a pensar en ello hasta hoy. He cogido un vuelo a primera hora de la mañana, y Sonnie me ha contado que Tanjy había desaparecido.

—¿Te dejó Tanjy algún mensaje cuando hablaste con ella?

—Sí, me dio un mensaje para Dan, pero él no lo entendió.

—¿Cuál era?

Lauren se encogió de hombros.

—Simplemente me pidió que le dijera: «Sé quién es».

Capítulo 8

Abel Teitscher llegó a casa a primera hora de la tarde del jueves, después de pasar diez horas supervisando la escena del asesinato de Eric Sorenson. Vertió unos copos de comida en la gran pecera de su comedor, hogar de un surtido multicolor de chiribicos, peces globo, mandarines psicodélicos, tetra y gobios. En las raras tardes en las que no trabajaba, se servía una copa de coñac, apagaba las luces y se sentaba en silencio a mirar a sus peces mientras éstos nadaban por el acuario iluminado. Abel se sentía más cómodo con los peces que con las personas.

Vivía solo en una modesta casa de la calle Nueve, en el centro de la ciudad. Había estado casado veintisiete años, hasta que un martes por la tarde llegó a casa de improviso y se encontró a su mujer, de cincuenta y dos, haciéndole un favor al hijo de los vecinos, un joven en paro de veinticuatro años. Veía demasiado *Mujeres desesperadas*. Seis meses después se divorciaron y ahora ella vivía de alquiler en un apartamento de Minneapolis. Lo único bueno de su matrimonio era su hija, Anne, pero se encontraba lejos, haciendo un curso de posgrado en San Diego. Estudiaba biología marina, y Abel se atribuía felizmente el mérito por los años que ella había pasado, de niña, sentada con él frente a la pecera.

Unos años atrás, pasarse una noche entera trabajando como tuvo que hacer con el asesinato de Sorenson habría hecho que se resintiera durante días, pero ahora estaba en mejor forma de lo que se había sentido en décadas. Desde el divorcio, había empezado a correr: en la estación cálida recorría los senderos de la Universidad de Maryland, y en invierno usaba una cinta que tenía en la habitación. Había perdido quince kilos y ahora se entrenaba para el maratón. En la oficina central le decían que estaba demacrado y esquelético, lo cual le ponía furioso, pues nadie parecía apreciar su esfuerzo para modelar el cuerpo.

Abel se tumbó en el sofá junto a la pecera y durmió media hora, lo suficiente para despejarse. Después corrió una hora en la cinta; el runrún del motor y el ruido de sus pasos le ayudaban a aclararse las ideas. Stride le había acusado de no ver el caso con perspectiva, pero eso era una gilipollez: Abel dedicaba mucho tiempo a pensar cuando afrontaba una nueva investigación. La diferencia era que Stride trataba de pasar por encima de los hechos para meterse en la cabeza de la víctima y en la del asesino. Para Abel, tener perspectiva no consistía sino en unir las piezas del rompecabezas a partir de lo que encontraba. Pruebas y testigos. Cosas que pudiera tocar, ver y oler.

La perspectiva general, en este caso, le llevaba en una única dirección: Maggie. Sabía que el hecho de que no hubiera ninguna prueba de la presencia de una tercera persona en la casa no quería decir que no hubiese estado allí; pero también sabía que la respuesta más lógica y obvia a un crimen era normalmente la correcta. Había que

dejar a un lado las teorías conspirativas, eso era para los abogados defensores. Oswald mató a Kennedy. Solo. Había que aceptarlo.

Abel estaba preparado para superar cualquier obstáculo. No tenía nada contra Maggie y no sentía ningún deseo de endosarle el crimen; pero el sentido común le decía que era ella quien, casi con toda seguridad, había apretado el gatillo. Porque así era en el 99% de los casos.

Como Nicole. Con ella, Abel había aprendido que todo el mundo es capaz de cualquier cosa, incluso un buen policía. Él se había negado a creer que su compañera fuera capaz de cometer un asesinato, así que ignoró las pruebas a pesar de que éstas iban acumulándose. Nicole era psicológicamente frágil; acababa de regresar de una baja por matar a un hombre mentalmente perturbado en el puente Blatnik. El marido de Nicole tenía una aventura y ella había amenazado con usar la violencia si no le ponía fin. Se encontraron dos cabellos de Nicole en el apartamento donde aparecieron su marido y su novia, desnudos y asesinados a tiros con la pistola del marido. Era prueba más que suficiente para condenarla.

Cuando el jurado la declaró culpable, Abel aceptó finalmente el hecho de que Nicole había hecho lo que cualquier otro sospechoso: mentirle para salvar el pellejo. Stride tendría que aprender la misma lección.

Seguramente, éste pensaba que Abel estaba resentido porque lo habían echado. Era innegable que le había molestado dejar su cargo de teniente, pero para ser sincero no lo echaba de menos. K-2 tenía razón: Abel odiaba supervisar a la gente y adjudicar misiones. No estaba preparado para perder el tiempo motivando a los policías, un colectivo, por otro lado, muy difícil de motivar. Odiaban a la administración por sistema; el papeleo y los trámites coartaban su libertad de movimientos, y se les cuestionaba cada vez que tenían que emitir un juicio rápido. Abel sabía todo eso. Él también era así, pero tenía malas pulgas y su propia forma de llevar los asuntos, y si iba a ser el jefe, tendrían que hacer las cosas a su manera. Pero nadie le había hecho caso.

Estaba más contento sin esos dolores de cabeza. Lo único que le molestaba era la devoción que los demás policías sentían por Stride... y que a él a duras penas le toleraran. Sabía que era una persona difícil, y además un solitario. Era arisco y cerrado, pero nadie se esforzaba con él como lo hacían con Stride.

Stride era humano; cometía errores. En este caso en concreto los estaba cometiendo, sencillamente porque no podía concebir la traición. Nunca había sorprendido a su mujer en la posición de la vaquera invertida con un hombre al que doblaba la edad. Demonios, Abel ni siquiera conocía el nombre de la postura hasta que su abogado se lo explicó en los trámites del divorcio. Estaba claro que su mujer nunca la había practicado con él mientras estuvieron casados.

Cuando sorprendió a su mujer en la cama con otro hombre, Abel entendió cómo

una persona normal y corriente podía atravesar el límite. Igual que Nicole. Igual que Maggie. Había apuntado a ambos con su pistola y estaba dispuesto a disparar; lo único que les salvó fue que, en el silencio expectante en el que sus miradas se cruzaron, Abel pudo oír el gorgoteo de la pecera del comedor. Había algo en ese sonido que lo tranquilizaba. Perder a sus peces habría sido peor que perder a su mujer, así que guardó el arma y se buscó un abogado.

Maggie debería haber tenido peces.

Abel se afeitó y se duchó después de correr, y se puso colonia en la cara. Ésa era otra de las cosas por las que los polis le tomaban el pelo: decían que olía como un gigoló recién aseado. Como si eso fuera un crimen. Se puso un viejo traje marrón y se metió en su gabardina. No era lo suficientemente cálida para febrero, pero desde que había empezado a correr con regularidad, cada vez le importaba menos el frío.

Hora de saltar obstáculos.

Empezó por la oficina de Eric. Era el dueño de MedalSports, una firma con sede en un complejo industrial gris y monótono en una calle cercana al aeropuerto, además de poseer otras empresas que producían suministros médicos, componentes aeronáuticos, equipamiento náutico y comida congelada. Pequeños aviones sobrevolaban por encima de su cabeza cuando Abel entró en el aparcamiento. El edificio de una planta, pintado de color marrón chocolate, tenía varias zonas de carga donde los camiones de distribución permanecían apostados contra las plataformas. El aparcamiento estaba a rebosar.

Encontró una puerta de cristal que llevaba a las oficinas del edificio. La recepcionista estaba hablando por teléfono en español. Debía de tener veintitantos años y llevaba el pelo corto, con unos graciosos rizos que le caían sobre la frente. Su rostro ovalado era muy expresivo, y su sonrisa efervescente aparecía y desaparecía como la luz de una bombilla. Pese a que no sabía español, Abel creyó adivinar que estaba hablando de la muerte de Eric, pues las emociones se sucedían sobre su rostro como el ciclo de las estaciones. Primero, una brillante sonrisa, y luego el destello de unas lágrimas que se enjugó. En la oficina hacía frío y la chica llevaba puesto un grueso chaleco rojo sobre una camiseta naranja. Le ofreció una sonrisa triste, tapó el auricular con la mano y le dijo en inglés que lo atendería en un momento. Abel sintió la calidez de sus suaves ojos castaños cuando ella le miró; le recordó su soledad y que su hija se encontraba lejos.

La diminuta sala de espera era funcional, con un sofá barato de rota, una cafetera blanca que descansaba sobre un archivador junto a un montón de tazas de plástico y una mesa de centro barnizada con algunas revistas deportivas. Podía oír el ruido de la fábrica a través de la puerta que comunicaba con el taller.

Examinó las fotografías enmarcadas que colgaban de la pared y mostraban a Eric

en los Juegos Olímpicos quince años atrás, con su bañador Speedo y una medalla de bronce alrededor del cuello. Era un hombre físicamente imponente, de casi dos metros de altura, de pecho musculoso y lampiño y con el cabello tan rubio que casi parecía blanco. Las demás fotografías eran más recientes y mostraban a Eric con una serie de medallistas de los Juegos de Invierno, desde patinadores hasta esquiadores de eslalon, pasando por equipos de *bobsleigh*. Todos vestidos con equipamiento de MedalSports. Abel reparó en la buena forma en que se había mantenido Eric, que se había dejado crecer el pelo y llevaba la melena peinada hacia atrás.

—Era muy guapo —dijo la telefonista mientras colgaba el auricular—. Lo vi en los Juegos Olímpicos de Barcelona cuando era una niña. Mis padres me llevaron; vivíamos en Sevilla.

Abel soltó un gruñido.

—No es usted periodista, ¿verdad? —le preguntó ella.

Hablaba inglés con acento pero se la entendía bien.

Abel negó con la cabeza y se presentó. La recepcionista le dijo que se llamaba Noemí Alba.

Noemí se inclinó sobre el mostrador.

—¿Es cierto lo que han dicho por la televisión, que su mujer le disparó? Es muy triste.

—Aún estamos tratando de averiguar lo sucedido —contestó Abel—. Necesito que me responda a algunas preguntas.

—Claro, por supuesto.

—¿Cuánto hace que trabaja para el señor Sorenson?

—Casi cinco años. Lo conocí en Barcelona cuando vino a la fiesta de aniversario en honor de los atletas olímpicos. El COI me designó coordinadora local del evento. Le conté las ganas que tenía de trabajar en Estados Unidos y él me dijo que necesitaba a alguien en la oficina. Fue el destino —rió, y luego añadió—: Aunque claro, yo procedo de un clima cálido, así que llegar aquí a Duluth fue todo un impacto.

Abel reparó en una fotografía de Noemí y Eric que colgaba de la pared detrás de ella, tomada obviamente frente al Estadio Olímpico. La presencia de Eric empequeñecía a la joven española, cuyos hombros rodeaba con un brazo. Abel también vio una foto más pequeña encima del escritorio, tomada en lo que parecía un pequeño jardín de una casa española. Noemí aparecía más joven, con el rostro sonriente y radiante mientras le daba un cacahuete a un enorme loro verde que descansaba sobre su hombro.

—Menudo pájaro —comentó Abel.

Noemí cogió la foto enmarcada. Su sonrisa tímida y alegre hizo que Abel pensara de nuevo en su hija.

—¡Ése es Wyki! Crecí con él; es como mi hermano. He intentado conseguir el permiso para traérmelo, pero aún está en Sevilla, con mis padres. Los loros viven mucho tiempo, así que cuando vuelva a casa Wyki estará esperándome.

«Los loros viven más que mucha gente», pensó Abel.

—¿Le gusta estar aquí?

Noemí se encogió de hombros.

—Sí, pero echo de menos a mi familia, y también mi país.

—¿Se quedará ahora que el señor Sorenson ha muerto?

—No creo. Es como una señal, ha llegado el momento de volver a casa.

—¿Cómo era el señor Sorenson? —le preguntó Abel.

—¡Oh, encantador, encantador! Nos trataba como si fuéramos de la familia.

Abel suspiró; todo el mundo se convertía en un santo después de que lo asesinaran.

—Eso me suena demasiado perfecto. Y nadie es perfecto.

—Bueno, pues lo siento, pero aquí todos le queríamos.

Ella alzó un poco el tono de voz, poniéndose a la defensiva.

—¿Y qué me dice del negocio? ¿Qué tal va?

—Oh, estupendamente bien. El señor Sorenson nos dio un extra en Navidad; no era tacaño.

Abel asintió.

—El sector industrial es duro..., mucha competencia. Y mano de obra barata y extranjera, ¿verdad? Ese tipo de cosas...

—No, no —contestó Noemí, sacudiendo la cabeza—. MedalSports elabora su mercancía para un público muy especializado. Todo está hecho a mano; sólo vendemos a los atletas olímpicos, a nadie más.

—¿Es eso suficiente para la supervivencia del negocio? —inquirió Abel en tono dubitativo—. Sólo se celebran unos Juegos Olímpicos de invierno cada cuatro años.

—Sí; sí, es verdad; pero entrenan constantemente. Además, los atletas participan también en campeonatos nacionales e internacionales. Adaptamos todos nuestros artículos a cada persona.

—¿Era el señor Sorenson el único propietario?

—Sí, fundó el negocio después de participar él mismo en unos Juegos Olímpicos. Fue medalla de bronce en estilo mariposa, ¿sabe? Yo estaba allí cuando nadó.

—¿Tenía muchas deudas?

—No lo creo.

—Necesito los nombres del contable y el abogado del señor Sorenson, ¿los tiene?

Noemí asintió.

—Sí, claro.

Se los escribió en un papel y Abel se metió la información en el bolsillo.

—Ha llegado muy deprisa a la conclusión de que lo mató su esposa, ¿por qué?

—Sólo repito lo que dicen en la tele. Yo no sé nada.

Abel frunció el ceño.

—¿Cómo voy a resolver este caso si usted esconde trapos sucios? Nunca he conocido a una secretaria que no sepa si su jefe tiene problemas con su mujer.

—Si quiere enterarse de los cotilleos, pregúntele a otro —replicó ella. Tenía las mejillas encendidas—. Por lo que a mí respecta, creo en la honestidad y la claridad.

—No es un cotilleo. Han asesinado a su jefe.

Noemí dejó caer el labio inferior.

—De acuerdo, el señor Sorenson y su mujer tenían problemas —confesó—. Les oí discutir mucho.

—¿Cuándo fue eso?

—En noviembre fue lo peor.

—¿Sobre qué discutían?

Noemí lanzó una mirada a la puerta de la oficina, como si Eric pudiera entrar y reñirla por contarle su vida a un desconocido.

—No lo sé.

—Vamos, estas paredes no son precisamente gruesas.

—Tenía que ver con el sexo —le confió, y su voz bajó de volumen al decir «sexo».

—¿Cómo lo sabe?

—La señora Sorenson gritó algo a través de la puerta.

—¿Qué fue?

Noemí soltó una risita y Abel se dio cuenta de que su amplia sonrisa era contagiosa. Se tomó su tiempo para reproducir bien las palabras.

—La señora Sorenson le llamó «pene inútil de cabeza amarilla».

Abel también intentó no reírse.

—¿Qué más dijo?

—No oí nada más.

—¿Cree que él quería divorciarse de su mujer?

—Oh, no, no —insistió Noemí—. Él la quería, de verdad.

—Que la quisiera no significa que le fuera fiel, ¿verdad?

Noemí jugueteó con sus uñas.

—Yo no me enteraba de esas cosas.

—Usted organizaba su agenda y contestaba a sus llamadas. Tenía que saber si él estaba teniendo una aventura.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo sé.

—¿Y usted? ¿Cuál era su relación con el señor Sorenson?

Ella entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir si había algún tipo de relación personal entre ustedes. ¿Esperaba él algún favor como contrapartida por haberla traído a Estados Unidos?

Abel pensó que Noemí saltaría furiosa de la silla y le daría un bofetón.

—¡No! Me trajo aquí para ayudarme, eso es todo. No hay nada más. Me contrató porque conozco bien las Olimpiadas gracias a mi trabajo en Barcelona.

—Usted misma ha dicho que era muy guapo. Los hombres guapos atraen a las mujeres.

—Eso es cierto —dijo Noemí con cautela—. Antes de casarse, le vi con varias mujeres muy glamurosas. Algunas eran modelos.

—¿Y después de casarse?

Noemí hizo una mueca, como si aquello no fuera asunto de nadie.

—A un hombre así le persiguen las mujeres.

—¿Quién? Quiero nombres.

—No lo sé. El señor Sorenson no me hubiera contado algo así.

—Me da la sensación de que me está ocultando algo, Noemí.

—No, no. El señor Sorenson era discreto.

Abel suspiró.

—¿Venía alguna otra mujer a verle a la oficina?

Noemí dudó.

—A veces.

—¿Quién?

—Hay una mujer que viene cada pocas semanas. Alta, con el pelo rojo. Es mayor, debe de tener unos cuarenta años. Su actitud era muy... amistosa, el uno con el otro.

—¿Nunca le preguntó quién era?

—Bueno, una vez ella vino y el señor Sorenson estaba al teléfono. Cuando le pregunté su nombre me contestó: «Dile que es la chica alfa». A ella le pareció divertido.

—Y eso ¿qué demonios significa?

—No lo sé.

—¿Había más mujeres?

Noemí pareció muy preocupada.

—Sí.

—¿Su mujer lo sabía?

—No lo sé. El señor Sorenson viajaba mucho, y a veces su mujer llamaba y preguntaba dónde estaba. Y con quién.

—¿Hizo algún viaje personal últimamente?

Noemí asintió.

—Sí. Estuvo en Saint Paul el fin de semana.

—¿Haciendo qué?

—No me lo dijo. Le hice una reserva en el hotel Saint Paul. Estuvo fuera todo el fin de semana y volvió el lunes por la tarde. Estaba alterado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Habló de una obra de teatro que había visto en el Ordway, pero aparte de eso, no me contó nada del viaje.

—¿Qué pasó después de que regresara el lunes?

—No se quedó mucho tiempo en la oficina. Luego estuvo aquí el jueves y el viernes, pero tuvo la puerta cerrada casi todo el día.

—¿Habló ayer con su mujer?

—No lo sé.

—¿Qué hay de su agenda? ¿Qué citas tenía?

—No tenía ninguna reunión durante el día, pero me pidió que organizara una cita ayer por la noche.

—¿Tenía una cita con alguien ayer por la noche? ¿Fuera del horario laboral?

Noemí asintió.

—¿Era una mujer?

—No, era un doctor de la cabeza, ya sabe, un psiquiatra. Su nombre es Tony Wells.

—¿Tony? —preguntó Abel, sorprendido.

—Sí, eso es.

Abel conocía a Tony Wells. Era el principal elaborador de perfiles en los casos de crímenes sexuales con que contaba el departamento. También hacía terapia postraumática para muchos de los policías y las víctimas de crímenes de la zona.

—¿El señor Sorenson estaba viendo a Tony con carácter profesional? —preguntó Abel.

—Oh, no. El señor Sorenson no necesitaba a nadie así, era sólido como una roca. Era su mujer. El señor Sorenson me explicó que llevaba unos meses viendo a un doctor de la cabeza.

Capítulo 9

Stride encendió un cigarrillo mientras esperaba en el porche del apartamento de Tanjy Powell. Era el primero del día, y ya casi estaba anocheciendo. El viento despeinaba su pelo moreno y ondulado. Echó un vistazo al cielo, que era una mezcla agitada de marrones y azules. Después de unos segundos, se volvió hacia la puerta amarilla y llamó con el puño; luego escuchó con cuidado. Dentro no se oía absolutamente nada.

Según Lauren Erickson, Tanjy no había ido a trabajar desde que salió de la tienda de ropa el lunes por la tarde. Por lo visto, tampoco estaba en casa.

Bajó del porche y observó el viejo edificio Victoriano. Las ventanas tenían los postigos cerrados. Nadie le espiaba. La casa era una reliquia y necesitaba una mano de pintura y un tejado nuevo. Duluth era una ciudad de barrios antiguos y hermosas residencias como aquélla, que reflejaban la riqueza y el esplendor que había tenido la ciudad en su apogeo, cuando la taconita fluía como un río y llenaba las arcas de toda la región norteña. Ahora, ese río era apenas un hilillo de agua, y eso se reflejaba también en las casas. Al contrario que las Ciudades Gemelas del sur, que presumían de sus nuevos suburbios con sus jardines cuidados con esmero, Duluth se había quedado con sus casas viejas y su gloria decadente. Stride lo prefería así. No le importaba que los suelos estuvieran inclinados y las puertas colgaran de los marcos. Odiaba las casas prefabricadas.

Rodeó los cimientos de piedra para dirigirse hacia la parte de atrás y fue a parar a un jardín trasero del tamaño de un sello. La casa daba a un callejón y a los patios traseros de las construcciones de la calle adyacente. Su estado de conservación era pésimo, muchas estaban subdivididas y habían sido reconvertidas en pequeños apartamentos para estudiantes y enfermeras. Una tumbona de verano estaba enterrada bajo la nieve. Una barbacoa de carbón yacía oxidada. Vio huellas de animal que atravesaban el camino. Las dos ventanas de un garaje con espacio para un solo coche estaban rotas. Avanzó con dificultad hacia allí y miró dentro: había trozos de hielo sucio y gris, y ningún coche.

Fue hacia la puerta de atrás, llamó con los nudillos y gritó:

—¡Tanjy!

Empujó con fuerza la puerta con el hombro. Estaba cerrada con llave. Intentó ver algo a través de los postigos blancos, pero los habían cerrado bien.

Miau, oyó a sus pies.

Miró hacia abajo y se encontró con un gato gris de pelo largo y apelmazado por la nieve y la suciedad que se frotaba contra su pierna. Stride se agachó, le rascó la cabeza y fue recompensado con un ronroneo. El gato se paseó por todo el porche trasero y desapareció dentro de la casa a través de una de las ventanas. Stride le siguió mientras se ponía los guantes. Encontró un agujero irregular, lo

suficientemente grande para introducir la mano y abrir la ventana. La empujó y consiguió meterse por el marco. Se encontró en un vestíbulo oscuro y estrecho que llevaba a la cocina. Había dos cuencos para el gato en el suelo junto a la pared, ambos vacíos.

—¡Policía! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

El aire del apartamento estaba viciado, como si llevara cerrado muchos días. Stride comprobó la cocina y no olió restos de comida. El fregadero estaba vacío. Volvió sobre sus pasos y siguió por el vestíbulo hasta la sala de estar, donde se encontró con una cruz de más de medio metro colgada en una pared blanca. Bajo la cruz vio montones de partituras de música cristiana sobre un desvencijado piano vertical.

También vio una fotografía de Tanjy con sus padres sobre una mesita auxiliar de metal marrón y cristal. Éstos habían muerto el invierno anterior en el puente Bong a Wisconsin, cuando un velo de niebla cayó inesperadamente sobre el arco provocando un choque en cadena. Stride cogió el marco y miró la foto. Tanjy tendría veintitantos años, casi treinta, llevaba el pelo largo y negro y estaba delgada. Su padre era blanco, y su madre negra, y los rasgos de color café de Tanjy estaban perfectamente proporcionados. Sus cejas finas y angulosas la hacían parecer malvada. Al sonreír se le formaban hoyuelos en las mejillas, y el brillo de sus ojos marrones hizo pensar a Stride que se estaba riendo de un chiste que sólo ella conocía. Los hombres reaccionaban ante ella como si fuera una especie de enigma erótico que desearan descifrar. Cuando acudió por vez primera a la oficina central, Stride observó que los oficiales del departamento de detectives se ponían tan nerviosos como adolescentes tartamudos.

Tanjy le contó una historia terrible: la habían secuestrado en la rampa de un garaje de la calle Michigan un viernes por la noche a principios de noviembre. El hombre le vendó los ojos y la amordazó, la ató con firmeza y la llevó al Grassy Point Park, una zona verde pequeña y desierta que se adentraba en la bahía de Saint Louis. El parque estaba a la sombra del arco del puente Bong, donde habían muerto sus padres. El hombre la había atado de pies y manos a la valla que separaba el parque de las vías del tren del puerto. Cuando le quitó la venda, ella pudo ver los trenes cubiertos de grafitos y las negras montañas de carbón. Le cortó la ropa hasta dejarla desnuda y congelada, suspendida sobre la valla, y la violó por detrás. Cuando terminó, la dejó allí junto con el coche. Ella dijo que todo estaba planeado: que él tenía otro vehículo esperándole en el parque, aunque no había podido verlo, como tampoco pudo describir al violador. Al final mordió la cinta adhesiva y consiguió liberarse.

Tanjy dijo que había ocurrido el miércoles por la noche. Era viernes cuando

acudió a Stride para denunciar la violación. Iba arreglada e impecablemente vestida. No lloró ni alzó la voz ni mostró ninguna emoción mientras describía lo ocurrido. Rechazó someterse a una exploración física y les dijo que ya había ido a una clínica por su cuenta. Era como si el ataque le hubiera ocurrido a otra persona.

Si Stride se hubiera presentado entonces en casa de Tanjy, habría visto los iconos religiosos y habría reconocido la imaginería de la crucifixión en la imagen de Tanjy atada a la valla. Eso le habría dado la primera pista de que algo iba mal.

La violación de Tanjy fue noticia de primera plana en los medios de comunicación de Duluth. Las violaciones no eran algo habitual y aterrorizaban a la ciudad. Dos días después, sin embargo, el diario publicó una entrevista con un joven corredor de bolsa llamado Mitchell Brandt, un antiguo novio de Tanjy que describió la obsesión de ésta por las violaciones, con detalles explícitos y morbosos: el modo en que ella simulaba que él la estaba violando siempre que se acostaban; que se masturbaba cada día en la ducha fantaseando con que la violaban, y que colgaba relatos y poesías eróticos en internet con historias de abusos sexuales en manos de desconocidos.

Con el transcurso de los días, Tanjy se convirtió en una paria y la historia se propagó a nivel nacional. Se convirtió en blanco de las bromas de Jay Leno, el *Saturday Night Live*, los canales de noticias por cable, los vídeos de YouTube y docenas de *bloggers*. La ciudad dejó de apoyarla. Una semana más tarde, Tanjy se encontró a Stride en una cafetería y admitió lo que él ya sospechaba: que se había inventado toda la historia. Nunca hubo violación; fue una fantasía.

Stride quiso presentar cargos contra ella por presentar una denuncia falsa ante la policía, pero la presión de K-2 le hizo desestimar la idea y la historia desapareció de los titulares. Tanjy se hundió.

Stride la llamó unas semanas después. Aún estaba enfadado con ella, pero también le preocupaba que sufriera una crisis a raíz del aluvión de críticas por parte de los medios de comunicación. Tanjy le agradeció la llamada con su voz sedosa, aunque rechazó la ayuda de Stride. De algún modo él se alegró de ello, pero no descubrió nada nuevo con llamarla: estaba tan tranquila y fría como de costumbre. El mismo enigma erótico de siempre.

Y ahora había desaparecido.

En su apartamento no había nada fuera de lugar. No había pruebas de violencia ni de altercados. En lo primero que pensó fue en el suicidio, así que abrió bien los ojos por si veía una nota; pero si Tanjy se había largado, no había dejado ningún mensaje. Tampoco se había llevado muchas cosas: su ropa estaba cuidadosamente colgada en el armario y en el tocador de su habitación. La maleta también estaba allí, pero no encontró ningún monedero ni cartera ni llaves.

Stride se sentó en el borde de la enorme cama, cubierta por un edredón rojo y cojines con flecos a juego. Examinó los libros de las estanterías que había junto a la cama: textos religiosos, un montón de novelas románticas, libros de cocina vegetariana y ensayos de psicología sobre las violaciones. Y por supuesto, *El código Da Vinci*. La cama resultaba cursi y conservadora, con otra imagen de Jesús colgada sobre la cabecera. Se imaginó a Tanjy sumergida en sus fantasías sobre violaciones bajo la cruz. Quizás en eso residía parte de la gracia: una mezcla prohibida de sacrificio y sacrilegio.

Buscó en su escritorio una agenda, convencional o electrónica, pero no encontró ninguna de las dos cosas. La mesa estaba limpia y ordenada, con una carpeta de papel de manila para las facturas, otra púrpura de Byte Patrol con instrucciones para el ordenador portátil, una pila de estuches de software y una colección de revistas de moda, como *Elle* o *Vogue*. Aquello encajaba con ella: Tanjy trabajaba en una tienda de ropa cara, y tenía el mismo aspecto que muchas de las modelos de las revistas.

Stride encendió la lamparita de mesa y cogió un pequeño taco de papel de notas por ver si encontraba indicios de cualquier cosa que Tanjy hubiera escrito. Consiguió descifrar un número de teléfono, pero cuando lo marcó en su móvil, se encontró hablando con la tienda local de Whole Foods.

Puso en marcha el ordenador portátil. Tanjy no utilizaba el Outlook para el correo electrónico, lo cual quería decir que probablemente tenía cuenta en un servicio por internet; aquello dificultaría el acceso a sus mensajes. No había ninguna cita señalada en el calendario. Comprobó su carpeta de Favoritos en internet y negó con la cabeza al encontrarse con una combinación de páginas cristianas y de pornografía dura, entre ellas direcciones sobre violaciones con imágenes brutales y perturbadoras de mujeres atadas y humilladas.

Al echar un vistazo a los documentos recientes, hizo clic en el primero, un documento de Word titulado ISLA. El texto apareció en la pantalla.

Los nativos ataron a Ellen, con los brazos y las piernas extendidos, a unas estacas clavadas en el barro. Uno por uno, se turnaron para violarla con sus lenguas perforadas. Ella les suplicó que parasen:

—¡No, no! —gritó—. No podéis hacer esto.

Pero no escucharon sus súplicas desesperadas. A su pesar, sintió que el más intenso de los orgasmos manaba de ella.

Stride cerró el archivo y comprobó los demás documentos, todos de un estilo semejante. Se preguntó de nuevo cómo conciliar la tranquila y callada chica que había ido a la comisaría con las explícitas fantasías de sumisión que poblaban su mente.

Apagó el ordenador: allí no había nada que pudiera darle una pista de los motivos de la desaparición de Tanjy... si en efecto había desaparecido. No era extraño que

alguien se metiera en el coche y sencillamente se largara. Había gente que tomaba esa decisión, y en algunos casos elegían no volver.

Stride notó que la casa se combaba y oyó un golpe en algún lugar de la parte de atrás del apartamento. Se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta del dormitorio. Escuchó. Se oían unas pisadas cautelosas cerca de la ventana por la que él había entrado.

—¡Eh, tú! —gritó una joven voz masculina—. ¿Qué ocurre? Sé que estás ahí.

Stride salió al recibidor y vio a un joven de veintitantos años blandiendo nerviosamente un palo de golf como si fuera un arma.

Al verle, el chico casi pegó un salto.

—¡He llamado a la policía! ¡Estarán aquí en cualquier momento!

—Ya están aquí —le dijo Stride mientras le mostraba la placa—. ¿Quién eres?

—Oh, mierda, lo siento.

Llevaba unos pantalones grises de deporte, una camisa de franela por fuera, enormes botas desatadas y un voluminoso gorro de piel levantado por delante y con orejeras que le colgaban a ambos lados de la cabeza, parecía un sabueso.

«Vivo en la tierra de los sombreros estúpidos», pensó Stride.

—¿Cómo te llamas? —repitió Stride.

—Lo siento. Soy Duke, Duke Andrews.

Incluso el nombre parecía de perro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Duke se subió las gafas de montura oscura, que le habían resbalado por la nariz. Llevaba una escasa perilla en la barbilla y tenía una ristra de granos en las mejillas que semejaban la Osa Mayor.

—Vivo en la casa de al lado. Mi habitación da al patio. Le he visto entrar y he pensado que podía ser un ladrón.

—Te voy a dar un consejo, Duke, no trates de enfrentarte tú solo a un ladrón. Deja que se encarguen los polis.

—Sí, sí, es verdad. Supongo que ha sido una estupidez.

Duke se estiró los pelos de su protuberante barbilla.

—Frente a una pistola, un palo de golf no te serviría de mucho, ¿no te parece?

—Ni siquiera juego al golf, tío. Qué gilipollez, ¿eh?

—¿Sabes quién vive aquí? —preguntó Stride.

Duke asintió ansiosamente mientras se mordía una uña.

—Oh, sí, claro, esa chica que salió en las noticias, ya sabe, la de la violación, Tanjy. Parece un diminutivo de mandarina^[6]. Un nombre extraño.

—¿La has visto últimamente?

—No desde hace un par de días.

—¿Recuerdas exactamente cuándo fue la última vez?

Duke no tuvo ni que pensarlo.

—El lunes por la noche. La vi salir con el coche alrededor de las diez.

—Parece que la vigilas de cerca.

—¿Qué?

Duke estaba nervioso y agitaba los pies. Stride era más alto, y el chico pareció menguar de tamaño cuando el otro se le acercó.

—¿Qué crees que encontraría si fuéramos ahora a tu casa? ¿Un telescopio enfocado a la habitación de Tanjy? Son mejores que los prismáticos para espiar, ¿verdad? Te dejan las manos libres.

—Eh, ¿qué está diciendo? Nada de eso.

Duke miraba la puerta como si quisiera precipitarse y huir a través de ella.

—Escúchame, coge tu telescopio y que a partir de ahora enfoque a las estrellas, ¿me has entendido? No quiero tener que denunciarte por fisgón. Pero en este momento necesito saber qué clase de cosas has visto en la habitación de Tanjy.

Una pequeña sonrisa de excitación afloró a los labios de Duke, que se tiró de los pantalones.

—Oh, tío, es brutal. No lo creerías.

—Inténtalo.

—Esa chica es mejor que una estrella del porno. Siempre duerme en pelotas y se corre cada noche. Debería vender entradas, tío, me daría para pagar el alquiler.

—¿Qué me dices de las visitas?

—Nadie en la habitación, no desde que la miro.

—¿Y cuánto hace de eso? —preguntó Stride.

—Me mudé a mi apartamento a principios de diciembre. No tardé mucho en darme cuenta de que el lugar tenía unas vistas magníficas.

—¿Tienes alguna idea de adónde se fue el lunes?

Duke se quitó el gorro y se rascó la cabeza. Su pelo negro estaba despeinado.

—Ni idea. Yo sólo la miro. No la conozco.

—¿Estaba sola?

—¿Cuando se fue? Sí.

—¿La has visto alguna vez con alguien?

—¿Quiere decir con algún tío? Sí, había uno en Navidades. Les pude ver hablando en el porche trasero, y últimamente le he visto algunas veces por aquí. Supongo que será su nuevo novio. Un tipo con suerte, ¿eh? Esperaba pillar un poco de acción, pero deben de hacerlo en casa de él.

—¿Qué aspecto tiene?

—Imponente, incluso más alto que usted. La clase de tío con el que esperas que salga una chica así. Ésas no se fijan en los tipos como yo, estropearían su herencia genética. Aunque algunas de estas modelos se han casado con auténticos adefesios,

¿lo sabía? Eso me da esperanzas, aunque lo siento por sus hijos, parece que siempre salen a la mitad mala.

—Cuéntame más del tipo que viste.

Stride tenía un mal presentimiento.

—No hay mucho que contar —replicó Duke—. Muchos músculos, ropa elegante... Ah, sí, y el pelo largo; largo y rubio. Más largo que la mayoría de las chicas.

—¿Y ése es el tipo al que viste con Tanjy?

—Ése es el tipo.

Stride sintió deseos de maldecir en voz alta. Duke acababa de describir al marido de Maggie, Eric.

Capítulo 10

Maggie iba descalza y se abrazaba las rodillas con las piernas dobladas. Tenía el pelo sucio. Parecía una niña perdida en aquel sillón enorme que la hacía parecer aún más pequeña de lo que era. Las llamas del fuego se reflejaban en su ojos, fijos y perdidos en la lejanía.

—Aún se nota, ¿verdad? —preguntó, oliendo el aire.

Serena no olía nada.

—¿El qué?

—El sudor de los polis. Y el líquido para las huellas dactilares. Han pasado dos días, pero aún puedo olerlo.

Serena pensó que Maggie se estaba imaginando cosas, pero se abstuvo de decirlo.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—No mucha.

—Tengo trucha ahumada en el coche.

Maggie hizo una mueca.

—¡Puaj!

—¿Puaj? Fuiste tú la que hizo que empezara a comer esas cosas.

—Últimamente lo he dejado —dijo Maggie.

Serena estaba tumbada en el sofá del estudio de Maggie. Era una habitación masculina, con paneles de nogal y una cabeza de ciervo con ojos de cristal colgada de la pared. Los sofás eran de cuero negro. Un reloj de pie emitía un tictac hipnótico desde las sombras. El fuego proyectaba un semicírculo de calor. Serena llevaba allí una hora, pero apenas habían intercambiado algunas palabras.

—Jonny lamenta no poder venir —comentó.

—Sí, parece que soy una leprosa —replicó Maggie—. No te acerques demasiado a mí, podrías pillar algo.

—Si hay algo que él pueda hacer por ti, lo hará —le aseguró Serena.

—¿Y qué podría hacer? Éste es el show de Abel Teitscher.

Serena sabía que era verdad.

—¿Ha hablado Abel contigo?

—Oh, sí. Ayer estuvo tres horas aquí. Me trató como si no fuera más que uno de los camellos de la calle Primera con Lake. Me quiere ver colgada de la pared, como este Bambi de aquí arriba. Abatida y disecada. Esto es como un *deja vu* para Abel: su compañera Nicole resultó ser culpable de asesinar a su marido, así que yo también tengo que serlo.

—Quizá no deberías hablar con él —le advirtió Serena.

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué pensarías tú de un sospechoso que se cerrara en banda y contratara a un abogado?

—Que es culpable.

—Exacto. Yo no lo hice, así que la verdad no puede herirme, ¿no? Por eso dejé que Abel me interrogara. Ya sé que soy una idiota. Hoy he llamado a Archie Gale y él me ha dicho lo mismo, así que ahora tengo abogado y no diré una palabra más.

—Abel informa directamente a Dan —dijo Serena.

—Oh, perfecto. Más buenas noticias. Será un bonito regalo de despedida para Dan y Lauren, mi cabeza en bandeja de plata.

—Ya sabes que si necesitas un investigador que siga algunas pistas, aquí lo tienes —dijo Serena.

Maggie sonrió y silbó el tema de *Los ángeles de Charlie*.

—Ja, ja —replicó Serena.

—Si fueras un ángel, ¿serías Kate, Jaclyn o Farah? —preguntó Maggie.

—Jaclyn. Fría como el hielo.

—Yo Farrah —dijo Maggie.

—Sí, claro, tú de rubia estarías muy bien.

Maggie esbozó una sonrisa.

—En serio, ¿quieres que investigue alguna cosa? —insistió Serena.

—Hablaré con Archie y te diré algo. Sabes, es muy diferente estar en el otro bando. Cualquier cosa que descubramos sobre Eric puede empeorar mi situación.

—Vale, ¿y qué hay de ti? —preguntó Serena.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a antiguos casos. Gente a la que hayas enviado al talego. ¿Podría alguien querer vengarse?

Maggie arrugó la nariz.

—No creo que haya tenido nunca nada personal con ningún acusado.

—Quizá no por tu parte, pero sí por la suya.

—¿Alguna vez te ha perseguido a ti alguno? —preguntó Maggie.

Serena asintió.

—Un par de veces. Quizá los asesinos de Las Vegas sean más propensos a ajustar cuentas; influencia de la mafia. Una vez encerré a un saco de mierda por asalto con agravantes porque estaba rajando a su novia. Tommy Luck. Un buen nombre para Las Vegas, ¿verdad? Tommy salió e intentó devolverme el favor.

—¿Te atacó?

—No tuvo oportunidad —contestó Serena—. Me acechaba, pero le pillaron en un chantaje a una tintorería antes de que pudiera matarme. Encontraron fotos mías por todo su apartamento; había cortado los ojos de la mayoría. Me había rajado con un cuchillo y había embadurnado mi cuerpo de pintura roja.

—¿Qué pasó con él?

—Está de nuevo pudriéndose en la cárcel.

—No creo que haya un Tommy Luck en mi pasado —reflexionó Maggie.

—Entonces alguien debía de tener algún motivo para matar a Eric.

—Me alegro de que pienses eso. La mayoría de la gente cree que todas las pruebas apuntan hacia mí. Le maté por el dinero. Le maté porque estaba teniendo una aventura. Le maté porque yo estaba teniendo una aventura.

Maggie agachó la cabeza y se apartó el pelo de la frente.

Serena no estaba segura de hasta dónde podía presionarla.

—No hace falta ser un adivino para saber que vosotros dos teníais problemas.

—No puedo hablar de eso, mi abogado me mataría.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar, ya lo sabes. Hay algo que te preocupa desde hace semanas. ¿Se trata de Eric? ¿Estaba liado con alguien?

Maggie puso los ojos en blanco.

—Para Eric, las mujeres eran como patatas fritas. No te puedes follar sólo a una.

—¿Y tú qué? ¿También tenías una aventura?

Maggie tenía la barbilla apoyada en las rodillas. Ladeó la cabeza y miró a Serena de soslayo.

—Eric creía que sí.

—¿Y eso?

—Estaba convencido de que me acostaba con Stride.

Estaban pisando terreno delicado.

—Sé lo que sientes por Jonny —le dijo Serena con suavidad.

—Y yo sé lo que él siente por ti.

Había un rastro de amargura en su voz. Se habían convertido en íntimas amigas, pero Serena sabía que a Maggie le contrariaba lo deprisa que Jonny le había dado la vuelta a su vida para estar con ella. No había hecho lo mismo para estar con Maggie, ni siquiera después de que muriera su primera esposa.

Serena también estaba celosa. A veces se sentía como una extraña cuando estaban los tres juntos. Maggie compartía una amistad tan sencilla con Stride, y habían vivido tantísimas cosas juntos...

—No debería estar hablando de esto —añadió Maggie—. Si Eric creía que yo tenía una aventura, razón de más para cargármelo.

—Pero no la tenías.

—No, pero si él lo creía, podría haber decidido dejarme, ¿no? Abandonada y sin dinero. Eso es lo que pensará Teitscher.

—¿Eric estaba planeando abandonarte? ¿Era ése el problema?

Maggie resopló.

—No, eso es lo más irónico de todo. Eric dijo que haría cualquier cosa para que todo volviera a funcionar bien. Me quería, lamentaba sus errores, estaba comprometido conmigo y guardaría su pajarito en los pantalones. Encantador, ¿no

crees?

—¿Pero...?

—Pero yo estaba planeando abandonarle a él. No matándolo, Serena; iba a divorciarme de ese cabrón. Pensaba decírselo la noche que lo asesinaron.

—¿Quieres explicarme por qué?

—Digamos que estaban ocurriendo cosas con las que no podía tragar.

—¿Como qué?

Maggie negó con la cabeza.

—No voy a entrar en eso.

Serena insistió:

—Hace unos meses me preguntaste sobre sexo. Tuve la sensación de que Eric te estaba pidiendo cosas con las que no te sentías cómoda.

—Déjalo, ¿vale? Por favor —alzó la voz.

—Lo siento —se disculpó Serena, y añadió—: ¿Vas a pedir ayuda?

—¿Qué te hace pensar que la necesito?

—Vamos, Maggie...

Ésta negó con la cabeza.

—No, no he vuelto a hablar con Tony desde antes de Acción de Gracias.

—¿Por qué no?

—Ya superé lo del aborto, estoy bien. He dejado atrás esa parte de mi vida.

Serena se sentía frustrada.

—No has dejado nada atrás. Estabas lo suficientemente enfadada por algo como para lanzarte a pedir el divorcio, y ahora alguien ha matado a tu marido.

—Claro, entonces «ve a ver al psiquiatra» —dijo Maggie con sarcasmo—. Eso te ayudará. Dame otra razón, Serena. Estoy loca, quizá pueda declararme no culpable por enajenación mental.

—No quería decir eso.

—Lo sé. —Maggie levantó las manos en señal de rendición—. Siento ser un grano en el culo. Te prometo que iré a ver a Tony de nuevo cuando esté preparada. Pero en este momento, soy incapaz de enfrentarme a nada de todo eso.

Capítulo 11

El sábado por la mañana, Stride aparcó su Bronco en una plaza de aparcamiento del gimnasio 24/7 de Miller Hill. El edificio se abría a la calle a través de una serie de ventanales que se alzaban desde el suelo hasta el techo y que le permitieron ver a media docena de veinteañeras con los tops de deporte sudados, corriendo en las cintas mientras escuchaban sus iPods. El ritmo y el ruido de las máquinas le dejaron sordo al entrar. Vio torsos torneados y olió a transpiración. Stride escudriñó las caras enrojecidas en busca de Mitchell Brandt, el ex novio de Tanjy, y el hombre que había destapado ante la prensa los secretos de sus hábitos sexuales después de que ella afirmara que la habían violado. Brandt trabajaba en una empresa de inversiones en el centro de Duluth y ganaba dinero a espuestas para sus clientes jugando a la bolsa como si fuera la lotería.

Si Tanjy mantenía una relación con Eric Sorenson, Stride quería saber más de su pasado, para descubrir si la desaparición de Tanjy estaba relacionada de algún modo con la muerte de Eric. Probablemente, Brandt conocía a Tanjy mejor que nadie.

Stride encontró al agente de bolsa en una máquina de pesas de la parte trasera del gimnasio y fue hacia él en zigzag, sorteando los aparatos de gimnasia.

—¿Mitchell Brandt?

Brandt continuó con su tabla de ejercicios sin mirar a Stride. Las pesas negras vibraban furiosamente mientras él subía y bajaba la barra. Llevaba una camiseta sin mangas con el logo de Minnesota Twins y unos pantalones cortos de nailon rojo. Tenía las piernas y los brazos fuertes y bien moldeados. Una pátina de sudor le cubría la piel y le había dejado una mancha en forma de V en el cuello de la camiseta.

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Stride. Soy de la policía de Duluth. Nos conocimos hace unos meses.

Brandt se sentó, respirando profundamente. Agarró una toalla blanca, se secó la cara y se la colgó sobre los hombros. Tenía unos treinta años, el pelo corto, castaño y ondulado, y una mandíbula angulosa y perfectamente afeitada. Sus ojos, de color marrón claro como el roble, miraron a Stride de arriba abajo.

—Sí, le recuerdo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría hacerle algunas preguntas.

Brandt hizo una mueca.

—¿Sobre qué?

—Tanjy Powell —le informó Stride.

—Oh. —Brandt se relajó y encogió sus anchos hombros—. Ese tema está un poco pasado, ¿no?

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Bueno, no sé cómo puedo ayudarle yo. Hace meses que no veo

a Tanjy.

—No le robaré mucho tiempo.

Brandt tiró del cuello sudado de la camiseta y la mandíbula se movió; estaba mascando chicle.

—De acuerdo. Hay una cafetería aquí al lado. Si me da diez minutos para ducharme, podemos quedar allí.

—Le estaría muy agradecido.

Brandt sacó las piernas como troncos de la máquina y se dirigió a los vestuarios masculinos. Era alto y fornido, y exhibía la actitud del macho que está de vuelta de todo, que, obviamente, las mujeres debían de encontrar magnética. Stride vio a varias chicas del gimnasio echándole una mirada a Brandt mientras éste se alejaba.

En la cafetería, Stride pidió una taza de café, cogió un periódico y se sentó a una mesa en una esquina. La desaparición de Tanjy era noticia de primera plana, pero el artículo era breve y ocupaba la parte inferior de la portada. Se citaba a Stride y sus peticiones de ayuda a cualquiera que la hubiera visto o hubiera hablado con ella la semana anterior. Aún no le había comentado a nadie, ni siquiera a Abel, la posible conexión entre Tanjy y Eric. Por ahora se había abierto una puerta trasera que le permitía estar conectado con la investigación del asesinato de Eric.

Mitchell Brandt tardó veinte minutos en aparecer. Llevaba una camisa de seda negra a juego con unos pantalones Dockers y unos mocasines negros. Pidió un café con leche desnatada con un chorrito extra de *espresso*. Exhibía los suficientes artículos de joyería (una cadena de oro de veinticuatro quilates alrededor del cuello, un reloj Omega, un anillo de zafiro, aunque no en el dedo anular) para transmitir el mensaje inequívoco de que tenía dinero. Antes de sentarse, estrechó la mano de Stride con firmeza y mostró su sonrisa de corredor de bolsa.

—¿Cómo está de dinero para invertir, teniente? —preguntó a Stride—. Estoy siguiendo la pista de algunas empresas nuevas en expansión.

—La mayor parte de mis ahorros están metidos en un fondo de pensiones de la policía.

—Bueno, pues si quiere ganar dinero del bueno, llámeme un día. Trabajo con un montón de abogados y ejecutivos de la ciudad. A mis clientes les va pero que muy bien. He hecho que la gente se fijara en algunas empresas punteras de tecnología médica de las Gemelas.

—¿Cuál es su secreto? —preguntó Stride.

—Hago los deberes. Trabajé con los tipos de Byte Patrol para producir mi propio software de investigación, lo que me permite descubrir todo lo que hay que saber sobre un negocio, bueno, malo u horrible. Sé infinitamente más sobre esas empresas que muchos de sus altos ejecutivos.

—Recordaré el dato.

Brandt dio un sorbo al café con leche.

—Así que Tanjy ha desaparecido, ¿eh? ¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha arrojado a un lago con el coche?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Tanjy no es lo que se dice una persona estable. Me recuerda a un monaguillo atrapado en una novela de Stephen King.

—Y eso ¿qué significa? —preguntó Stride.

Brandt se inclinó hacia él y bajó la voz.

—Vamos, teniente, usted leyó los periódicos. Estamos hablando de una chica que insistía en que fuera cada noche a la iglesia con ella y luego quería que la atara a la cama y le pusiera un cuchillo en la garganta mientras la golpeaba. No está bien de la azotea.

—Entonces, ¿por qué salía con ella?

Brandt esbozó una sonrisa y se abanicó con la sección deportiva del periódico.

—¿Bromea? Volvería a aceptarla ahora mismo si entrara por esa puerta. Es una mezcla de Cleopatra y Grace Kelly. El sexo con ella era extravagante, pero impíamente alucinante. Nunca he visto a una chica que tuviera un orgasmo como los suyos. Ha visto usted la escena de Meg Ryan en esa película, ¿verdad? Imagínese eso multiplicado por diez. Tanjy podía hacer que la casa temblara.

Stride se terminó el café. La mezcla era oscura y humeante, y había posos en el último trago. Reparó en el brillo de lujuria en la cara de Brandt, y se dio cuenta de que se estaba poniendo de muy mal humor.

—Si creía que ella se había inventado la historia de la violación, podría haber acudido a la policía en lugar de irle con la historia a los periódicos —le soltó Stride con frialdad.

Brandt levantó las manos.

—No se lo han contado bien, teniente. Fueron los tipos de la prensa los que vinieron a mí. Sabían lo de Tanjy antes de que yo abriera la boca. Lo juro.

—¿Cómo podían saberlo? ¿Fanfarroneó sobre ello?

—Claro, quizás un poco, pero no creo que ninguno de mis amigos se fuera de la lengua. Creo que la prensa lo sabía por la propia Tanjy. Eso sería muy propio de ella, ya sabe, explicarlo ella misma. Forma parte del papel de víctima. Mire, en cuanto oí la historia de la violación, supe que Tanjy se la estaba inventando. ¡Era como una réplica de nuestra vida sexual! Me obligaba a hacérselo en ese lugar, en el Grassy Point Park, contra la valla. Por lo que sé, allí es adonde lleva a todos sus ligues. Pero no iba a ser yo quien le aguara la fiesta. Si hablé con los periodistas fue sólo porque iban a publicar la historia de todos modos, y entonces yo habría quedado como un violador. Eso es malo para el negocio. Si iba a salir en las noticias, quería asegurarme de que todo el mundo supiera que había sido idea de Tanjy, no mía.

A Stride le costó imaginarse a Tanjy denunciando una violación y después dando un soplo a los medios para que la tacharan de mentirosa.

—¿Cómo la conoció?

—Sonia nos presentó en la tienda de ropa.

—¿Sonia?

—Sonia Bezac. Es la encargada.

Stride sintió un escalofrío.

—¿Sonia Bezac es la encargada de la tienda de Lauren?

—Sí. ¿La conoce?

Stride tuvo un flash-back erótico.

—Sí.

—No me diga que usted forma parte de... —Brandt se detuvo a media frase.

—¿De qué?

Brandt negó con la cabeza.

—Nada, olvídalo.

—¿De qué conoce a Sonia? —preguntó Stride.

—Ella y su marido son clientes míos y a veces voy a la tienda a hablar de sus inversiones; está a sólo unos portales de mi oficina. Conocí a Tanjy justo después de que Sonia la contratara y empezamos a salir.

—¿Ella también es cliente suya?

—Tanjy no tiene dinero. Su padre era sacerdote y su madre, ama de casa. Recibió una pequeña herencia a su muerte, pero se lo gastó todo en clases particulares. Tanjy nunca llevaba mucho dinero encima, pero eso no importa cuando tienes su aspecto. Los chicos te compran cualquier cosa que desees.

—¿Cuánto tiempo salieron?

—Unos cinco o seis meses. Dejamos de vernos en verano, un par de meses antes de que la historia de su violación saliera en los periódicos.

—¿Por qué rompió con ella? ¿Resultó ser demasiado cara?

Brandt pareció sorprendido.

—¿Romper yo? Ni hablar, fue ella la que me dejó a mí. Yo estaba disfrutando del mejor sexo de mi vida, teniente. Como le he dicho, si me llamara hoy mismo, estaría de vuelta en su casa esta tarde.

—Entonces, ¿por qué le dejó ella? —preguntó Stride.

—En aquel momento dijo que porque yo no quería casarme.

—¿Y por qué no quería? Ha dicho que estaba colgado de ella.

—Lo estaba, pero no en plan para siempre, con rosas, niños y monovolumen. Estaba muy contento de estar con ella mientras me sacara brillo al sable, pero ¿casarme? No, gracias. No quería levantarme un día y encontrármela con un cuchillo sobre mis partes.

—¿Tanjy era violenta?

—¿Acaso no me ha escuchado, teniente? Esa chica sólo pensaba en violencia. El sexo para ella era eso, violencia; era el único modo de que lo disfrutara. Estaba como una cabra, y a mí no me apetecía estar cerca de ella si Satán le ordenaba de repente que cortara a su marido a rebanadas.

—Ha dicho que en ese momento creyó que ella le dejaba porque usted no quería casarse —le dijo Stride a Brandt—. ¿Cree que la razón fue otra?

Brandt asintió.

—Oh, sí. A mí nunca me habían dejado antes, y fue un duro golpe para mi ego, ¿me entiende? Las chicas no suelen dejarme por otro hombre.

—¿Tanjy salía con alguien más?

—Sí. Empezó a estar ocupada las noches que debíamos vernos, y Sonia me dijo que se pasaba unas dos horas fuera a la hora de comer, demasiado tiempo. Así que me imaginé que había encontrado a un amante viejo y rico. Alguien con más pasta que yo.

—¿Le preguntó quién era?

—No, no quería descubrir que me había dado puerta por algún sesentón gordo y calvo. Así que me quedé con la explicación de «no te quieres casar conmigo», aunque fuera mentira.

—¿Está seguro de que era un farol?

—Bueno, nadie le ha puesto un anillo en el dedo, ¿verdad? Además, el modo en que se ocultaba sólo podía significar una cosa: quienquiera que fuera su ligue, estaba casado.

«Como Eric», pensó Stride.

Después de que Stride se marchara, Mitch Brandt observó al detective desde detrás de la taza de café mientras éste se subía a un Ford Bronco en el aparcamiento. Brandt había estado antes con polis, y conocía sus juegos. Te hablaban de una cosa cuando en realidad querían otra. Te soltaban alguna estupidez. A veces, si pillabas una mirada suya cuando creían que no los estabas observando, podías ver la verdad en sus ojos.

Stride no miró hacia atrás mientras se alejaba conduciendo.

Bueno, quizás en aquel caso se tratara de Tanjy y nada más. A Brandt le inquietaba la coincidencia de que la policía anduviera preguntándole cosas en aquel preciso momento. Justo cuando estaba esperando una llamada. Cuando toda su vida estaba en la cuerda floja.

Brandt sacó su Motorola Razr negro y marcó un número.

Contestó una mujer.

—Kathy al habla.

—¿Qué tal, chica alfa? —dijo Brandt.

Se imaginó a Kathy Lassiter, fría y dura con sus tacones afilados, cortando pelotas en la sala de juntas, escondiendo sus modales de chica mala bajo un traje de Brooks Brothers. Era una zorra, pero eso le gustaba. Disfrutaba con la lucha que mantenían por el control.

—Bien, ¿y tú? —replicó ella, adoptando un tono envolvente.

Brandt se imaginó sus labios rojos abriéndose en una media sonrisa y sus pezones endureciéndose como bultos rosas.

—¿Estás deseando que llegue la semana que viene? —preguntó.

—Ya sabes que sí. ¿Vas a ser tú el primero?

—Quizá te haga esperar, para poder mirar.

—Eso me gusta.

Él sonrió.

—Escucha, acerca de Infloron... —empezó.

—Por teléfono no.

—Oh, claro. Lo entiendo; perdona. Sólo me preguntaba si alguien ha estado metiendo las narices, haciéndote preguntas.

El silencio se prolongó, pero Brandt podía oír el sonido mesurado de su respiración.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Sólo quería asegurarme de que estamos a salvo.

—¿Alguien ha hablado contigo?

El trasfondo erótico de su voz había desaparecido. Se había convertido de nuevo en la abogada de empresa, tan afilada como la punta de un cuchillo.

Él dudó.

—No.

—Entonces estate tranquilo.

—Oye, si alguien empieza a seguir la pista de los papeles llegarán hasta mí, no hasta ti.

—¿Y? —la voz sonó gélida.

—Que eso no me gusta.

—Supongo que tendrás que confiar en mí —dijo ella.

—Sí, así es.

—Te veré la semana que viene; entonces podrás descargar todas tus frustraciones. Mientras tanto, no seas estúpido, ¿vale?

—Claro.

Brandt colgó.

Intentó dilucidar si Kathy Lassiter le estaba mintiendo. Ambos se utilizaban el uno al otro dentro y fuera de la cama, pero Brandt no se fiaba de Kathy. Ni un pelo. En ese momento de su vida no se podía permitir confiar en nadie. Así era como

funcionaban las cosas cuando caías en las garras de un chantajista.

Capítulo 12

Una vieja criada mexicana guió a Abel Teitscher hasta el solárium de la parte de atrás de la propiedad de Dan Erickson en London Road. Al entrar, vio preparada una jarra de plata con café, junto con un plato caliente de queso danés y cruasanes. Abel vertió el café torpemente en una taza de porcelana, y sopló para enfriarlo. Se comió un trozo de queso a toda prisa sin usar plato y se limpió los dedos pegajosos con una servilleta de papel, que luego arrugó y se metió en el bolsillo. Se sentía estúpido intentando mantener la taza en equilibrio entre el dedo índice y el pulgar, al tiempo que la notaba temblar como si estuviera a punto de caerse y causar un embarazoso estropicio en el suelo de cerámica blanca.

Abel podía sentir el frío de la superficie que pisaba a través de las suelas de sus desteñidos zapatos de piel. Una pared de cristal dividida con dibujos geométricos se abría a una amplia extensión de césped cubierto de nieve que bajaba hacia el lago. Las mansiones de la línea de la costa eran de estilo antiguo, con puertas de hierro que las aislaban de la calle, bien asentadas en enormes terrenos abiertos, y cuyo valor inmobiliario era prohibitivo. Abel supuso que el terreno en sí valía mucho más que su propia casa. Era el dinero de Lauren, no de Dan.

Percibió un reflejo en las ventanas en forma de rombo y al volverse vio a Dan bajar al solárium desde la casa principal. El procurador del condado había mandado llamar a Abel para que le pusiera al día de la investigación del asesinato de Eric Sorenson.

—Mierda, esto parece un congelador —dijo Dan—. ¿Te va bien el café, Abel? ¿Necesitas algo para entrar en calor?

—Estoy bien.

Dan se sirvió una taza. Llevaba una bata de seda azul marino sobre un pijama blanco y zapatillas de felpa negras. Abel pudo ver unos centímetros de tobillo desnudo. El pelo rubio de Dan, que normalmente estaba bien peinado con un toque de laca, aparecía desordenado y de punta. No se había afeitado, por lo que tenía una sombra amarilla en la parte inferior de la cara.

—Siento haberte hecho esperar —dijo Dan—. Esta noche he estado hablando por teléfono hasta las dos de la madrugada por lo del nuevo trabajo. Me muero de ganas de largarme a Washington. No tengo nada en contra de Duluth, pero nací en Chicago y estaría bien volver a vivir en una ciudad de verdad. Donde la comida china no se limite al menú de mediodía del Palacio del Rollito.

Abel gruñó. Él pedía comida a domicilio en el Palacio del Rollito cada lunes y le parecía condenadamente bueno.

Dan puso un cruasán y dos trozos de queso en un plato.

—Parece que no tienes muchas de ganas de charlar, ¿no? Ésa es la razón por la

que la gente cree que eres un cabrón, Abel. Piensa en ello. Estás aún más delgado que la última vez que te vi. No tendrás cáncer o algo así, ¿no?

Abel sintió cómo se le enrojecían las mejillas.

—Corro, ¿de acuerdo? Todo el mundo se esconde a hibernar detrás de esas enormes montañas de grasa, y mientras tanto mi nivel de colesterol es de 171 sin tomar ni un maldito Lipitor.

Dan se rió.

—K-2 tenía razón; te pones como una fiera con este tema.

El tipo estaba buscándole deliberadamente las cosquillas. Abel no iba a echarlo de menos en absoluto. Deseó que Dan fuera a un restaurante chino en Washington y se ahogara con su sofrito de brócoli.

—No pretendo ser impertinente pero ¿qué hago yo aquí? —inquirió Abel con impaciencia—. Normalmente no me llamas hasta que no estamos preparados para arrestar a alguien.

—¿Y qué, lo estamos?

—Ni de lejos. Los forenses no nos dirán nada hasta dentro de una semana.

—Muy bien, cuéntame qué has descubierto desde la última vez que hablamos.

Dan se sentó y dio un mordisco al cuerno de un cruasán.

—He estado investigando la situación económica de Sorenson. Su negocio tenía unos beneficios netos de siete cifras y una sólida liquidez. Su situación en el mercado es buena. No hay litigios en la empresa. Hace dos años que no despiden a ningún empleado. No hay nada sospechoso en su vida laboral.

—¿Todo el dinero será ahora para Maggie? —preguntó Dan.

—La mayor parte. He tenido acceso a su testamento; contempla donaciones benéficas y algunos bienes a dos hermanos y algunos sobrinos, en total aproximadamente unos cien mil dólares. El grueso del patrimonio pasa a manos de Maggie.

—Un buen fondo de jubilación para una agente de policía. ¿Y qué hay de la pareja feliz?

—No tan feliz.

—¿Qué dice Maggie de su matrimonio?

—Asegura que todo iba bien, pero miente. Tengo declaraciones sobre peleas y aventuras. Él ya no dormía en su cama. Si quieres saber mi opinión, iban de cabeza al divorcio.

—¿Podemos demostrarlo? —preguntó Dan.

—No en este momento. Sé que Maggie estaba viendo a un psiquiatra, Tony Wells. Sorenson fue a verle la noche que lo asesinaron.

—¿Sabemos por qué?

—Le llamé. Tony dice que no puede hacer ningún comentario a menos que

Maggie renuncie al secreto profesional.

—Eso no es muy probable —dijo Dan.

—Tony piensa que Maggie es inocente, por si eso sirve de algo —añadió Abel.

—No sirve para una mierda. ¿Qué hay de las aventuras?

—Su secretaria dice que Sorenson tenía amoríos. Aún no tengo ningún nombre.

—¿Y qué hay de Maggie? ¿También ella tiene alguno?

—He empezado a preguntar por el departamento, pero la gente no quiere hablar de ella.

—¿Está bajo vigilancia?

—Sí, es lo habitual en estos casos. Pero Maggie lo sabe, no es estúpida.

—Mantenla vigilada, de todos modos. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. No quiero que nadie diga que se le ha concedido un trato especial.

—K-2 ya lo ha ordenado.

—Si buscas aventuras, recuerda que ella siempre se ha sentido atraída por Stride —le recordó Dan.

—Todo el mundo sabe que es algo platónico.

—¿Sí? No estés tan seguro.

Abel entornó los ojos.

—¿Es que sabes algo?

—Sólo constato que han pasado la mitad de su vida juntos. Compruébalo.

—Si tú lo dices...

Abel no estaba convencido. No le gustaba Stride y Maggie tampoco le caía demasiado bien, pero eso no significaba que se acostaran juntos. Aunque él mismo también hubiera jurado sobre la Biblia que su mujer le era fiel.

—Así que su marido la engañaba y ahora va a heredar un montón de millones —dijo Dan—. El móvil no será un problema.

—Nada lo es; usó su propia arma y no había nadie en la casa. Lo hizo ella.

—Detecto bastante seguridad en tus palabras. ¿Qué hay de los residuos de arma de fuego?

—Nada por el momento, pero es una poli y sabe cómo burlar esa prueba.

—¿Alguna mancha de sangre en su ropa?

Abel negó con la cabeza.

—Estamos haciendo pruebas, pero yo no vi nada. Sucedió en su casa, pudo lavar la ropa antes de llamarnos. Demonios, podría haberlo matado en pelotas y luego darse una ducha. Ah, y también pedí que le hicieran un análisis de sangre. Estaba bebiendo café, pero olía a alcohol.

—¿Y?

—Su tasa de alcohol en sangre era de 0,7. Incluso si había dejado de beber unas horas antes, es elevado. Debía de estar borracha cuando lo hizo.

—Eso da a Archie Gale vía libre para dejarlo en homicidio sin premeditación.

—Y tal vez tenga razón —dijo Abel—. Hasta ahora no hemos encontrado nada que indique premeditación.

—Claro, el arma bajó las escaleras ella sola, y Maggie la siguió para saber adónde iba —Dan dio un buen mordisco al cruasán y se lamió el queso derretido de los labios, luego añadió—: ¿Y qué hay de la teoría de la conspiración? ¿Ha salido alguien de la cárcel últimamente que quisiera vengarse de Maggie por encerrarlo? A los abogados defensores como Archie Gale les encanta levantar cortinas de humo con mierdas de ese tipo.

Abel soltó una risa.

—No hay nada de eso. Tengo a gente revisando sus antiguos casos, pero hasta ahora los condenados a los que encerró están todavía entre rejas o muertos. No hay muchos casos tan claros como éste. Stride es el único que quiere que esto parezca un misterio, porque no puede aceptar el hecho de que Maggie lo hizo.

Dan se inclinó hacia delante.

—¿Acaso Stride está interfiriendo en la investigación?

—Llegó a la escena del crimen antes que nadie. Eso no me gusta, pero no creo que tocara nada ni que la ayudara a limpiar.

—Si empieza a molestar y a meter las narices, quiero saberlo de inmediato.

—¿Tú personalmente?

—Eso he dicho. Ya sabes que yo no estaba a favor de que volviera. Por lo que a mí respecta, K-2 debería haberte mantenido en el puesto, pero K-2 y Stride son uña y carne. Si Stride hace cualquier cosa que comprometa esta investigación, me ocuparé personalmente de que le den una patada en el culo para alejarlo de su puesto de teniente.

Abel no supo qué responder a eso.

—Yo no lo querría ni aunque K-2 me lo ofreciera, y no lo hará.

—Nunca digas nunca.

A Abel no le gustaba aquel juego. Odiaba convertirse en un títere. Sabía que Stride nunca iba a dejar de estar en la lista negra de Dan por lo de las elecciones, pero si tantas ganas tenía Dan de hundirlo antes de irse de la ciudad, tendría que hacerlo él mismo.

Oyó el sonido amortiguado del móvil de Dan. Éste metió la mano en el bolsillo de su bata y lo cogió.

—Erickson —contestó al teléfono.

Abel observó que Dan movía los ojos con nerviosismo. Luego chasqueó los dedos y señaló la puerta, y Abel se alegró de pillar la indirecta. Hora de irse.

Quienquiera que llamara, le daba malas noticias.

—Hola, Dan. ¿Sabes quién soy?

Hubo un momento de silencio mientras Dan pasaba de una realidad a la siguiente. A todas las víctimas les pasaba lo mismo.

—Sí —respondió Dan con la voz forzada.

—Esta noche es la noche. ¿Serena está preparada?

—Sí.

—Eso está bien. Supongo que sabes que esto es sólo la paga y señal, ¿verdad?

—Eso no fue lo que acordamos.

—Tienes razón, pero he cambiado de opinión. Han pasado muchas cosas esta semana, Dan. ¿Crees que no leo los periódicos? El precio ha subido.

—Eso es inaceptable.

El otro rió entre dientes.

—Me encantan los abogados, siempre negociando. Tienes razón, Dan, ¿por qué no nos olvidamos de ello? Pásale el teléfono al poli que está ahí contigo para que pueda contarle lo que está ocurriendo.

Dejó sufrir un poco a Dan. Los tipos como él eran blancos fáciles: tragarían cristales antes que enfrentarse al escarnio público. O a la cárcel.

—¿En qué has pensado? —preguntó Dan finalmente.

Él sonrió.

—Cerremos la primera entrega y luego me pondré de nuevo en contacto contigo. No me gustaría ver cómo se frustra tu traslado a Washington.

—Dame los detalles —dijo Dan con brusquedad.

—Llama a Serena —le ordenó—. Dile que esté en el cementerio de Park Hill en Vermillion Road esta noche a las diez en punto. Con el dinero.

—¿Por qué allí?

—Digamos que me gusta la idea de estar rodeado de muertos —pensó en el hedor de la crecida de aguas del río en Alabama y añadió—: La verdad, Dan, es que soy un fantasma.

Capítulo 13

Stride sentía lástima por el tipo de Byte Patrol que estaba sentado frente al ordenador de Silk, la tienda de ropa de Lauren Erickson. La encargada, Sonia Bezac, agitaba sus afiladas uñas cerca de sus ojos, y no se lo habría pensado dos veces antes de clavárselas y arrancarle uno. El informático era tan corpulento que daba la sensación de que la camiseta púrpura fosforescente se hubiera encogido en la lavadora, pero Sonia podría haber ido vestida con ropa de cuero negro y chasquear un látigo.

—Es la tercera vez en un mes que tienes que venir —le espetó—. Siempre me dices que está arreglado y la jodida máquina se vuelve a colgar.

El informático encogió sus fornidos hombros, y su cuello desapareció.

—¿Ha intentado reiniciar?

Sonia hizo un aspaviento. Era alta y extremadamente delgada, tenía la cara alargada, la barbilla prominente y la nariz ligeramente aguileña. Con las manos en la cabeza y su pelo rojo brillando como el sol, parecía a punto de desatar un relámpago.

—¿Reiniciar? ¿Acaso parezco idiota? ¿Te crees que no he apagado y encendido la maldita máquina unas dieciocho veces antes de llamarte?

—Es mi obligación preguntarlo —dijo el hombre.

—Pues no preguntes, sólo apresúrate. Necesito recuperar mis archivos.

Sonia se echó hacia atrás y resopló con fuerza, como si estuviera escupiendo un trozo de bistec cartilaginoso. El técnico le echó una mirada a Stride y le guiñó un ojo.

Sonia se paró en seco al ver a Stride de pie en medio de la tienda, mirándola. Él sabía que estaba fuera de lugar, igual que lo estaría cualquier hombre rodeado de brillantes trajes de noche y vestidos de cóctel. Podía verse reflejado en una docena de espejos. Dudaba del efecto que causaría en él ver a Sonia de nuevo; y no ayudó en nada que de inmediato ella se le acercara, ladeara la cabeza y le besara en los labios.

—Labios suaves —le dijo—. Treinta años después y todavía lo recuerdo.

Había salido con Sonia una sola vez, cuando estaba en el instituto. La muerte de su padre había sumido a Stride en un dolor inconsolable, y Sonia se había propuesto robar la virginidad a tantos chicos como le fuera posible. Se llevó a escondidas una botella de vodka Stoli de casa de sus padres y ambos pasaron tres horas en un aparcamiento cerca de Gooseberry Falls, bebiendo hasta enfermar. Se desnudaron el uno al otro a través de una nebulosa de alcohol, pero terminaron vomitando en el arcén de la carretera antes de poder hacerlo. A ninguno de los dos le habían quedado muchas ganas después de eso.

Un mes más tarde, Stride conoció a Cindy y nunca más volvió a salir con Sonia. A lo largo de tres décadas se había cruzado con ella por la ciudad de vez en cuando. Al final Sonia se casó con un urólogo, Delmar Bezac; Stride recordó que Cindy bromeaba acerca de cuál de los dos habría visto más penes.

—Sólo tengo vagos recuerdos, Sonia —le dijo—. Era una noche fría y vodka caliente... ¿o era una noche cálida y vodka frío?

Sonia se tocó ligeramente la boca, como si con ese gesto quisiera asegurarse de que no tenía el lápiz de labios corrido.

—Seguro que recuerdas algo más que eso.

—Sin comentarios.

—Te hiciste poli. No paro de verte en los periódicos. Ya sabes lo que se dice... los polis están bien armados.

Stride ignoró el comentario.

—Ahora trabajas para Lauren. Estoy sorprendido.

—¿Por? ¿Una puta de lujo y una guarra?

—Yo no he dicho eso.

—No importa, lo estabas pensando. Este lugar sólo le sirve a Lauren para deducir impuestos. Yo llevo la tienda.

—¿Cómo está Delmar? —preguntó Stride—. Tengo entendido que es un genio con el catéter.

Sonia soltó una carcajada.

—Siempre fuiste jodidamente gracioso.

—¿Hablas así a todos los clientes? ¿A las madres de las novias les gusta una dependienta que suelta obscenidades y tiene un genio explosivo?

Sonia se apartó la larga mata de pelo rojo de los ojos.

—Con los clientes me controlo, muchas gracias. Excepto con las chicas jóvenes. Las novias de hoy en día pretenden pasar por niñas buenas ante sus madres, pero te sorprendería oír las historias que me cuentan.

—¿Tienes hijos?

—Dos. Chicos, gracias a Dios. Están en la universidad.

Stride miró a su alrededor y vio los vestidos colgados en los maniqués de plástico. La propia Sonia llevaba un vestido lila brillante que se adaptaba a su esbelta y bien torneada figura, muy apropiado y elegante para una gala benéfica. El maquillaje disimulaba los signos de la edad alrededor de los ojos y los labios, y con tacones era casi tan alta como Stride. Sonia percibió cómo la miraba y abrió los brazos, en una clara invitación a que siguiera mirándola. El escote dejaba al descubierto sus senos pequeños y pálidos, y Stride pudo recordar con total vivacidad, incluso después de los años transcurridos, la sensación de esos senos bajo el ansioso apretón de sus manos adolescentes. Su piel ya no tenía la tersa frescura de la juventud, pero todavía era atractiva y había suavizado alguna de sus aristas.

—Voy bien vestida, ¿no crees? —preguntó, adivinando la senda de los pensamientos de él—. No está mal para una chica que eligió el mal camino.

—No consigo imaginarte en un sitio así, Sonia.

—¿Lo dices porque todos mis vestidos de baile acababan con manchas de césped?

—Sin comentarios de nuevo.

—Ya que estás aquí, déjame que te enseñe esto.

Sonia enlazó su brazo con el de Stride y le guió por la tienda, lujosamente cubierta con una moqueta azul marino y con hileras de focos que iluminaban los colgadores. Una lámpara de araña pendía del centro del techo. Sonia soltó una lista de nombres de diseñadores italianos de los que Stride nunca había oído hablar y le hizo acariciar tejidos que se deslizaban por su piel como patines sobre hielo fresco. Las manos le quedaron brillantes.

Silk, la tienda de Lauren, se encontraba en la calle Superior, en el corazón de la cuadrícula de calles del centro. Por los alrededores había tiendas de regalos y cafeterías donde se echaban las cartas, establecimientos concebidos para atraer a los turistas que salían de Canal Park y a los estudiantes *new age* de la universidad. Para los abogados y ejecutivos de los juzgados y los bancos, también había joyerías y agencias financieras. Una tienda de ropa exclusiva en el centro de Duluth dependía de los bailes de instituto y las bodas para subsistir. También era el único lugar de la ciudad donde las pocas mujeres de la clase alta de Duluth y las jóvenes solteras con dinero encontraban marcas que no ofrecieran capuchas con cremallera.

—¿Lauren tiene pensado mantener la tienda cuando se trasladen a vivir a Washington? —preguntó Stride.

Sonia negó con la cabeza.

—Estoy intentando que Delmar me la compre.

—Bien por ti.

—Sí, lo malo es que Lauren trata de timarme con el precio. Esa mujer no tiene sangre en las venas, ¿sabes?

—A mí me lo vas a explicar —replicó Stride.

—Ah, es cierto; lo leí en los periódicos el año pasado. Te la tuvo jurada; tienes suerte de seguir con vida.

Stride sonrió y se abstuvo de contestar.

—Supongo que no has venido aquí sólo para recordar los viejos tiempos —dijo Sonia.

Stride negó con la cabeza.

—Tanjy.

—Claro. Todavía no sé nada.

—Cuéntame algo de ella.

—Probablemente la conoces mejor que yo, con toda esa locura de la falsa violación en noviembre.

—No tengo la sensación de conocerla en absoluto —admitió Stride—. ¿Fuiste tú

quien la contrató?

—Sí, era perfecta para la tienda. Tiene esas increíbles facciones de mulata y un ojo magnífico para la moda.

—¿Sabías algo de su vida sexual?

—¿Por qué, porque el sexo es mi especialidad? —Sonia sonrió de tal modo que a Stride se le ocurrió que seguía compitiendo con Delmar por ver quién accedía más veces a las partes privadas de los hombres de Duluth—. No hay nada malo en cometer un pecado de vez en cuando. Tal vez debieras darte una vuelta por el lado salvaje. ¿Alguna vez has hecho algo... extraño?

—¿Qué significa eso? —preguntó él.

—Significa que no todo el mundo se siente satisfecho con hacerlo una vez a la semana en la postura del misionero, ¿sabes? Puede que tenga más de cuarenta, pero sigo siendo tan ardiente como siempre.

—Sólo pensar en eso me da miedo.

—¿Por qué no vamos a cenar y te explico lo que quiero decir?

—Paso —dijo él.

—Qué le vamos a hacer, no puedes culpar a una chica por intentarlo.

—Volvamos a Tanjy —dijo Stride—. ¿Conocías sus fantasías sexuales?

—No; conmigo es muy conservadora, muy cristiana. Quizá tenga una personalidad múltiple, quién sabe. Y que conste que no juzgo lo que haga en la cama. A mí tampoco me gustaría ver mi vida sexual publicada en el periódico.

—Los hombres parecían engancharse a ella.

—Dios, sí. Eso me da un poco de celos. Mira, yo he estado con muchos hombres y ninguno se ha quejado nunca, ¿sabes? Pero lo suyo era como para colgarle una medalla en el coño.

—Muy bonito —dijo Stride.

—Quiero decir que Tanjy jugaba en otra liga.

—Hoy he hablado con Mitchell Brandt —comentó Stride—. Es amigo tuyo, ¿verdad?

—Podríamos llamarlo de ese modo —respondió Sonia con una sonrisita.

—¿Tú presentaste a Tanjy y a Mitch?

—La cosa fue más bien así: Mitch vio a Tanjy en la tienda y yo le guié hasta ella cogido de la polla.

—¿Te habló él de las fantasías de violación mientras salían juntos?

—No me dio los detalles morbosos. Sólo dijo que ella era una fiera en la cama. Me sorprendió bastante.

—Mitch dice que ella le dejó por otro tío.

Sonia sonrió.

—Pobre Mitch. Nunca está solo por mucho tiempo.

—¿Sabías con quién se veía Tanjy?

—No. Era bastante obvio que estaba teniendo un romance, pero lo mantuvo en secreto. Le pregunté por ello varias veces y no conseguí sacarle nada.

—¿Alguna idea de por qué?

—Supongo que él estaba casado.

—¿Eso fue antes o después de denunciar la violación? —preguntó Stride.

—Antes.

—¿Qué pasó después de que ella admitiera que todo era una farsa?

Sonia se acarició la barbilla con las yemas de los dedos mientras pensaba sobre ello.

—Creo que el asunto de la violación acabó con su aventura amorosa. Ya no hubo más comidas secretas. Supongo que el tío se dio cuenta de que se estaba liando con un caso clínico, y probablemente le preocupó que la relación saliera a la luz.

—¿Así que últimamente no se veía con nadie?

—No, que yo sepa.

Stride se sorprendió.

—¿Nunca la viste con nadie en la tienda?

Sonia negó con la cabeza.

—Aquí no entran hombres; sólo algunos maridos que se sientan y leen el *Esquire* mientras sus mujeres se prueban vestidos. La mayoría no son del tipo que llamaría la atención a alguien como Tanjy.

—¿Nunca mencionó que se sintiera acosada o que la siguieran?

—No conmigo.

—¿Conocías a Eric Sorenson?

Sonia entornó los ojos con mirada desafiante.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Alguna vez le viste con Tanjy?

—No.

—¿Podría haber sido él el hombre misterioso de Tanjy, por el que dejó a Mitch Brandt?

—No.

Sonia se subió un tirante del vestido y jugueteó con su pelo.

—Percibo cierto tono de seguridad en tu respuesta.

—Lo habría sabido si se hubiera tratado de él, eso es todo.

—¿Por qué?

Sonia se encogió de hombros y no respondió.

—¿Hasta qué punto conocías a Eric? —preguntó Stride.

—Teníamos trato social.

—¿Te acostabas con él?

—Eso no es asunto tuyo. —Su pelo rojo le cayó por la mejilla—. ¿Qué eres tú, un poli o un maldito reportero cotilla?

—¿Te crees que me gusta hacer estas preguntas?

Sonia se giró y se plantó frente al escaparate. Tenía los brazos cruzados con firmeza sobre el pecho.

—Tú no sabes quién soy, Jon. Apenas me has visto en treinta años, así que ¿cómo te atreves a venir aquí y juzgar mi vida? No sabes nada sobre mí.

—Esto no es personal —le explicó Stride.

—Pues mira por dónde, suena jodidamente personal.

—Yo sólo quiero saber dos cosas: dónde está Tanjy Powell y qué le ha sucedido. Y también, por supuesto, quién mato a Eric Sorenson.

—No tengo nada que decir sobre Eric.

Stride soltó un juramento por lo bajo.

—Entonces háblame de Tanjy —dijo.

Sonia alzó la cabeza para mirarle.

—¿Qué quieres saber de ella?

—Le dijiste a Lauren que se fue de aquí el lunes, antes de su hora de salida.

Ella se atusó el pelo.

—Eso es.

—¿Dijo por qué se iba?

—No.

Intentar hacerla hablar era ahora como sacar gotas de vino de una botella vacía.

—¿Qué ocurrió ese día? —inquirió.

—Hizo una pausa alrededor de las tres. Cuando volvió, estaba disgustada.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Te dijo algo?

—No.

Stride se sentía frustrado.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Media hora, tal vez.

—¿Sabes adónde fue?

Sonia se encogió de hombros.

—Cuando volvió, llevaba una taza de café del local de Katrina, que está al fondo de la calle. El Java Jelly.

—¿Katrina?

—Katrina Kulli. Es la dueña de la cafetería. Habla con ella, no conmigo; quizá sepa qué demonios sucedió.

Capítulo 14

El Java Jelly, donde Tanjy había tomado café el lunes por la tarde antes de desaparecer, estaba a tres manzanas del Silk bajando por la calle Superior. Era un lugar para treintañeros y un refugio para músicos folk los fines de semana, con suelos de madera combados, mesas antiguas y dispares y fotografías publicitarias en blanco y negro colgando de las paredes. El techo era bajo, y negras tuberías vibraban en lo alto sin una buena sujeción. Stride vio a unos cuantos estudiantes usando el *wi-fi* con sus portátiles y bebiendo café con leche. El local olía a alubias asadas y a calcetín sudado. La mujer del mostrador era corpulenta, debía de pesar unos cien kilos y tenía el pelo castaño recogido en dos colas. Llevaba una camiseta con un motivo hecho con lejía, muy años setenta y que dejaba al descubierto diez centímetros de barriga desnuda que sobresalían sobre el cinturón de sus tejanos. Tenía un *piercing* en el ombligo y otro en el labio superior, y un alambre de púas tatuado alrededor del cuello.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó la mujer.

Su voz era cortés pero fría. Tenía poco más de treinta años, aunque aparentaba menos. Como ciudad universitaria, Duluth cumplía con su cupo de ex estudiantes que nunca superaban la fase *hippie*.

—Me gustaría hacerte unas preguntas.

—Las preguntas entran mejor con una magdalena, ¿no te parece? —le preguntó ella pasando el paño por el mostrador.

—Lo siento, pero no tengo hambre —dijo Stride, y añadió—: Soy policía.

—¿Y qué? ¿Hay alguna regla que prohíba comer magdalenas en horas de servicio?

—Acepto. Una de arándanos.

—Marchando una de arándanoos, la magdalena del estaaado de Minnesotaaa.

Cogió un plato y puso en él una magdalena que sacó con unas pinzas de la estantería que había detrás de ella. Stride le dio el dinero.

—¿Eres Katrina?

Ella asintió.

—Katrina Kulli. Soy la dueña del negocio y la encargada; yo decido la música y limpio las mesas cuando no vienen los estudiantes, que es la mitad del tiempo.

—Publicidad de primera —dijo él.

—Y tú pareces ser un experto en las cosas de primera —le espetó ella, chasqueando la lengua—. ¿Cómo te llamas? ¿Joe Friday^[7]? ¿Bob Thursday? ¿Tom Monday?

—Me Hamo Jonathan Stride.

—Ah, vale... —Katrina cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Ya lo pillo, sí

señor.

—No te entiendo.

—Maggie Sorenson es amiga mía —le explicó ella—. He tenido que escuchar muchas historias sobre ti.

—Estoy seguro de que ninguna de ellas me dejaba en buen lugar.

—Te sorprenderías. —Katrina frunció el ceño como si volviera en sí—. ¿Cómo está Maggie?

—No muy bien.

—He oído que la han suspendido.

—Está de baja mientras se investiga todo esto.

—No creo que ella pudiera hacer lo que dicen.

Stride no quiso seguir por aquel camino.

—¿De qué la conoces?

—Coincidimos en una clase de aeróbic el año pasado.

Stride puso cara de póquer, pero un pequeño temblor en el labio le traicionó y Katrina se dio cuenta al instante.

—¿Te crees que las chicas mayores no bailan? —preguntó.

—Para nada.

—Déjame decirte que las chicas mayores hacen de todo, y podríamos dar unas cuantas lecciones a alguna de esas muñequitas de las revistas para adultos. No se trata de qué y cuánto tienes, sino de cómo lo usas.

Él alzó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Tú ganas. ¿Podemos hablar?

—Sí, por supuesto. —Katrina extendió la mano hacia un chico de pelo negro y grasiento que estaba tirado en una silla junto a la chimenea del local con un ejemplar manoseado de *Ulises*—. Billy, vigila la caja, ¿quieres?

El chico gruñó sin levantar la vista.

Katrina guió a Stride hacia un entarimado que servía también de escenario cuando había concierto. Las sillas se combaron al sentarse, y la mesa se tambaleó inestable sobre sus patas cuando Stride metió las rodillas debajo para inclinarse hacia Katrina. El aliento le olía a té de frambuesa. Al acercar su rostro al de ella, vio restos de maquillaje seco sobre unas contusiones moradas en los pómulos y el cuello, y un corte profundo que asomaba por el cuello de la camisa como un gusano.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él.

Katrina se encogió de hombros.

—Nada.

—Esto no es nada —le dijo Stride.

—Resbalé en el hielo. Suerte que mis tetas amortiguaron la caída, o habría sido peor.

—¿También te cortaste en el hielo?

—Creo que había un trozo de vidrio, sí.

Se cubrió la incisión con la mano.

—Parece que te haya golpeado alguien.

—No me importa lo que parezca.

—No intento ser indiscreto, pero no me gusta que los maridos o novios usen a sus mujeres como sacos de boxeo.

—Bueno, pues no tengo ninguna de las dos cosas, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿qué quieres?

—Sonia Bezac, de la tienda de ropa, me ha enviado aquí.

Los ojos de Katrina refulgieron de furia.

—¿Qué te ha dicho?

—Tan sólo que quizá supieras algo sobre Tanjy Powell.

—Oh. —Katrina dejó caer los hombros.

—¿Conoces a Tanjy?

—Hablando de muñequitas de revistas... —replicó Katrina, y sacó la lengua en gesto burlón.

—Supongo que eso es un sí.

—Sí, voy mucho al Silk y la veo allí. Sonia me busca las mejores galas cuando voy a la discoteca en las Gemelas —leyó la expresión de Stride y añadió—: ¿Tengo que repetir el discurso sobre las chicas mayores?

—No.

—Bien. No es divertido el modo en que la gente nos trata a las gordas, ¿sabes? Y no sólo los hombres, las mujeres son aún peores. Las chicas como Tanjy me miran como si fuera un bicho raro.

—¿Estás segura de que no es por el *piercing* en el ombligo, la camiseta y el tatuaje? —preguntó él.

—Vale, lo admito, a veces parezco un bicho raro. ¡Qué diablos! Soy un bicho raro y estoy orgullosa de ello. Pero ponme una falda corta y una pista de baile... y soy capaz de liarla. Algunas mujeres se sienten ofendidas; ¡que las jodan! Yo soy quien soy, y no pienso ir por ahí con una túnica sólo porque nací con el gen de la obesidad y adoro comer.

—Ya veo por qué os entendéis Maggie y tú —dijo Stride.

—Sí, Maggie también suelta perlas por esa boquita que tiene. Me encanta. Para ser una muñequita, no está nada mal.

—¿Y qué me dices de Tanjy?

Katrina soltó un gruñido.

—Ésa es una zorra. Va de un lado a otro de la tienda con unos aires de superioridad que apestan. Tiene la cabeza metida siempre en la Biblia, y de repente

descubres que le gusta que la aten y la maltraten. Jodida hipócrita.

—¿Viene mucho por aquí?

—Oh, sí, se toma un café casi cada día. Me trata como si yo fuese una simple empleada. ¿Y qué demonios es ella? ¡Una dependienta!

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Katrina se cogió las coletas y las agitó como si fueran antenas.

—Hago esto cuando necesito pensar. Ayuda a focalizar las ondas mentales — pensó durante un momento y añadió—: Supongo que fue el lunes.

—¿Estaba con alguien?

—No. Llegó, pidió un café para llevar y se fue.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, mierda, no me acuerdo. En algún momento de la tarde.

—¿Qué aspecto tenía?

Katrina se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—El mismo de siempre, supongo. La misma actitud de zorra estirada.

—¿Estaba disgustada? ¿Nerviosa?

—No, que yo notara.

Stride trató de encajar los hechos cronológicamente. Tanjy se fue del Silk para pedir un café y regresó media hora después, visiblemente afectada. Esa misma noche desapareció. ¿Por qué?

—¿Viste adónde iba?

—No.

—¿La viste hablar con alguien?

—Negativo.

—¿Conocías al marido de Maggie? —preguntó.

—¿A Eric? Sí.

—¿Alguna vez lo viste con Tanjy?

—Nunca.

Katrina se mordió una uña y la masticó.

—Pareces nerviosa —dijo Stride. Katrina no contestó—. ¿Pasaba algo con Eric?

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—Eso no es una respuesta.

Katrina se agitó inquieta en la silla.

—No sé nada sobre Eric.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—También estuvo aquí el lunes —le dijo Katrina.

Las facciones de Stride se endurecieron.

—¿Eric y Tanjy estaban juntos?

—No —al ver la incredulidad manifiesta en la mirada de él, añadió—: Oye, es

verdad, no estaban juntos, Eric entró unos diez minutos después de que Tanjy se fuera.

Después de salir de la cafetería, Stride se dirigió a la sucursal del Range Bank que había al otro lado de la calle y pidió al jefe de seguridad que recopilara las cintas de la cámara que registra el cajero del banco correspondientes al lunes por la tarde. El vídeo era en blanco y negro, pero de todos modos Duluth en enero parecía una película en blanco y negro. Se sentó bajo el fluorescente, sin mover un músculo, observando el ir y venir silencioso de los peatones en la cinta.

Cinco minutos después de las tres, vio a Tanjy Powell desaparecer por la puerta del Java Jelly. Tres minutos después salió con un café en la mano. Era extraño verla de nuevo, tan fría y misteriosa como siempre. Sorbió el café y Stride pudo imaginarse el calor del líquido sobre sus labios. Llevaba un abrigo de lana negra que le colgaba hasta los tobillos y un casquete de terciopelo en la cabeza. Era de leopardo blanco, con una bufanda a juego. El cabello azabache le asomaba por debajo del gorro y le cruzaba la cara como vetas de chocolate sobre la espuma de un *espresso*.

La imagen desapareció cuando un anciano se aproximó a la cámara y ocupó la pantalla con su rostro. Stride soltó una maldición, tratando de vislumbrar lo que había detrás de él. Alcanzó a ver a Tanjy alejándose de la cafetería, pero en dirección contraria al Silk. A Stride le hubiera gustado acercarse y apartar al hombre que le ocultaba la visión.

¿Adónde iba Tanjy?

Stride echaba chispas al ver que transcurrían un par de minutos. Finalmente el hombre cogió su tarjeta y se fue, y la cámara ofreció una vista despejada de la calle Superior. Se quedó sin respiración cuando vio a Tanjy, apoyada en la pared de un edificio...

Y Eric estaba con ella.

Llevaba un traje oscuro e iba sin abrigo. Su pelo largo y rubio se agitaba al viento. Ambos se encontraban muy cerca, como si estuvieran a punto de besarse. Eric hablaba animadamente y apoyaba una mano en el hombro de Tanjy. De repente, ella se giró, miró fijamente a la cámara, como si observara a Stride a través de la calle, y se llevó las manos a la boca en un gesto de puro horror.

Eric la agarró de nuevo y le dijo algo. Tanjy sacudió la cabeza con ímpetu, luego se soltó y se alejó por la calle. Vio cómo Eric la llamaba. Una vez, luego otra. Cuando ella se hubo marchado, Eric se quedó plantado en la gélida calle, parecía un dios nórdico. Hizo que no con un gesto, se dirigió a la cafetería y entró. Luego salió con un café y echó a andar en dirección contraria, cabizbajo, con el pelo ondeando tras él. Caminó hasta que su imagen desapareció de la pantalla.

Stride dejó avanzar la cinta. Vio pasar a más personas; todo el mundo iba con

prisas, tratando de escapar del frío.

Sacó el teléfono móvil. Tras unos instantes de dudas, marcó un número.

—¿Abel? Soy Stride. Tenemos que hablar.

Capítulo 15

Quince minutos antes de la medianoche Serena subía desde el lago por las curvas cerradas de la inclinada cuesta, retorcida como un dragón chino. Conducía el Bronco de Stride, que se adhería bien al asfalto con su tracción a las cuatro ruedas. Las potentes luces del vehículo iluminaban el vecindario. Se encontraba en la zona verde de Congdon Park, una de las áreas más ricas de la ciudad, en una calle apartada que no invitaba a los visitantes. Las grandes residencias se alzaban como monumentos cuando las iluminaba con sus faros, para desvanecerse luego de nuevo en las sombras. Los caminos de entrada estaban cerrados a cal y canto, con las alarmas conectadas y las luces apagadas.

En aquella ciudad la clase media era prácticamente inexistente. O eras rico o eras pobre, y no había manera de que unos se mezclaran con otros.

Condujo despacio, insegura sobre qué dirección tomar, y casi se pasó la señal de indicación del cementerio. Siguió por Vermillion Road, que unos cientos de metros después se convirtió en un camino sucio lleno de marcas de ruedas. La tierra se extendía a su alrededor. Los abetos flanqueaban el camino, y detrás de ellos pudo ver las pendientes brillando a la luz de la luna e hileras de siluetas de lápidas. Era un lugar inhóspito y vacío, como si la ciudad quedara a kilómetros de distancia.

Serena aminoró la marcha. En un momento dado vio en el arcén derecho una estaca que sobresalía en ángulo de la nieve. Tenía atado un trozo de tela blanca, que colgaba lánguidamente en el aire inmóvil. Desvió la mirada de la carretera, apagó el motor, salió del coche y cerró la puerta con un ruido leve. Se detuvo y escuchó. La noche estaba silenciosa, excepto por el rumor de un tren en la zona del puerto. Las nubes habían desaparecido. Sobre su cabeza vio una amalgama de constelaciones y una luna delgada. Evaluó el parque que la rodeaba. A su izquierda había una ladera empinada, y pudo ver algunas tumbas dispersas entre los árboles; a su derecha, alcanzó a ver una valla metálica desvencijada y casi enterrada en la nieve. El cementerio continuaba más allá de la valla, y vio un tramo de camino despejado de nieve para la marcha de los cortejos fúnebres hasta las tumbas.

Iba vestida completamente de negro: tejanos negros, un jersey de cuello alto negro que le rozaba la barbilla y la cálida y acogedora cazadora de cuero negra de Stride. La vieja chaqueta escondía la funda para la Glock que se sujetaba cerca del hombro izquierdo. No quería asumir ningún riesgo. No con un chantajista. No en un cementerio vacío a medianoche. Y no con un sobre de diez mil dólares en efectivo oculto en el bolsillo de la chaqueta.

La nieve estaba enfangada. Subió por el arcén de la carretera y luego se metía a través de una sección de valla torcida. Al otro lado sus pies aterrizaron sobre nieve más profunda y más blanda, que se le metió en las botas. Sintió que una humedad fría

se extendía por sus calcetines. Avanzó a través de la nieve y salió a un llano, donde se detuvo de nuevo. Los árboles se alzaban a su alrededor como centinelas. En su mayor parte eran de hoja perenne, pero había algunos robles desnudos. Avanzó con cautela, intentando amortiguar el sonido de sus pasos. Sacó una linterna del bolsillo e hizo girar el haz a su alrededor, iluminando algunas lápidas. Leyó los nombres: Boe, Beckmann, Anderson...

Serena no era supersticiosa por naturaleza, pero un sexto sentido le hizo dar un respingo. No estaba sola.

—Apaga la linterna.

Algo en esa voz hizo que se derritiera de miedo, como si fuera una adolescente asustada. Pensó en coger la pistola, pero intentó calmarse y tragó saliva. Tenía la boca seca. Apagó la luz, y sus ojos, acostumbrados a ésta, se cegaron de nuevo.

—Acércate.

Ella esperó a poder ver. Él hizo patente su impaciencia.

—¡Ahora!

Serena vio una silueta al lado de uno de los robles esqueléticos. Se acercó a él, confortada por el peso de la pistola en el costado izquierdo. En algún lugar no muy lejano un perro aulló como un alma en pena, con un aullido lastimero y asustado que le recordó que el resto del mundo no estaba tan lejos. Pero nadie estaba lo bastante cerca como para salvarla si las cosas se ponían feas.

Entornó los ojos para tratar de distinguir la figura. Él estaba en el terreno que se elevaba ante ella. Llevaba un voluminoso abrigo con una capucha de pieles sobre la cabeza. Su cara era invisible. Los brazos le colgaban a ambos lados, como extremidades de simio. Serena se dio cuenta de que sujetaba algo con las manos que hacía que sus brazos parecieran llegarle a las rodillas. En la mano izquierda llevaba una potente linterna. En la derecha, un arma.

—¿Ya has visto suficiente? —preguntó él. Lo cual quería decir si había visto el arma. El tipo encendió la linterna y le enfocó la cara con el intenso haz. Cuando la luz impactó en sus retinas, sintió un dolor agudo, se cubrió la cara y retrocedió.

—Apaga eso, hijo de puta —le espetó. Él se rió con un murmullo grave y profundo y apagó la luz—. Acabemos con esto ya —continuó Serena—. Ninguno de los dos quiere quedarse mucho rato aquí.

—¿Quieres decir que tienes ganas de volver a tu cama con tu amante el poli?

Serena dejó que el silencio se dilatara unos segundos.

—Así que sabes quién soy. ¿Acaso se supone que tengo que estar asustada?

—Yo creo que lo estás.

—Muy bueno viniendo de un chantajista. Los chantajistas sois unos cobardes; ni siquiera te atreves a que te vea la cara. Le robas los secretos a alguien y te crees todo un hombre. Robar secretos es propio de las niñas pequeñas.

Él no contestó enseguida, y luego soltó:

—Te podría explicar lo que hago yo con las niñas pequeñas.

—¿Qué, te vistes como ellas?

—Vigila lo que dices.

—No tengo miedo de un patético chantajista. ¿Quieres el dinero o no?

—¿Lo has contado?

—Sí.

—¿Hay diez mil?

—Sí.

—Espero que no hayas hecho ninguna estupidez, como marcar los billetes o anotar los números de serie. O contárselo a tu poli.

—Supongo que tendrás que arriesgarte —le dijo Serena.

—Y tú también. No lo olvides.

—Has asumido un gran riesgo al chantajear a alguien como Dan —le dijo ella.

—¿Ah sí? La gente como Dan me paga porque ofrecen una cara frente al mundo y otra para esos malditos juegos a los que juegan cuando no mira nadie. No tienes ni idea de la mierda que corre por esta ciudad. Tú y tu poli estáis ciegos.

—Así que no es sólo Dan —concluyó Serena—. ¿A quién más le estás haciendo esto?

—Ya te lo he dicho... hay gente por aquí que tiene secretos muy sucios.

Serena se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Alto —masculló él, levantando de inmediato el arma y apuntándole a la cabeza.

—Estoy sacando el dinero.

Él la cegó de nuevo con la linterna.

—Poco a poco. Utiliza dos dedos y no seas estúpida.

Ella extrajo el sobre y lo sostuvo ante sí.

—¿Lo ves?

—Ponlo sobre la lápida y retrocede.

Serena vio cerca, a sus pies, una piedra cubierta de musgo muerto e inclinada hacia el suelo. El nombre que se leía, erosionado por el tiempo, era BURNS. Dejó el sobre encima de la parte superior arqueada y se apartó lentamente.

—Ya es suficiente —le espetó cuando ella estuvo a unos cuatro metros—. Date la vuelta y ponte de rodillas.

—Ni hablar.

—¡Ponte de rodillas!

—No voy a darte la espalda.

—Hazlo.

Serena hincó las rodillas en la nieve, y la humedad le empapó los pantalones.

—Que sea rápido.

Él mantuvo el haz de la linterna sobre su cara. Serena no podía ver nada y cerró los ojos. Le oyó deslizarse por la pendiente; la nieve crujía bajo sus botas a medida que se acercaba. Sus manos desnudas se estaban quedando rígidas por el frío, y se sopló los dedos para calentarlos, por si tenía ocasión de meter la mano en el abrigo y coger el arma. Él había llegado a la lápida. Le oyó manosear el dinero en el sobre.

Serena se preguntó cuál sería el siguiente paso. Trató de oír cualquier pisada que significara que se estaba acercando a ella.

—Nos vemos —dijo él.

Entonces la luz blanca desapareció de encima de sus párpados. Serena abrió los ojos, cegada, sin ver nada más que puntitos de luz. Oyó pasos que se alejaban de ella. Él había echado a correr colina arriba. Cuando por fin pudo ver algo, apenas captó la fugaz visión de una silueta en movimiento, que pronto se fundió en la oscuridad junto con los árboles.

Estaba sola.

Se puso en pie y se sacudió la nieve. Subió hasta la valla junto al camino y la volvió a atravesar. Respiraba hondo y deprisa, con el corazón desbocado, como un purasangre. Nunca se había alegrado tanto de ver el Bronco de Stride.

Cerca de allí, el perro aulló de nuevo. O quizá fuera un lobo que merodeaba por la zona. No pensaba quedarse a averiguarlo.

Capítulo 16

El cuerpo de Serena estaba frío como el hielo cuando una hora más tarde se metió en la cama bajo la manta de lana. El aire gélido soplaba sobre su cara y sus hombros desnudos a través de una grieta en la ventana. La habitación era pequeña como una caja de cerillas, igual que el resto de las estancias de la vieja casa. Ésta no tenía cimientos debajo, sólo pilares de madera, que hacían que el suelo se inclinara como en una atracción de feria. El dormitorio desprendía un acogedor olor a humedad, un olor a viejo y a mar que hacía mucho tiempo había anidado en la madera, y con el que a menudo se despertaba, acompañado de extraños ruidos en la noche, como si los fantasmas se deslizaran de habitación en habitación.

Se había pasado gran parte del año anterior recorriendo las tiendas de antigüedades de la orilla norte, buscando muebles de madera de cerezo entre montañas de alfombras y equipamiento náutico. Le sorprendía lo mucho que disfrutaba del contraste con su apartamento en Las Vegas, austero y moderno, decorado en blancos y negros, con las fotos de flores y paisajes de las colinas recortadas del Mojave colgadas de las paredes. Era una casa que no desprendía emotividad, y así es como ella deseaba que fuese. Sin embargo, desde que conoció a Jonny las emociones se habían apoderado de ella, y ahora se sentía más capaz de manejar los demonios de su pasado, dejándolos salir sin que pudieran llegar a controlarla. Ésa era una de las razones por las que le gustaba el aire antiguo de aquella casa. Cuando sujetaba un reloj de principios del siglo xx en sus manos, podía sentir la huella de todo aquél que lo había poseído y que lo había tocado.

Se apretó contra Jonny en la cama. Por su respiración, supo que estaba despierto. No había dicho una palabra mientras ella entraba en la habitación, trayendo consigo el frío de la noche, y se desnudaba rápidamente. Cuando ella deslizó las manos entre sus piernas pudo sentir cómo él se agitaba.

—¿Sabes lo fría que está esa mano? —murmuró.

—Lo siento.

—No me estoy quejando.

Serena lo besó.

—Creí que estarías durmiendo.

—No cuando estás tú fuera, trabajando a medianoche.

—Estoy bien.

—Te has llevado el arma —observó él.

—Sólo por precaución.

—¿Quieres contarme algo?

—No puedo decir nada —explicó Serena.

—¿Ni siquiera en la caja?

—Todavía no.

Stride volvió la cabeza hacia ella y abrió los ojos. Serena se dio cuenta de que estaba preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Él se incorporó en la cama hasta quedar sentado.

—He descubierto que Eric estaba liado con Tanjy Powell. He tenido que contárselo a Abel Teitscher.

—Así que vuelves a estar fuera del caso.

Stride asintió.

—¿Abel te ha explicado algo sobre la investigación?

—Le he sacado un par de cosas —respondió Stride.

—¿Como qué?

—Lo más intrigante es que Eric fue a ver a Tony Wells la noche que murió —le contó Stride.

Serena se apoyó sobre el codo y se apartó el pelo de la cara.

—¿A Tony? ¿Por qué?

—Tony no lo puede decir. Secreto profesional.

—¿Eric estaba yendo a terapia?

—Abel cree que no.

—Pero Maggie sí que iba.

—Sí.

—¿Crees que Tony sabe algo sobre el asesinato de Eric? —inquirió Serena.

—Sí, y creo que quiere ayudar, pero no puede hablar a menos que Maggie le autorice a hacerlo.

—Cosa que hará, si eso la exculpa del asesinato...

—Eso parecería, pero la cuestión es ¿qué está escondiendo Maggie? —preguntó Stride—. Ocurre algo que ella quiere mantener en secreto.

—Tengo cita con Tony mañana por la mañana. Quizá consiga que me diga algo.

—Lo dudo. No si está relacionado con un paciente.

—¿Y qué hay de Tanjy? —quiso saber Serena.

—Por lo que he averiguado, desapareció en algún momento del lunes por la noche. Cogió el coche y eso es lo último que sé.

—¿Alguien vio el coche?

—No. Hemos dado la alerta en cinco estados y los medios también se han hecho eco, pero no hemos conseguido nada hasta el momento. No ha habido movimientos en su tarjeta de crédito ni en sus cuentas bancarias. No ha usado el móvil desde el lunes... —y añadió—: He encontrado varias llamadas a Eric en las últimas semanas.

—¿Sabes qué había entre ellos?

—Abel piensa que tenían una aventura.

—¿Podría Tanjy haber matado a Eric?

—Eso es lo primero que pensé, pero no hay ninguna prueba de que así fuera.

—Excepto que tú dices que es inestable —replicó Serena—. Violenta, incluso.

—Es una chica extraña —esperó unos segundos y añadió—: Mira, no te lo tomes a mal; sólo trato de entender cómo es Tanjy, así que ayúdame. ¿De verdad fantaseáis las mujeres con ser violadas?

Serena se puso rígida y se apartó de él.

—Esa pregunta es horrible.

—Tienes razón. Lo siento.

—Sabes perfectamente lo que Blue Dog y mi madre me hicieron en Phoenix.

—Lo sé.

Ella salió de la cama. El aire gélido le puso la carne de gallina. Se acercó a la ventana y apartó las cortinas para contemplar los árboles y matorrales de la parte de atrás de la casa. Podía ver su imagen reflejada en el cristal.

—No hay nada ni remotamente erótico en una violación. No entiendo cómo podría parecérselo a una mujer.

—Estoy de acuerdo contigo, pero he visto los foros donde Tanjy colgaba sus historias. No era la única.

Serena no contestó. Jonny se acercó a ella por la espalda y le puso las manos en los hombros, instintivamente, ella se encogió.

—Espero que no pienses que en algún momento quise hacerlo con ese bastardo —le espetó.

—Por supuesto que no.

—El primer terapeuta al que visité me preguntó eso mismo en una ocasión: si alguna vez había tenido un orgasmo con Blue Dog.

—Hijo de puta.

—Sólo para dejárselo claro, le contesté que no. Y luego le dije adiós.

—No quería que te enfadaras. Es que necesito entrar en la cabeza de Tanjy.

Serena se dio la vuelta para mirarle de frente.

—No estoy enfadada.

—¿No?

—Estoy hablando sobre ello, y hace un año, no habría sido capaz.

Él la envolvió con sus brazos. Serena sabía que esperaba que llorara, pero ella no tenía lágrimas. Estaba furiosa; nunca lograría escapar por completo de la rabia. Pero lo que le había ocurrido siendo una adolescente había terminado. Su madre estaba muerta. Y Blue Dog también. Su pasado no era sino malos recuerdos que siempre formarían parte de ella, pero no la parte más importante, no la que la controlaba.

—Ven a la cama —invitó a Stride.

Lo tumbó de espaldas, se montó sobre él bajo el edredón y le hizo el amor rápida

y silenciosamente, hasta que el sudor impregnó sus cuerpos. Serena se deslizó sobre él y se estaba apartando cuando Jonny le murmuró medio grogui al oído:

—Pon una palabra en la caja —le pidió.

Sobre Dan. Sobre su encuentro a medianoche.

Ella susurró a su vez, esperando que después él aún pudiera conciliar el sueño.

—Chantaje.

Capítulo 17

Maggie estaba soñando de nuevo.

Una formación de seis hombres con máscaras de oro rodeaba su cama, dos a cada lado. Sus ojos inexpresivos le recordaron a las cabezas de los peces sobre la playa; la piel lechosa y los estómagos hinchados, y un miembro flácido que les colgaba, inútil, entre las piernas. Todos devoraban con los ojos su cuerpo desnudo. Los dos que estaban al pie de la cama se separaron rompiendo filas y entre ellos apareció Eric, con su arma en la mano. Le apuntó hacia el pecho.

—Lo siento, Nicole —le dijo.

El cañón del arma escupió una llamarada de fuego. Maggie miró hacia abajo, esperando ver un agujero humeante en su torso, pero sólo vio sus pechos desnudos. Alzó las manos para tocarse y entonces advirtió que no tenía manos, sólo unos muñones sangrientos cortados de cuajo, que dejaban a la vista huesos y sangre. Miró el espejo que había sobre la cama y se dio cuenta de que tampoco tenía cabeza. Era un tronco muerto y mutilado, sin boca para gritar.

Maggie gritó de todos modos y se despertó de golpe.

Estaba tumbada sobre la cama, encima de las sábanas, respirando profundamente con la boca abierta como haría un pez. Poco a poco, las imágenes se convirtieron en cenizas grises y se hundieron de nuevo en su inconsciente. Se sentía sola y desorientada.

Maggie salió de la cama y se dirigió a la puerta del dormitorio. Comprobó la pesada silla que bloqueaba el tirador de la puerta; luego suspiró y se cubrió la cara con sus pequeñas manos. Dio la vuelta y se apoyó contra la pared, empapelada con un motivo floral Victoriano en verde, y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo.

Se sentía como si fuera una extraña para sí misma, actuando como víctima, dejándose vencer por las lágrimas.

Cuando se es policía, no admites que la oscuridad te asuste. La oscuridad está llena de cosas que tienes que afrontar y superar. Durante semanas, sin embargo, la oscuridad se había convertido en su enemiga. Cada hora se despertaba con pesadillas. Desde la muerte de Eric, se atrincheraba en su propia habitación por las noches.

No era ése el modo en que quería vivir su vida. Ella no era la ex compañera de Abel, Nicole; no era culpable del asesinato de su marido, no era una niña que lloraba en el suelo y se escondía por los rincones.

—Al infierno con todo —exclamó en voz alta. Estaba lo bastante furiosa como para pelear. Se puso en pie y apartó la silla de la puerta, que cayó sobre el suelo de madera con un golpe. Maggie abrió la puerta del dormitorio. El recibidor y las escaleras hacia el primer piso estaban negros como la tinta. A oscuras, se cuadró de hombros y se dirigió a la escalera, se agarró al pasamanos y empezó a bajar. Sintió

que una oleada de miedo envolvía su cuerpo como una niebla, pero se sacudió la sensación y fue hacia la cocina. Cuando encendió la luz, los monstruos se dispersaron como cucarachas. La habitación embaldosada en blanco apareció reluciente y segura.

Maggie se preparó una taza de té verde y se sirvió un panecillo salado con salsa. Se sentó en silencio a la mesa de madera maciza, sorbiendo el líquido y mascando el panecillo. Sus ojos se posaron en una fotografía de Eric y ella sujeta a la puerta de la nevera con un imán, y eso acrecentó su soledad. Ambos sonreían, con las caras enrojecidas por el sol. Recordaba dónde había sido tomada aquella foto: era de un viaje a Maine hacía dieciocho meses, el último de los buenos tiempos, un recuerdo frugal y dulce antes de que las cosas empezaran a desintegrarse. Entonces estaban enamorados y se cogían de la mano mientras subían a las rocas de la playa, contándose chistes obscenos mientras cenaban langosta y luego disfrutaban desenfrenadamente del sexo, de un modo tan excesivo y ruidoso que en el hotel los vecinos de la habitación de al lado les aplaudían cuando terminaban.

—Oh, Eric —murmuró para sí misma.

Maggie sintió algo húmedo en las mejillas, y al tocarse la piel descubrió que estaba llorando.

No quería ver la cara de él en su mente, pero ahí estaba. Deseó poder olvidar su risa, pero ésta resonó en su cabeza como si Eric se encontrara allí, a su lado. Podía sentir la sólida fuerza de sus brazos de nadador estrechándola. Su fantasma, el espíritu fugaz de los días en los que todo parecía perfecto entre ellos, le hizo darse cuenta del valor de la pérdida. No sólo por su muerte, sino también por el abismo que se había abierto entre ellos.

¡Si hubieran podido quedarse en Maine y no volver nunca! ¡Si el año anterior no hubiera existido!

Volvió del viaje embarazada. Tenía casi treinta y tres años, y una vez que sintió que su hijo crecía dentro de ella, supo cuánto lo deseaba. Estaba preparada para que llegara un bebé a su vida. Y Eric también. Él la convenció para que dejara la policía, y en aquel momento ella se alegró. Stride estaba en Las Vegas con Serena y la idea de trabajar sin él le pesaba mucho.

El embarazo no fue bien. Tuvo un aborto a los tres meses.

Los médicos dijeron que eso entraba dentro de lo normal. Ella estaba ansiosa por intentarlo de nuevo. Mientras tanto, Stride había vuelto de Las Vegas para recuperar su antiguo trabajo y Maggie se reincorporó al cuerpo. Al volver a trabajar con él se sintió renovada, y cuando en invierno volvió a quedarse embarazada, ni se le pasó por la cabeza dejar el trabajo o hacer nada que no fuera tomarse un descanso breve y volver de nuevo a las calles.

Abortó al segundo mes.

Fue entonces cuando empezó a dudar de sí misma, a sentirse como mercancía

defectuosa. Los pensamientos la asaltaban: quizá nunca pudiera tener un hijo. Sólo pensarlo, le daba miedo. Perdió el control sobre sus emociones. A finales de primavera, cuando volvió a quedar encinta, se pasaba el día preocupada e inquieta. Los mareos matinales eran intensos. La asaltó la convicción de que nunca daría a luz.

Abortó a los tres meses.

Algo se rompió en la cabeza de Maggie. Se tomó una baja de un mes y pasó horas con Tony Wells, vaciando su alma, revisando los recuerdos de su infancia en China y hablando de Eric y Stride. Al terminar, pretendió que la crisis había pasado. Si no debía tener un hijo, que así fuera; fin de la historia. No quería seguir intentándolo. Volvió a tomar la píldora y le dijo a Eric que no importaba. Pero se estaba engañando a sí misma.

Durante esa etapa de sus vidas, Eric y ella se habían distanciado. Su relación había sido volátil desde el principio: se conocieron durante un asalto con rehenes a la fábrica de él, e incluso después de que Maggie convenciera al empleado psicópata de que entregara el arma, se pusieron a discutir. Eric pensaba que Maggie había asumido demasiados riesgos; ella le soltó que era un estirado ricachón hijo de puta. Aquella misma noche se acostaron y seis meses después contrajeron matrimonio, aunque discutían siempre que no estaban en la cama.

Ella sabía que él tenía aventuras. Se peleaban por eso. Él sentía celos de Stride, de quien creía que ella estaba secretamente enamorada. También eso era motivo de discusión.

Tras el tercer aborto, y después de un mes de terapia con Tony, intentó arreglar las cosas con Eric volcándose en su relación sexual. Se sorprendió a sí misma con las cosas que tenía ganas de probar. Se encontraba en su plenitud sexual, con las hormonas enloquecidas y sin nada que perder. ¿Por qué no? Incluso cuando Eric sugirió cosas que le erizaban la piel, ella le siguió el juego.

—Adelante con ello —le dijo.

Nada que perder. Menuda broma.

Eso fue antes de que ocurriera. El prólogo.

Sucedió una semana antes de Acción de Gracias. Eric se encontraba fuera del país y, cuando se lo contó unos días después, él pareció enloquecer. Quiso hacer algo para solucionarlo, pero ella rechazó todos sus intentos, incluso cuando él le suplicó y se enfadó y golpeó las paredes. Ella le gritó a su vez, le apartó y le hizo dormir abajo, lo más lejos de ella posible. No quería que la tocara, nunca más.

Ahora nunca lo haría.

Porque alguien había entrado en su casa y lo había matado. Con su arma.

«Piensa como un poli —se dijo—. Resuelve el crimen».

La teína del té la había despejado. Ya no podría volver a dormirse, pero lo cierto era que tampoco quería. Quería luchar. Contaba con una ventaja de la que nadie, ni

siquiera Stride, disponía para resolver el caso: sabía que era inocente. El resto del mundo tenía sus dudas. Los policías no confiaban en la gente, confiaban en los hechos. Éstos no mentían ni disimulaban ni falseaban ni engañaban ni imaginaban ni fingían ni decepcionaban. En cambio, la gente sí.

Ella misma lo había hecho muchas veces últimamente.

«Resuelve el crimen».

A Eric lo habían matado con su arma. A pesar de la botella de vino que se había bebido junto al lago, estaba segura de haber dejado la pistola en la mesita de noche, como siempre hacía. Así que quienquiera que lo hubiera matado había entrado primero en el dormitorio. Aquello tenía sentido. Quienquiera que fuese no podía saber que ella y Eric dormían separados. El asesino debía de haberlo planeado de otro modo: su propia arma, un cuchillo, lo que fuera. Él, o ella, había ido a la habitación esperando encontrarlos a los dos juntos. En su lugar, Maggie estaba inconsciente, Eric no estaba allí y el arma estaba al alcance.

El asesino la cogió, bajó las escaleras, encontró a Eric, le disparó y se marchó.

Siguiente pregunta: ¿por qué estaba ella viva? Supuso que el asesino no podía arriesgarse a volver arriba después de efectuar el disparo. De haberse encontrado juntos en la cama, estaba segura de que a esas alturas ambos estarían muertos, pero dormir sola la había salvado. Aquello significaba que el objetivo era Eric, no ella, y también que la trampa que le habían tendido fue algo circunstancial. Nadie que entrara en la casa podía predecir la situación que la había dejado a ella en el punto de mira de Abel. Eso descartaba la teoría de Serena sobre un inculpado del pasado de Maggie, alguien como el tal Tommy Luck de Las Vegas que acabó acosando y casi matando a Serena antes de que ella lo metiera entre rejas. Aquello tenía que ver lisa y llanamente con Eric.

Siguiente pregunta: ¿cuál era el móvil? Estaba claro que había un aspecto en la vida de Eric que ella ignoraba. Sabía que tenía que analizar sus movimientos de los últimos días y escribió una nota mental para comprobar las facturas de teléfono y el extracto de la tarjeta de crédito por si aportaban alguna pista. Tres días antes del asesinato, por ejemplo, sabía que Eric había estado en las Ciudades Gemelas. ¿Por qué?

Siguiente pregunta: ¿qué estaba haciendo Eric con Tanjy Powell, y por qué había desaparecido ésta? Maggie no creía en la coincidencia de que, tal como decía Stride, Eric y Tanjy se hubieran encontrado en la calle el lunes por la tarde, y unas horas después Tanjy se hubiera desvanecido. O que dos noches después, Eric estuviera muerto. Imaginó que Eric se acostaba con Tanjy, a pesar de que se había pasado casi todo el mes de diciembre jurando por su vida que había dejado las aventuras. Eric era un salido y Tanjy una mujer irresistible, así que quizá la respuesta era así de sencilla. Tuvieron una aventura que había acabado terriblemente mal y Tanjy lo mató. No

había otra explicación.

A menos que Eric fuera en busca de Tanjy por lo de la violación.

Maggie recordó el mensaje que Eric le había dejado la noche de su muerte y se preguntó si no lo estaría malinterpretando: «Sé quién es».

Última pregunta: ¿por qué fue Eric a ver a Tony aquella misma noche? Tony era el terapeuta de Maggie, y Eric detestaba la psiquiatría por principio. Así pues, ¿qué quería de Tony? Podía volverse loca sopesando las posibilidades, y no quería esperar a la mañana siguiente para obtener una respuesta. Maggie retiró la silla, cogió el teléfono inalámbrico del soporte y marcó el número de Tony de memoria.

Éste contestó a la sexta señal.

—Doctor Wells.

—Tony, soy Maggie.

—Maggie —se oyó su voz soñolienta—. Es tarde.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Estás bien?

—No me pasa nada —le tranquilizó ella—. Necesito hacerte algunas preguntas.

—De acuerdo.

—¿Por qué fue a verte Eric el miércoles por la noche?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Ella sintió como si hubiera añadido un nuevo peso a sus ya cargados hombros. Cuando te pasas la vida con policías, delincuentes sexuales y víctimas de violación, sólo hay dos maneras de deshacerte del estrés: volviéndote cínico o llevando el pesado fardo como una mula de carga. Tony era de los segundos, pero eso era lo que le hacía tan bueno.

Finalmente dijo:

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora?

—Sí.

—Le dije a Abel que era una conversación confidencial —explicó Tony—. También le dije que si creía que tú habías matado a alguien, necesitaba un psiquiatra.

—Gracias.

—¿Estás segura de que quieres saber la verdad?

—¿Por qué no iba a quererlo?

—Eso depende de si estás preparada para hablar de ello —replicó Tony—. Eric me explicó algo sobre ti, algo que obviamente decidiste no compartir conmigo. Aunque me habría gustado de verdad que me lo contaras.

Ella cerró los ojos.

—El muy cabrón.

—Lo siento. Iba a llamarte mañana.

—¿Qué quería?

Maggie se puso tensa, a la espera. «Eric, ¿qué demonios hiciste?».

—Quería que le explicara cómo se puede descubrir a un delincuente sexual —
Tony continuó—: Pensaba ir a ver a alguien después de nuestro encuentro.
Unas horas después, Eric estaba muerto. Ahora Maggie sabía por qué.
«Sé quién es».

Capítulo 18

El domingo por la mañana, Serena se encontraba en medio de los campos desiertos y los cielos abiertos de la zona nordeste de la ciudad. El centro urbano de Duluth se agrupaba en unos pocos kilómetros cuadrados alrededor del lago, bancales dragados en colinas en pendiente, como una réplica en miniatura de las calles empinadas de San Francisco metida en un globo de nieve. En la meseta sobre el lago, sin embargo, la tierra se nivelaba rápidamente y se volvía llana y desolada. Autopistas como flechas se extendían a lo largo de kilómetros. Las casas estaban dispersas, con hectáreas de terreno que separaban a unos vecinos de otros.

Sentía como si el trayecto la llevara al fin del mundo si alguna vez alcanzaba la línea del horizonte. La nieve ligera se deslizaba y danzaba sobre el asfalto como agua en una sartén muy caliente. Para Serena, había algo grandioso e intimidatorio en aquel lugar. Si el desierto era como una serpiente, vigoroso, taimado y hermético, las tierras del norte eran como un oso, enorme y pesado, lleno de pelo, grasa y músculos. Vivir allí era como internarse en una tierra habitada por gigantes.

Giró a la izquierda en una carretera polvorienta con una señal de camino sin salida y avanzó un par de kilómetros hasta el terreno arbolado donde Tony Wells tenía su hogar. Era un rancho de los años setenta, y a Maggie le gustaba señalar que la casa, igual que Tony, era marrón. Vio el todoterreno de Tony, un Lexus LX de color beis, estacionado en el camino de grava.

Serena se detuvo detrás del todoterreno y salió del coche. Hacía un frío glacial, con una temperatura que rondaba los cero grados. Exhaló una nube de vapor. Pese al frío, siempre se detenía allí antes de entrar, en parte para hacer un ovillo con todos sus problemas cotidianos y dejarlo en el capó del coche, para recogerlos después, y en parte para disfrutar de la soledad de aquel hermoso y apacible lugar. Los bosques eran de abedules jóvenes y altos matorrales, una red densamente tejida con una alfombra de nieve debajo. No había casi ningún árbol de hoja perenne, así que podía verse a una sorprendente distancia a través de ellos. Un camino estrecho atravesaba el bosque y se veían huellas de esquís de montaña avanzando por la nieve. Un riachuelo, ahora congelado, ocupaba otro hueco entre los árboles.

Avanzó hacia un lateral de la casa. Tony había construido un anexo en la parte de atrás de su despacho, con una cristalera abierta a los bosques. A través de una puerta lateral se accedía a una sala de espera sin ventanas, decorada con muebles de Ikea y monótonas acuarelas, y luego se llegaba a aquel espléndido espacio con el techo abovedado y unas vistas que se extendían hasta el infinito.

Tony tenía una cámara de seguridad que le permitía ver desde su escritorio a los pacientes que entraban en la sala de espera. Serena saludó a la cámara y se sentó. Oyó un ritmo de heavy metal detrás de la puerta del despacho. Steven Tyler cantaba *Walk*

this way.

Serena no pudo evitar sonreír. Igual que Maggie, Tony era un fanático del rock duro, aunque nadie lo hubiera dicho al verle. Era el típico coleccionista serio que merodeaba por eBay en busca de objetos extraños, como una aguja hipodérmica usada por uno de los chicos malos de Motley Crue para chutarse cocaína, o un informe de mantenimiento con los daños del estadio deportivo de Philadelphia después de un concierto de Metallica. Ambos estaban enmarcados y colgados sobre el sofá, junto a sus tres diplomas de la Universidad de California. Podía recitar los datos de cualquier álbum, gira de conciertos y Grammy de Aerosmith, y cada verano se pasaba dos meses siguiendo a grupos de música por todo el país. Como contrapartida, el resto del año mantenía el despacho abierto los siete días de la semana. Muchos de sus pacientes eran policías y víctimas que se recuperaban de traumas de índole sexual, así que visitaba a todas horas.

Era casi imposible alterar a Tony, pero Serena disfrutaba con el reto y en cada visita trataba de sorprenderle con algo nuevo. Aquel día se levantó y bailó una parodia de rock de los sesenta frente a la cámara, sacudiendo la cabeza para que su pelo revoloteara y agitando los brazos a modo de pistones, en plan chica gogó. Diez segundos después la música se interrumpió, y la puerta del despacho se abrió con un suave clic.

Ella entró con aire despreocupado. Tony se hallaba sentado ante su gran escritorio de roble, enfrente de la cristalera. Tras él se alzaba la espesura. Estaba escribiendo en un bloc amarillo y no alzó la vista.

—Muy divertido —dijo con una sonrisa exigua.

Serena se dejó caer en un sofá en el lado opuesto de la habitación.

—A mí también me lo ha parecido.

Tony se levantó de la mesa y se sentó en un sillón de cuero cerca de Serena. Tenía lo ojos enrojecidos.

—Supongo que vas a soltarme otro discurso sobre George Strait y Diamond Rio.

—Un poco de guitarra acústica no te mataría, Tony.

Éste se aclaró la garganta. Medía poco más de metro setenta, con un cuerpo blando y bien alimentado. Serena y él tenían la misma edad: cumplidos los treinta y cinco, rodaban cuesta abajo hacia los cuarenta. Él desprendía un aura de profesional serio y concentrado, lo que hacía aún más inverosímiles sus gustos musicales. Aunque nunca se sabía: Serena conocía a abuelas que coleccionaban porno. Tony llevaba holgados pantalones de pana de color café, una camisa blanca y un chaleco color chocolate que hacía juego con su barba y su menguada corona de pelo.

—Pareces cansado, Tony.

Sus pesados párpados se cerraban más de lo habitual sobre sus ojos oscuros. Las bolsas de debajo estaban hinchadas como una maleta a punto de reventar.

—Una llamada de madrugada —aclaró.

—Ah. Lo siento.

—¿Café? —le ofreció él.

—No, gracias.

Tony se dirigió a un mueble de caoba con un pequeño bar de espejo. Tenía una cafetera enchufada, y se sirvió de la jarra en una taza de cerámica negra. Abrió seis sobres de azúcar, los vertió cuidadosamente y removió.

—¿Quieres un poco de café con el azúcar? —preguntó Serena.

—Me gusta dulce.

—Entonces ¿por qué bebes café? Tómate un Mountain Dew^[8].

Tony se volvió a sentar y tomó un sorbo de café. Buscó en el interior del chaleco y sacó un bolígrafo de plata Cross, que hizo girar entre los dedos.

—¿De qué quieres hablar hoy?

—Fantasías sobre violaciones —respondió Serena. El rostro de Tony no reflejó sorpresa ni desaprobación.

—Ese tema es nuevo para ti.

—No son mis fantasías.

—¡Ah!

—Hablo de Tanjy Powell.

Él frunció el ceño.

—Ya veo.

—¿Sabes que ha desaparecido?

—Lo sé.

—Me gustaría ayudar a Jonny a descubrir qué le ha ocurrido.

Tony mostró una expresión afligida.

—Me encantaría poder ayudarte, pero en esta ocasión no puedo.

—¿Por qué no? —Serena pensó en ello y añadió—: Maldita sea, Tanjy es paciente tuya, ¿verdad?

Tony suspiró.

—Sabes que no te lo puedo decir. Pero, y estoy hablando hipotéticamente, si buscaras un terapeuta en esta ciudad especializado en casos relacionados con violencia sexual, ¿a quién acudirías?

—Acudiría a ti, Tony, ¡a nadie más que a ti! —respondió ella exagerando, al tiempo que le guiñaba el ojo.

Tony se abstuvo de hacer el menor comentario, y su cara barbada la observó como si fuera un perro adormilado.

—Y hablando también hipotéticamente —continuó ella—, ¿qué me podrías decir de una mujer que fantasea casi exclusivamente con que la violen?

—Eso depende de la persona —respondió él.

—Digamos que esta mujer es por lo demás conservadora y religiosa. ¿Es eso una contradicción?

—¿Hipotéticamente?

—Exacto —sonrió Serena.

—No; eso tendría una consistencia psicológica —afirmó Tony—. Las fantasías de violación son más comunes entre mujeres sexualmente reprimidas a las que se les ha enseñado que el sexo está mal o es un pecado. Se expresan a sí mismas a través de estas fantasías porque de ese modo no tienen que sentirse culpables. El concepto de violación las exime del control. Al ser forzadas a practicar sexo, pueden disfrutarlo.

—Una apreciación bastante enfermiza.

—No tanto. Muchas mujeres profesionales usan estas fantasías para adoptar un rol sumiso cuando tienen que ser poderosas y controladoras en las demás facetas de su vida. Puede ser un modo saludable de liberar estrés —y añadió—: Dado tu pasado, por supuesto, entiendo que pienses en la vertiente patológica.

—No puedo creer que a los tíos les pongan este tipo de mujeres.

Tony jugueteó con el bolígrafo y negó con la cabeza.

—Para algunos hombres, es como la virgen y la puta fundidas en una. Estas mujeres pueden ser (no siempre, pero cabe la posibilidad) sexualmente explosivas. También pueden exhalar un aura de vulnerabilidad y necesidad que atrae a algunos hombres. No es necesario que te diga que ellos también se entretienen con sus propias fantasías de violación.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró Serena—. He oído que Eric vino a verte el miércoles por la noche. ¿Qué quería?

—Una vez más, me gustaría hablar de ello, pero no puedo.

—¿Pero...? —lo instó a seguir Serena, intuyendo que iba a decir algo más.

—Pero ojalá Maggie me diera permiso para hablar con la policía sobre la visita de Eric.

—¿Eso la ayudaría?

—De nuevo en plano hipotético, podría daros una idea completamente nueva de por qué mataron a Eric y quién lo hizo. Y deshacer este entuerto sobre Maggie.

—¿Maggie es reacia a darte permiso por alguna razón?

—Extremadamente reacia.

—Hablaré con ella —afirmó Serena—. Pero es una cabezota, ya lo sabes.

Tony sonrió por fin. Ambos conocían a Maggie.

—¿Cómo te sientes acerca de todo esto, Serena? —le preguntó después de una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Está desenterrando malos recuerdos de tu propio pasado?

Serena se recostó en el sofá. Estaba pagando por la hora, así que quizá pudiera

obtener algún beneficio para ella misma.

—Sí. Jonny me preguntó si alguna vez tenía fantasías de violaciones, como Tanjy, y perdí los estribos.

—¿Por qué?

—Me cabréé. Pero para mujeres como Tanjy, la violación es un juego. Para mí, fue un ritual diario en Phoenix durante más de diez años. Blue Dog hizo lo que quiso conmigo, porque yo era básicamente su esclava y mi querida madre se sentaba allí a mirar, colocada hasta el tuétano.

—¿Y trae tu miedo de vuelta? ¿Tu sensación de indefensión?

Serena pensó en el encuentro nocturno con el chantajista.

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo te has enfrentado a ello?

—Probé la técnica de autorrelajación que me sugeriste. Literalmente, me recordé a mí misma que esos sentimientos eran de la niña que fui, no de la mujer que soy hoy.

—¿Y te fue de ayuda?

—Sí. Fui capaz de controlar el miedo.

—Bien.

—Quiero regresar un minuto a mi hipotética chica con fantasías —requirió Serena. Tony se mostró cauto.

—¿Sí?

—¿Podría una mujer así ser proclive a la violencia? Si tuviera una relación sexual con alguien y su pareja rompiera con ella de un modo que le resultara humillante, ¿podría buscar venganza?

Él se frotó los ojos cansados.

—¿Me estás preguntando si es posible que Tanjy matara a Eric?

—Supongo que sí.

Tony frunció los labios y negó con la cabeza.

—Creo que es muy poco probable que Tanjy matara a nadie. Lo siento. No creo que ésa sea la respuesta.

—¿Sabes por qué desapareció?

—No tengo ni idea. De verdad. Obviamente, espero que esté sana y salva.

—Yo también —replicó Serena—. Tal vez Tanjy sea la única que sabe qué le ocurrió realmente a Eric.

Capítulo 19

Sherry examinó con semblante dudoso la caseta de pesca.

Era una caja de madera y aluminio no más grande que una furgoneta. Estaba allí en compañía de su novio, Josh, a unos cien metros de la orilla y en medio de una ciudad de docenas de casetas como la suya. Ellos habían cruzado el lago andando por la orilla, pero mucha gente había llegado en coches y camiones que estaban estacionados ahí al lado. Sherry le daba la sensación de que el hielo iba a ceder bajo sus pies, o de que oiría el agua golpear la superficie para liberarse.

—¿No hay ningún peligro? —preguntó.

—Hay unos cincuenta centímetros de hielo bajo nuestros pies —le aseguró Josh.

Sherry miró al otro lado del Lago del Infierno, donde se ensanchaba en un amplio espacio abierto más allá de los árboles.

—¿Qué significan esas banderas?

—Señalan los puntos en que el hielo es más fino —le respondió Josh—. Todos los lagos tienen sus zonas peligrosas; ya sabes, lugares donde el hielo no es seguro; tal vez a causa de corrientes submarinas de un arroyo, o agua caliente manando de cualquier lado, o simplemente son puntos en los que el hielo se ha fundido y se ha vuelto a congelar de nuevo, varias veces, por lo que tiene muchas grietas.

—Esto no se va a hundir, ¿verdad?

—Ni hablar. No aquí. No conduciría con el Cadillac de mi padre hasta esas banderas, pero aquí estamos a salvo. Te lo prometo.

Sherry puso los ojos en blanco.

—Vamos adentro.

Hacía un frío de mil demonios. Sherry llevaba un largo abrigo blanco con las mangas acolchadas; lo odiaba porque le hacía parecer el muñeco de Michelin, pero era su único abrigo de invierno. Tenía la cremallera medio bajada y debajo lucía un jersey rosa de cuello alto. Llevaba una cinta de piel alrededor de la cabeza para protegerse las orejas pero, por lo demás, sus rizos rubios ondeaban al viento. Sus tejanos Guess mostraban sus iniciales cosidas en lentejuelas en el bolsillo de atrás, y unas botas forradas de lana evitaban que se le congelaran los pies y los tobillos.

No se había adaptado al clima de Minnesota. Ella era una chica de California, nacida y criada en San José, a la que el mundo le cayó a los pies cuando su padre aceptó el puesto de jefe de finanzas de una fábrica aeronáutica en Duluth. Tenía dieciocho años, cursaba el último año de instituto y en lugar de graduarse con sus amigos se encontraba atrapada allí, en la reserva de hielo de la nación, intentando encajar entre una multitud de paletos adolescentes sureños.

Y eso incluía a Josh. Era un jugador de fútbol americano, grande y lento. Sin embargo, medía uno noventa y era una belleza escandinava; ambos hacían buena

pareja.

Josh abrió el candado de la caseta de pescadores y entraron los dos. Parecía una celda siberiana, sin ventanas y oscura como boca de lobo. Él encendió una lámpara de aceite que iluminó un sofá de mercadillo y un par de sillas de madera de Sam's Club^[9]. Dentro hacía tanto frío como al aire libre, y el viento soplaba a través del revestimiento de aluminio, como si éste no existiera.

—Oh, tío, ¿no se puede caldear un poco más este sitio?

—Encenderé la calefacción —se apresuró a decir Josh.

Sherry dejó caer el abrigo.

—Tú quieres que se me marquen los pezones. —Siguió la mirada de él hacia su jersey—. Y parece que te has salido con la tuya, los faros están encendidos.

Se frotó los brazos con vigor y dio unas patadas en el suelo de la pequeña y claustrofóbica caseta. Al percibir el olor a pescado arrugó la nariz. Había un gran orificio abierto en el hielo en el centro de la habitación. Miró dentro y vio agua turbia a unos treinta centímetros más abajo. Era opaca.

—¿Cómo se corta el hielo?

—Con un taladro mecánico —le respondió Josh, al tiempo que señalaba un aparato que parecía un motor fueraborda con una hélice negra de más de medio metro.

—Esto parece una película de terror —comentó ella—. No vas a cortarme en pedazos, ¿verdad?

—¡No!

Sherry se rió.

—Era broma. Además, en esas películas la chica tiene que desnudarse antes de que la maten, y yo no pienso desnudarme en este sitio —Josh puso cara de decepción y ella añadió con un guiño—: Bueno, quizás un poquito.

La calefacción amortiguó el frío de la caseta. Sherry vio cómo Josh preparaba un anzuelo en el extremo de un sedal y lo dejaba caer por la sección cortada de hielo. Apoyó la caña de pescar en una silla del revés y buscó en su bolsillo una pequeña campanilla, que ató con hilo al sedal.

—¿Para qué sirve eso? —quiso saber ella.

—Si un pez muerde el anzuelo, el sedal se mueve y suena la campana.

Le dio un golpe con la mano y la campanilla hizo ding-dong.

—Qué mono.

Josh abrió la cremallera de su mochila y sacó un iPod y unos altavoces portátiles. Puso un disco de Black Eyed Peas y Sherry empezó a contornear su cuerpo al ritmo *funky* de Fergie, la cantante del grupo. La cara de Josh se iluminó con una sonrisa juguetona y volvió a meter la mano en la bolsa, de donde sacó dos latas congeladas de cerveza Miller Lite.

—Que empiece la fiesta —dijo.

Sherry tomó la lata abierta que le ofrecía Josh y echó un largo trago, tanto que creyó que se le iba a congelar la garganta. Sin dejar de sujetar la lata con dos dedos, siguió bailando, haciendo girar las caderas y deslizando los brazos y los dedos por todo su cuerpo. Cuanto más bailaba y bebía, más iba entrando en calor y más guapo le parecía Josh.

Le hizo una seña con el dedo para atraerlo al sofá. Ambos se sentaron y las manos de él avanzaron por su espalda. La besó con torpeza; su lengua parecía una babosa húmeda explorándole el paladar. Notó cómo él le colocaba con cautela una mano sobre un pecho; como Sherry no protestó se lo agarró como si fuera un balón de béisbol. Un profundo gemido brotó de su garganta.

Ella se zafó y se fue levantando la camiseta centímetro a centímetro, revelando un estómago plano y luego unos senos en forma de pera. Se dejó la camiseta subida a la altura de la clavícula. Los ojos de Josh estaban tan abiertos que Sherry creyó ver su cerebro a través de ellos. Centró su atención en la hebilla del cinturón de él y la desabrochó. Luego le bajó la cremallera y dejó al descubierto el tejido blanco de su ropa interior. Metió la mano y se la sacó.

Él tenía los ojos cerrados. Estaba en la luna.

Ding-dong.

El sedal se movía. La caña se cayó de la silla y se precipitó al agujero.

—Mierda, espera un momento —se disculpó Josh, deslizando las piernas fuera del sofá.

—¿Estás de broma? —le espetó Sherry.

—Ayúdame —le pidió él mientras daba tirones al hilo, con los pantalones en los tobillos y su mástil todavía listo para la acción.

Sherry suspiró.

—Es lo que intentaba hacer —y añadió—: No dejes que se te baje, ¿vale?

Él luchó con el pez unos minutos, hasta tenerlo cerca de la superficie.

—Coge el palo —le ordenó él—. Mantenlo enfocado.

—Eso es lo que estaba... Oh, no importa.

Cogió la caña de pescar y la sostuvo mientras Josh se ponía un par de guantes y se agachaba sobre el agujero.

—Recoge algo de carrete —le pidió.

—¿Te crees que soy Supergirl? Esta cosa pesa mucho.

Hizo rodar el carrete y el sedal se recogió lentamente. Parecía que estuviera tirando de un ancla.

—Casi lo tengo —dijo él.

De pronto, Josh soltó un chillido y cayó sobre sus nalgas. Su erección se deshinchó. Con las manos sobre el hielo, se apartó a trompicones del agujero.

—¡Mierda!

Una cosa negra asomaba del hielo, como el topo de los juegos de whack-a-mole^[10] de las ferias. Josh enrolló el carrito unos centímetros más, con repugnancia pero presa de la curiosidad. Cuando ella lo vio, también soltó un grito.

Una melena negra enmarañada bailaba de un lado a otro a sus pies. El olor, liberado del agua, era fétido; gases invisibles llenaron el aire. Sherry se cubrió la cara. Miró entre sus dedos y vio una cabeza humana, blanca como la nieve y horriblemente hinchada, que miraba por encima del hielo. La mayor parte del cuerpo estaba atrapada debajo. Tenía barro y hierbas adheridos a la piel. Los ojos estaban abiertos, pero nublados como el mármol. Tenía la boca ligeramente abierta, y el sonido del agua al golpear los labios era como si hablara, como si estuviera viva cuando era obvio que no era así. La cabeza repetía una y otra vez: «Sácame de aquí, sácame de aquí, sácame de aquí...».

Segunda parte

CHICAS ALFA

Capítulo 20

Helen Danning podía ver su reflejo en la ventana de la tienda de regalos; en intervalos de pocos segundos, su rostro se iluminaba como el brillo de una hoguera a medida que los vehículos que ascendían por la carretera proyectaban sus dos faros en el cristal. Para Helen, esas luces eran como los haces blancos de unos reflectores que barrieran los campos de un lado a otro, acosándola. Cuando un coche aminoraba la marcha y salía de la carretera, ella se estremecía. Los faros se hicieron enormes en la ventana mientras un vehículo aparcaba fuera de la tienda. Helen retiró la silla y se levantó, dejando el té chai a medio beber y el portátil blanco abierto sobre la mesa de hierro fundido. Retrocedió hasta las estanterías de roble, llenas de velas y hojas perfumadas.

La puerta del local se abrió y Helen sintió como si la noche se derramara dentro. Una ráfaga de aire helado la hizo tiritar. Echó un vistazo al pasillo que llevaba al almacén de Evelyn, cuya puerta de atrás se abrió de golpe a los campos helados de maíz. En un acto irreflexivo quiso correr, pero vio que las personas que entraban eran inofensivas. Un hombre con una sudadera de la feria estatal de Minnesota pidió dos cafés a Evelyn en la barra, mientras su esposa curioseaba los adornos de Navidad rebajados. Helen agachó la cabeza y mantuvo el rostro oculto.

Esperó a que el coche estuviera otra vez en la carretera antes de volver a sentarse a la mesa. Cuando bebió un sorbo de su té dulce, le temblaban los dedos. Cerró los ojos, respiró hondo y continuó con su metódico trabajo en el portátil, abriendo cada una de las entradas de su blog y eliminándolas. Su fino dedo titubeó sobre la tecla de borrar mientras releía una entrada sobre el espectáculo *Miss Saigon*. Había visto ese show docenas de veces, al igual que la mayoría de los musicales que llegaban al Ordway Center de Saint Paul. Como acomodadora, veía las actuaciones noche tras noche hasta captar los matices de cada actor, canción, traje y decorado. Vivía los espectáculos casi como si fueran más reales que su propia vida. Había quien se obsesionaba con los culebrones, pero las obsesiones de Helen eran *Phantom*, *Les Misérables* y *Rent*, y todos los demás shows itinerantes que se representaban sobre el escenario una y otra vez. Su blog era la plataforma donde expresaba sus ideas sobre los personajes.

Lo había titulado «La dama que hay en mí». Hacía unos años, se había topado con un CD de Shania Twain llamado *La mujer que hay en mí*, que compró porque le gustó el título. La frase se convirtió en una especie de himno para ella: resumía lo que había perdido en la universidad y lo que había estado buscando toda su vida. Incluso tenía las iniciales LDHM tatuadas en el tobillo, como un mensaje secreto que llevaba consigo.

En ese momento no se había dado cuenta de que era un error, pues cualquiera que

quisiera encontrarla podía saber dónde estaba y dónde trabajaba si leía con atención las entradas de su blog. Pero el caso es que nunca pensó que alguien fuese a buscarla.

Helen alzó la mirada cuando la música de piano que había de fondo paró. La tienda de regalos quedó en silencio.

—Hora de largarse, cielo —exclamó Evelyn.

Estaba cerrando la tienda, limpiando la cafetera y contando el dinero de la caja. Evelyn siempre parecía estar haciendo cinco cosas a la vez. En general, más que moverse, se afanaba.

Helen cerró el portátil y aguardó. Evelyn tenía razón: era hora de largarse, y eso era precisamente lo que estaba haciendo Helen. Desaparecer.

Evelyn se sentó frente a ella con gesto impaciente. Se había servido los restos de café; tomó un sorbo y se apartó de la cara los rizos rebeldes de color ardilla. Debajo de la mesa, se quitó los zapatos y movió los dedos de los pies.

—¿Y si nos vamos a casa y damos de comer a *Edgar*? —propuso Evelyn.

—Claro.

—¿Sabes?, eres como mi gata —dijo, al advertir la inquietud en los ojos verdes de Helen—, la asustan más los pájaros a ella que ella a los pájaros.

—Cada vez que entra alguien, creo que será él —le explicó Helen.

—Lo entiendo.

—Te prometo que no te molestaré mucho tiempo.

Evelyn se encogió de hombros.

—Quédate el tiempo que quieras. No hacemos esto lo bastante a menudo, cielo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Un par de años? Estos últimos días han sido como en la facultad, pidiendo pizzas y ventilándonos vino barato. Hace que me olvide de todas estas canas.

Además de llevar la tienda de regalos, Evelyn era pintora, poeta y jardinera. Vivía sola en una vieja casa con dos hectáreas de terreno cerca del Mississippi, en Little Falls. Ella y Helen eran grandes amigas desde que compartieran habitación en la universidad. Evelyn la había invitado varias veces a visitarla en su pequeña localidad del centro de Minnesota, pero a Helen le asustaban los espacios abiertos y le ponía nerviosa el vacío. Ella prefería el anonimato de la ciudad, donde podía perderse entre la multitud y vivir con sigilo en pleno bullicio.

—Piensas que estoy exagerando, ¿no? —preguntó Helen.

Evelyn cogió un cuenco con aperitivos japoneses de la barra y lo dejó entre las dos sobre la mesa. Tomó un fruto seco de color verde y se lo llevó a la boca.

—Sí, supongo que sí. Pero ¿y qué? Tú conociste a ese tío, yo no.

—Se llamaba Eric.

—Vale, pues Eric.

—Me localizó y al cabo de dos días lo mataron.

—Podría ser una coincidencia.

Helen negó con la cabeza.

—Él sabía lo que me pasó.

—¿Y?

—Pues que Eric iba a enfrentarse a ese cabrón, ya te lo dije.

Evelyn la observó con escepticismo.

—Los periódicos sostenían que había sido la mujer de Eric quien lo había matado.

—Ya, pues creo que se equivocan.

Evelyn suspiró.

—Si estás tan segura, cielo, ¿por qué no acudes a la policía?

Helen sacó la lengua.

—La policía no sirve de nada. ¿Recuerdas la última vez?

—Te trataron fatal.

—Dijeron que era culpa mía —continuó Helen—. No quiero volver a pasar por eso. Se limitaron a hurgar en lo ocurrido y al final no hicieron nada. Me acusaron de estar loca, de que sólo quería vengarme.

Helen se quedó mirando la carretera a través de la ventana. Evelyn extendió la mano y cubrió la de Helen con la suya.

—¿De verdad crees que estás en peligro?

—Así es.

—Entonces tienes que decírselo a alguien —insistió Evelyn—. ¿Y si ese tío está acechando a alguien más? ¿Quieres que otra mujer pase por lo mismo que tú?

—No.

—Entonces escucha, tal vez tú seas la única capaz de detener a ese asqueroso.

—Necesito tiempo —le dijo Helen.

Evelyn sonrió y se puso en pie.

—Lo tienes, cielo. Vamos, iremos a casa, encenderemos el fuego y abriremos un Yellow Tail^[11]. Lo principal es que dejes de preocuparte. Nadie te encontrará. Aquí estás a salvo.

Capítulo 21

—¿Se trata de Tanjy? —preguntó Stride.

Abel Teitscher asintió. Tenía las cejas y el bigote cubiertos de nieve, que caía ininterrumpidamente sobre el lago como una cortina.

—Parece un palito de cangrejo congelado.

—¿Causa de la muerte?

—Alguien le abrió la parte de atrás del cráneo.

Stride blasfemó y se dirigió al grupo de agentes reunidos junto a la caseta de pesca. Aquello era como un campamento gitano sobre el lago, un batiburrillo de cajas de contrachapado, tiendas de campaña, casetas de pesca de aluminio, caravanas y furgonetas de reparto. Huellas de neumáticos y motos de nieve formaban un laberinto en el suelo blanco. Había desperdicios por todas partes: cajas viejas, botellas de cerveza, guantes destrozados, cabezas de pescado y cigarrillos a medio fumar. El lago en sí era inmenso, con unos tentáculos como patas de araña que rodeaban penínsulas boscosas, pero desde donde se encontraba sólo veía un pequeño fragmento de él. Lo llamaban Lago del Infierno porque era famoso por sus zonas peligrosas, áreas como cáscara de huevo donde el hielo nunca se solidificaba debido a las fuertes corrientes que fluían por debajo. O quizá fuera porque la lava manaba directamente desde el infierno para calentar el agua. Era un lugar incierto, en el que resultaba fácil perderse al caer la niebla, desviándose de los pedazos densos de hielo a las frágiles capas surcadas de grietas. Cada año había que lamentar varios accidentes, personas desaparecidas bajo el hielo; y a la mayoría, no las rescataban nunca.

Soplaba un viento feroz a través del hielo. Sin árboles que lo entorpecieran, cabalgaba sobre el lago como un patín de vela. El cadáver de Tanjy yacía tristemente sobre un trozo de plástico, a la entrada de la caseta de pesca. Su piel había perdido el pigmento. O su asesino o la corriente del lago la habían desnudado. Stride sintió una punzada de pesar: Tanjy se había pasado la vida obsesionada con las violaciones y ahora realmente habían profanado su cuerpo.

Stride se volvió hacia Teitscher.

—Deberías haberme llamado inmediatamente.

Teitscher frunció el ceño, aunque su rostro extenuado permaneció imperturbable.

—Acordamos que yo llevaría la investigación.

—Así es, pero quiero estar en el ajo.

—Para mí, eso significa pasarte mi papeleo —zanjó Teitscher—, no que me cuestiones en la escena del crimen. No te quiero aquí, teniente. Ahora mismo, no sé de qué lado estás.

—Tú ponme al corriente —le dijo Stride.

—Dan Erickson quiere estar enterado de cualquier movimiento tuyo en este caso

—explicó Teitscher.

—¿Es una amenaza?

—Sólo un aviso.

—No me preocupa Dan —respondió Stride.

Teitscher se encogió de hombros.

—Hemos encontrado el coche de Tanjy. Alguien lo llevó al interior del bosque, al final de un camino sin salida.

—¿Cerca de aquí?

—A un kilómetro aproximadamente.

—Háblame de la escena del crimen —pidió Stride.

—Hay sangre en el maletero. En una capa profunda de nieve hemos conseguido huellas de botas que se alejan del coche para volver al camino. Ahí se detienen.

—Así que no la mataron donde habéis encontrado el coche.

—No, al parecer la mataron en alguna otra parte y luego la arrojaron al maletero para llevarla hasta el hielo. Encontraron una caseta abierta, dejaron el cuerpo en el lago y después abandonaron su coche en el bosque.

—¿En plural?

—Estoy pensando que a una persona sola le habría costado mucho lograrlo. Si no fue asesinada donde abandonaron su coche, quienquiera que lo dejara allí necesitaba otro vehículo para largarse. Y alguien tenía que conducirlo.

—¿De qué tamaño son las huellas?

—Grandes, al menos del 44 —explicó Teitscher, y añadió—: Eric Sorenson calzaba un 44.

—No vayas tan deprisa.

Teitscher se encogió de hombros.

—Por lo que sabemos, fue una de las últimas personas que vieron a Tanjy con vida.

—¿Qué hay de la hora de la muerte? —preguntó Stride.

—Lleva varios días en el agua, no creo que llegemos a saber cuántos exactamente. Eso hará feliz a Archie Gale.

—No hay nada que vincule a Maggie con esto, ¿verdad?

—Sólo que su marido estuvo liado con Tanjy y que él también está muerto.

—Para mí, eso significa que la muerte de Eric puede implicar más cosas de lo que a primera vista parece —dijo Stride.

—¿Sí? Eres fantástico lanzando teorías, teniente. A ver qué te parece ésta: Maggie y Tanjy tuvieron una pelea de las gordas por la aventura de ella con Eric. Tanjy acabó muerta. Maggie llamó a Eric para que la ayudara a deshacerse del cadáver, pero él en un acceso de lucidez quiso llamar a la policía. Maggie lo mató.

—No tienes ni la menor prueba que respalde eso.

—No, aún no, pero sólo digo que no hay que esforzarse demasiado para relacionar ambos casos.

Stride sabía que aquella discusión no llevaba a ninguna parte.

—¿Y la caseta? ¿Qué has encontrado ahí?

—Dos adolescentes han encontrado el cuerpo. Se estaban enrollando cuando la cabeza de Tanjy asomó. La caseta de pesca pertenece al padre del chico, pero los técnicos de pruebas disienten de que Tanjy fuese arrojada desde ahí. Podría haberse hundido en cualquier punto del lago y llegar hasta allí a la deriva. La gente deja estas chozas sin cerrar y pasan semanas enteras sin volver por aquí.

—Nunca conseguirás una orden para registrar todas las casetas del lago —dijo Stride.

—Lo sé. Lo mejor que podemos hacer es llamar puerta por puerta. Quizás alguien viera algo.

Stride sabía que, sin una hora de la muerte ni una escena del crimen de la que fuera posible obtener pruebas forenses, sería un caso difícil de resolver.

—Si puedo ayudarte, llámame. Lo digo en serio.

—No me malinterpretes, teniente, pero si quieres ayudarme, mantente fuera de mi camino.

Teitscher se volvió en la dirección del viento y se alejó. Sus pies resbalaron en el hielo y cayó sobre una rodilla. Mientras se levantaba gritó a uno de los agentes que había allí, y Stride vio que el policía, un buen chico, se encogía. El único método que conocía Teitscher de que se hicieran las cosas era gritándole a alguien a la cara. Era un caso perdido y no iba a cambiar.

Stride oyó una débil música de fondo; era su teléfono móvil, que estaba sonando. Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta de piel y oyó la canción de Alabama en su cabeza. *Tengo prisa y no sé por qué.*

Contestó mientras se dirigía a su todoterreno.

—Stride.

Era Maggie.

—Tengo que verte, es urgente.

—¿Qué ocurre?

—No quiero hablar por teléfono —respondió ella.

—Vayas a donde vayas, tendrás compañía. No pueden vernos juntos.

—Eso déjalo de mi cuenta. Estaré sola.

Stride no iba a negarse.

—Veámonos tarde. A las once.

—¿Dónde?

—En el aparcamiento del instituto. Colina arriba.

—Gracias, jefe.

—Me tienes en ascuas con todo esto —le dijo Stride—. Me estás ocultando información.

—Lo sé. Y lo siento. —Hubo una larga pausa, y entonces Maggie preguntó—: ¿Es cierto lo de Tanjy? ¿Habéis encontrado su cuerpo?

—Sí, es cierto.

Maggie soltó el aire como si lo hubiera estado reteniendo.

—Hay algo que debes saber; pero sólo tú, Teitscher no.

—¿El qué?

—Tanjy no mintió sobre su violación —le explicó Maggie rápidamente.

—¿Qué?

—Ya lo has oído... sucedió, fue real.

—Ni hablar. —Pensó en las fantasías del ordenador de Tanjy y en los explícitos detalles de su vida sexual que proporcionó Mitchell Brandt—. Tanjy me dijo claramente que se lo había inventado todo.

—Sé cómo suena, jefe. Yo misma no la creí, pero me equivoqué.

—¿Cómo diablos puedes estar tan segura?

Esta vez, la pausa fue tan larga que creyó que se había cortado la línea. Cuando oyó la voz de Maggie, no parecía ella en absoluto.

—Porque a mí también me pasó.

Capítulo 22

Dejó la camioneta en un aparcamiento desierto al final del Point y emprendió la boscosa subida rumbo al lago. El agua turbia y la franja delgada de hielo y arena se extendían ante él hacia las luces brumosas de la ciudad. Cuando salió de entre los árboles, un viento feroz y tortuoso le insensibilizó la cara. Se bajó el gorro de algodón hasta convertirlo en una máscara y observó la playa con unos ojos como hendiduras. Dentro de los guantes y de las botas llevaba pequeñas bolsas de agua para mantener las manos y los pies calientes y ágiles. Metió la barbilla dentro del cuello y continuó andando por la irregular superficie de hielo, mientras se le empapaba el abrigo de gotas heladas a medida que las olas rompían en la orilla.

Estaba solo. El camino de casi un kilómetro hasta la casa de Serena era duro y frío. Sin el resplandor de la luna no se distinguían las casas, que quedaban ocultas en gran parte por los esqueletos de los árboles. Supo dónde desviarse de la playa hacia el oeste cuando se topó con los dos pedazos de madera que había dejado horas antes como señal. Siguió el sendero hollado a través del centeno silvestre y anduvo con mucho tiento hasta el lindero de los árboles, a sólo unos metros de la puerta trasera de la vivienda. Esperó allí, invisible. La casa estaba a oscuras. El camino de cemento hasta la calle estaba vacío.

Se concedió un máximo de cinco minutos para estar en el interior de la vivienda y se guardó un cronómetro con vibrador en el bolsillo de atrás. Echó un vistazo a las vallas a cada lado del pequeño terreno y se dirigió hacia la puerta mosquitera, que estaba abierta. Dejó las botas en el porche, donde sus huellas se perdieran en la nieve apelmazada. Con sus calcetines de lana se escabulló por el porche hasta la puerta de atrás, iluminó la cerradura con una linterna y en cuestión de segundos ya estaba dentro.

Todo olía a ella. Era la primera vez que estaba lo bastante cerca para inhalar otra vez su aroma. Para él, aquel olor era calor seco, sudor y piel suave. Se permitió saborearlo por un instante. Se sintió joven, renacido, poderoso.

Su primera parada fue en la sala de estar. En apenas treinta segundos eligió el lugar donde esconder el micrófono y comprobar la calidad de la transmisión. Siguió parada: el dormitorio conyugal. Había esperado poder instalar una web cam, pero tras examinar las blancas paredes comprendió que no había ningún sitio donde ocultar el aparato. Preparó un segundo micrófono y lo instaló detrás de las barras de su cabecera.

Antes de que se disparase el cronómetro, ya estaba fuera otra vez. Reconoció el terreno de atrás de la casa y colocó un repetidor detrás de uno de los bajantes de aluminio; eso le proporcionaría al menos una recepción de unos tres kilómetros de radio, así que podría escuchar con nitidez desde el interior de la camioneta aparcada a

casi un kilómetro de allí.

De nuevo en el bosque, la esperó, dando patadas en el suelo para sacudirse el frío de encima. Nunca hacía tanto frío en el sur. No entendía cómo podía vivir aquí la gente. Casi le hacía desear la extenuante humedad de Alabama. Los dedos de los pies se le entumecieron a medida que pasaba el tiempo, y finalmente vio unos faros que surcaban el camino de entrada: Serena entró en él y aparcó. Se le tensaron los músculos. La observó bajarse y entrar en la casa, ignorante de su presencia. Se llevó un auricular al oído y escuchó sus pasos y el susurro de su ropa al quitarse el abrigo. Cuando se acercó al micrófono, la oyó respirar.

Casi se preguntó si, de algún modo, también ella notaría su olor en la casa igual que él había olido el suyo dentro, como un rumor en algún rincón de su mente. Como una visión o un recuerdo.

Sin apartar la mirada de las ventanas de la vivienda, salió de entre los árboles y se dirigió al coche de Serena. Allí donde estaban las luces encendidas, ella no podía ver el exterior, pero aun así se quedó helado cuando la vio pasar frente al cristal y mirar en dirección a él. Sus ojos se cruzaron, como tantas otras veces cuando la vigilaba. Pasó a otra habitación.

Él se agachó debajo del coche y colocó el transmisor GPS; luego se levantó y retrocedió hasta la playa sin volver la vista atrás. Aún llevaba el auricular en el oído, y la escuchó mientras volvía sobre sus pasos rumbo a la camioneta. En el dormitorio, la oyó tararear mientras se desnudaba, el ruido de las trabillas contra su cinturón dorado. Cerca de donde estaba, empezó a correr el agua de la ducha. Se imaginó su cuerpo desnudo, vio su piel entre sus manos.

Sonó el teléfono móvil. La distracción lo cogió por sorpresa y lanzó una mirada rápida a la playa para confirmar que estaba solo. Sacó el teléfono y reconoció el número. A regañadientes, se quitó el auricular de la oreja.

—¿Qué? —resopló.

—Han encontrado el cuerpo de Tanjy.

—¿Y?

—Me dijiste que tardarían meses, años tal vez.

Avanzaba con dificultad, paso a paso, sobre la capa de hielo gris. El lago retumbaba a su lado. El frío era insoportable.

—Ha sido mala suerte, pero eso no cambia nada. No te preocupes, estás a salvo.

—Me dijiste que saldrías de la ciudad cuando el trabajo estuviera hecho.

—Lo haré.

—¿Y por qué sigues aquí?

—Tengo un asunto que rematar —zanjó.

—¿Qué asunto?

—Cosas mías. Es algo personal.

El aire de la noche estaba cargado de un silencio mortífero.

—¿Tienes la menor idea de lo que me estoy jugando?

—Ése es tu problema —contestó.

—¿Qué otros planes estás tramando? Dime.

Respiró contra el teléfono y vio el vapor volatilizarse como un fantasma delante de su cara.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Qué diablos significa eso?

—Significa que Tanjy no fue la única. Decidí hacerlo también con otras.

Aguardó. Era curioso comprobar cómo el miedo es capaz de deshinchar hasta el ego más arrogante y frío como si fuera una bola de grasa.

—Eres un monstruo.

—¿Sí? Y eso ¿en qué te convierte a ti? Recuerda que todo fue idea tuya.

—¿Quiénes eran las demás?

—Eso no importa mucho. Las chicas alfa no revelan sus secretos. —Se rió.

—Quiero que te largues, ¿está claro? Se te ha pagado bien.

—Yo decidiré cuándo termino, no tú.

Cortó la comunicación y desconectó el teléfono.

Con la otra mano, volvió a activar el auricular y a colocárselo en la oreja. De nuevo en la camioneta, se deslizó adentro, puso la calefacción y escuchó. Sus pies se descongelaron lentamente. Fue quitándose capas de ropa.

En casa de Serena, el sonido de las tuberías cesó. La oyó regresar al dormitorio e imaginó su carne desnuda, rosada y limpia. Su pelo largo y mojado. Sus pezones endurecidos y su pubis reluciente de humedad. Siempre había imaginado que era Serena cuando estaba con las demás. Controlándola. Violándola. Haciéndole pagar esos diez años que le había robado.

Ahora le tocaría a ella.

Muy pronto.

Capítulo 23

Stride estaba preocupado. Era casi medianoche y Maggie se retrasaba.

Estaba en el aparcamiento de abajo del instituto, con vistas a las luces del centro de la ciudad y al negro vacío del lago. Se había fumado dos cigarrillos mientras la esperaba. La nieve caía en una pesada cortina, sobrevolando la colina, revoloteando en torno a Stride como un tornado. Costaba mirar la nieve directamente. Con los ojos entornados y la cara contraída, las mejillas se le estaban enrojeciendo e irritando a causa del viento. El hielo se le amontonaba en las cejas. Juntos, los copos de nieve que se abalanzaban contra él atacaban como un ejército despiadado; además, la fuerza del viento intensificaba la acometida de aquel millón de cuchillos capaces de cegar, congelarlo y enterrarlo en una misma tormenta.

Unos faros empañados aparecieron en la carretera que quedaba encima de él y bajaron oscilando hasta el aparcamiento. Reconoció la Chevy Avalanche de Maggie. Ésta conducía deprisa y el vehículo zigzagueó sobre el camino resbaladizo y empinado. Era una camioneta enorme para una mujer tan menuda, tanto, que necesitaba bloques de madera para llegar a los pedales. Maggie era una conductora horrible; Stride pensaba que conducía de modo temerario sólo para fastidiarle, porque aún lo hacía peor si cabe cuando iba con ella en el coche.

Aparcó en una esquina cerca de su Bronco y salió. Llevaba un abrigo de piel que la cubría hasta los tobillos y botas altas de tacón cuadrado. Caminaba con las manos en los bolsillos. Pateó la nieve húmeda mientras se acercaba.

Stride no la había visto desde la noche del asesinato, en su casa, y se dio cuenta de cuánto la echaba de menos. Él se acercó también, dispuesto a abrazarla, pero ella sacó una mano del bolsillo y la sostuvo en alto para detenerlo.

—No —le dijo—, nada de compasión. Sobre todo de ti.

Los pocos metros que los separaban parecían un abismo.

—Vamos, Mags, soy yo. No necesitas demostrarme lo dura que eres.

—Desde luego que sí. —Lo miró de arriba abajo—. ¿No se te ha ocurrido esperar dentro del todoterreno? Pareces un jodido muñeco de nieve.

—No me importa el frío.

—Querrás decir que no quieres que Serena huela a tabaco ahí dentro.

—Eso es.

—Bueno, pues yo no voy a quedarme aquí. Entremos en la Chevy.

Se dirigieron a lados opuestos del vehículo. Stride se sacudió toda la nieve que pudo antes de subir. En la cabina se estaba caliente, así que se sacó los guantes. Maggie no lo miró; se limitó a quedarse sentada en el asiento del conductor con los ojos perdidos en la vista panorámica. Él se dio cuenta de lo extraño que le resultaba ver el paso de los años en el rostro de Maggie, las diminutas patas de gallo junto a los

ojos y algunas hebras grises en su cabello negro azabache. Para él siempre sería una muchacha de veintitantos, apasionada e inteligente. Y eso era parte del problema: que para él, nunca crecería. Parecía que fue ayer cuando oía a Maggie lamentarse por la chica de Enger Park, mordiendo el borde de un vaso de papel e insistiendo en que algo se les había escapado, cuando Stride sabía que no era así. Pero de eso hacía mucho, mucho tiempo. Era como si hubiera guardado a Maggie en un cajón de su mente, para mantenerla a salvo de todo lo malo; pero mientras tanto se había ido haciendo mayor, y le sucedían cosas malas de todos modos.

—¿Cuándo? —preguntó Stride.

Maggie supo a qué se refería. Extendió las manos, enroscó los dedos en el volante y lo apretó con firmeza.

—Ocurrió justo antes de Acción de Gracias. Eric estaba fuera de la ciudad.

Stride lo recordaba. Maggie había dicho que estaba enferma durante casi dos semanas y lo había achacado a la gripe.

—Yo estaba durmiendo. Él llevaba un cuchillo.

Se apartó el cabello detrás de la oreja y le mostró una cicatriz de cinco centímetros.

—He conseguido bloquear la mayor parte de los detalles. Simplemente, no me acuerdo.

—Jesús —murmuró Stride.

—He dicho que nada de compasión, jefe. No de ti. ¿Entendido?

Stride pensó que su bravata era tan fuerte como el celofán.

—¿Sabes qué es lo primero que hice? —siguió—. Te encantará. Me reí. Era todo tan condenadamente gracioso. Era como la gran broma de Dios. Me dije a mí misma que estaba soñando, que todo sucedía dentro de mi cabeza, que no era posible que eso me hubiera pasado a mí. Pero el siguiente recuerdo es que estaba aporreando el suelo, aullando. Me quedé ahí, en la oscuridad, y lloré durante dos días.

Él abrió la boca para decir algo, pero la cerró. No había nada que decir.

—¿Sabes qué hice después? —continuó Maggie—. Tiré toda la comida del frigorífico. Como una cabra, ¿eh? Todo. Dejé los estantes vacíos, y luego lo rocié todo de arriba abajo. Y lo mismo en cada habitación. Vacíé doce botes de desinfectante. No quería oler nada. La casa parecía un hospital.

Él apretó los puños, y Maggie se percató.

—Si alguna vez le pongo la mano encima a ese hijo de puta, lo mato —dijo Stride.

—Sé que quieres hacerte el héroe, jefe, pero esto me ocurrió a mí, no a ti. Si te lo estoy contando ahora es sólo porque no tengo elección.

—¿Por qué no acudiste a mí entonces?

Se volvió y lo miró fijamente. Sus ojos irradiaban un orgullo feroz.

—Porque esto no le sucedió a una agente. Le sucedió a una mujer. ¿No lo entiendes? No quería que tú ni ningún otro hombre lo supiera. Ni entonces, ni nunca. Ya fue bastante duro decírselo a Eric. Quería que lo denunciara, y yo sólo ansiaba que se desvaneciera. Y así sigue siendo.

—Dime al menos que recibiste ayuda de alguien.

—¿Acaso no me has oído? No quise hablar con nadie. Me está matando tener que hacerlo ahora. Y sí, lo sé, es el síndrome del trauma posviolación, yo estaba en la fase aguda, y evidentemente, no lo controlaba. Y ¿sabes qué?, todo eso son chorradas psicológicas. Las parrafadas que les soltaba a las víctimas de violaciones a lo largo de los años no eran más que chorradas. Esto me pasó a mí. Y si no has pasado por lo mismo que yo, no tienes ni puñetera idea.

Él pensó en algo apropiado que decir y acabó diciendo lo que no debía.

—No entiendo cómo no lo denunciaste, precisamente tú.

—Ya viste lo que le ocurrió a Tanjy... la humillaron, la destruyeron. No quería que me ocurriera lo mismo.

—Contigo habría sido diferente —insistió Stride.

Maggie negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido, jefe? Eres un gran policía, pero a veces tu ceguera me vuelve loca. ¿Te crees que no tengo secretos? ¿Que no hay cosas que prefiero que no salgan a la luz?

—¿Qué cosas?

—No es asunto tuyo. La cuestión es que no lo hice público porque no quería que arruinasen mi vida.

—¿Cómo voy a resolver este caso si no piensas hablar conmigo? —preguntó Stride.

Maggie rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una nota arrugada. La aplanó y se la entregó a Stride. Había una frase con la tinta corrida y escrita con letra de hombre:

SÉ QUIÉN ES

—¿Qué diablos es esto? —quiso saber él.

—Eric me la dejó la noche que lo asesinaron. Al principio pensé que me estaba acusando de tener una aventura, pero no se trataba de eso. No era eso lo que quería decir.

—Tanjy dejó el mismo mensaje para Dan Erickson la noche que desapareció.

Maggie no pareció sorprendida.

—Creo que Eric averiguó quién era el violador. Cuando me negué a ir a la policía, creo que se fue a ver a Tanjy. De algún modo, ellos dos encontraron algún indicio que

les condujo hasta el violador. Y luego el tío los mató a ambos.

Stride repasó mentalmente la cadena de acontecimientos. El lunes por la noche, Eric se encaró con Tanjy en la calle, delante del Java Jelly, y le dijo algo que la alteró profundamente. Tanjy salió temprano del trabajo y, aquella noche, llamó a Lauren para contarle un secreto: «Sé quién es». Sólo que nunca tuvo la oportunidad de decírselo a nadie. Alguien la mató y enterró su cuerpo debajo del hielo. Dos días después, Eric murió asesinado.

Bajó la ventanilla de su lado de la camioneta. La nieve se coló dentro y le mojó la cara. Encendió un cigarrillo, se llenó los pulmones de alquitrán y lo sostuvo fuera de la cabina, donde el humo se alejó ondulando.

—¿Tienes alguna idea de lo que sospechaba Eric?

—No, pero empieza con Tony. Eric habló con él esa noche. Tal vez pueda ayudarnos.

—A lo mejor Eric sospechaba de Tony. Tanto tú como Tanjy erais pacientes suyas.

—Sí, ya lo he pensado, pero Tony dice que Eric fue a verle para que le diera el perfil de un agresor sexual, y eso tiene sentido. Eric sabía que siempre trabajábamos con Tony para esa clase de mierda.

—Hablaré con él —dijo Stride—. También volveré a repasar la declaración policial de Tanjy. Si no nos mintió, quienquiera que la violara sabía que Grassy Point Park era el sitio al que llevaba a sus novios. Al menos, Mitchell Brandt dice que lo llevó allí.

—Bien.

—Sigues ocultando algo, Maggie —le dijo—. Tengo las manos atadas si no eres completamente sincera conmigo.

—Lo siento, pero no estoy pensando sólo en mí misma. Otras personas podrían salir perjudicadas por lo que yo diga.

—Más bien por lo que no digas.

Sus miradas se encontraron. Sabía a qué se refería: el violador continuaba suelto.

—Si no hay más remedio, entonces te diré por qué no podía denunciar la violación; pero por lo que yo sé no tiene nada que ver con Tanjy. Por fuerza tiene que haber otra conexión.

—Sabes que tendré que informar a Teitscher. Parece un pez que se muerde la cola. Esto alejaría las sospechas de ti, Maggie.

Ella le cogió una mano entre las suyas. Era la clase de gesto íntimo que nunca se permitía con él. Lo molestaba, le guiñaba el ojo, lo insultaba... Pero nunca lo tocaba.

—Te pido que no lo hagas, Jonathan.

No le llevó la contraria.

—Si eso es lo que quieres... Por ahora.

—Yo también intento seguir los pasos que dio Eric —añadió Maggie—. Quiero saber cómo encontró a ese tío.

—¿Y qué has averiguado?

Los ojos de Maggie centellaron, de nuevo como los de una policía.

—Eric estuvo en las Ciudades Gemelas el fin de semana antes de que lo asesinaran. Volvió el lunes y se fue a ver a Tanjy. Ahí empezó todo.

—Crees que descubrió algo durante ese viaje —concluyó Stride.

—Exacto. Por eso he llegado tarde. Estaba hablando por teléfono con el hotel Saint Paul, intentando averiguar qué hizo Eric durante su estancia allí. El hotel me ha pasado sus facturas y he comprobado su tarjeta de crédito y la lista de llamadas de su teléfono móvil.

—¿Y?

—Reservó una entrada por teléfono para una obra en el Ordway Center el sábado por la noche. Una entrada, no dos.

—El Ordway está justo al otro lado del parque desde el hotel Saint Paul —dijo Stride—. Seguramente sólo buscaba distracción para un sábado por la noche.

—Eso mismo pensé yo. No obstante, he comprobado lo del Ordway y luego he seguido el rastro de los propietarios del abono de temporada que se sentaron a su lado.

—¿Se acordaban de Eric?

—Oh, sí. Dicen que casi le echaron del teatro.

—¿A Eric? ¿Por qué?

—Estaba molestando a los acomodadores. Acribillándoles a preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—No lo sé, pero me gustaría averiguarlo.

Capítulo 24

El lunes por la mañana, Serena bajaba por el Point en dirección a Canal Park, por el sendero que las máquinas habían despejado de nieve y hielo. Corría dando largas y elegantes zancadas. Llevaba camiseta de lycra, mallas y un chaleco, con una bufanda que le cubría las orejas y el largo cabello recogido en una cola de caballo. Corrió cuatro kilómetros y medio en media hora y llegó al puente levadizo que dominaba las alturas como una guillotina gris. Serena hizo un alto y se inclinó, apoyando las manos en las rodillas. Respiró hondo varias veces y entonces echó la cabeza atrás y contempló el cielo. Dio algunos pasos torpes, como un pavo real, sacudiendo las piernas para mantenerlas flexibles. Abrió con el pulgar la botella de agua que llevaba sujeta con una cinta de velero a la cintura y tomó un buen sorbo. Estaba helada.

Fue paseando por la acera hasta el centro del puente. La temporada de navegación había terminado, por lo que el puente rara vez se subía en esta época del año. El agua del puerto a su izquierda estaba congelada, e incluso el estrecho canal que penetraba en el lago Superior estaba vidrioso por el hielo. Se asomó por la barandilla de acero para contemplar el lago.

Estaba sola, pero no podía liberarse de aquella sensación de sentirse observada. Incluso la persiguió hasta su casa, y hasta el punto de creer que estaba compartiendo su vida con un fantasma. Se acordó de aquella época en Las Vegas, cuando Tommy Luck le seguía la pista. Serena recordaba encontrarse en el apartamento de aquel hombre después de que le arrestaran, y descubrir toda una pared empapelada con fotografías suyas que le había sacado a hurtadillas. Como un santuario. Algunas en la calle; otras en su coche; otras, con teleobjetivo, a través de la ventana de su dormitorio. Y en todas aparecía desfigurada y violada, como si fantaseara con hacerlo realidad. Después de eso no perdió a Tommy de vista, y cuando salió en libertad condicional, pensó seriamente en encargarse de él de una vez por todas antes de que se volviera a avivar su obsesión. Los agentes de Las Vegas habrían hecho la vista gorda, pero Tommy era un don nadie y decidió que no quería ese cargo de conciencia.

No era la primera vez que se veía tentada a actuar de ese modo. Cuando Serena estaba en Phoenix, compartiendo un infierno de vida con su madre y Blue Dog, constantemente ideaba formas de matarlos. Por las noches se acostaba intentando reunir el valor suficiente para empuñar un cuchillo y rebanarle a él la garganta mientras dormía, y luego hacérselo a su madre. Asesinarlos y desaparecer. Nadie los echaría de menos y nadie la encontraría a ella. Varias veces estuvo a punto de coger un cuchillo de cocina y quedarse en la puerta del dormitorio viéndoles dormir, pero nunca cruzó el umbral. En lugar de eso, huyó a Las Vegas sin mirar atrás.

Serena se preguntaba en qué cambiaría ahora su vida si las cosas hubieran sido diferentes.

Si hubiera entrado en el dormitorio de su madre con el cuchillo de cocina.

Si hubiera ensartado una bala en la cabeza de Tommy Luck.

Sonó su teléfono móvil. Se lo sacó del bolsillo del chaleco y comprobó el número, que no reconoció.

—Serena Dial.

—Me llamo Nicole Castro —anunció una mujer—. Archie Gale me dio su número.

—Ah, ¿sí?

—Me dijo que usted y yo tenemos algo en común.

El tono era irónico y severo, como el de un cómico con demasiados espectáculos a cuestas.

—¿Y qué es? —preguntó Serena.

—Usted se acuesta con un tipo llamado Jonathan Stride, y yo tenía un jefe que se llamaba Jonathan Stride.

A Serena no le hizo gracia.

—¿Qué desea exactamente, señora Castro?

—Llámeme Nicole. Quiero hablar con usted sobre el asesinato de Eric Sorenson.

—Debería acudir a la policía.

Nicole se burló.

—Pero ambas sabemos que Abel ya le ha echado el ojo a un sospechoso. Créame, no escuchará nada de lo que yo tenga que decirle.

—¿Y eso por qué?

—Él era mi compañero.

Serena se enderezó y se limpió la frente con la manga.

—¿Qué clase de información tiene, Nicole?

—Será mejor que lo hablemos cara a cara.

—No recuerdo que Jonny la haya mencionado nunca —le dijo Serena.

—¿Jonny?

—Stride.

—Oh, claro. Bueno, no creo que piense demasiado en mí. Todos quieren olvidarme. Oiga, Archie dice que usted quería echar una mano en este caso. Así que, ¿quiere mi ayuda o no?

—Si ha de ser útil, desde luego.

—Entonces venga a verme.

—Podríamos comer en el Grandma's —propuso Serena.

Nicole habló con voz cortante.

—Nada me gustaría más, créame. Pero por desgracia ya no vivo en Duluth. Estoy en las Ciudades Gemelas, en un pueblo llamado Shakopee.

—Está bien, mañana tenía que ir a las Gemelas de todos modos. ¿Dónde quiere

que nos veamos?

—Tendrá que venir aquí. Estoy en la cárcel.

Serena exhaló vapor y miró a su alrededor para ver si alguien la observaba. La barandilla del puente estaba fría bajo sus dedos.

—Creía haber entendido que es usted policía.

—Así es. Antes estaba en el departamento de detectives de Duluth. Hasta que me incriminaron en el asesinato de mi marido. Igual que a Maggie.

Grassy Point Park era una pequeña mancha verde en forma de cuchillo que se adentraba en el estrecho canal de la bahía de San Luis. Se encontraba en una calle sin salida en el centro de la zona industrial de la ciudad, cerca de muelles metalíferos y vías de ferrocarril. Stride tenía el puerto helado a su izquierda. Podría haber conducido por encima del hielo y coger un atajo de vuelta a casa, rodeando la península de Wisconsin. A su derecha, donde terminaba el parque, vio los vagones de Santa Fe cargados de piedras hasta el tope al otro lado de una alameda. El viento era intenso y frío, y el cielo de la mañana parecía una mortaja gris sobre su cabeza.

Ése era el lugar donde Tanjy aseguraba que la habían llevado, la habían atado a una verja alta junto a la cochera del tren y la habían asaltado.

Intentó meterse en la mente de Tanjy, imaginándose que era una noche de principios de noviembre. Al norte brillaban las luces del puente a Superior. Se encontraba lo bastante cerca del agua para oír las olas rompiendo en la orilla. Tanjy forcejeó, pero tenía un cuchillo en la garganta y no hizo ningún ruido. Estaba atada y desnuda. El metal de la verja se le clavaba en la piel expuesta.

Después, se encontró sola. Humillada. No gritó pidiendo ayuda. Se liberó sin ayuda de nadie, condujo de vuelta a casa y se lavó la vergüenza y las pruebas.

Stride negó con la cabeza. Alguna pieza del rompecabezas no encajaba.

Cuando Tanjy le contó por primera vez lo sucedido, hubo un detalle que le pareció extraño. Después de violarla, el asesino dejó allí el coche de Tanjy porque había otro vehículo esperándole en el parque. En aquel momento, Stride se preguntó cómo habría podido el violador dejar allí un coche para él y salir del parque para volver a la ciudad. Cuando Tanjy confesó que había mentido respecto a la violación, él se olvidó de esa anomalía. Ahora, se le había vuelto a meter en la cabeza.

La escena del asesinato lo dejó con el mismo recelo. Si el asesino de Tanjy la transportó al Lago del Infierno en el maletero del coche de ella, y luego se deshizo del vehículo en el bosque tras arrojar el cadáver al hielo, ¿dónde estaba el coche de él? No podría haber llegado muy lejos con temperaturas bajo cero. Tampoco le habría sido fácil conducir dos coches a la vez. ¿Cómo abandonó entonces el lúgubre bosque donde dejó el coche de Tanjy?

Respuesta: había alguien más involucrado. Alguien que conducía otro vehículo.

Tal vez. O tal vez Abel y él estaban pensando lo que el asesino quería que pensarán.

Stride agarró la verja con ambas manos. Cuanto más se imaginaba la violación de Tanjy, más intensa era la punzada de rabia y dolor que sentía al pensar en Maggie. Debía controlar esa ira y repartirla como dosis de adrenalina inyectadas en vena. En Las Vegas sintió esa misma furia cuando dispararon a su compañera, una furia que le hizo tambalearse en los límites del autocontrol.

También estaba enfadado con Maggie. Enfadado por su actitud de dejadez, por destruir las pruebas, por no denunciar el crimen. Era consciente de lo fácil que era para él emitir ese juicio cuando no había pasado por lo mismo, pero aun así no podía evitar enfurecerse porque ella le hubiera dejado al margen de su vida al no compartir su dolor, al no confiar en él. Sintió como si se hubiera roto el lazo de intimidad que los unía, aunque pensó que no tenía derecho a esperar lo contrario.

Se giró al oír una sinfonía de ruidos amortiguados y notar la pulsación de unos bajos retumbando dentro de su pecho. Vio un Lexus SUV aparcando junto a su Bronco. El motor se apagó y cesó la música. Apareció Tony Wells, con un vaso de café Starbuck's en la mano, del que dio varios sorbos mientras caminaba hacia Stride. Llevaba un anorak marrón con capucha ribeteada de piel, pantalones de vestir y unos zapatos muy poco adecuados para la nieve que se acumulaba sobre la hierba del parque.

—Buenos días, teniente.

—Te agradezco que hayas venido, Tony —señaló el coche y añadió—: Degollando cerdos otra vez, ¿eh?

—Ah, lo olvidaba... otro fan de la música *country* —dijo Tony con una leve sonrisa—. Los Smahing Pumpkins ganaron un Grammy por esa canción, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Por una canción que le da a uno ganas de hacerse su propia autopsia?

Tony se bajó la capucha y se alisó el pelo cada vez más raro.

—Hace poco leí un artículo sobre unos pobres ratones de laboratorio que fueron sometidos a la música de Toby Keith^[12] veinticuatro horas al día durante un mes. Todos desarrollaron un cáncer.

Stride se rió. Era una vieja discusión entre ellos.

Seguramente él era uno de los pocos agentes de Duluth que nunca había visitado a Tony Wells con carácter profesional. El trabajo de policía causaba este efecto: revolvía nidos de ratas y te hacía hacer cosas que nunca hubieras creído hacer, como beber, pegar a tu mujer o dar bandazos con el coche por una carretera resbaladiza. Tony era bueno dominando esas ratas. Tanto a Maggie como a Serena les gustaba. También Stride había necesitado terapia una vez, pero nunca aceptó visitar al loquero de los polis. No le gustaba compartir sus cosas con alguien que conocía las de todos

los demás. Tras la muerte de Cindy, encontró un terapeuta a veinte kilómetros de distancia, en Two Harbors, al que visitó una vez a la semana durante seis meses, lo que no bastó para evitar que se equivocara casándose otra vez.

—¿Sabías que es aquí donde Tanjy Powell aseguró que la habían violado? —le preguntó Stride.

Observó a Tony calibrar la zona a su alrededor. En invierno, los parques eran unos lugares solitarios desprovistos de vida.

—Sí.

—Tú sabes que realmente la violaron, ¿verdad? No se lo estaba inventando.

Tony movió la mandíbula como si tuviera a alguien atrapado entre sus dientes.

—Estoy en una posición comprometida, teniente. Quiero ayudar, pero no sé si puedo.

—Tanjy está muerta —le recordó Stride—. No puedes hacerle ningún daño hablando conmigo, pero sí ayudarme a averiguar quién se lo hizo.

—Tanjy era una persona extremadamente reservada.

—Eso ya lo sé, pero necesito tu ayuda, Tony. Hace mucho que nos conocemos. Respeto tu lealtad, pero tu paciente está muerta. Pienso que ella querría que hablastes conmigo.

Stride podía ver la lucha interna que esa decisión representaba para Tony. Como psiquiatra que trabajaba en estrecha relación con la policía, había tratado con detectives, víctimas y criminales, y no siempre disponía de una clave con la que resolver los conflictos éticos que se le presentaban.

—Está bien —asintió Tony al fin—. Quisiera ver entre rejas a quienquiera que lo hizo. Tanjy se lo merece.

—Gracias.

—¿Qué puedo decirte?

—¿Sabes con quién se veía Tanjy cuando la asaltaron?

—No, nunca me dio un nombre, era muy discreta. En ocasiones eso entorpecía la terapia, porque me daba muy pocos detalles sobre su vida. —Tony vaciló.

—¿Qué pasa?

—Verás, Tanjy creía que alguien la acosaba. Me dijo que la vigilaban.

—¿Sabía quién era?

—No, dijo que sólo era una sensación.

—¿Cuándo fue eso?

—Poco antes de que la violaran.

—¿Te dio algún otro detalle?

—No, ninguno. Para ser sinceros, teniente, yo no estaba seguro de que la violación hubiera ocurrido realmente. Me explicó que se había retractado de su declaración sólo porque no podía soportar la humillación pública; pero aun así lo

puse en duda. El episodio de la violación era sospechosamente similar a sus propias fantasías. No es así como funciona.

—A menos que fuera eso precisamente lo que buscaba el violador.

—¿Quieres decir que se convirtió en el blanco a causa de sus fantasías? —planteó Tony.

—Es una posibilidad.

Tony reflexionó sobre ello.

—No veo cómo, nadie las conocía.

—Su novio sí. Ella le hizo representar fantasías de ese calibre cuando practicaban sexo, y también colgó historias sobre violaciones en internet.

Tony ladeó la cabeza.

—Es cierto.

—¿Tenía Grassy Point Park algún significado para ella?

—Así es.

—¿Sabes cuál?

—Creo que tenía que ver con sus padres. Desde aquí puede verse el puente en el que murieron en un accidente de tráfico. El hecho de que Tanjy recreara sus fantasías sobre violaciones en un lugar que es visible desde el puente resulta significativo. Presumo que estaba manifestando su sexualidad reprimida delante de sus padres.

—Entonces, de haber tenido otros novios, ¿crees que los habría traído aquí?

—Sí, es probable.

—¿Sabes con quién más se estaba viendo aparte de Mitchell Brandt?

Tony negó con la cabeza.

—No, lo siento.

—De acuerdo, hablemos de Eric —dijo Stride.

Tony enterró la mano libre en el bolsillo y bebió más café. El viento asestó un latigazo que hizo que ambos se encogieran contra el aire gélido.

—Pisamos terreno resbaladizo —dijo Tony.

—Lo sé, pero no voy a pedirte información privilegiada. Eric habló de cosas que no tenían nada que ver con Maggie, ¿no es cierto?

—Sí, así es —reconoció Tony.

—¿Qué quería saber?

—Me preguntó si existían indicios concretos que revelasen que alguien podía ser un delincuente sexual, algo así como un patrón de conducta.

—¿Qué respondiste?

—Poca cosa —dijo Tony—. Le expliqué que habría que ser un profesional con formación y llevar a cabo una extensa entrevista para obtener una evaluación, y aun así eso no suponía plenas garantías. La mayoría de los delincuentes sexuales se han pasado toda la vida protegiendo sus disfraces.

—¿Te dijo a quién tenía en mente?

—No.

Stride observó los ojos inquietantes de Tony.

—Quizá se tratara de ti.

Tony le devolvió una mirada firme y dura.

—¿De mí? —dijo, sin alterarse.

—Ahora mismo, eres la única conexión entre Tanjy y Maggie. A lo mejor Eric pensaba que las habías violado.

—Tú también las conocías a las dos, teniente —contestó Tony—. A lo mejor él pensó que se trataba de ti.

—Estoy hablando en serio.

—Sí, ya lo sé, así que iré al grano, yo no violé a esas mujeres, ¿de acuerdo? No tenía nada que temer de Eric.

—Lo siento, Tony; tenía que preguntarlo.

Tony asintió.

—Sabía que lo harías. Conozco las reglas del juego. Que conste que le pregunté a Maggie la fecha exacta de su violación y luego revisé mi agenda del año pasado... aquella noche estuve en Seattle dando una conferencia. Puedo darte todos los detalles necesarios para comprobarlo.

—¿Y Tanjy?

—Saqué su expediente y lo contrasté con mi agenda, tenía terapia de grupo la noche en que la atacaron.

—Gracias. A veces tengo que hacer de poli malo, ¿sabes?

—Lo entiendo.

—Necesito saber si Eric dijo algo más. ¿Habló de su visita al Ordway durante el fin de semana?

—¿Al Ordway? —preguntó Tony—. No, ¿qué tiene eso que ver?

—Aún no lo sé. —Stride negó con la cabeza—. No me quedo satisfecho, Tony. Intenta ignorar por un momento la cuestión de que tanto Tanjy como Maggie fueron pacientes tuyas y céntrate sólo en los hechos de las violaciones tal como los conoces. Dame algún tipo de perfil.

Tony se rascó la barba.

—Apenas tengo información suficiente.

—Yo tampoco, pero otras veces hemos trabajado con menos. Échame una mano.

—En fin, no lo tomes al pie de la letra porque podría llevarte por el camino equivocado. Sea quien sea quien esté haciendo esto, seguramente es muy inteligente y metódico. Tiene un ego enorme y la necesidad de controlar a sus víctimas. Le gustan los juegos, como un gato persiguiendo a un ratón. Busca a esas mujeres a conciencia, las selecciona, las estudia, consigue saberlo todo sobre ellas y entonces

actúa.

—¿Crees que hay otros asaltos que desconocemos?

—Es posible. Sabes tan bien como yo que muchas violaciones no se denuncian nunca. Este criminal parece elegir a unas víctimas que son vulnerables en el aspecto sexual, lo que aumenta las posibilidades de que desistan de acudir a la policía.

—¿A qué te refieres con «vulnerables en el aspecto sexual»?

Tony frunció el ceño.

—Por ejemplo, Tanjy y sus fantasías de violaciones.

—En otras palabras, mujeres con cosas que ocultar.

—Exacto.

—¿Y cómo averigua sus secretos?

—No lo sé, pero si eres capaz de descubrir eso, seguramente lo atraparás.

—¿Conoce a esas mujeres? ¿Podría tener una relación personal con ellas?

—Cabe dentro de lo posible. No es el perfil típico, pero el hecho de que sepa tanto sobre las víctimas me lleva a pensar que tiene alguna relación con ellas.

—¿Estaría actuando solo?

Wells arqueó las cejas, sorprendido.

—Qué pregunta tan extraña; los violadores casi siempre actúan solos.

Stride sabía que era verdad, pero aun así barajaba la posibilidad de que hubiera un cómplice.

—¿Es probable que ese individuo actúe otra vez?

Wells asintió.

—Los violadores siempre reinciden a menos que encuentren una solución alternativa para su patología, alguna otra manera de canalizar su tensión sexual. Y no creo que éste sea el caso.

—¿Por qué?

—Hay un lapso demasiado breve entre los asaltos. Quienquiera que sea, está actuando deprisa. Yo diría que nos enfrentamos a un sociópata, no tiene mala conciencia ni siente culpabilidad ni hay vacilación. Muchos criminales quieren parar y libran una intensa batalla interior para controlar sus tendencias violentas. Algunos lo logran durante meses o incluso años antes de delinquir otra vez. Pero éste no; disfruta con el juego. De hecho, debería decir que este violador es más peligroso ahora que nunca.

—¿Por qué? —quiso saber Stride.

—Tú lo has dicho, teniente, seguramente ese hombre asesinó a Tanjy y a Eric. Está subiendo peldaños, ahora ya no sólo viola, sino que también mata. Tal vez llegue a la conclusión de que asesinar a sus víctimas le proporciona emociones añadidas.

Capítulo 25

Al cruzar la calle Primera en dirección al centro, Serena atravesó una nube de vapor cálido que salía por las rejillas de la alcantarilla. El semáforo cambió de verde a ámbar y ella se apresuró a alcanzar la acera opuesta antes de que el tráfico de las cinco se intensificara rumbo al sur. En la otra esquina había una modesta pizzería de barrio, y abrió la puerta de cristal para entrar en ella. Los hornos de acero quedaban a su izquierda. Le hizo un gesto al hombre que sudaba la camiseta detrás de la barra y se buscó una mesa en la sala del restaurante. Se desabrochó el abrigo y desenrolló la bufanda alrededor del cuello.

Sacó el portátil de su funda y se puso a buscar una señal *wi-fi*. Una joven camarera la saludó y Serena pidió una Coca-Cola Light. Aquí la conocían. Stride y ella tenían debilidad por la pizza y solían dejarse caer un par de veces al mes. La cortaban en cuadrados y a ella le gustaba enrollar cada pedacito y metérselo en la boca.

Entró en internet. La señal era débil. Jonny le había contado lo de la visita de Eric al Ordway unos días antes de que lo asesinaran, y estaba buscando artículos que se hicieran eco de posibles incidentes recientes en la zona de Rice Park que rodeaba el teatro. En concreto, asaltos de tipo sexual. Encontró algunos sobre la construcción de la carretera, el carnaval de invierno y los musicales de Broadway, pero nada que le diera una pista sobre el móvil de Eric. La única forma de averiguarlo era yendo allí en persona, cosa que pensaba hacer al día siguiente.

Encontró mucha más información sobre Nicole Castro. El juicio por asesinato de la ex compañera de Abel había sido un bombazo en Duluth, y de eso hacía seis años. Examinó las fotos de Nicole y vio a alguien no demasiado diferente de ella: una agente de treinta y largos, alta y atlética. Nicole era negra, de piel muy oscura. Su pelo era encrespado y voluminoso. Tenía unos labios rosados y gruesos, orificios nasales anchos y ojos azabache, desafiantemente abiertos. En una de las fotos estaba en la escalinata del juzgado, rodeada de policías uniformados e increpando a los medios.

Nicole tenía un hijo de doce años. Serena se preguntó qué habría sido de él, con su padre muerto y su madre cumpliendo veinticinco años por haberlo asesinado. Era un crío con las facciones muy agraciadas que se hacía el duro, pero saltaba a la vista que se le rompía el corazón mientras se aferraba al brazo de su madre en la foto. Ahora debía de tener unos diecinueve.

El móvil de Serena se puso a sonar. Era Maggie.

—Hola.

—Hola —respondió Maggie, y después de una pausa, añadió—: Stride te lo ha contado, ¿verdad?

—Sí, así es. Lo siento de veras.

—No entiende por qué no lo denuncié.

—Los hombres nunca lo entienden.

—A pesar de que le dije lo jodidamente sucia que me hacía sentir —continuó Maggie.

Serena lo comprendió. No se trataba sólo de contárselo a alguien. Se trataba de Maggie contandoselo a Stride. De desnudarse delante de él.

—¿Quieres venir al Sammy's? Podríamos hablar.

Alguien introdujo una pizza de *pepperoni* en uno de los hornos. El penetrante aroma colmó el restaurante y Serena advirtió que tenía hambre.

—Ya no quiero hablar más —dijo Maggie—. Sólo quiero atrapar a ese hijo de puta.

—Parece que has optado por ignorar la realidad.

Serena esperaba que Maggie le devolviera la pelota, pero no lo hizo.

—Sí, ya lo sé, pero estar enfadada es mejor que encerrarse y no salir de casa. Te llamaba para informarte de que tengo más cotilleos sobre la visita de Eric al Ordway.

—¿De qué se trata?

—He conseguido hablar con el guarda de seguridad de su piso. El motivo por el que casi echaron a Eric del teatro fue su insistencia en preguntar por una mujer que trabajaba allí. Creía que era una acomodadora. No dijo qué quería de ella, los nervios afloraron, y le ordenaron que se sentara si no quería que lo expulsaran.

—¿Sabes quién era la mujer?

—No, Eric no sabía su nombre.

—De acuerdo, mañana lo comprobaré. ¿Estás segura de que no quieres pizza?

—No, gracias.

A través del ventanal del restaurante, Serena vio a un hombre alto con impermeable marrón cruzando la calle en dirección a ella.

—Está bien, tu justiciero está a punto de reunirse conmigo.

—¿Quién?

—Abel Leitscher.

—¿Por qué has quedado con él? No serás una espía...

—Quiero que me hable de Nicole Castro.

—Archie me dijo que había llamado. Creo que estás perdiendo el tiempo. Nicole cuenta a todo el mundo que le tendieron una trampa, pero la atrapamos con las manos en la masa.

—¿Como a ti?

—Vale, ya veo adónde quieres ir a parar.

—Hablaré contigo cuando vuelva. Llama a Tony. Pide ayuda.

—¿Nadie te ha dicho aún que eres una prepotente?

—Todo el mundo.

Serena colgó y cerró el portátil. Abel Teitscher entró en el restaurante y giró la cabeza sobre su largo cuello, buscándola. Ella le hizo señas, a las que él respondió asintiendo pero sin sonreír.

Era grave y sombrío como la ciudad en enero. Se habían visto algunas veces en el ayuntamiento, en el despacho de Jonny y, aunque había cierta animosidad entre éste y Abel, a ella le daba lástima. Conocía la historia de su divorcio y sabía que mantenía alejada a la gente con una coraza de espinas. Era agudo, frío y solitario. En otros tiempos, también ella había sido así.

Se estrecharon la mano. Él le dio una fuerte sacudida. Al sentarse, aplanó el abrigo debajo de él sin quitárselo, un modo de mandarle un mensaje subliminal: no iba a quedarse. Ella le notó receloso respecto a sus intenciones.

—¿Tiene hambre? —le preguntó—. Podríamos pedir algo.

Abel negó con la cabeza. Serena suspiró. Ahora olía unas salchichas, que, mezcladas con el *pepperoni*, la estaban volviendo loca.

—Es aficionado a correr, ¿verdad? —preguntó ella.

Él asintió.

—Yo también. Se le nota a simple vista.

Estaba siendo amable. Aquel rostro le recordaba el suelo del desierto en el Valle de la Muerte, correoso y agrietado. Llevaba el pelo gris cortado al uno y en forma de cuadrado en lo alto de la cabeza. Parecía viejo, pero también difícil y duro.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Abel—. Si se trata de Maggie, ya sabe que no puedo decir nada.

—No se trata de Maggie.

—Ah, ¿no? —pareció sorprendido.

—Esperaba que pudiera contarme algo de Nicole Castro.

—¿Por qué?

—Mañana tengo que ir a las Gemelas —le explicó Serena—. Nicole me ha pedido que me reúna con ella.

—¿Le ha dicho que le tendieron una trampa?

Serena asintió.

—Eso es una gilipollez.

—Es usted muy severo. ¿No fue su compañera?

—Por eso soy severo. No me gusta que me mientan. Además, le cuenta a todo el mundo que yo coloqué pruebas contra ella, y eso es una soberana estupidez.

—Sólo quiero que me ponga en antecedentes —dijo Serena—. Si realmente no son más que estupideces, de acuerdo; pero al menos sabré lo que pasó.

Abel se recostó en la pared de madera detrás de él. Se llevó un mondadientes a los molares.

—Nicole era una buena chica. Trabajamos juntos durante cinco años. Era mucho más joven que yo, pero nos llevábamos bien. Le diré la verdad, no era ningún chollo tener una compañera negra. Según mi experiencia, las mujeres negras dan por hecho que las tratarás de forma irrespetuosa, así que debes andarte con mucho cuidado con todo lo que dices. Y a mí no se me da bien eso. Seguramente ya se lo ha imaginado.

Serena sonrió.

—A Nicole la ponía nerviosa tener a un tío blanco de mediana edad como compañero. Discutíamos de vez en cuando. Tener un compañero es como estar casado, usted ya lo sabe. Pero nos las apañábamos.

—¿Cuándo comenzaron sus problemas? —preguntó Serena.

—Para empezar, estaba casada con un hijo de puta. La clase de tío que cree que el mundo le debe la vida porque tiene una cara bonita. Nicole lo negaba, pero sé que él le pegó algunas veces.

—¿Y qué ocurrió?

Abel se quitó las gafas y se quedó mirando el techo.

—Fue muy mala suerte, sólo eso. Nicole volvía de Superior por el puente Blatnik un sábado por la noche. Había un tío en el lado de Minnesota que había aparcado el coche y que estaba dando vueltas por la cubierta del puente con un abrigo de invierno. Era el mes de julio. Nicole cortó el tráfico y salió del coche para hablar con él. El hombre le dijo que llevaba una bomba atada al pecho y que iba a volar el puente.

—Oh, mierda.

—Intentó convencerlo de que alzara las manos, pero él no la escuchó. Siguió diciendo que pensaba hacerlo, que activaría la bomba. Cuando se abrió la cremallera del abrigo y se puso a hurgar por dentro, Nicole le disparó dos balas en la cabeza.

Serena entendía el proceso por el que había pasado Nicole durante esos pocos segundos en el puente. Ella se había enfrentado a una situación similar en Las Vegas, cuando un individuo decidió suicidarse con la policía apuntándoles con un arma a Jonny y a ella. En esa ocasión fue ella quien apretó el gatillo.

—Al parecer, dio en el blanco —observó ella.

—Sí, pero ahí empezaron a cuestionarla. Resultó que el tipo era un enfermo mental. No había ninguna bomba.

—Pero ella no tenía muchas opciones.

—Usted lo sabe y yo también. Pero vaya a contárselo a la gente que no estaba en el puente. Y había algo más... muchos dijeron que habían oído a ese tipo gritarle insultos raciales a Nicole. Así que a ciertos políticos se les ocurrió que ella le había disparado por racista.

—Fantástico.

—Hubo una investigación. Nicole estuvo de baja y pasaron seis meses antes de

que la absolvieran y pudiera reincorporarse al cuerpo. Seis meses. Increíble. La hizo pedazos quedarse en casa, viendo cómo los diferentes canales de televisión la machacaban noche tras noche. Sufrió una crisis nerviosa.

—¿Y qué pasó con su marido?

—El muy hijo de puta empezó una aventura con una joven camarera. De dieciocho años.

—¿Había vuelto Nicole al trabajo por entonces?

Abel asintió.

—Sí, y decía que se encontraba bien, pero lo cierto es que era vulnerable. La terapia no funcionaba. Tampoco iba agobiada de trabajo... a Stride le daba reparo atosigarla demasiado pronto, así que sobre todo llevaba casos que se habían enfriado. Y tenía razón, Nicole se estaba derrumbando. Era una locura oírle hablar por teléfono con su marido, como si oyeras hablar a un extraño. Maldita sea, yo mismo la oí amenazarlo. Dijo que lo mataría si no rompía con su amante.

—¿Y?

—Me llamaron. Había un apartamento de la zona del Lincoln Park del que salía un olor desagradable. Fui allí y encontré al marido de Nicole y a su novia adolescente muertos de un disparo. Llevaban al menos dos días desaparecidos, y Nicole ni siquiera había presentado la denuncia.

—¿Era su pistola?

—No, casi peor, era la de su marido. La guardaba en la guantera del coche, que estaba aparcado a la salida del bloque de apartamentos. Nicole dijo que se había pasado la noche de autos bebiendo, pero no tenía ningún testigo que apoyara su versión. Dijo que a veces su marido se largaba durante días y días, y que por eso no pensó que le hubiera ocurrido nada malo al no volver a casa. Pero sabía que él estaba con la otra chica. También me juró (me lo juró) que nunca había estado en el apartamento de esa muchacha, pero algunos testigos la situaron en el exterior del edificio, dentro de su coche, en múltiples ocasiones. Como si los acechara. Y encontramos dos pelos suyos en el dormitorio, junto a los cuerpos. La prueba de ADN fue concluyente.

Serena silbó.

—Hay un montón de pruebas. ¿Qué dijo Nicole?

—Que no había sido ella. Y yo también la creí, hasta que encontramos a los testigos cerca del apartamento y recibimos el informe forense. Entonces supe que estaba actuando como cualquier otro delincuente... intentaba salvar su culo.

—Para usted fue un asunto personal.

—Mucho. Hágame caso, Serena, ahórrese el viaje.

Serena se encogió de hombros.

—Tengo que ir allí de todos modos.

—Allá usted.

El viejo detective se levantó, se sacó unos guantes de piel negros de los bolsillos y se los puso.

—Oiga, Abel —dijo Serena—. Sé que no quiere oír esto, pero Maggie no es Nicole.

—Necesito algo más que fe para creerlo.

Se marchó, y Serena tamborileó con los dedos sobre la mesa. Estaba desalentada. Después de aquella conversación, la visita a Nicole Castro le olía a pérdida de tiempo; pero no podía echarse atrás, aunque supiera de antemano el resultado. Odiaba ver arruinada la vida de un policía. Todos, incluida ella, a veces caminaban por la cuerda floja, y cuando alguno perdía pie, sólo daban ganas de apartar la mirada.

La camarera se detuvo junto a su mesa. Tenía salsa de tomate en la blusa.

—¿Quiere pedir una pizza?

—Oh, sí.

Capítulo 26

Stride vio luz dentro del Silk, un triángulo amarillo que brillaba en el despacho situado en la parte trasera de la tienda de ropa de Lauren Erickson. Llamó al timbre que había junto a la puerta y oyó un repiqueteo lejano. Mientras esperaba miró a uno y otro lado de la calle Superior, que por la noche estaba desierta. Eran casi las siete y media y las tiendas estaban cerradas. Una retahíla de farolas iluminaba la nieve acumulada en montones grises en el bordillo y en el límite de las aceras.

Dentro vio la pequeña silueta de Lauren, enmarcada por la luz del despacho. Ésta cruzó la tienda en la oscuridad y le abrió la puerta. Stride se sintió incómodo al entrar. Llevaba una camisa sucia de franela, vaqueros y unas pesadas botas con las suelas enfangadas. Olía a humo por el incendio provocado que estaba investigando cerca del aeropuerto, y tenía restos de hollín en los pliegues del cuello. Lauren, en cambio, llevaba una blusa a rayas con el cuello abierto y un collar de oro, pantalones plisados de vestir con cinturón trenzado y zapatos de piel. Su pelo suelto de color trigo ondeaba en torno a sus hombros.

—Quítese las botas —le dijo.

Él las dejó en la esterilla de goma. La moqueta azul tenía un tacto hondo y grueso bajo sus pies.

—Lo siento, estoy hecho un desastre.

—No me manche los vestidos —dijo ella.

Lo guió hasta el despacho, donde había cajas de mudanza diseminadas por el suelo. Los cajones superiores de varios archivadores estaban abiertos y a medio llenar de carpetas que sobresalían de los bordes.

Sostuvo en alto la botella, ofreciéndole una copa, y él negó con la cabeza.

—Sé que no me creerá, pero echaré de menos vivir en Duluth —le dijo mientras él se sentaba. Stride embutió su cuerpo en una silla de madera diseñada para mujeres cuyo esbelto trasero pudiera caber en un dedal.

—Tiene razón, no le creo.

—Yo solía ir a cazar y a pescar con mi padre cuando era pequeña —continuó ella—. Una vez derribé a un ciervo. Estuvo colgado en la pared de mi cuarto durante años.

—Cualquiera diría que es usted una paleta.

Lauren sonrió fríamente.

—Lo único que digo es que éste es mi hogar.

—Le irá bien en Georgetown —dijo Stride.

—Estoy segura de ello. —Agitó el vino en su vaso—. ¿Quién sabe? Quizá pueda conseguirle a Dan un trabajo en la próxima administración. Algo en el Departamento de Justicia.

—Siempre he oído que la «subsecretaría» era el puesto preferido de Dan —dijo Stride.

Lauren plantó el vaso en el escritorio con tanta fuerza que el vino se salió por el borde. Entonces se rió y secó las gotas carmesí con un pañuelo.

—Es muy gracioso. Pero no nos entiende.

—No son tan difíciles de descifrar. Quieren el poder a cualquier precio.

—¿Qué tiene de malo la ambición? —preguntó Lauren.

—Cuando implica destruir a los que se interponen en tu camino, mucho.

—La gente suele obtener lo que se merece. Mire a Maggie.

—Maggie no se merece lo que le está ocurriendo.

—¿No? No es un ángel. Lo supe cuando empezó a tener una aventura con Dan.

—Eso fue hace años. Además, creí que hacía la vista gorda con las aventuras de Dan.

—Normalmente sí, porque él sabe a quién le debe todo lo que es, a mí.

—Entonces, ¿por qué sigue odiando a Maggie?

—Le pidió a Dan que me dejara. Y eso me lo tomo como algo personal.

—Dan sólo la utilizó. Maggie salió perjudicada.

—Pobre angelito. Espero que usted la consolara con sus grandes y robustos brazos.

Stride odiaba que Lauren supiera cómo pincharlo.

—¿Sabe? Hay tiburones más grandes que usted en Washington. Tal vez añore el pequeño estanque al cabo de un tiempo.

—Correré el riesgo. Y ahora dígame qué quiere, Jonathan. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Quiero hablar sobre Tanjy.

—¿Otra vez?

—Necesito más información.

—Tengo entendido que este caso es de Abel, no suyo.

—No estoy investigando la muerte de Tanjy.

—Ah, ¿no?

—Estoy investigando su violación.

—¿Qué violación? —preguntó Lauren—. Usted dijo que Tanjy se lo había inventado.

—Pues ahora creo que ocurrió de verdad.

—¿Por qué?

—Porque hay otra víctima —le explicó.

Lauren reaccionó con dureza.

—¿Está seguro?

Stride asintió.

—¿Quién?

—No puedo decirlo, pero pienso que quien violara a Tanjy también la mató. Y a Eric.

Lauren se recostó en su asiento.

—Es horrible. Lo lamento mucho.

—¿Sabe a quién empezó a ver Tanjy después de su relación con Mitch Brandt? —preguntó Stride—. Tengo qué hablar, con cualquiera próximo a ella durante ese tiempo.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Tanjy y yo no estábamos precisamente unidas.

—¿Mencionó alguna vez si la acosaban o la vigilaban?

—A mí, no. Solía hablar con Sonia; se veían cada día.

—Tanjy dijo que la raptaron cuando iba de la tienda a su coche. ¿Recuerda haber visto a algún individuo sospechoso en la tienda por entonces? ¿O en la rampa del aparcamiento?

—¿En la tienda? No, no es habitual ver a vagabundos en la rampa Michigan, ya sabe. No recuerdo a nadie en concreto.

—¿Conocía la fascinación de Tanjy por las violaciones? ¿Habló de ello delante de usted?

—¿Está de broma? No.

—¿Y los hombres que venían a la tienda? ¿Mostró alguno un interés especial en Tanjy?

Lauren se encogió de hombros.

—Los hombres intentaban ligársela siempre.

—Pero ¿ninguno en especial?

—Nadie que se encaprichara tanto con ella como para que pareciera raro.

—Está bien —dijo Stride.

Eran las respuestas que esperaba.

—¿Tienen alguna idea de la identidad del violador? —quiso saber Lauren.

—Todavía no.

—¿Y sólo hay dos víctimas?

—No lo sé.

Lauren frunció el ceño y se mordió el labio. Él pudo leer en su rostro que sabía algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó Stride.

Ella dudó.

—Nada.

—Vamos, Lauren, no importa cómo nos llevemos usted y yo. Esto es diferente.

—No creo que signifique nada, sólo que creo que ya sé quién es la otra víctima.

—¿Sí? —Stride se puso tenso, esperando oír el nombre de Maggie.

—Estuvo aquí hace unas semanas, hablando con Sonia. Parecía que le hubieran dado una paliza.

Stride entornó los ojos.

—¿Quién?

—La chica gordita que lleva la cafetería Java Jelly, en la otra manzana. Katrina Kuli.

Capítulo 27

Serena llegó al Centro Correccional de Minnesota, en Shakopee, temprano por la tarde. Era la única cárcel del estado para mujeres, y albergaba aproximadamente a unas quinientas reclusas que cumplían condena por crímenes que abarcaban desde el fraude hasta el asesinato. La hora de visita no empezaba hasta las tres y media de la tarde, pero Stride había allanado el camino con el alcaide para un encuentro privado entre Serena y Nicole Castro. Aun así tuvo que pasar por el detector de metales y soportar el toqueteo de una celadora antes de que la acompañaran a la sala de visitas.

Había estado antes en otras salas similares a ésta, y solían estar abarrotadas. Madres visitando a sus hijos, esposas yendo a ver a sus maridos, hombres y mujeres con los ojos llorosos al tocar las manos de unos niños que estaban creciendo sin ellos... Ese día, la sala estaba vacía, y le gustaba más así, sin el dolor de la separación y la culpabilidad que envolvía esos lugares, como humo de tabaco planeando sobre una mesa de blackjack. Era una sala fría, de paredes blancas y con luces fluorescentes en el techo. Hileras de sillas de plástico gris descansaban unas frente a otras sobre una resistente alfombra beis. Las reclusas se sentaban a un lado y los visitantes al otro. Detrás de un tabique de plexiglás estaban las cabinas desde donde prisioneras sin permiso para visitas personales podían hablar por teléfono, separadas por gruesas paredes de vidrio.

Detectó una pequeña media cúpula en el techo, donde se ocultaban las videocámaras. Vigilancia desde arriba, igual que en los casinos. Todo era observado, registrado y documentado. En ese lugar no existía la privacidad.

El guardia le señaló una silla numerada para que tomara asiento. Parecía exagerado, porque la sala de visitas estaba vacía, pero Serena sabía que las cárceles se regían por un estricto reglamento. Había normas para todo, hasta para el modo de cortarse las uñas. Los muros y las barras mantenían dentro a los presos, y las normas mantenían fuera el caos y la anarquía.

Aguardó diez minutos antes de que otro guardia trajera a Nicole a la sala de visitas. Se estrecharon la mano y ésta se sentó frente a Serena. Iba vestida con un mono caqui y zapatillas deportivas. Se agitó en su silla y se frotó los dedos con el pulgar, como un hábito nervioso. Sus pies tamborilearon el suelo. Estudió a Serena con mirada aguda y sagaz. Una mirada de detective.

—Vaya —dijo Nicole—. Muy guapa. Me sorprende que no se hayan dado el gusto de registrarte las cavidades.

Serena no sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Es que una asesina no puede tener sentido del humor? —preguntó Nicole.

—Creí que todo residía en que no eres una asesina.

—Es un modo de hablar —y añadió—: ¿Cómo está Stride?

—Bien.

—Qué tío. Su mujer la palma y él se trae a una tía buena de Las Vegas.

—Que te jodan —dijo Serena, y se levantó para irse.

Nicole se levantó también. Su fachada hostil se vino abajo.

—Oye, tranquila. Lo siento, ¿vale? Por favor, no te vayas.

Serena volvió a sentarse. Apenas reconocía a Nicole por las fotografías que había visto en la red. La cárcel la había ajado. Su pelo rebelde estaba muy corto y grisáceo, y había perdido mucho peso. Serena sabía que apenas había rebasado los cuarenta, pero su rostro manchado parecía diez años mayor.

Nicole notó que la observaba.

—Esto no es precisamente un balneario.

—Lo sé.

—No he querido ofenderte, hablaba en serio... me alegro por lo de Stride y tú. Debió de quedar destrozado al morir Cindy. Esos dos estaban muy unidos.

—Sí, lo estaban. —Serena no añadió que a veces eso le hacía sentirse un poco celosa.

—Una vez intenté seducirlo. ¿No te lo ha contado? Fue cuando yo acababa de entrar en el cuerpo. Me rechazó de plano.

—Estaba casado.

—Ya, ¿y no lo estaba cuando le conociste tú? Vamos, tía —rápidamente añadió—: No es que yo juzgue a nadie. Mira, la gente hace lo que hace, y a mí ¿qué me importa? No he tenido buena suerte con los hombres. Te envidio.

—No tenemos mucho tiempo, Nicole. Tal vez debas contarme lo que querías.

Nicole se encogió de hombros.

—Es fácil decir que antes eras poli. Sólo es un trabajo. Déjame preguntarte algo, ¿te jodieron en Las Vegas a causa de tu aspecto? O sea, ¿la gente pensaba que no podrías hacer el trabajo porque parecías una especie de bailarina de striptease?

—Claro.

—Pues imagínate ser una detective negra en ese corral de blancos que es Duluth. Ésa era yo.

—No estás aquí porque seas negra —le contestó Serena.

—¿No? Échate un poco de betún en esa bonita cara que tienes y vive como yo durante un año, y luego me lo explicas. Siempre me trataron de manera diferente. La gente sólo esperaba que la jodiera. Y cuando la jodí, ahí estaban para echárseme encima. ¿No crees que, de ser blanca, se habrían esforzado en descubrir qué pasó realmente? Diablos, no; yo era negra, y me creyeron culpable.

—Conozco a Jonny. Él no es de éstos.

—Sí, el teniente lo intentó, pero el racismo en un sitio como Duluth es como el

agua corriente. Tía, es tan natural como respirar. Lo son incluso cuando no saben que lo están siendo. Incluido Stride. Siempre me estaba dando la vara con cosas que los polis blancos hacían sin parar.

—¿Por ejemplo?

—A veces no hacía mi turno porque mi hijo se ponía enfermo. Para los blancos, eso se llama asuntos personales. Para mí, ser un culo negro perezoso.

—Eso no explica que encontraran cabellos tuyos en el apartamento donde mataron a tu marido y su amante.

—No, sólo estoy diciendo que tienes que entender el contexto.

Serena se inclinó hacia delante. La silla de plástico era incómoda.

—Mira, he leído los periódicos, he hablado con Abel y con Jonny. Entiendo que pasaste por seis meses de infierno. Disparaste de forma justificada en el puente, y entonces todo el mundo se te arrojó al cuello. Te estuviste cuestionando a ti misma cada maldito día, reviviendo el instante en que apretaste el gatillo. Créeme, sé lo que es eso. Yo pasé por lo mismo. Luego tu marido inició una aventura con una zorra adolescente y ahí estabas tú, apartada del servicio y sintiéndote culpable y avergonzada, tratando de educar a un niño y viendo cómo todo el mundo estaba en tu contra. ¿Entiendo o no el contexto?

Nicole guardó silencio. Se mordió el labio y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Sí, vale. Ésa era yo.

—Eras un ser vulnerable.

—Sí, pero lo estaba superando, recibía ayuda. Me alegraba estar de vuelta en el trabajo. Stride me ponía casos que ya estaban fríos porque no creía que estuviera lista para volver a patear la calle, pero lo aceptaba. Me gustaba. Me pasaba diez horas al día enganchada al teléfono y la red; incluso di algún giro a casos que llevaban años varados. Eso me devolvió la confianza, ¿sabes?

—¿Y tu marido?

—Era un cabrón. No hay otra forma de decirlo. Iba a dejarle.

—¿No les acosaste a él y a su amiguita?

—Sí, lo hice unas cuantas veces. Me estuve revolcando en ello, ¿sabes lo que es eso? Sintiendo lástima de mí misma. Pero eso ya había terminado. Aquella noche no fui a la casa. Yo no los maté.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Serena.

—Y yo qué diablos sé. La chica era yonqui. Quizá fuera un camello. Pero nadie investigó el tema de las drogas.

—Dijiste que nunca habías estado en el apartamento.

—Y es verdad.

—¿Cómo llegaron allí cabellos tuyos?

Nicole apuntó a Serena con un dedo.

—Porque estaba amañado, por eso.

—¿Quién crees que lo hizo?

—Sé exactamente quién fue. Abel hijo de puta Teitscher, ése fue. Me tendió una trampa.

—¿Por qué iba Abel a hacer tal cosa?

—Nunca me quiso como compañera y pensaba que era culpable, y ésa era la única forma de poder cerrar el caso. Sabes tan bien como yo que los polis no son ángeles. ¿Nunca le has dado un empujoncito a un caso cuando sabías que tenías al autor y las pruebas eran débiles?

—No.

—Pues es una actitud muy arrogante, pero en el mundo real es algo que pasa.

Serena suspiró.

—¿Y qué tiene esto que ver con Maggie?

—¿Me tomas el pelo? Dos detectives de la misma oficina pilladas por matar a sus maridos. ¿No te huele un poco mal?

—Tu caso fue hace seis años. Eso es mucho tiempo.

—Y yo te digo que tiene que existir alguna relación. Otra vez es un caso de Abel, ¿no? Me la tenía jurada a mí entonces y ahora se la tiene jurada a Maggie.

—No parece propio de Abel —le dijo Serena—. Es un grano en el culo, pero es un agente honrado.

—Sí, en fin, muchos cabellos míos acabaron en el coche de Abel, pero la única manera de que entraran en ese apartamento es que alguien los llevara allí.

—No estarás sugiriendo que Abel mató a tu marido y a su novia. O al marido de Maggie.

Nicole se encogió de hombros.

—Yo sólo digo que todo es posible. A lo mejor no le gustan las polis, tía.

—Vamos, Nicole.

—Oye, no lo sé. Cuando yo era detective, no me gustaban las coincidencias. Y aquí hay una muy gorda. Dos agentes con maridos muertos.

Serena se puso en pie.

—Si encuentro algo que relacione los dos casos, te llamaré.

—De acuerdo.

Extendió la mano y Nicole se la estrechó de mala gana.

—Es lo único que puedo hacer —dijo Serena.

Nicole cruzó los brazos delante de su pecho.

—Mi hijo va ahora al instituto, ¿lo sabías? A uno estatal cerca de casa de su abuela, en Tennessee. Con suerte, le veo un par de veces al año. Tiene dieciocho, casi diecinueve. Me he perdido los últimos seis años de su vida.

—Lo siento.

—Yo no lo hice, y él lo sabe.

—Está bien.

—Saluda a Stride de mi parte.

Serena asintió. Nicole arrastró los pies hacia la puerta que conducía de vuelta a las celdas. Caminaba cabizbaja. Serena la miró irse. Al salir de la prisión se alegró de escapar de aquel olor antiséptico y de los muros claustrofóbicos. Cuando se metió en el coche, comprendió que todo el mundo estaba en lo cierto: Nicole era una pérdida de tiempo.

Serena esperaba tener más suerte en el Ordway.

En el último año había visitado Saint Paul varias veces. Era un trayecto fácil —dos horas y media por la interestatal 35 desde Duluth—, y muchos de sus trabajos de investigación tenían sus raíces en las Ciudades Gemelas. Minneapolis era la mayor de las dos, con rascacielos de acero, restaurantes de diseño y una frenética vida cultural. Saint Paul era más tranquila y pequeña, de un ritmo más lento, y se jactaba de un puñado de edificios altos que en otras ciudades quedarían eclipsados. Las construcciones de piedra de principios de siglo era la arquitectura dominante en el centro. El gobierno estatal ocupaba la mayor parte de la zona de oficinas, y la vida en la ciudad giraba alrededor de dos edificios con una cúpula en lo alto: la catedral y el capitolio. De las Gemelas, Serena prefería Saint Paul.

Encontró una plaza con parquímetro junto a Rice Park. Éste no ocupaba más de una manzana, con su fuente central y su curiosa yuxtaposición de estatuas, que incluía las de F. Scott Fitzgerald y personajes de la tira cómica de Snoopy. Saint Paul no olvidaba a sus hijos predilectos, ya fueran novelistas o autores de cómics. El Centro Ordway estaba a sólo unos pasos de distancia, y los demás edificios de la plaza eran clásicos y solemnes: la gigantesca biblioteca central, el Centro Landmark con su torre con reloj y el venerable Saint Paul Hotel.

Era última hora de la tarde y ya había oscurecido. Las farolas estaban encendidas. Luces blancas centelleaban entre los árboles del parque y feéricas estatuas de hielo brillaban a la espera de la inauguración del festival del carnaval anual de la ciudad. Serena se dirigió hacia el Ordway, que estaba ultimando los preparativos para la representación de *Los productores* de esa noche. Un portero con capa y sombrero de copa le sostuvo la puerta. Llegaba pronto; el personal del teatro estaba barriendo el suelo del vestíbulo, colocando pósteres y camisetas para la venta y preparándose para la previsible avalancha de espectadores.

Vio a un guardia de seguridad con camisa blanca. Tenía unos cincuenta años y era bajo y rechoncho. Recordaba haber hablado con Maggie el día anterior.

—Esperaba que los acomodadores pudieran darme alguna otra información —le dijo Serena.

—Usted misma —respondió él en tono agradable—. Pero sólo dispone de media hora. Cuando el público empiece a llegar, todo el mundo estará muy ocupado.

—¿Sabe quién trabajó el sábado de hace una semana?

El guardia de seguridad señaló a un chico de unos veinte años, que estaba sentado junto al cordón de terciopelo que conducía al área de espera frente a las puertas de la orquesta.

—Empiece por Dave.

Serena le dio las gracias. Dave era un chico de campo muy parlanchín que estudiaba geología en la Universidad de Minnesota y cuyo trabajo de acomodador le servía para ver obras de teatro gratis. Vestía un incómodo esmoquin negro, con faja de estampado de cachemir y una pajarita tan torcida que más bien parecía un reloj derramando su arena. Serena no pudo evitar enderezársela.

—Gracias —replicó Dave. No parecía disgustado por entrar en el radio de acción del perfume de Serena—. Odio este traje de pingüino, pero insisten en que me lo ponga.

—Vamos, ya sabes que las mujeres no se resisten a un hombre con esmoquin —le dijo ella, sonriendo.

El chico se ruborizó.

—¿En serio?

—Oh, desde luego.

Le preguntó a Dave si recordaba a Eric, y él asintió vigorosamente.

—¿Ese tipo? Claro que sí. Parecía el capitán de un barco pirata, ¿sabe qué quiero decir? Como recién llegado de los fiordos.

—¿Hablaste con él?

—Sí, estuvo diez minutos acribillándome a preguntas. Fue una situación incómoda, porque yo tenía que trabajar, ¿sabe?

—Siento estar haciendo lo mismo.

—Ah, no, con usted no me importa.

—¿Qué quería saber Eric?

Dave se apartó el pelo castaño y largo de las orejas con ambas manos.

—Hablaba de un blog que había encontrado en internet. Estaba intentando localizar a la mujer que lo escribía.

—¿Un blog?

—Sí, una cosa de ésas de MySpace, creo recordar... «La dama de rojo», o «La dama oscura» o «La dama que espera»... Era «La dama» algo.

—¿Sabías quién era su autora?

—No. El vikingo dijo que seguramente era una mujer de treinta y tantos, pero aquí hay un montón de mujeres de esa edad. Así que empezó a hablar con ellas una a una.

—¿Mencionó por qué la buscaba?

—Qué va. Después de hablar con un par de empleadas, la gente empezó a alucinar un poco. Ya sabe, como si fuera un acosador o algo así. Los de seguridad se le acercaron y le dijeron que si no dejaba de molestar lo echarían.

—¿Eso lo detuvo?

Dave negó con la cabeza.

—No mucho. Le vi en el intermedio y continuaba hablando con las acomodadoras. A decir verdad, a la mayoría de ellas no les importaba. Quiero decir que era un tío guapo, ¿sabe? Sólo hubo una que se puso nerviosa y se molestó.

—¿Quién era?

—Se llama Helen.

—¿Está hoy aquí?

—No la veo desde hace unos días. Tendrá que hablar con los de administración y preguntar por su horario. La cuestión es que no podía estar muy disgustada, porque cuando salí esa noche del teatro la vi hablar con el vikingo en el parque del otro lado de la calle.

—¿Viste a Helen y Eric juntos?

Dave asintió.

—Eres un encanto —dijo Serena.

Dave se acaloró de nuevo y Serena volvió sobre sus pasos para ir en busca del guardia de seguridad apostado junto a la puerta del teatro. Le preguntó por Helen y averiguó que el nombre completo de la acomodadora era Helen Danning, soltera, treinta y muchos y discreta.

—¿Cuándo empieza su turno? —preguntó Serena.

El guardia negó con la cabeza.

—Nunca.

—¿Por qué?

—Se fue la semana pasada. Llamó el jueves y dijo que dejaba la ciudad. Sin avisar y sin dar explicaciones, nada.

—¿Dijo adónde se iba?

—No. Y ni siquiera sabemos adónde enviarle el cheque de su última paga.

Serena frunció el ceño.

—¿Sabe dónde vivía?

—Creo que tenía un apartamento en Lowertown, cerca del mercado. Me contó que le gustaba pasear por la calle el sábado por la mañana y comprar tomates frescos.

—¿Y está seguro de que fue el jueves cuando llamó para avisar? —preguntó ella.

—Sí, lo recuerdo porque tuvieron que encontrar a alguien que la sustituyera para las sesiones del fin de semana.

Serena le dio otra vez las gracias. Comprobó el reloj al salir del teatro. Se estaba

haciendo tarde y aún le quedaba un largo camino de vuelta a Duluth. Aun así, tenía que dar un pequeño rodeo por Lowertown. No le gustaba la cadena de acontecimientos.

El sábado, habían visto a Eric hablando en el parque con Helen Danning.

El miércoles, Eric murió asesinado.

El jueves, Helen huyó de la ciudad.

Capítulo 28

Cuando Katrina Kulli abrió la puerta Stride recordó que, cuando la conoció en el café Java Jelly, ella se había cubierto los moretones de la cara con maquillaje y había restado importancia al corte del cuello. Lamentaba no haber averiguado antes la verdad.

Katrina sostuvo la puerta abierta y aguardó, tensa, a que Stride entrara en su apartamento.

—Me alegro de que volvieras a llamarme —dijo.

Katrina cerró la puerta y echó la llave.

—No estoy poniendo una denuncia. No quiero que esto se haga público.

Señaló un futón amarillo junto a las ventanas de la sala de estar y Stride se sentó. Ella se aseguró de que las persianas estuvieran bajadas y entonces se dejó caer con cautela en una silla tapizada que había enfrente. Él la vio hacer una mueca al respirar.

—¿Todavía te duele?

Katrina se encogió de hombros.

—Un par de costillas rotas. Hoy en día no te lo curan. Toca aguantar y poner buena cara.

—¿Tienes otras heridas?

—Chichones, cortes y moretones. Me estoy curando.

—Sólo quiero asegurarme de que tienes asistencia.

—Sí, la tengo.

—¿Y un asesor?

—Me han dado varios nombres —dijo Katrina—, pero aún no he llamado a ninguno. Creí que estaría histérica, ¿sabes? Pero en realidad no siento nada. Es raro.

—A veces es así. He hablado con muchas mujeres que han pasado por esto, Katrina. Algunas se vuelven muy sensibles y otras se quedan en estado catatónico; es normal. Pero no intentes sobrellevarlo sola. Llama a uno de esos números, ¿de acuerdo?

—Sí, lo haré.

Katrina llevaba una camisa de franela holgada y pantalones grises de deporte. Su cara redonda carecía de expresión y el pelo le caía en mechones sobre la frente. Cada tantos segundos se tocaba el corte del cuello con ternura, como si pudiera haber desaparecido desde la última vez que lo había acariciado. Las manos le temblaban, y el tatuaje de la alambrada se estremecía.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Stride.

—El mes pasado.

—¿Aquí?

Ella asintió.

—¿Cómo entró?

—Subió por la escalera de servicio.

—Me gustaría que un equipo forense buscara pruebas en el apartamento.

—No habrá rastros de ADN. Hice limpieza.

—Aún podría haber pelos, huellas, residuos...

—Llevaba guantes y una media en la cabeza. Créeme, no dejó nada. Me gustaría ir de prisa.

—¿Tienes alguna idea de quién era?

—No, y no quiero saberlo.

Stride se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas.

—¿Por qué no quieres denunciarlo?

—¿Bromeas? Si a un bombón como Tanjy la ultrajaron una y otra vez en los medios, imagínate qué harán con una chica como yo. Sé exactamente la clase de chistes que haría la gente: «No es seguro que puedan acusarle de violación; ¿acaso es un crimen tener sexo con un animal de granja?».

—Nadie diría eso.

—Claro que sí.

—¿Se lo contaste a alguien después de que ocurriera?

Ella asintió.

—A Sonia, en la tienda.

—¿A Maggie no?

—En especial a ella no.

—¿Por qué? Dijiste que erais amigas.

—Hace tiempo que no hablamos —respondió Katrina—. Además, es poli.

Stride pensó en lo que había dicho Tony Wells, que asaltaba a mujeres sexualmente vulnerables.

—Hay algo más, ¿verdad, Katrina? —quiso saber.

—¿A qué te refieres?

—A que ese tío no elige a sus víctimas por azar, sino a mujeres que tienen algo que esconder.

—¿Hay otras víctimas? —preguntó Katrina.

—Sí, y además han aprendido la lección de Tanjy, igual que tú; no lo denuncies si quieres seguir guardando tu secreto.

Katrina se levantó de la silla. Oteó la oscuridad a través de las persianas, después dio la vuelta y cruzó los brazos. Escudriñó a Stride.

—Si te lo cuento, todo el mundo lo sabrá.

—No necesariamente, aunque no puedo prometerte nada.

Katrina apretó los labios en un gesto desafiante.

—Lo que yo haga en mi vida privada sólo es asunto mío.

—Lo entiendo.

—Tienes razón —aceptó, finalmente—, no denuncié el asalto porque hay ciertas cosas sobre mí que habrían salido a la luz. Cosas embarazosas.

Stride aguardó.

—Yo era una chica alfa —continuó Katrina.

—¿Qué es eso?

Ella vaciló y se sentó en el otro extremo del futón.

—No sé si debería contártelo. Si no sabes lo que es, significa que no conoces el club. Esto podría causar problemas a mucha gente.

—Katrina, fuiste violada.

—Ya lo sé.

—Dime de qué va todo esto. Si se trata de algo ilegal...

Ella negó con la cabeza.

—No es ilegal. Al menos, no lo creo. Inmoral, tal vez. Yo formaba parte de un club sexual de la ciudad. Fui la chica alfa de una noche.

Stride pensó en su breve etapa en Las Vegas, una ciudad que vivía del sexo, donde podías ver tus deseos más infames anunciados en un taxi o pregonados en las aceras. La única diferencia entre cualquier otro sitio y Las Vegas era que ésta no ocultaba su lujuria. La ciudad no inventó el pecado; lo importó. Todo el mundo, todos los deseos, llegaban al desierto desde algún otro lugar. De lugares como Duluth.

—¿Cómo entraste en ese club?

—Sonia me reclutó.

A Stride no le sorprendió que el nombre de Sonia Bezac apareciera implicado.

—¿Ella es miembro?

—Ella y Delmar fundaron el club. Todo se desarrolla en su casa. Hay una habitación abajo a la que ella llama el templo.

—¿Cuántas personas lo integran?

—No estoy segura. Cuando yo fui chica alfa, había una docena o más de personas. Quizá siete u ocho hombres y unas cuantas mujeres.

—¿Qué es una chica alfa?

Katrina se agitó en el sofá.

—Mira, yo no me avergonzaba de ello. Lo hacía porque soy una chica desenfadada y me gusta experimentar. No estoy colgada por el sexo. Pero es distinto cuando tienes que hablar de ello.

—Yo no te juzgo.

—Sí, bueno, eso ya lo veremos. Cada vez hay una chica alfa diferente. Básicamente, estamos para practicar sexo con cualquiera que nos desee. A veces son hombres a los que les gusta hacerlo en presencia de otra gente. A veces son mujeres a cuyos maridos les gusta ver cómo lo hacen con otras mujeres. A veces son el marido

y la mujer al mismo tiempo. También hay parejas a las que simplemente les excita ver sexo en público y mirar o masturbarse mientras nos miran.

—Todo eso parece una invitación para contraer enfermedades de transmisión sexual.

—Los condones son norma. Nadie va a pelo. Hasta los matrimonios que practican sexo entre ellos deben usar condones cuando están allí.

—Me está costando entender por qué querías hacerte eso a ti misma —dijo Stride, que procuraba elegir las palabras con cuidado.

—¿No has dicho que no me juzgabas? Ja. Lo admito, somos unos libertinos, ¿y qué? Ya te he dicho que la mayoría de la gente no lo entendería, por eso es un secreto. Por eso no voy por ahí anunciándolo, ni nadie lo hace.

—A mí me resulta deshumanizador, no erótico.

—Bueno, es tu forma de ser. A mí me encantó. En toda mi vida nunca me había excitado tanto como esa noche. No tienes ni idea de la lucha interna que soporta una chica como yo con su propia imagen. Pero esa noche todos los hombres querían acostarse conmigo, y también unas cuantas mujeres. Nunca me he sentido tan deseada.

Stride quería ir a los hechos y acabar con todo esto.

—¿Cuándo sucedió?

—El mes pasado. En diciembre.

—¿Con qué frecuencia se reúne el club?

—No estoy segura. Una vez al mes, quizá.

—¿Crees que el violador conocía la existencia del club?

—Joder, vino a por mí la noche después de la fiesta. No puede ser una coincidencia, ¿no?

—¿Podría tratarse de alguien que estuvo en la orgía contigo?

—No lo sé. A lo mejor. Lo dudo.

—¿Quién más estaba allí?

—No lo sé.

—¿Quieres decir que no les reconociste?

—Quiero decir que todo el mundo llevaba máscara. El anonimato forma parte del juego.

—Así que, cuando vas allí, ¿no sabes quién más habrá?

—No. Aparte de Sonia y Delmar, claro.

Se agitó nerviosa, y presionó los labios. Clavó la mirada en el suelo.

—¿Qué sucede?

—Reconocí a alguien —admitió.

—¿A quién?

—El marido de Maggie, Eric. Era fácil de reconocer con su pelo largo y rubio.

Stride pensó en Maggie. «¿Te crees que no tengo secretos?».

—¿Sabía Maggie lo de Eric y el club? —preguntó, aunque ya adivinó la respuesta de Katrina.

—Oh, sí. Lo sabía.

—¿Estás segura?

—Hablamos de ello antes de que yo lo hiciera.

Stride negó con la cabeza. No podía creer nada de lo que estaba oyendo.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que hiciera lo que quisiera, pero desde entonces no hemos hablado. La llamé después de que mataran a Eric; no me respondió. No la culpo por ello.

—¿Me estás diciendo que Maggie estaba en el club? —preguntó Stride, saboreando el horror como vino agrio en su boca.

—Abróchate el cinturón, teniente. Maggie fue la chica alfa anterior a mí.

Capítulo 29

Serena odiaba conducir en las noches de invierno de Minnesota. Eran casi las once y la carretera del norte era una larga extensión de vacío. Estaba a una hora de Duluth, en el tramo desierto donde mediaban kilómetros entre una localidad y otra. A ambos lados del camino, los árboles de hoja perenne se imponían como torres oscuras, y la espesura detrás de ellos era una masa negra, de donde temía que saliera algún ciervo saltando. Durante el trayecto vio cadáveres en el arcén y, cuando sus faros iluminaban la mediana, distinguía huellas de pezuñas abriéndose camino en la nieve. Las bestias estaban ahí fuera, siguiéndole la pista.

Sintonizó una emisora de radio *country*, pero la señal iba y venía. Oyó fragmentos de canciones de Miranda Lambert, Alan Jackson y LeAnn Rimes, y acabó cantando para aliviar de algún modo la soledad dentro del coche.

La música *country* era una de las cosas que Jonny y ella tenían en común. O entrabas o no entrabas. La mayoría de la gente refunfuñaba cuando ella ponía a Terri Clark en el estéreo, o cuando les hablaba de conducir seis horas para ir a un concierto de Sara Evans en Des Moines. Serena no se molestaba en explicarlo. Si no se te saltaban las lágrimas escuchando *No Place That Far*, no podías entenderlo.

Su teléfono móvil sonó en el asiento de al lado.

—Oh, no, ¿qué estás escuchando ahora? —preguntó Maggie. Serena se rió y apagó la radio. Maggie era como Tony Wells: una fan del rock duro y el heavy metal.

—Es Garth, ignorante. Di una sola palabra contra él y me veré obligada a afeitarte la cabeza.

—Vaya, un solo comentario inocente y los fans de la música *country* vais por las escopetas y los perros de caza —luego añadió—: ¿Dónde estás?

—Voy hacia el norte por la treinta y cinco. Estoy por Finlayson.

—Cuidado con los ciervos.

—Eso intento.

—¿Has hablado con Stride?

—Esta noche no. Le he llamado antes, pero me ha saltado el contestador.

—Quiere que nos reunamos los tres mañana —le explicó Maggie—. Cree que sabe cómo encajar algunas piezas.

—¿Sabes qué es lo que tiene?

La voz de Maggie sonaba monótona.

—Sí, hice algo muy estúpido que debería haberle contado yo misma. No creí que tuviera ninguna relación con lo que me pasó, pero supongo que me estaba engañando a mí misma.

Serena dejó que el silencio se instalara en el ambiente, con la esperanza de que Maggie continuara. Pero no lo hizo.

—¿Quieres contármelo?

—Dejaré que lo haga él. Ya me siento lo bastante idiota.

—Como prefieras, socia. ¿Quieres saber qué he descubierto en el Ordway?

—Claro.

Serena la puso al corriente sobre la visita de Eric al teatro y la repentina decisión de Helen Danning de largarse de la ciudad el día después del asesinato de aquél.

—He ido al restaurante donde dijiste que cenaba Eric. El camarero reconoció a Helen Danning. Los vio a los dos juntos.

—¿Pudo oír de qué hablaban?

—Fuera de lo que fuese, Helen no estaba contenta. Dejó la cena a la mitad.

—Y ahora ha desaparecido.

—Por completo —dijo Serena—. No dejó una dirección a la que mandarle la correspondencia. Me he camelado al de mantenimiento y me ha dejado echar un vistazo en su apartamento. No se llevó ningún mueble, pero en cambio sí que cargó con todo lo que pudo meter en el coche. He robado una taza de café de su encimera para poder sacar las huellas.

—¿Qué has hecho?

—He robado una taza de café, ¿por qué?

Maggie calló.

—¿Estás ahí? —preguntó Serena.

—Sí, sí. Por un momento no me encajaba una de las piezas, como si me olvidara de algo importante. Casi he dado con ello, pero se me ha escapado. ¿Qué era ese rollo del blog?

—Al parecer Eric encontró a Helen a través de un blog que ella llevaba. La dama no sé qué. ¿Te suena?

—No. La policía se llevó los ordenadores de Eric, así que quizá Guppo pueda sacar una lista de las páginas que visitaba. Veré qué puedo averiguar por internet.

—¿Alguna idea de cómo encaja Helen en todo esto? —quiso saber Serena.

—Creo que Eric le dijo algo que hizo que se cagara de miedo. Y al morir él, huyó.

—Tal vez fue ella la que le dijo algo.

—También es una buena idea. Mañana nos vemos. Conduce con cuidado.

Serena cortó la comunicación y volvió a encontrarse sola en el capullo de su silencioso coche. En el espejo retrovisor, a menos de un kilómetro detrás de ella, distinguió unos faros. El vehículo circulaba a su misma velocidad, y se preguntó si se estaría guiando por su estela. Ella solía hacerlo en trayectos largos y de noche: seguía de cerca a algún remolque y dejaba que éste despejase el camino cargándose a ciervos. Pero en ese momento le desagradaba la idea de que sólo estuvieran ellos dos en la carretera.

Sonó de nuevo el teléfono, y al oírlo se asustó. Supuso que era Maggie, que

volvía a llamar. O Jonny. Pero no.

—Hola, Serena.

Le llevó un momento reconocer aquella voz, que tenía la virtud de despertar un temor informe en su interior. Era el chantajista con el que se había reunido en el cementerio a medianoche.

—Es muy tarde para andar por ahí —le dijo él.

—¿Qué quieres?

Ahora tenía la certeza de que él era el que viajaba en el otro coche.

—Dentro de un kilómetro encontrarás un área de descanso. Coge la salida y aparca.

—¿Y por qué crees que haría algo así?

—Tengo algo para ti. Algo que te parecerá muy interesante.

—¿Qué es?

—Coge la salida y aparca.

Puso fin a la llamada.

Tenía un instante apenas para tomar una decisión. La salida para el área de descanso casi se le echaba encima. Serena giró el volante, frenó bruscamente y se dirigió hacia unos árboles. El resto del área estaba cerrada en esa época del año, así que el camino era resbaladizo y estaba cubierto de nieve. Grabó unas marcas al avanzar. Mantuvo la mirada en el espejo y se sorprendió al ver que los faros del otro coche pasaban de largo sin detenerse.

Salió del coche y se hundió en unos centímetros de nieve polvo. Volvió a asomarse desde dentro del vehículo y apagó las luces; prefería estar a oscuras, pues no quería ser un blanco tan fácil. No confiaba en aquel individuo y quería llevar la pistola en la mano, así que fue inmediatamente al maletero, lo abrió y sacó su Glock. El peso del arma la reconfortó. Rodeó despacio el coche dibujando un círculo, apuntando con el arma delante de ella. Los abetos se balanceaban por encima de su cabeza, meciendo la nieve en sus ramas extendidas. Parecían monstruos sin cara. Al soplar el viento con un aterrador silbido, un vapor fino y plateado bajaba desde los árboles para impactar contra ella.

Toda el área estaba a oscuras. En el aparcamiento había marcas borrosas de neumáticos, de conductores que, como ella, habían ignorado la señal de cerrado y habían hecho un alto en el camino para echar una meada o dormir. Ninguna de esas marcas era fresca. Permaneció a solas en mitad del manto de nieve, empequeñecida por el bosque, sintiéndose invisible y expuesta al mismo tiempo. El viento confundía sus sentidos. ¿Dónde estaba él?

Entonces oyó sonar otra vez su teléfono dentro del coche. Corrió a por él.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Muy cerca.

—¿Tienes demasiado miedo para dejarte ver?

Él se rió de la ocurrencia.

—Sé que llevas el arma en la mano.

Serena se giró y escudriñó la espesura. Trató de identificar movimientos o sombras en la oscuridad, pero sólo vio los magníficos árboles que la sobrepasaban. Se sintió pequeña.

—Me voy —dijo.

Volvió a meterse en el coche y cerró las puertas. Puso el motor en marcha.

—He dicho que tenía algo para ti —dijo él.

—¿Qué es?

—Mira en la guantera.

Había estado en su coche.

—¿Qué hay ahí?

—El secreto de Dan —contestó—. Dile que esta vez quiero cien mil dólares.

—Estás loco. Nada vale tanto dinero.

—Te sorprendería lo que hace la gente para ocultar sus secretos.

—¿Cuándo lo quieres?

—Pronto. Te lo haré saber.

Serena miró su teléfono. Ya no había línea.

Salió a toda prisa del área de descanso, con las ruedas derrapando sobre la nieve. La carretera oscura le pareció un viejo amigo comparada con el agujero del que salía. Un camión accedió a la interestatal y ella aceleró para atraparlo y seguir su estela. Que él asustara a los ciervos. Que los aplastara. Aun así, en la mediana, seguía viendo huellas de pezuñas, minúsculas y persistentes, como si corrieran para atraparla.

Esperó a estar en el centro de la ciudad, y a que los bosques quedaran a lo lejos, antes de abrir y mirar en la guantera. Era más de medianoche. Dentro había un sobre blanco y fino que antes no estaba allí. Encendió la luz del techo y lo abrió. Del interior sacó una fotografía.

La habían tomado de noche. La piel de las dos personas de la imagen brillaba con luz artificial. Serena tardó un instante en entender qué estaba mirando. Vio piel de color café y pelo largo, y al examinar los perfiles se dio cuenta de que una de esas personas era Tanjy Powell. Estaba desnuda. Al aire libre, en un parque. Tenía las manos atadas a una verja y, en la borrosa oscuridad detrás de ella, Serena pudo distinguir vagones de tren. Estaba llorando. O tal vez gimiendo. No estaba segura.

Detrás de Tanjy había un hombre que posaba un largo cuchillo en su garganta. Con los pantalones en los tobillos, mostraba unas obscenas nalgas blancas. Estaba metido dentro de ella. Era Dan Erickson.

Capítulo 30

Serena aparcó en Canal Park, debajo del puente levadizo. Su casa estaba a menos de cinco kilómetros, pero aún no se sentía preparada para entrar. Permaneció sentada un buen rato, con la mirada fija en la foto y sintiéndose cazada. Quienquiera que fuese el chantajista, disfrutaba con el juego. Podría haber puesto la foto directamente en manos de Dan y no decirle nada a ella, pero había preferido involucrarla.

Tenía que decidir qué le diría a Jonny. Si optaba por no comentarle nada sobre la foto, podía estar interfiriendo en una investigación por violación y asesinato. No era algo que pudiera guardar en la caja y que Jonny fingiera no saber. Si se lo decía, él tendría que investigarlo. Eso acabaría con la carrera de Dan.

¿Esa imagen mostraba a Dan violando a Tanjy? ¿O era sexo consentido entre dos amantes perversos? Fuera cual fuese la verdad, Serena se preguntaba hasta dónde llegaría Dan para ocultar su secreto. ¿Mataría a Tanjy para cerrarle la boca? Y en ese caso, ¿cómo encajaba Eric en todo aquel rompecabezas?

Luego quedaba la cuestión de Helen Danning y el Ordway. El hecho de que ella abandonara la ciudad el día después del asesinato de Eric era una coincidencia demasiado grande como para ignorarla.

Serena volvió a guardar la fotografía en la guantera. Sabía que aún no podía implicar a Jonny. Primero debía enfrentarse a Dan ella sola e interrogarle.

También pensó en el hombre misterioso, el chantajista que estaba atormentando a Dan. Parecía conocer todos los secretos, aquello que la gente protegería a cualquier precio. Si él decidía tirar de la cuerda, toda la ciudad se desenredaría. ¿Quién era, y sobre todo, cómo sabía tanto del universo privado de quienes lo rodeaban?

En el área de descanso, ese tipo supo que ella llevaba la pistola en la mano. Tenía que estar escondido cerca, pero no había ningún otro coche y de ningún modo podía haberse apostado tan deprisa. Debió de esperar en algún otro lugar, quizás en el área de descanso del lado opuesto de la carretera, desde donde había cruzado andando para buscar un sitio y vigilarla.

Eso sólo podía significar una cosa: sabía que pasaría por allí. Sabía dónde estaba.

De repente, cuando salió del coche lo entendió todo. El suelo estaba húmedo y frío, pero aun así se arrodilló y miró debajo del chasis. Cuando no alcanzó a ver más, sacó una linterna del maletero y la deslizó bajo el coche. Tardó quince minutos en encontrar la cajita pegada de forma magnética al lado interior del hueco de la rueda. La arrancó, se puso en pie y la examinó sobre la palma sucia de grasa. De una esquina sobresalía una antena plateada. No tuvo dificultades en reconocer la unidad, porque ella misma la había usado en su trabajo.

Era un dispositivo de localización por GPS. Le había estado siguiendo la pista por todas partes.

Serena se llevó la caja junto al canal y la arrojó a las frías y lentas aguas.

Jonny aún no dormía cuando ella llegó. Estaba sentado en una silla delante del fuego, con un poco de *whisky* en un vaso pequeño. Casi nunca bebía. Serena había tenido serios problemas con el alcohol, así que no abundaba el licor en casa. Al fondo de un armario de la cocina había una botella polvorienta de Oban, y ella sólo le había visto abrirla un par de veces. Una de ellas fue en el aniversario de la muerte de Cindy. La segunda, cuando Maggie le contó lo de su tercer aborto.

Serena estaba sucia y mojada. Él la miró mientras se lavaba la grasa de las manos, se quitaba la ropa hasta quedarse en bragas y se ponía una camiseta blanca. Se sentó en el suelo junto a la silla, apoyó la cabeza en el muslo de él y observó cómo bailaban las llamas.

—¿Estás bien? —preguntó Jonny.

—Claro.

—Llegas muy tarde.

—He tenido problemas con el coche.

—Ajá.

Sabía que no la creía.

—¿Y aquello que metiste en la caja? —continuo él—. Cuéntame algo más sobre ese chantajista.

—No puedo decir nada más —contestó—. Aún no.

—Me gustaría saber qué está pasando con Dan.

—Sabes que no puedo decírtelo.

Se alegró de que no la presionara.

—¿Has visto a Nicole? —le preguntó él.

—Sí, y tienes razón; se aferra a un clavo ardiendo.

—¿Cómo estaba?

—Envejecida.

—Lamento oírlo.

Ella le habló de Helen Danning.

—Le diré a Guppo que la busque en la base de datos —dijo Stride—. Tal vez algún pariente o un amigo pueda ayudarnos a encontrarla.

—Me ha llamado Maggie. Dice que tienes algo.

Él asintió.

—Otra víctima de violación.

Serena alzó la cabeza y se atusó el pelo hacia atrás.

—¿Quién?

—Katrina Kuli. Regenta una cafetería en Superior, no muy lejos de Silk.

—¿Tiene alguna relación con Maggie?

—Oh, sí.

Se bebió el Oban de un solo trago y no dijo nada. Serena se colocó delante de él y se apoyó en sus rodillas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Maggie estaba en un club de sexo.

Y recitó los detalles uno a uno sin la menor expresión en su rostro. Serena volvió a sentarse y abrió los ojos de par en par.

—Vaya.

—Ésa no es la Maggie que yo conozco —dijo Stride.

—¿Has hablado con ella del tema?

—Todavía no.

—Creo que deberías hacerlo.

—En primer lugar quiero hablar con Sonia y averiguar más cosas sobre ese supuesto club. Por ejemplo, si Tanjy también pertenecía a él. Apuesto a que todas fueron «chicas alfa» y que ése es el vínculo entre los distintos ataques.

Ella percibió la decepción y la incredulidad que asomaban en su voz.

—¿Cuándo has sido tan crítico conmigo? Siempre me dices que no te importa lo que hagan los demás de puertas adentro.

—Se trata de Maggie —dijo él.

—Vale, ya lo admito, es como descubrir que tu hija ya no es virgen.

—Muy gracioso.

—Lo siento. Oye, el sexo con extraños no es lo que a mí me va, pero lo que haga Maggie con su cuerpo es asunto suyo, no mío. Ni tuyo tampoco.

—Ya lo sé.

Serena frunció el ceño.

—¿De veras? Te has pasado los últimos diez años pretendiendo que Maggie no tiene ninguna sexualidad. Es una mujer compleja, bonita, sensual, inquieta, divertida y exasperante. A veces me enerva pensar que un día te despertarás, te darás cuenta de ello y te sentirás atraído por ella.

—No tienes que preocuparte por Maggie y yo.

—¿No? —Se preguntó hasta dónde podía ser sincera—. ¿Sabes?, cuando estamos los tres juntos a veces me siento como si fuera yo la desparejada, no ella.

Eso le causó un visible impacto.

—No tenía ni idea de que te ocurría eso.

—Las mujeres podemos ser duras y neuróticas al mismo tiempo, Jonny.

—Creí que erais amigas.

—Y lo somos, pero también somos rivales.

—No hay ninguna rivalidad —le dijo él—. Estamos tú y yo. Punto.

—Me alegra oírtelo decir, pero no es tan sencillo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A que la única forma de que puedas sacar algo en claro de este caso es que veas a Maggie como a una mujer, no como a una compañera. Es el único modo de que algo de todo esto llegue a tener sentido. Tal vez te guste o tal vez no, pero luego todo será diferente.

—Sólo estoy intentando entender cómo pudo hacer lo que hizo —dijo él.

Serena se levantó.

—Sólo Maggie puede explicarte eso. Pero recuerda que a veces es mejor no saber la verdad sobre tus amigos.

Se fue a la cama y lo dejó sentado delante del fuego.

Capítulo 31

Stride estaba sentado en su Bronco delante de la casa de Sonia Bezac. Tenía la ventanilla abierta y estaba de un humor de perros. Sostenía un cigarrillo en el exterior para que el viento se llevara el humo hacia atrás. Eran casi las nueve de la mañana. La calle parecía sacada de una obra de Norman Rockwell, con viviendas estilo Tudor que ocupaban holgadas parcelas. La mediana estaba ajardinada con árboles de hoja perenne, lo bastante separados entre sí para fragmentar la visión desde un lado al otro. La nieve salpicaba los tejados. Aquél era un vecindario de personas maduras, familias y parejas de cuarenta y tantos, a menos de dos kilómetros del Hunters Park y la Universidad de Duluth; un lugar tranquilo con mujeres que practicaban Pilates y paseaban sus golden retrievers y hombres que bebían brandy y cuya aspiración era ser como sus padres.

Se preguntaba si los vecinos estarían enterados de la existencia del club sexual. No lo creía. Los vecinos de al lado seguramente pensaban que Sonia y Delmar organizaban cenas elegantes, y se sentirían horrorizados si descubrieran lo que pasaba en realidad tras las cortinas echadas. Horrorizados. Curiosos. Excitados. Furiosos por no haber sido invitados.

Delmar, el marido de Sonia, urólogo, salió por la puerta principal, vestido con un traje gris y un abrigo de lana. Era unos centímetros más bajo que Sonia y considerablemente más ancho. El viento alborotó los pelos que atravesaban su calva. Se los aplanó y se puso tras el volante de un Mercedes sedán negro y flamante.

Los penes daban para vivir bien.

Delmar retumbó colina abajo. Stride apagó el cigarrillo, salió de su Bronco y cruzó la mediana. La puerta principal se abrió otra vez y salió Sonia. Sintió una ráfaga de nostalgia al verla. Se vio transportado a una época en que tenía un cuerpo joven que rebosaba hormonas, como un coche de exposición anhelando la autopista. A sus cuarenta y tantos, Sonia seguía desprendiendo un aura sexual. Su cabello pelirrojo era como un tornado. Era alta y daba unos pasos veloces y prudentes, clavando sus tacones en el hielo de las baldosas de la acera. El abrigo abierto dejaba ver una blusa de seda de color verde selva y una falda negra.

Cruzó el resto de la calle, y también ella se enterneció un poco al verle. Había en su rostro una dulzura capaz de asomar y desaparecer rápidamente. Advirtió que él no sonreía.

—Hola otra vez —dijo.

—Necesito hablar contigo, Sonia. ¿Podemos entrar?

—Llego tarde, tengo que abrir la tienda. Ya es mía, ¿sabes?

—No lo podemos aplazar.

Sonia cruzó los brazos.

—A lo mejor veo demasiada televisión, pero no tengo ninguna obligación de hablar contigo, ¿no es así? Puedo meterme en mi coche e irme tranquilamente.

—Claro. Sólo que entonces hablaré con los periódicos en lugar de contigo.

—¿De qué?

Él se le acercó y murmuró. Notó su perfume a jazmín.

—De las chicas alfa.

El rostro de Sonia, ya pálido de por sí, se puso blanco como el papel.

—Está bien.

Lo guió de vuelta a la casa. Una vez dentro, se quitó el abrigo y le indicó el camino al salón. Él tomó asiento en un sofá de color limón, lo bastante firme para no ceder bajo su peso. Era una habitación moderna y cara. Vio colgada en la pared una pintura al óleo, que le parecieron garabatos rojo y azul. La mesita de centro era de vidrio y cromo. Una escultura abstracta de metal representaba un desnudo cerca de la chimenea.

Sonia se quitó los zapatos de un puntapié y se sentó en un sillón delante de él. Cogió un paquete de cigarrillos.

—Puedes fumar, si quieres.

Se encendió uno y soltó el humo hacia el ventilador del techo.

—Ya me he fumado el de la mañana.

—Qué fuerza de voluntad. —Apoyó un pie enfundado en la media sobre la otomana. Su pierna era larga y esbelta—. El club se reúne abajo, si es eso lo que te estás preguntando.

—No me lo preguntaba.

—¿Y qué, Serena y tú queréis uniros? Nos encantaría teneros con nosotros. —
Sonrió.

—No, gracias.

—No es ningún aquelarre, por el amor de Dios. No le hacemos daño a nadie.

—Creo que un violador se ha fijado tu club como blanco.

Su sonrisa se desvaneció.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—No, desde luego. Sabes lo que le ocurrió a Katrina, ¿verdad?

—Sí, pero ¿qué te hace pensar que eso tuvo algo que ver con el club?

—A Katrina la atacaron un día después de la última fiesta. ¿Pensaste que sólo era una coincidencia?

Sonia lo apuntó con el cigarrillo.

—Conozco a todos los hombres que estaban. No podía ser ninguno de ellos. Así que sí, pensé que sólo era una coincidencia. Y hasta...

—¿Qué?

—Hasta pensé que tal vez Katrina se lo estuviera inventando. Ya sabes, igual que

Tanjy. Pensé que tal vez se sintiera culpable por lo que había hecho en el club. Esas cosas pasan.

—No fue sólo Katrina —le explicó Stride—. Otra chica alfa también fue atacada. Sonia cerró los ojos.

—Hijo de puta —murmuró—. ¿Quién?

—No puedo decirlo.

—¿Estás seguro de que era del club?

—Sí.

—¿Esto va a salir a la luz?

—Es muy probable.

—Mierda, mierda, mierda. —Negó con la cabeza—. ¿Tienes idea del daño que nos va a causar esto?

—Intento pensar en las mujeres a las que maltrataron, Sonia.

—Sí, por supuesto, lo sé. Sólo que me resisto a creer que esto pueda afectar al club. Somos muy cuidadosos con quien admitimos.

—¿Qué hay de Tanjy? ¿Fue una chica alfa? —preguntó Stride.

—No. La tanteé un par de veces, pero no le interesaba.

—¿Tanjy no tenía ninguna relación con el club?

—Ninguna. ¿Me estás diciendo que realmente la violaron? Oye, eso significa que tiene que haber alguna otra conexión. Tanjy no sabía nada del club.

—No te precipites. Dos de tus chicas alfa han sido atacadas. No es una coincidencia —y añadió—: Explícame cómo funciona todo esto, Sonia. Cómo consigues miembros. Con qué frecuencia os reunís. Qué sucede.

Sonia dejó su cigarrillo en un cenicero de concha turquesa.

—No sé si debería contarte nada de esto.

—Todas las mujeres que pertenecen a tu club corren peligro, Sonia. Incluida tú.

—Aun así, quizá sería mejor que antes de hablar contigo lo hiciera con un abogado.

—Adelante, pero entonces se sabrá todo —dijo Stride—. ¿Quieres que consiga una citación? ¿De veras quieres que todo esto esté en un archivo del juzgado? No hemos hecho más que empezar con la información que necesito.

Sonia echó la cabeza hacia atrás y fijó la mirada en el techo. Su cuello era delgado como el de un cisne.

—¿Quedará entre nosotros? —preguntó.

—Por ahora.

—Está bien —dijo, con evidente desgana—. El club lo forman unos veinte miembros. La mayoría parejas, pero también algunos solteros. No se admite a nadie sin una invitación personal mía y de Delmar. Sólo personas con referencias. Comprobamos los antecedentes de todo el mundo antes de admitirles.

—¿Alguna vez le has tenido que pedir a alguien que se fuera? ¿Alguien cuyo comportamiento fuera inapropiado?

Sonia asintió.

—En una ocasión una pareja se negó a usar condones para practicar sexo entre ellos dentro del club. Soy muy estricta con este punto, así que no les volvimos a invitar. Otra vez vino un hombre que pegó a una chica alfa. Dos de los miembros lo echaron inmediatamente.

—¿Cómo se llamaba?

—Wilson Brunt. Aunque no creo que encuentres nada que le implique, hace al menos seis meses que lo trasladaron a otro estado. Ahora vive en Oregon.

Stride apuntó su nombre.

—¿Cuánto hace que funciona el club?

—Cerca de un año. Fue idea mía.

—Qué sorpresa.

—Oh, vamos, Jonathan, ¿acaso no te aburres alguna vez? —Sonia agitó la mano dibujando un círculo a su alrededor, como si despreciara su entorno—. Pasamos de los cuarenta. La tercera edad está llamando a la puerta. ¿Te crees que ahora mi pelo rojo no sale de un bote? ¿Acaso piensas que el aparato de Delmar cobra vida con sólo ver cómo me desnudo? Tictac, tictac... el maldito reloj de la mortalidad nos mira directamente a la cara. Tú puedes salir a comprarte un descapotable para superar tu crisis de la mediana edad. Yo quería algo más.

Stride la ignoró.

—¿Con qué frecuencia os reunís?

—Normalmente una vez al mes. En ocasiones más.

—¿Hay algún intercambio de dinero?

—¡No!

—¿Drogas o sustancias ilegales?

—En absoluto, de ninguna manera. —Sus ojos se movían de un lado a otro y él intuyó que le estaba mintiendo.

—Cuéntame lo de las chicas alfa.

Sonia se encogió de hombros.

—Yo fui la primera. Me tiré a seis hombres y tres mujeres en una sola noche. Sigue siendo el récord.

—Te felicito —zanjó él.

Sus miradas se encontraron. Sonia sabía lo que él pensaba y le tenía sin cuidado.

—Cuando empezamos, las chicas alfa sólo eran esposas de miembros —continuó—, pero a veces había mujeres interesadas en ser chicas alfa por una noche.

—¿Cómo se enteraban?

—A través de los miembros. La discreción es nuestra norma. Sólo nos acercamos

a una mujer si tenemos motivos suficientes para creer que está sexualmente liberada, y aun así no nos precipitamos. No damos detalles sobre el club en sí hasta que la mujer muestra interés. Una chica alfa externa nunca conoce los nombres de los miembros. Todo es anónimo.

—¿Te refieres a las máscaras?

Sonia frunció el ceño.

—¿Lo sabes?

Stride no respondió.

—Sí, llevamos máscaras. En parte es para proteger las identidades pero, francamente, nos hemos enterado de que a las mujeres les gusta. Cuando no ven las caras sienten un placer añadido, una emoción extra.

—¿Qué ocurre exactamente?

—¿Por qué no vienes a verlo? —propuso Sonia.

—No te pases.

—No me paso. Siempre serás bienvenido. Le pregunté a Maggie si podía interesarte, pero dijo que antes te cortarías los pelos de la nariz con una navaja de afeitar —se dio cuenta de su error y añadió—: Mierda. Nunca digo nombres, es sólo que...

—No te preocupes, lo sé todo.

—Oh, Dios mío, ¿le ha pasado algo a Maggie?

Stride mostró una expresión pétrea.

—Oh, mierda, lo siento —dijo Sonia—. No puedo creerlo. Nunca volvió después de ser chica alfa, y simplemente pensé que le había afectado la experiencia.

—Y así es. Háblame de Maggie y Eric.

Sonia negó con la cabeza.

—Maldita sea, es terrible. —Recuperó su cigarrillo y éste tembló entre sus dedos—. Eric estuvo metido desde el principio. La primera chica alfa externa fue una atleta de la República Checa que estaba en la ciudad con su equipo olímpico.

—¿Maggie también estuvo desde el principio?

Stride contuvo el aliento, pues no quería oír la respuesta.

—No, sólo vino dos veces. La primera, Eric y ella se quedaron detrás de la pared.

—¿Qué significa eso?

Sonia titubeó.

—Una de las paredes del templo es de espejo. Detrás de la sección central hay una habitación pequeña desde donde se puede mirar. Eric quiso que Maggie viera cómo era el club.

—¿Y nadie sabía que estaban ahí?

—Sólo yo. Después, Eric convenció a Maggie para que fuera la chica alfa de la próxima reunión.

—Me encantaría saber cómo lo hizo —dijo Stride, en parte para sí mismo.

—A lo mejor ella lo consideró una forma de hacerle pagar a Eric todas sus aventuras. Él tenía que quedarse mirando.

—Ahórrate los detalles. ¿Qué pasó luego?

—Yo también me enrollé con ella, ¿sabes?

—He dicho que te saltes los detalles —cortó él, alzando el tono.

Sonia pareció alegrarse de haberlo irritado.

—Maggie no vino a la siguiente fiesta, pero Eric sí. Katrina era la chica alfa. Fue la última vez de Eric. Más tarde me dijo que lo dejaba por Maggie.

—¿Cuándo es la próxima fiesta? —preguntó él.

—Mañana.

«Mañana», pensó Stride. No tenían mucho tiempo, pero se le presentaba una nueva oportunidad de atraer al violador con un cebo.

—¿Quién es la chica alfa?

Sonia volvió a dudar, y Stride insistió:

—Déjate de tonterías y dímelo, Sonia. Se me amontonan las causas probables para una orden.

—Se llama Kathy Lassiter, es socia de un despacho de abogados de las Ciudades Gemelas. Tiene una casa en la orilla norte. Ha venido a varias fiestas, pero no como chica alfa.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer llamada Helen Danning? ¿Estuvo en el club o fue una chica alfa?

—No, nunca he oído hablar de ella.

—Muy bien, hablemos de cómo se puede filtrar esta información. ¿Cómo podría alguien enterarse de que una mujer ha sido una chica alfa del club?

—No tengo ni idea —protestó Sonia—. Cada chica alfa no sólo firma un documento que nos libera de toda responsabilidad legal, sino también un acuerdo de no divulgación.

—¿Bromeas?

—En absoluto. No queremos que a la gente le dé un ataque de culpabilidad y nos demande, ni tampoco lenguas sueltas que vayan largando esto por toda la ciudad. Los miembros también firman documentos similares cuando se unen al club. Además de un código de conducta.

—Te deseo suerte cuando tengas que litigar esos contratos.

Sonia sonrió.

—Bueno, no creo que llevemos a nadie a juicio, pero firmar esos papeles es un trámite para que la gente sea consciente de que nos tomamos muy en serio la confidencialidad y una actitud responsable.

Stride intentó no reírse de lo irónico que era eso.

—Aun así, cualquiera que participe una noche determinada puede saber quién es la chica alfa.

—No necesariamente, porque no damos el nombre si la chica alfa es externa. Tendrían que conocerla de fuera del club y saber quién es.

—O seguirla.

—Supongo.

—¿Llevas un registro de los miembros y de quién asiste a las fiestas individuales? Sonia asintió.

—Desde luego. Lo tengo guardado en el ordenador de arriba. No queremos líos legales con el club, así que somos obsesivos con los registros, los contratos, los acuerdos de confidencialidad, la comprobación de antecedentes, etcétera. Lo conservamos todo. Nunca nadie se nos ha enfrentado, pero estaremos preparados en caso de que alguien lo haga.

—¿Es seguro tu ordenador? ¿Tienes red inalámbrica?

—¿Estás de broma? ¡No!

—¿Y conexión a internet?

—Bueno, sí, pero es totalmente segura. Me instalaron el cortafuegos más sofisticado del mercado, el mejor a prueba de piratas que puedas conseguir. Créeme, nadie ha sacado información de nuestro ordenador.

—Lo que sólo nos deja a los miembros —dijo Stride.

Sonia frunció el ceño.

—Ya te he dicho que los investigamos.

—Voy a necesitar nombres.

—Oh, mierda, tiene que haber otra forma.

—No, tenemos que interrogarlos a todos.

—Oye, has dicho que han atacado a dos chicas alfa —expuso Sonia—. No todos los miembros vienen a todas las fiestas, la asistencia varía en función de sus horarios. Puedo decirte qué hombres estuvieron en las dos fiestas con esas mujeres, eso estrechará el cerco.

Stride asintió.

—Empezaré por ahí, pero dame toda la lista; necesito saber los nombres de los miembros y los participantes en cada fiesta. Eso incluye también a las chicas alfa. Tendré que hablar con todas ellas porque debo averiguar si han atacado a alguna más —al ver vacilar a Sonia, añadió—: No estoy bromeando. Iré al juzgado y llenaré los periódicos con esto si es necesario.

Sonia se levantó.

—Concédeme unos minutos —dijo, con voz ahogada.

—No tengo prisa.

Diez minutos después, Sonia volvió con un fajo de papeles en la mano.

—Aquí está todo. Oye, te suplico que seas discreto. Delmar me matará si esto sale a la luz.

—No te prometo nada, Sonia.

Encontró las listas de las dos fiestas donde Maggie y Katrina fueron chicas alfa, y tardó unos segundos en comparar los nombres y ver quién había asistido a ambas sesiones. Además del marido de Sonia, Delmar, sólo cuatro hombres más estuvieron presentes ambos días.

Tres de ellos le eran desconocidos.

El cuarto era el ex novio de Tanjy, Mitchell Brandt.

Capítulo 32

Mientras subía las escaleras del juzgado, Serena se había libéralo de la sensación de que la vigilaban. Esperaba que el hecho de destruir el dispositivo GPS le permitiera escapar temporalmente de la entrometida mirada del chantajista.

La fotografía que éste le había dado estaba ahora en un sobre grande y marrón dirigido a Dan Erickson, con el sello de personal y confidencial. No estaba segura de estar haciendo lo correcto al ocultárselo a Jonny, pero no veía otra alternativa. No podía destrozar la vida de Dan si sólo era culpable de tener unos gustos sexuales pervertidos. El problema era que Tanjy estaba muerta. Una foto como ésa bastaba para catapultar a Dan al número uno de la lista de sospechosos, aunque sólo fuera porque haría cualquier cosa por mantenerla oculta. Aun así, Dan era un cliente. Ella cobraba por sus servicios. Mientras no supiera algo más, no podía exponerlo.

En el despacho de Dan, Serena entregó el sobre a la recepcionista y le dijo que lo llevara adentro. Un minuto después, ésta volvió y le pidió que entrase. Serena cerró la puerta del despacho tras de sí y echó la llave. Dan estaba de pie al otro lado de su escritorio de caoba, con la fotografía en la mano. Su otro puño estaba crispado. Se llevó el sobre y la foto a una trituradora junto a la pared y los metió dentro. La máquina runroneó mientras hacía pedazos la prueba. Comprobó la cuba para asegurarse de que todo hubiera quedado hecho confeti y luego se volvió hacia Serena.

—¿De dónde diablos has sacado eso? ¿Qué estás intentando hacer conmigo?

Serena puso las manos en alto.

—El chantaje es un mal asunto, te avisé que iba a ponerse peor.

—¿Él te lo ha dado?

Serena asintió.

—¿Cómo la ha conseguido?

—Tú deberías saberlo mejor que yo.

—Esto es un jodido desastre. Te das cuenta, ¿no? Un desastre. ¿Qué es lo que quiere?

—Cien mil dólares.

—Hijo de puta. —La apuntó con un dedo acusador—. ¿Estáis juntos en esto? ¿Me la estás jugando?

Serena se acercó a él y le apartó la mano de un manotazo.

—No me insultes. Tienes suerte de que no se lo enseñara a Jonny en lugar de venir aquí. Y pienso decírselo todo a menos que me convenzas ahora mismo de que no tuviste nada que ver con la muerte de Tanjy.

—Eso es absurdo.

—Entonces cuéntamelo. ¿Es auténtica la foto? ¿Sois ella y tú?

Dan se hundió la mano en el pelo rubio y se lo echó bruscamente hacia atrás.

—Sí.

—¿La violaste?

—Diablos, no. La violación era su fantasía, ¿recuerdas? Sólo se trataba de un juego. Bajamos ahí en plena noche y sacamos unas fotografías.

—¿Es necesario que te diga lo increíblemente estúpido que fue hacer algo así?

Las mejillas de Dan enrojecieron de rabia.

—No, conocía los riesgos, pero Tanjy valía la pena.

Serena no necesitaba detalles.

—¿Cómo entrasteis en contacto?

—La conocí en la tienda de ropa. Desprendía algo.

—¿Lo sabía Lauren?

Dan resopló.

—No lo sabía nadie.

—Bueno, alguien sí. Esto es suficiente para haber destruido tu carrera. Y tal vez aún pueda.

—Por eso le puse freno. Lo acabé hace meses.

—¿A pesar del magnífico sexo?

Dan fue hasta un armario y abrió la puerta de arriba, mostrando un pequeño frigorífico. Sacó del congelador una botella de ginebra Bombay, llenó una copa con hielo y bebió un trago largo. Extendió la botella hacia Serena, pero ésta negó el ofrecimiento con la cabeza.

—Ese rollo de la falsa violación era una pesadilla —dijo él—. No podía permitirme seguir con eso, no después de que sus fantasías con las violaciones salieran a la luz en la prensa.

—¿Temiste en algún momento que hiciera pública vuestra aventura después de que la dejaras?

—Sí, pero su credibilidad estaba por los suelos. Nadie la habría creído.

—Salvo que, obviamente, tenía fotos.

Dan negó con la cabeza.

—Fui a su casa. Tenía llaves. Borré todas las fotos de su cámara digital y del disco duro.

—Mierda, Dan, ¿no sabes lo fácil que es recuperar archivos borrados?

—No para Tanjy. Era preciosa, pero una negada para la tecnología. Necesitaba que alguien le enseñara cómo hacerlo todo. Créeme, no podría haber encontrado esos archivos de nuevo.

—Pues alguien lo hizo.

Dan gesticuló con rabia y la ginebra se derramó por el borde del cristal.

—¡Nadie sabía que esas fotos estaban ahí! Ella y yo éramos los únicos que sabíamos lo de esa noche en el parque.

Serena negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tanjy fue violada realmente. Ocurrió en Grassy Point Park, igual que en la foto. ¿Crees que es una coincidencia?

—Oh, tonterías —insistió Dan—. El cuento de la violación era mentira. Tanjy se lo inventó.

—Jonny ha descubierto a otras dos víctimas. Creemos que Eric estaba ayudando a Tanjy a descubrir quién la había atacado. Por eso los mataron a los dos.

—La violación era una fantasía —insistió Dan.

—¿Te lo dijo Tanjy?

Él vaciló.

—No. Siempre juró que había pasado de veras.

—Deberías haberla escuchado.

—Yo sólo quería que se alejara de mí. Estaba terriblemente asustado de que los medios averiguaran lo nuestro.

Serena asintió.

—Sabes que si le cuento a Jonny lo de Tanjy y tú, te considerará sospechoso de ambos asesinatos.

—Yo no he matado a nadie. Ni tampoco he violado a nadie.

—¿Dónde estabas la noche del lunes que desapareció Tanjy? —preguntó Serena.

—En Saint Paul. Le estaba contando al fiscal general los pormenores de mi mudanza a Washington. Pasé la noche allí.

—¿Dónde?

—En el hotel Saint Paul.

—¿Conoces a una mujer llamada Helen Danning? —continuó Serena.

—No.

—Trabajaba en el Ordway de acomodadora. Justo enfrente del parque donde está tu hotel. Ha desaparecido. Eric la vio poco antes de que lo mataran.

—No la conozco.

Serena lo observó. Él apartó la mirada y se acabó la ginebra.

—¿Tienes alguna idea de quién te está haciendo esto? —quiso saber ella.

—Ojalá. Le patearía lo que se merece.

—No creo que sea alguien con quien quisieras tener líos, Dan. ¿Cuándo se puso en contacto contigo por primera vez?

—El martes pasado.

—¿El martes? Eso fue el día después de que Tanjy desapareciera. ¿No te pareció significativo?

—En ese momento todavía no sabía que había desaparecido.

—¿Sabes lo que significa eso? Cabe la posibilidad de que un mismo tipo violara y matara a Tanjy, y lo preparase todo para cargarte a ti el mochuelo.

—Esto no puede salir a la luz —dijo Dan.

—Tarde o temprano saldrá.

—¿Piensas decírselo a Stride?

Serena dudó. Tenía que llegar a una conclusión sobre la credibilidad de Dan, lo que era casi como adivinar qué había en los bolsillos de un mago.

—Ahora mismo no.

Dan pareció aliviado.

—Pero sólo hasta que estemos seguros de qué está pasando —añadió Serena—. En cuanto tenga alguna prueba sólida, me veré obligada a contárselo a Jonny. Si ese tipo está realmente implicado en una violación y un asesinato, tenemos que detenerle, aunque eso conlleve hacer pública la verdad sobre Tanjy y tú.

—No puedo creer nada de todo esto —dijo él.

—Pues créetelo. Estás en un buen lío.

Capítulo 33

Maggie tecleó el correo electrónico en su portátil:

HD. Si eres tú, tenemos que hablar. Creo que sabes lo que le ocurrió a mi marido después de verte. Creo que por eso te fuiste. Necesito tu ayuda. Por favor, ponte en contacto conmigo. M.

Hizo clic en «Enviar» y el mensaje desapareció. El título del blog que había encontrado era «La dama que hay en mí»; lo habían vaciado, sin embargo Maggie había localizado un comentario en otro blog, en el que una mujer que firmaba como «La dama que hay en mí» decía haber visto el musical *Les Misérables* al menos sesenta veces gracias a su trabajo de acomodadora en el Ordway. Sin duda se trataba de Helen Danning. Seguramente antes de dejar la ciudad Helen había borrado todo su pasado, eliminando los comentarios y respuestas de su blog, pero aún había quedado un enlace al que mandar correo electrónico. Maggie no sabía si estaba activado o si Helen lo comprobaba alguna vez, pero aun así no perdía nada en intentarlo.

Llevaba unas medias gafas sobre su pequeña nariz. Sus pies descalzos colgaban del asiento reclinable. Tenía una botella de plástico de Coca-Cola Light al lado y una bolsa a medio comer de patatas fritas con sabor a queso en el otro. Las yemas de los dedos de la mano derecha estaban de color naranja, y tuvo que chuparlas antes de teclear. Si bien entró en varias páginas donde salía el nombre de Helen Danning, no por ello estaba más cerca de averiguar quién era, o por qué Eric se había tomado tantas molestias para encontrarla.

Unos faros barrieron las ventanas desde el exterior cuando Stride avanzó con el Bronco por el camino de entrada. Un par de minutos después, Maggie oyó abrirse la puerta principal y sus fuertes pisadas en la cocina.

—Estoy aquí —gritó.

Era la casa de Stride. Maggie tenía llaves. Después de la muerte de Cindy, ella utilizó la casa de Stride como una especie de segundo hogar, dejándose caer con donuts y café y trayendo películas. A veces él se unía a Maggie y otras no. Así era la despreocupada relación que llevaban. Ella se había mantenido a un discreto margen durante el segundo matrimonio de Stride, pero cuando Serena y él volvieron de Las Vegas y se instalaron en el Point, Maggie fue recuperando su vieja costumbre poco a poco. Ninguno de los dos se quejaba de ello. De todos modos, la mayoría de las veces pasaban veladas hablando de casos abiertos, así que para ella era más fácil estar aquí.

Sabía que estaba utilizando ese lugar como escapatoria, para alejarse de Eric. Y, a pesar de Serena, para estar cerca de Stride.

No levantó la vista cuando Stride entró en la sala. Estaba sentada en la silla de él.

—¿Patatas? —le preguntó, ofreciéndole la bolsa.

—No, gracias —respondió él—. ¿Sabe Abel que estás aquí?

—No, hoy le tocaba a Guppo asumir el rol de niñera. Le he prometido llevarle una bolsa de tacos cuando volviera y ha hecho la vista gorda.

—Veo que hace honor a su placa.

—Sí. He oído que Pete McKay ha perdido un coche patrulla.

Stride asintió.

—Recibió una llamada para ir al instituto y oyó unos petardos por la parte de atrás. Al volver, su coche ya no estaba. ¿Qué te parece?

—Hoy en día los chicos son más listos que los policías.

—Dímelo a mí.

—Creo que deberíamos comprar un patinete con sirena para McKay.

—Me chivaré.

Maggie sonrió ante sus bromas habituales, aunque sabía que eso no duraría. Stride se sentó sobre el ladrillo de la chimenea. Aún llevaba la chaqueta negra de piel y olía a frío y cigarro. Maggie sabía qué le iba a decir.

—¿Me vas a dar un sermón, papi? —Adoptó una voz grave y dijo—: Me has decepcionado, jovencita.

—Venga, Mags.

—Ahora ya sabes lo que hace tu niña pequeña los fines de semana —continuó ella.

—Te aseguro que no estoy de humor para hacer chistes con esto.

Maggie se quitó las gafas.

—Oye, sigo siendo yo, ¿vale? Hago chistes con todo. No me importa lo que pienses de mí ahora, ya es demasiado pensar en mí haciendo de Jenna Jameson en un club sexual.

La miró de un modo que le hizo sentir como si la estuviera viendo por primera vez. Tenía ojeras y su expresión era tensa.

—Por favor, no me digas que llevabas una peluca rubia —dijo.

Maggie se rió.

—Claro. Y un sujetador de ésos con forma de cono. Igual que Madonna.

Stride sonrió lo bastante como para que ella pudiera ver sus blancos dientes. La sensación de alivio brotó de ella como una fuente.

—Supongo que quieres saber el porqué.

—No me debes ninguna explicación. Es tu vida.

—Pero quieres una de todos modos.

Él se encogió de hombros.

—Claro, me gustaría saber por qué lo hiciste. No puedo simular que lo entiendo, Mags. No de ti.

—¿Por qué? ¿Porque se presume que yo no tengo sexo? ¿Se supone que a mí no me gusta?

—No he querido decir eso en absoluto.

—Entonces suéltalo. No es necesario que me dores la píldora.

—Una cosa es el sexo —dijo él—. Pero esto es una mujer abierta de piernas para cualquiera. Con unas malditas máscaras doradas.

—¿Y eso en qué me convierte? ¿En una puta?

—No, por supuesto que no.

—¿En qué, pues?

Él pareció frustrado.

—Es sólo que odio la idea de que tú hicieras algo así.

—Dime por qué.

—Porque te mereces algo mejor ¿vale? Porque eres alguien especial. Porque me cuesta creer que una mujer pueda hacer eso a menos que, en algún grado, se odie a sí misma, y me niego a pensar que tú te sientes así.

Maggie se quedó mirando el techo, sin querer encontrarse con su mirada.

—Últimamente me he estado odiando un poco.

—Podrías haberlo hablado conmigo.

—¿Y contarte que mi matrimonio estaba fracasando? ¿Que mi marido me engañaba? ¿Que quise salvar nuestra vida sexual? No lo creo. A menos que estuvieras preparado para el lote completo... y sé que no lo estás, no necesito que me lo digas. Hay partes de mi vida que nunca compartiré contigo.

—Entonces lo mejor será que lo dejemos. De todos modos no es asunto mío.

—No, no lo es. Pero ya que te has enterado te lo contaré igualmente, porque lo cierto es que tampoco hay mucho que contar. Me sentía vacía y buscaba algo con que llenar el hueco. Pensé que eso nos uniría a Eric y a mí, pero no fue así. Y sí, lo admito, sentía curiosidad. Me dije, por una vez en mi vida, qué diablos, fue un error, si es lo que quieres oír.

—No es necesario que lo digas.

—Bueno, pero es verdad.

Él cambió de tema, lo que la alivió.

—¿Te ha dicho Serena que a Katrina también la atacaron? Justo después de la última fiesta.

—Sí, y no tenía ni idea. Me siento como una mierda por no llamarla.

—Ese tipo es listo —dijo Stride—. Juega con el hecho de que una mujer de ese club no se arriesgará a la humillación de hablar en público.

—¿Cuándo es la próxima fiesta de Sonia?

—Mañana.

—Hijo de puta —dijo Maggie.

—Exacto. Tenemos que actuar deprisa.

Ambos alzaron la vista cuando se abrió la puerta de atrás. Era Serena, cargada

con una bolsa de la compra que depositó en la encimera de la cocina. Se quitó los zapatos de tacón, se sentó en la alfombra, cruzó las piernas y se unió a ellos. Maggie se dio cuenta de que estaba sentada tan cerca de Stride que sus ropas se tocaban.

—¿Estáis bien? —preguntó Serena.

Stride asintió sin decir palabra. Maggie lo percibió más frío, como si trazara un círculo en torno a él y Serena para dejarla a ella fuera. Y eso la molestó.

—¿Me he perdido algo? —continuó Serena.

—Acabamos de enrollarnos —contestó Maggie—. Ahora nos estábamos recuperando.

Fue una broma estúpida. Maggie se sintió mal al ver que Serena se incomodaba y ponía mala cara.

—Lo siento, he dicho una tontería —añadió.

—Humor estilo alfa —murmuró Serena.

Touché. Maggie sabía que se lo tenía merecido. Le lanzó la bolsa de patatas a Serena, que se echó el pelo hacia atrás, cogió una patata y la hizo crujir en la boca. Sus miradas se encontraron. Una vez roto el hielo, se declaró una tregua silenciosa entre las dos.

—¿Has averiguado algo más de Helen Danning? —le preguntó Serena.

Maggie les contó lo del blog vacío de «La dama que hay en mí» que había encontrado. Stride sacó una hoja de papel arrugada del bolsillo de la chaqueta.

—Esto es lo que ha descubierto Guppo —dijo—. Tiene treinta y seis años, nació en Florida y se mudó a Minnesota cuando tenía diez. Fue a la universidad pero lo dejó al cabo de dos años, a principios de los noventa, sin llegar a licenciarse. Desde entonces siempre tuvo trabajos de oficina. No tiene ni una multa, y no consta nadie con ese nombre con cargos delictivos. Conduce un Toyota Corolla azul, permiso NKU 167. He emitido una orden de búsqueda a nivel estatal.

—¿Padres?

—Se retiraron a Arizona. Paradero exacto desconocido. También tiene una hermana, pero está en algún lugar del sureste de Asia enseñando inglés.

—¿Hay algo que la relacione con lo que está pasando? —quiso saber Serena.

Stride negó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

—Le he pedido a Guppo que me haga un favor y trate de localizar todas las páginas antiguas de su blog —señaló Maggie—. A lo mejor aparece algo que nos diga por qué despertó el interés de Eric.

—Retrocedamos un poco —les propuso Stride—. Volvamos al principio de todo esto. El primer incidente de la cadena, al menos por lo que sabemos hasta ahora, fue la violación de Tanjy, ¿no? Era principios de noviembre, si nos basamos en su declaración. He hablado con un par de mujeres que fueron chicas alfa antes de esa

fecha. No les ocurrió nada.

—A mí me atacaron unos veinte días después que a Tanjy —dijo Maggie—. Eric y yo nos pasamos las dos primeras semanas de diciembre discutiendo si presentar o no la denuncia. Él no dejaba de presionarme y yo insistía en negarme.

—¿Hablasteis de lo que le había pasado a Tanjy? —le preguntó Serena.

—Sí, Eric pensaba que tenía que hablar con ella. Pero yo no quería. Más tarde, Eric debió de decidir que lo haría él mismo. Comprobé las llamadas de su móvil y habló con ella por primera vez un sábado de mediados de diciembre. Hubo más llamadas durante las semanas siguientes.

—Así que trabajamos sobre la posibilidad de que Eric encontrara alguna relación que condujera al violador —concluyó Stride.

Maggie asintió.

—Sabemos que Eric le hizo a Tony preguntas relacionadas sobre la patología de un violador. También le dijo que tenía una cita con alguien la noche que lo asesinaron. Habló con Tanjy dos días antes y ella también acabó muerta. Habló con Helen Danning el fin de semana y, después de que mataran a Eric, la chica huyó.

—No entiendo cómo encaja Helen Danning en el rompecabezas —dijo Stride—. Pero sabemos que hay un agresor acosando a mujeres en la ciudad, y que ese tío ha descubierto el club sexual. Hay una nueva chica alfa, Kathy Lassiter, que estará en peligro a partir de mañana. Si logramos atrapar al violador y unir las piezas, a lo mejor también podemos relacionarlo con los dos asesinatos.

—Sólo que Tanjy no estaba en el club —señaló Maggie.

—No, pero Mitchell Brandt sí, y era el ex novio de Tanjy. Eric debía de saberlo.

—¿Mitch? —repitió Maggie, sorprendida.

—¿Le conoces?

—Sí, un poco.

Maggie no le dijo a Stride que recordaba a Mitch del club sexual. La mayoría de los hombres que asistían eran panzudos y de baja estatura, y ella suponía que tomaban su dosis de Viagra antes de la fiesta para estar preparados. Mitch era diferente. Se acordaba del brillo en su mirada, de su media sonrisa, sus manos fuertes y una sensación suave como la mantequilla. Tuvo la incómoda sensación de que Stride le estaba leyendo la mente.

—Yo no digo que Mitch esté implicado —continuó éste—, pero él es la relación entre Tanjy y el club.

—¿Hay algo en sus antecedentes? —quiso saber Serena.

—Nada de interés. He llamado a la SEC^[13] para saber si había quejas de sus clientes. No han sido de demasiada ayuda.

—Entonces ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Maggie.

—Vigilar el club —dijo Stride—. Sonia propuso cancelar la fiesta de mañana,

pero creo que eso es lo último que nos conviene: ésta es nuestra oportunidad de hacer salir a ese tío. Mantendremos a la chica alfa bajo vigilancia después de la fiesta, y esperemos que actúe deprisa.

—Suponiendo que esa mujer quiera actuar como cebo —apuntó Serena.

—Hablaré con ella.

—¿Y Abel? —preguntó Maggie—. No podemos montar una operación de vigilancia sin interferir en la pantalla de su radar. Tiene que estar al corriente.

Stride asintió.

—Sí, ésta es la ocasión para saber si podemos conseguir que Abel esté de nuestra parte.

—Hay algo más —dijo Serena—. ¿No creéis que necesitamos a alguien dentro del club?

El silencio se instaló en la habitación.

—¿Hablas en serio? —replicó Stride.

—Sí. Necesitamos ver cómo reacciona la gente ante la chica alfa. Si Mitchell Brandt es nuestro hombre, quiero ver cómo se comporta.

Stride negó con la cabeza.

—No puedo mandar a un agente a algo como eso.

—Yo no puedo hacerlo —dijo Maggie—. No con lo que ha pasado.

—Está bien —contestó Serena—. Yo lo haré.

—Ni hablar —dijo Stride.

—Vamos, Jonny, no estaré en la misma habitación. Has dicho que hay un espejo de una sola dirección en una de las paredes.

Maggie frunció el ceño.

—Es verdad.

—Sigue sin gustarme —insistió Stride.

—Estaré sola allí dentro. No hay peligro.

—¿Que no hay peligro? No sabemos quién es ese tío ni cómo ha averiguado lo del club. Podría estar en cualquier parte.

—Sí, pero tenemos cierta ventaja —dijo Serena—, ese tío no sabe que vamos a por él. Por una vez, vamos un paso por delante.

«Ese tío no sabe que vamos a por él».

A menos de dos kilómetros de distancia, estaba escuchando sentado en la helada soledad de su vehículo.

La niebla volvía opacos los cristales. El manto de oscuridad y espesura al final del Point hacía invisible su camioneta. El viento soplabá desde el lago y, cada pocos segundos, el vehículo se estremecía sobre sus neumáticos y las paredes de acero vibraban. En esos momentos se recordó a sí mismo sentado en la parte de atrás del

coche patrulla mientras el huracán se acercaba rugiendo. Cuando aún era un prisionero.

Mientras los escuchaba planear la emboscada en torno al club, sonrió al pensar en la trampa que estaban preparando. Mañana por la noche, todos los demonios que había estado almacenando quedarían por fin libres. Mañana por la noche, Serena caería en su propia trampa.

Capítulo 34

Stride estaba sentado en silencio en su despacho a primera hora de la mañana siguiente. Las luces del resto del departamento de detectives permanecían apagadas mientras él ponía al día el papeleo y bebía café. Al oír una tos, levantó la vista y vio a Abel Teitscher en el umbral de la puerta. El detective llevaba un traje marrón, las manos metidas en los bolsillos y unos zapatos negros sucios. Su cara curtida parecía un viejo mapa del oeste, con sus ríos y carreteras.

—En tu mensaje decías que querías verme —dijo.

—Así es. Siéntate, Abel.

Teitscher cerró la puerta y se sentó en la silla frente al escritorio de Stride. Sus largas piernas sobresalían como las de una cigüeña.

—Has estado meando en mi tiesto.

Stride no se molestó en discutir.

—Sí, podría decirse así.

—No pienso encubrirte, teniente. Si pierdes tu trabajo por esto, no me culpes.

—No lo haré.

A Teitscher le ardió la cara.

—Tú coges la directa y nadie te llama la atención. Si yo ignorase el conflicto de intereses como haces tú, me patearían el culo.

—Es posible.

Teitscher se inclinó hacia el escritorio.

—Lo que de verdad me fastidia es que no me muestres ningún respeto.

—No se trata de eso, Abel.

—¿No? Me rebajas, me sabotearas, pones en peligro toda la maldita investigación. ¿Le harías eso a alguna otra persona del departamento?

—Oye, Abel, no es por ti; es por el caso. ¿Quieres escuchar lo que tengo que decirte o vas a salirme con algo más?

Teitscher se encogió de hombros. Se quitó las gafas y se las limpió con la corbata.

—Adelante.

—Sé que las pruebas contra Maggie son sólidas. Has hecho un buen trabajo esclareciéndolo todo, cosa que nunca nadie te agradecerá. Así son las cosas. Lo que te estoy diciendo, como detective y como colega, es que hay otro motivo plausible para el asesinato de Eric que no guarda relación con Maggie. —Vio que Abel estaba a punto de objetar algo, así que alzó una mano para detenerle—. No te estoy pidiendo que creas en ello. Te pido que tengas la mente abierta.

—Pareces un abogado defensor —dijo Teitscher.

—Tú escúchame.

Teitscher agitó una mano y le dejó continuar. Stride le contó toda la historia,

exponiéndole cuanto había descubierto. No ocultó nada. La violación de Maggie. El club sexual y las chicas alfa. Helen Danning. Se ciñó a los hechos y le comunicó sus sospechas: de algún modo, la serie de violaciones en la ciudad conducía directamente a los asesinatos de Tanjy y Eric. Cuando terminó, vio que Abel se esforzaba por conciliar los hechos con lo que él ya había descubierto.

—¿Un club sexual? —preguntó Abel.

—Exacto.

—¿Lo has comprobado? ¿Tienes pruebas? —Tengo nombres, fechas, acuerdos de privacidad, todo. Es una lista de lo mejor de la alta sociedad de Duluth.

Teitscher mostró sus incisivos amarillentos.

—¿Qué es lo que suele decirse? ¿Que los ricos son distintos? Sí, ¿no te digo? Con todo ese dinero y les va el rollo sórdido.

—Coincido contigo, pero eso no cambia nada —dijo Stride.

—¿Y por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué no esperar a resolver el caso y hacerme quedar como un idiota?

—Necesito tu ayuda.

Teitscher frunció el ceño.

—A mí no me lo parece.

—La próxima reunión del club se celebra esta noche —explicó Stride—. Quiero que me ayudes a reunir un equipo de vigilancia. Necesitamos saber quién entra y sale, y precisamos que alguien vigile las veinticuatro horas a la nueva chica alfa, Kathy Lassiter. Si sabemos llevar esto, tenemos una posibilidad de que nos conduzca al violador. Te pido que te ocupes personalmente de la operación de vigilancia.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo que hablar con esa tal Lassiter y convencerla de que nos deje arriesgar su vida para atrapar a ese tío.

Teitscher se rascó la barbilla.

—Aún no me has convencido respecto a Maggie.

—Lo entiendo.

—Pero sería un pésimo policía si ignorase esta información, y soy jodidamente bueno a pesar de lo que tú pienses.

—Ya sé que lo eres.

Teitscher se levantó.

—Está bien, pondré en marcha la vigilancia.

—Gracias, Abel. Creo que los detalles entre el club sexual y el violador deberían quedar entre tú y yo por ahora.

—¿Quieres hacer política conmigo?

—No, es que no quiero mostrar nuestras cartas. Cuanta más gente lo sepa, más fácil será que haya filtraciones.

—De acuerdo, me parece bien.

Stride le vio salir del despacho. Se alegraba de haber declarado una tregua entre ellos y de poder ejercer un papel en la investigación sin tener que esconderse. Eso era lo único que le hacía sentirse bien. Por lo demás, lo que estaba por llegar le causaba ansiedad, como si estuviera enredado en la tela de su paracaídas mientras el suelo se acercaba a la velocidad del rayo. Casi deseaba que Kathy Lassiter se negara, para así cancelar la fiesta y frustrar la decisión de Serena de meterse en la boca del lobo. Le preocupaba la seguridad de las dos.

Le sorprendió que sonara el teléfono; aún era pronto. En la pantalla apareció el prefijo 312, Chicago.

—Stride.

—Es usted muy madrugador, teniente. Eso me gusta.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Mi nombre es Philip Proutz. Estoy en la SEC, en la oficina del Medio Oeste, en Chicago. Trabajo en conformidad de investigaciones.

—Entiendo. —Stride estaba en guardia y Proutz lo notó.

—Si quiere comprobar mi identidad, busque el número de teléfono de mi oficina en internet y llámeme usted a través de la centralita.

—No se ofenda, señor Proutz, pero si no le importa lo haré.

Dos minutos después volvían a estar conectados.

—Muy bien, ¿en qué puedo ayudarle, señor Proutz? —preguntó Stride.

—Ayer llamó a mi oficina para preguntar por un agente de bolsa de Duluth llamado Mitchell Brandt. Tengo interés en conocer el motivo de su solicitud, teniente.

—La verdad es que no estoy en posición de hablar de ello ahora —le explicó Stride.

—Dése cuenta de que, si tiene que ver con las actividades del señor Brandt en el mercado de valores, es un caso de jurisdicción federal. Es nuestra presa.

Stride vaciló.

—No tiene nada que ver con eso.

—Ajá. —Proutz parecía sorprendido—. ¿Qué me dice de una empresa llamada Infloron Medical?

—Es la primera vez que oigo ese nombre. Ahora soy yo el que, empieza a sentir curiosidad, señor Proutz.

—Lo entiendo. Pensé que podíamos ahorrarnos tiempo mutuamente si trabajamos en el mismo caso desde extremos diferentes. Infloron Medical es una empresa pública de las Ciudades Gemelas que produce un medicamento llamado Zerax, para la regeneración de tejidos en las víctimas de quemaduras. La FDA^[14] lo aprobó hace poco.

—Me he perdido —dijo Stride.

—Las acciones de Infloron duplicaron su valor después de que la FDA aprobara el uso del Zerax el verano pasado. Seguimos la pista de alguna compra importante de acciones poco antes del anuncio de la decisión de la FDA. Sospechamos que Mitchell Brandt pudo hacer sustanciosas transacciones basándose en información interna.

Capítulo 35

Serena estaba de pie, mirando por la ventana del despacho de Tony el bosque de abedules que había detrás de la casa de éste. Vio más líneas punteadas de huellas de ciervos en la nieve. Estaban por doquier, dejando su rastro para que ella lo siguiera.

—Es una hermosa vista, Tony —murmuró ella sin mirar atrás.

Tony estaba en su silla de cuero junto al sofá, sorbiendo café y aguardando mientras ella daba zancadas. No la presionaba para que hablara. Llevaba un traje marrón, zapatos brillantados a juego y corbata del mismo color.

—Te agradezco que me hayas recibido avisando con tan poco tiempo —añadió Serena.

—Has dicho que era importante.

Ella asintió. Suponía que si realmente aguardaba allí lo suficiente, vería a los ciervos abriéndose camino entre los árboles. Ya había ocurrido en otras ocasiones. Había visto ciervos, zarigüeyas, conejos y en una ocasión incluso un zorro. Éste, con su color rojizo y espesa cola, era mucho más pequeño de lo que esperaba.

Dio la vuelta y regresó al sofá para sentarse. Jugueteeó con su pelo. Tony guardaba silencio.

—¿Qué pasaría si llevaras algo que no fuera marrón? —preguntó Serena.

—Mi cabeza explotaría.

Serena rompió a reír.

—Maggie bromea con eso, ¿lo sabías?

—Lleva diez años tomándome el pelo con este tema.

—¿Se supone que ha de tranquilizar a tus pacientes?

—¿A mis pacientes? —repitió Tony—. No, se supone que ha de tranquilizarme a mí. El marrón es mi coraza. Por cierto, te acabo de desvelar un secreto profesional, así que no se lo cuentes a nadie.

—¿Ni siquiera a Maggie?

—Especialmente a ella.

Serena tamborileó con los dedos en el brazo del sofá.

—Esta noche debo hacer algo que me incomoda —dijo, finalmente.

—Bien.

—Me gustaría algún consejo sobre cómo llevarlo.

—Bien.

Nunca la guiaba, y eso a veces la enfurecía, porque ella quería que le diera una directriz y no sentir siempre sobre sus hombros el peso de decidir hacia dónde iban. Una observación estúpida, por supuesto. Era su hora de terapia.

—Primero hablemos de otra cosa —dijo—. Es sobre Eric.

Tony aguardó. Cuando bebía café, la taza negra le cubría la mitad inferior de la

cara y ella sólo podía ver sus ojos de sabueso.

—¿Mencionó que hubiera visto a una mujer llamada Helen Danning?

—No.

—¿Has tratado alguna vez a una mujer con ese nombre?

—No.

—Vaya, qué fácil es esto —continuó ella—. Es una maniobra de distracción, ¿te has dado cuenta?

Tony no respondió.

—¿No se supone que tienes que sacarme todo esto de dentro? —le preguntó ella.

—¿Con qué? ¿Con suero de la verdad?

—Sí, sí, ya lo sé. —Serena suspiró—. Bien, voy a hablarte de algo que tal vez sepas, o tal vez no, por mediación de otros pacientes. Soy consciente de que no lo admitirías aunque lo supieras. Existe un club sexual en la ciudad. Un sitio donde solteros y parejas acuden a practicar sexo unos con otros y con mujeres que actúan como «voluntarias».

—Bien.

—Como parte de la investigación debo vigilar el club esta noche. No participaré, me limitaré a observar.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Nerviosa —admitió Serena—. Mucho más de lo que he admitido ante nadie. Temo perder el control. Si veo a un hombre montando a una extraña, me da miedo que me asalten imágenes del pasado, ver a Blue Dog encima de mí.

—¿Tienes esas visiones? —preguntó él.

—A veces.

—¿Y has perdido el control?

—No. Me las voy arreglando.

—Entonces ¿por qué piensas que vas a perder el control esta noche?

—Porque habrá sexo explícito. No será una imagen mental que pueda apartar. Esa gente va a estar delante de mí.

—Tiene sentido —dijo Tony—. Eres una chica de quince años. No tienes ningún poder o elección sobre lo que te va a pasar. Estás totalmente indefensa. ¿Es así?

Serena puso los ojos en blanco.

—No.

—¿No tienes quince años? ¿En realidad tienes algún control sobre tu vida?

—Eres lo que no hay, Tony.

—Entiendo que la gente va a ese club porque lo considera una válvula de escape erótica. ¿Tú lo consideras erótico?

—No especialmente, pero siento curiosidad.

—¿Y?

—Que me siento algo culpable por ello.

—¿Qué te hace sentir más incómoda? ¿Tu nerviosismo o tu curiosidad?

—No lo sé. Es más o menos lo mismo.

Tony asintió.

—Voy a darte una pastilla que eliminará por completo todos tus sentimientos y emociones al respecto.

Ella lo miró.

—¿Qué clase de pastilla?

—No importa. ¿Qué clase prefieres? ¿Una aspirina? ¿Vitaminas masticables?

—Muy gracioso.

Tony se encogió de hombros.

—Por lo que has descrito, sientes exactamente lo que se esperaría que sintieras ante una situación así. No puedo ayudarte a que no sientas nada. La única cuestión es cómo te las arreglas con esos sentimientos, y si eres capaz de controlarlos o ellos te controlan a ti. Me doy cuenta de que cuando tenías quince años no estabas en disposición de controlarlos. Por fortuna...

—Ya no tengo quince años —concluyó ella.

Tony separó las manos.

—Sé lo que estás diciendo —dijo Serena—. No es fácil.

—Yo no dije que lo fuera.

—En los malos tiempos solía evadirme. Había un lugar en mi cabeza al que llamaba la habitación de la nada. Iba allí para no sentir nada. Así era como me las arreglaba.

—¿Pero?

—Pero al cabo de un tiempo no pude salir. Me sentía atrapada allí, como si mi vida pasara dentro de esa habitación vacía. Hasta que conocí a Jonny no fui capaz de saltar sus muros, y ahora lo que más me asusta es la idea de volver allí.

Tony se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Puedes huir de quién eres, Serena, pero tarde o temprano volverás a encontrarte cara a cara con el pasado. Y será entonces cuando te toque decidir si realmente ha quedado detrás de ti.

Stride conducía por la carretera de la orilla norte que abrazaba el lago entre Duluth y Two Harbors. Hacía un día espléndido, con un cielo azul que se desplegaba en lo alto como la cúpula de una catedral. Había olvidado cómo era un día soleado y tampoco recordaba la última vez que había necesitado las gafas de sol para conducir. La luz proyectaba una franja ancha y centelleante encima del agua. La calma era la tónica, apenas había tráfico. De no ser por la gélida temperatura, parecía que fuera verano, aunque en esa época del año incluso hacía más frío cuando salía el sol.

Encontró la casa de Kathy Lassiter a unos quince kilómetros al norte de la ciudad.

Era bastante vieja, pero amplia y sólidamente construida, con ventanas en ambos niveles que daban al lago. Estaba pintada de un azul grisáceo que brillaba a la luz del sol. Kathy tenía una parcela de varios acres, poblada de árboles excepto por un ancho cuadrado de nieve blanca que rodeaba la casa. Aparcó en el camino de entrada detrás de un Audi. Antes de llegar a la puerta principal, vio que ésta se abría y salía una mujer, vestida con un chándal de color granate y plata forrado y con el pelo castaño recogido en una cola. Llevaba zapatillas deportivas fluorescentes.

—¿Señora Lassiter? —la llamó.

Ella bajó al trote el camino de entrada hasta él.

—¿Puedo ayudarle?

Stride se presentó; ella puso cara de leve sorpresa y le pidió su identificación. Mientras examinaba su placa, le preguntó:

—¿De qué se trata? ¿Algún asunto legal?

Recordó que Lassiter era socia de un despacho de abogados de Minneapolis.

—No, pero es urgente. ¿Podríamos entrar?

Ella negó con la cabeza.

—Es mi hora de correr. Aunque primero tengo que calentar. ¿Y si vamos al otro lado de la calle y usted me dice qué quiere de mí?

Cruzaron la carretera hasta un pequeño parque con vistas al lago. Había una mesa de *picnic* medio enterrada en la nieve y una playa de piedras debajo de ellos donde el agua celeste acariciaba la orilla. Sus pisadas crujieron en la nieve. Las ramas de los altos árboles que los rodeaban no se movían en el aire en calma.

Lassiter colocó ágilmente la pierna izquierda encima de la mesa e inclinó el cuerpo hasta que su rostro quedó casi a la altura de su pie. Se agarró la musculosa pierna y giró la cara a un lado para mirarle con sus ojos castaños, vivos e inteligentes. Había cumplido los cuarenta y no llevaba maquillaje. Tenía las mejillas sonrosadas y le brillaba la nariz.

—¿Qué pasa, teniente? —habló con tono de abogado, cortante e impaciente.

Stride no se anduvo por las ramas.

—Sé lo de la fiesta de esta noche en el club sexual.

Ella siguió haciendo estiramientos y encogió sus flexibles hombros.

—Ya. ¿Y?

—Si no me equivoco, usted será lo que llaman una «chica alfa».

—Eso no es asunto suyo, ¿no cree? —Bajó la pierna y giró el torso hacia la izquierda—. No estoy violando ninguna ley. ¿Desde cuándo es usted un policía de la moral?

—No lo soy, pero hay dos chicas alfa que fueron atacadas después de su «actuación» en ese club.

Lassiter se detuvo y cruzó los brazos. Su respiración era acompasada.

—¿Está seguro?

—Sí.

Reanudó sus ejercicios, pero tenía la mirada pensativa.

—¿Me está sugiriendo que me eche atrás?

—No la culparía si lo hiciera.

—Pero usted tiene otra cosa en mente —concluyó ella.

—Sí, así es. Si cancelamos la fiesta, estaremos enseñando nuestras cartas a quienquiera que sea el autor. Y es posible que entonces encuentre otros objetivos.

—En otras palabras, usted espera que venga a por mí.

—La protegeremos. La mantendremos vigilada las veinticuatro horas.

—No será fácil. Voy y vuelvo entre Duluth y las Gemelas dos veces a la semana.

Mi oficina principal está en Minneapolis.

—Es usted abogada empresarial, ¿no es así? —preguntó Stride.

—En efecto, estoy especializada en temas de gestión para empresas emergentes.

—Muy esclavo pero bien remunerado.

—No se paga mal, pero si quiere enriquecerse de verdad, no cuente las horas —le dijo ella.

Stride echó un vistazo al otro lado de la calle, hacia su magnífica segunda residencia.

—¿Es que cuatrocientos mil al año ya no dan tanto de sí como antes? —preguntó.

—Ya que lo pregunta, no. Tendría que ver lo que pueden sacar de una patente los directivos de una compañía nueva. Pero ya sé que un abogado no suele caer demasiado bien a un policía con pensión.

—No se preocupe, no cambiaría mi trabajo por el suyo. De todos modos, los traslados a las Gemelas no suponen un problema. Trabajaremos en sintonía con la policía de allí y tendremos un coche patrulla camuflado cada kilómetro y medio.

—¿Ha matado a alguien ese tipo? —preguntó Lassiter.

Stride frunció el ceño.

—Creemos que puede estar involucrado en dos asesinatos para proteger su identidad. Por ahora no ha matado a ninguna chica alfa, pero no quiero engañarla, esto es arriesgado y peligroso. Comprendería que no quisiera tener nada que ver con ello.

—¿Cree que estaré a salvo si me olvido de la fiesta?

—No lo sé. No estamos seguros de quién es ni de dónde saca la información. Puede que ya sepa quién es usted.

—Así que estoy jodida si lo hago y también si no lo hago.

—Lo siento.

Lassiter se subió a la mesa y se sentó.

—Estoy decepcionada, teniente. Tenía ganas de que llegara esta noche. Para mí,

el club siempre ha sido un pecado inofensivo. Cuando te pasas casi toda la vida rellenando formularios y preocupándote por cumplir las leyes corporativas no tienes tiempo para la vida social, por no hablar de la vida sexual. Estoy divorciada. Mi hijo va a la universidad. No hay muchas válvulas de escape para una abogada cachonda de cuarenta y tantos.

—¿Significa eso que va a echarse atrás?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo haré. Sólo que no será lo que yo esperaba. Por favor, dígame que no habrá vídeos ni micrófonos ni nada por el estilo, que no tendré que preocuparme por si aparezco en internet porque algún policía ha vendido mi estreno pornográfico para sacarse un sobresueldo.

—No.

—Bien. También quiero conocer los detalles de la vigilancia. Todo debe tener mi aprobación, ¿está de acuerdo?

—Por supuesto. Enviaré a un detective llamado Abel Teitscher para que hable con usted. Y por favor, es un asunto de la máxima confidencialidad.

Lassiter vaciló.

—¿Supone eso un problema? —preguntó Stride.

—En absoluto. Es sólo que conozco a la gente del club. Son inofensivos.

—Es posible que el hombre que esté detrás de esto no forme parte del club —dijo Stride—. Pero no sabemos quién puede estar hablando con quién. Los secretos tienen su manera de filtrarse.

—Sí, es cierto —contestó Lassiter.

Se bajó de la mesa, giró hacia la carretera y se puso a correr rumbo al norte.

Capítulo 36

Stride observó la calle nocturna desde detrás de los cristales ahumados de un Cadillac, préstamo de un abogado que vivía unas casas más abajo en el Point. A veces lo utilizaba cuando necesitaba un coche de gama alta que entonara con el vecindario durante una operación de vigilancia. Teitscher estaba sentado a su lado, tieso como un palo, y su pelo corto y gris rozaba el techo del vehículo. No pestañeaba. De vez en cuando utilizaba el dedo índice a modo de peine y se atusaba el bigote. Era el único signo de nerviosismo.

Stride también estaba nervioso. Una cosa era planear la vigilancia en un mapa, con chinchetas de colores para marcar los coches y rotuladores para pintar las rutas de escape, pero otra cosa muy distinta era estar rodeado de sombras que sirvieran de escondite a alguien. Por más que acordonaras una parcela, siempre podía colarse un elemento sospechoso. Sobre el terreno, no podías verlo todo y estar en todas partes.

Faltaba una hora.

Un agente permanecería dentro de la casa de Kathy Lassiter mientras ella acudía a la fiesta, y otro coche la seguiría sin perderla de vista en los trayectos de ida y vuelta del club. Durante los próximos días, un vehículo camuflado con dos detectives montaría guardia a cincuenta metros de su casa a todas horas. Habían instalado un sistema de alarma en el sótano que avisaría de la presencia de un intruso tanto a la comisaría como al coche patrulla de vigilancia. Si alguien trataba de entrar en la vivienda, en menos de treinta segundos podían plantarse allí.

En el club se había montado un dispositivo de vigilancia, que incluía media docena de coches por las calles adyacentes y varios detectives que patrullarían la zona a intervalos. Si el violador venía del exterior, había fundadas posibilidades de que se presentara aquí, donde pudiera reparar en las idas y venidas de su próxima chica alfa.

Estaban aparcados a media manzana de la casa de Sonia Bezac. Había varias viviendas aún con las luces de Navidad, y cintas multicolores parpadeaban en los árboles y en el contorno de los tejados. Muñecos de nieve irregulares salpicaban los patios delanteros. Las apariencias engañan. Este sitio no era en absoluto como una postal; no con una docena de hombres y mujeres a punto de acostarse con una extraña; no con un violador acechando el vecindario. A Stride, aquello le recordó a cuando conducía por una solitaria carretera rural y al ver luces en el interior de una apacible granja envidiaba la existencia de las personas que vivían en ella. No era más que una ilusión. Quienquiera que viviera en esos sitios no era distinto a cualquier otro, con maridos que bebían y viejos que morían lentamente, y chicos que se mataban por un desengaño amoroso. Todo el romanticismo estaba en su cabeza.

Quería fumar, pero no podía. Los dedos le temblaban. No conseguía liberarse de

aquella sensación de recelo. De que habían pasado algo por alto.

—¿Qué más te contó la SEC sobre esas actividades internas? —preguntó Teitscher.

—Disponen de información anónima, pero aún no han encontrado ninguna relación entre Mitchell Brandt y alguien de Infloron Medical o la FDA. No saben cómo consiguió adelantarse a la aprobación de la FDA.

—Hay mucha diferencia entre el espionaje interno y la violación.

Stride asintió. Sonó su teléfono móvil. *Tengo prisa y no sé por qué*. Esa noche tenía prisa, era como si estuviera corriendo ahí mismo. Quería saltar hasta el final.

Era Serena.

—Estoy a la vuelta de la esquina —dijo.

—Aún puedes echarte atrás —contestó Stride.

—Me necesitas dentro, Jonny.

—Lo sé.

—A lo mejor me apunto para ser chica alfa.

—A Sonia le encantaría. Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré.

Colgó. Un minuto después, la vio por el espejo retrovisor al doblar la esquina. Serena pasó el Cadillac de largo pero no miró hacia los cristales ahumados. Llevaba vaqueros negros con tacones y un chaleco. Con las manos en los bolsillos, su porte era natural y parecía despreocupada; sin embargo, Stride sabía que sus ojos rastreaban las ventanas y los espacios oscuros entre las casas. Siguió avanzando hasta la entrada de la casa de los Bezac y aguardó en el porche, vigilando el vecindario. La puerta se abrió, derramando luz. Vio a Sonia. Serena desapareció en el interior.

Sonia saludó a Serena con una sonrisa incómoda. La hizo entrar y miró la oscuridad antes de cerrar la puerta detrás de ellas. Era una casa elegante, con una iluminación tenue. Sonia llevaba una bata china de seda atada a su esbelta cintura, de color rosa, con flores. Iba con tacones. Las dos mujeres eran altas, su estatura era casi idéntica.

—No me gusta espiar —le dijo Sonia.

—Nadie lo sabrá.

—No creo que nadie de mi club sea un violador.

—Eso díselo a Maggie y Katrina —zanjó Serena—. Considérate afortunada de no haber sido tú.

Sonia se ruborizó.

—Te llevaré abajo.

Condujo a Serena a través de la moderna cocina hasta una escalera trasera que daba a un sótano y lavadero. El suelo era de frío cemento. Las paredes desprendían olor a moho. Sonia abrió una puerta estrecha que parecía dar paso a un desván, pero

en lugar de eso Serena se encontró con un dormitorio pequeño, aunque elegante. El papel de la pared era dorado, con un dibujo borgoña de cuadros entrelazados. Había una cama bastante grande, decorada con cojines y un fleco con volantes, que parecía sacada de un escaparate. También vio un tocador con espejo, una cómoda y un armario vestidor.

Una de las paredes del dormitorio era de vidrio y daba a un espacio amplio y lujoso, iluminado con velas: el templo.

La habitación en penumbra atrajo la mirada de Serena. Se sintió expuesta.

—No pueden ver a través del espejo, ¿verdad? No van a saber que estoy aquí...

—No, la mayoría de los miembros desconocen la existencia de esta estancia. Es una especie de habitación VIP.

—¿Hay un sistema de audio para la otra habitación?

Sonia asintió.

—Lo oirás todo.

Serena pudo verse en el cristal.

—Odio esto —murmuró.

—Date una oportunidad. A lo mejor te sorprendes.

—No creo.

—Eres una espía muy atractiva —dijo Sonia—. Jonathan tiene buen gusto.

Serena no respondió.

—¿Te ha hablado de nosotros dos?

—Sí, lo ha hecho.

Serena intentó imaginarse a Jonny de adolescente, borracho en un coche con esa mujer treinta años atrás. Ella misma era una niña por entonces, durante los buenos tiempos de Phoenix, antes de que su madre se convirtiera en una esclava de la cocaína y su padre se largara. Antes de Blue Dog.

—Es muy apasionado —dijo Sonia.

—Por eso es tan bueno en lo que hace.

—Voy a disolver el club, ¿sabes? La de hoy será la última fiesta.

—¿De veras?

—Se ha vuelto demasiado peligroso.

Serena sabía que se estaba refiriendo al riesgo que corrían ella y Delmar y sus reputaciones, no al que corrían las chicas alfa. El riesgo de ser desenmascarados.

—¿Lo saben los miembros?

—No, no creí conveniente que quisieras que lo supieran.

—Así es.

Sonia echó un vistazo a su figura.

—Es una lástima que no quieras unirme. Aún podrías hacerlo desde el otro lado.

—No, gracias.

—Tú misma. Nadie sabrá lo que estás haciendo aquí. Si te excitas, hay vibradores en la cómoda.

—Esto no me excita, Sonia.

—¿No? Es diferente cuando llevas la máscara puesta. La máscara lo cambia todo.

Sonia abrió un cajón del tocador y sacó una máscara dorada, muy femenina y felina. Se pasó la goma por encima de la cabeza y se la bajó para que ésta quedara debajo de su pelo rizado y alojada detrás de las orejas. Suavemente, se ajustó la máscara con ambas manos.

Serena se vio junto a ella en el espejo, la morena y la pelirroja. Detrás de la máscara, Sonia se había convertido en una extraña. En alguien completamente distinto.

Sonia le rodeó la cintura con su brazo cálido, y por un instante Serena se preguntó si pensaba besarla.

—¿Quieres probar conmigo? —preguntó Sonia.

—Paso.

—Nadie lo sabrá nunca. Yo no se lo diré a Jonathan si tú no lo haces.

—No estoy interesada, Sonia.

—¿No? Las mujeres son las mejores amantes. Apuesto a que ya lo sabes.

Serena se acercó a su oído y le susurró, con una sonrisa:

—Aléjate de mí de una maldita vez.

La expresión de Sonia se ensombreció. Dibujó a su vez una sonrisa falsa, como si se la hubiera pintado con maquillaje, pero sus ojos refulgían de rabia a través de la máscara. Se alejó y dejó a Serena sola en su escondrijo.

Capítulo 37

Maggie quería quitarse de la cabeza los recuerdos del club, pero le resultaba imposible. No esa noche. Cuando miró el reloj, supo que la fiesta había empezado. Serena estaba dentro de la habitación secreta y Kathy Lassiter estaba en la cama, como lo había estado ella aquella noche de noviembre. Recordaba exactamente cómo era. El templo estaba oscuro, y las medias ventanas de las paredes estaban tapadas con cinta aislante y cubiertas con cortinas. Recordaba una alfombra espesa bajo sus pies descalzos y aire caliente que salía del respiradero. La habitación estaba iluminada por una docena de velas que titilaban en cuencos de vidrio. Sus aromas dejaban en el aire una extraña mezcla de fragancias, entre las que notó matices de jengibre y té verde, salvia, flores de lila y zumo de naranja. Altavoces ocultos reproducían sonidos ambientales a un volumen bajo. Oyó olas de mar, arpas y cantos de pájaros. Había sillas de madera, mesas bajas con botellas abiertas de vino y copas de cristal que reflejaban los numerosos destellos de las velas. Suntuosas alfombras de oso. Juguetes sexuales. Condones apilados en un cuenco como caramelos. Sutiles fotografías eróticas de desnudos en las paredes sombrías.

Desde la cama circular del centro de la estancia caía hasta el suelo una sábana roja de seda, que notó fría y resbaladiza sobre su piel desnuda. Había permanecido sola diez minutos antes de que los demás llegaran. «La chica alfa siempre es la primera —dijo Sonia—. Haz lo que quieras. Bebe vino, escucha la música, duerme, tócate...». Maggie se limitó a pasar vergüenza encima de la seda y pensar en huir lejos, muy lejos de allí.

Había permitido que Eric la metiera en ese mundo porque él decía que lo deseaba con todas sus fuerzas. «Hazlo por mí, déjame verte así. Con otras personas». Era su máxima fantasía. Ahora, al echar la vista atrás, no podía creer que lo hiciera. La cara le ardió de humillación.

Le resultaron tan patéticos cuando entraron y se quitaron las batas... Como cuando vas a la playa y te das cuenta de que, debajo de la ropa de cada cual, la carne desnuda es el mejor igualador. Si las modelos ganan tanto dinero es porque son raras avis. El club sexual era un desfile de tripas con michelines, celulitis, pechos caídos y papadas. Y si bien había entre ellos cuerpos hermosos, en general la impresión que daba tanta piel era grotesca y repugnante. Volvió a preguntarse qué estaba haciendo allí y cómo se le había pasado por la cabeza que aquél sería un camino para acercarse más a Eric. O por qué había pensado que eso importaba.

La mayor parte del tiempo mantuvo los ojos cerrados. Tenía recuerdos de los labios suaves y el aliento dulce de una mujer, el olor a ajo y las manos frías de un hombre, jadeos y sudor y sonidos quejumbrosos; ninguno de ella. Al abrir los ojos una vez vio a Eric, de pie entre las sombras, embelesado, con la mano agarrando su

miembro erecto. Entonces cerró los ojos de nuevo y sintió que el tiempo transcurría entre más sensaciones de dedos ásperos, lenguas que dejaban húmedos rastros como caracoles en su piel y hombres que entraban y salían deprisa.

Quiso fingir que simplemente se había subido a la montaña rusa y se había aferrado como si le fuera la vida en ello, pero era mentira. Algunos tocamientos la excitaron. Sonia tenía un talento asombroso. Igual que Mitchell Brandt. Por unos instantes en mitad de esa pesadilla con los ojos cerrados, se dio cuenta de que no le importaba lo que ocurría a su alrededor, porque se había imbuido completamente en lo que le estaban haciendo. Lo suficiente para subir a las alturas y volver a caer. Se sentía culpable, pero no podía volver atrás. En un cierto nivel, había disfrutado.

Éste era uno de los motivos que le llevaron a no denunciar la violación. Serena le había hablado de las preguntas que le habían formulado algunos hombres con poco seso. «¿Te lo pasabas bien cuando Blue Dog te hacía eso?». Si se hacía público, el club sexual saldría a la luz y la gente hablaría de lo que ella había hecho esa noche, y en algún momento alguien se habría preguntado: «¿Se lo pasó bien? ¿Se buscó que la violaran?».

—Que te jodan, Eric —dijo en voz alta.

Estaba furiosa por permitirse recordar esas cosas. Su mente no podía disociar el club sexual de la violación, y culpaba a Eric de ambas cosas. Por un instante se alegró de que estuviera muerto, y deseó haber sido ella quien apretara aquella noche el gatillo.

Maggie quería estar ahí fuera, en la calle; no sola en su casa, consumiéndose con sus errores. Ella era la que tenía que estar en el coche con Stride, no Abel Teitscher. Quería estar allí para encontrar a ese bastardo y atraparlo y ver su verdadero rostro. Quería saber qué había averiguado Eric y cómo lo había averiguado.

Y quién era Helen Danning.

Al pensar en Helen Danning alzó la vista y vio que una luz roja parpadeaba en su Blackberry. Tenía un *e-mail*.

Últimamente nadie le mandaba correo. Desde que la nube del asesinato empezó a cernirse sobre su cabeza, era una indeseable.

Con un escalofrío, Maggie se levantó del sofá. Extrajo el aparato de su estuche y consultó la bandeja de entrada. Tenía un mensaje sin leer, y la dirección remitente era «La dama que hay en mí».

Maggie abrió el mensaje y vio una sola frase: «Deje de buscarme. H. D.».

Capítulo 38

Al ver a Mitchell Brandt Serena supo que algo iba muy mal. Tenía los músculos tensos en el pecho y en las piernas. Abría y cerraba los puños. Con la máscara era difícil verle los ojos, pero se dio cuenta de que no apartaba la vista de Kathy Lassiter; no miraba a las otras mujeres desnudas de la habitación, ni siquiera cuando algunas de ellas se acariciaban, usaban vibradores o se acostaban con otros compañeros sobre las suaves alfombras diseminadas por el suelo. Brandt estaba concentrado en Lassiter como si ellos dos estuvieran solos en el templo.

Percibió malas vibraciones que emanaban del modo en que él retenía sus impulsos. Parecía un caballo de carreras, resoplando y piafando contra el suelo, ansioso por salir disparado a la carrera. Las extremidades de Lassiter ya estaban entrelazadas con las de otro hombre, pero cuando ella miró a Brandt, que estaba a apenas dos metros de distancia, algo eléctrico y pavoroso pasó entre ellos.

Hacía ya un buen rato que la desnudez que tenía ante sus ojos había perdido la novedad inicial. Al principio le dio vergüenza, aun oculta detrás del espejo, pero pronto la dejó insensible. Su incomodidad se convirtió en aburrimiento. Había tanto sexo que nada de aquello le resultaba apetecible, como si hubiera accedido al plato de una película porno de bajo presupuesto.

Un hombre desnudo se aproximó al espejo y se quedó de pie enfrente y de cara, distrayéndola. Serena retrocedió un paso involuntariamente y contuvo el aliento. Debía de tener cuarenta y tantos, era alto y huesudo, con una mata de pelo gris en el pecho. Metía el estómago mientras se tocaba. Serena quiso cerrar los ojos.

Sonia se acercó al hombre. Su piel pálida brillaba de sudor. Había sido la primera en enrollarse con Kathy Lassiter y, desde entonces, Serena la había visto con otros dos hombres de la habitación y con una pareja. Parecía estar exultante, sin aliento. También estaba bebiendo mucho, como casi todos los demás.

—Imagínate que hubiera alguien al otro lado del espejo, mirándonos —le dijo Sonia al hombre.

Serena vio asomar una sonrisa a la comisura de los labios de Sonia.

—Diablos, sí —dijo él.

—Demos un espectáculo —le propuso Sonia.

Ésta le empujó por los hombros y él no necesitó que se lo dijeran dos veces para tumbarse de espaldas en la alfombra. Sonia se puso a horcajadas sobre él delante del espejo y miró lascivamente en dirección a Serena mientras se sentaba sobre él. Gimió ruidosamente para llamar la atención y se inclinó hacia delante para que su rostro contraído casi tocara la superficie del cristal.

Serena negó con la cabeza.

—Menuda zorra —murmuró.

Deseó aporrear la pared repetidamente para que todos supieran que estaba allí.

Apartó la vista del coito desenfrenado que tenía lugar ante sus ojos. Detrás de Sonia se produjo otro espectáculo, y a Serena no le gustó.

Ahora Kathy Lassiter estaba sola en la cama, apoyada sobre los codos. Mitchell Brandt, desnudo y robusto, se acercó y se quedó ahí de pie, pero no hizo ningún gesto de subirse a la cama. Lassiter se puso de cuatro patas, gateó sobre las sábanas arrugadas y empezó a practicar sexo oral con él. Brandt no reaccionó en absoluto. Su pasividad llevó a Lassiter a emplearse más a fondo, pero era como si prodigara sus atenciones a una piedra. Él bajó la mirada hacia la cabeza de ella, y la impavidez de la mitad inferior de su rostro le provocó a Serena un desagradable vuelco en el estómago.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Brandt la agarró por los hombros y la apartó de él. Con ambas manos, empujó a Lassiter con tanta fuerza que ella salió disparada dando vueltas hasta aterrizar en el otro extremo de la cama, con el pelo enmarañado y las piernas separadas. La máscara se le torció, y Serena pudo verle los ojos, confusos y asustados. Brandt se subió a la cama y avanzó hacia ella de rodillas. Lassiter se alejó frenéticamente.

Serena dio dos pasos hacia la puerta, tratando de decidir si aquello aún era un juego.

A unos centímetros, Sonia seguía practicando sexo junto al cristal. Los demás la observaban. Nadie se apercibía de lo de Lassiter y Brandt.

Brandt se abalanzó como un gato y sujetó las muñecas de Lassiter con las manos. Tiró de ella, agitándole más el pelo. Cogió la máscara, se la arrancó de la cara y la arrojó al suelo. En un solo movimiento, le puso las manos en las caderas, la levantó a peso de la cama y la aplastó contra su pecho. Movié los labios para susurrarle algo al oído. Lassiter negó con la cabeza con violencia y forcejeó para escapar, pero Brandt la agarraba, inmovilizándole los brazos para que no pudiera liberarse. Cuando ella intentó hablar, él le cerró la boca con un beso brutal.

Serena dudó. Pero cuando vio a Lassiter retorciéndose entre las garras de Brandt, se convenció de que aquello no era un juego ni una fantasía. No podía permitir que aquello continuara.

—¡Basta! —gritó.

Las personas de la habitación oyeron la voz amortiguada y levantaron la vista, confundidas y horrorizadas. Brandt no mostró ninguna intención de parar.

Serena salió como un rayo del escondite y subió los peldaños de dos en dos. Atravesó la casa a toda prisa y encontró la escalera principal que conducía al sótano y a la puerta de roble que daba al templo. Su hombro golpeó la puerta, que saltó de los goznes. Entró corriendo en la fragante habitación.

Una docena de personas desnudas gritaron y se cubrieron con las manos. Se

arrojaron al suelo. Sonia tenía el rostro crispado de rabia.

Serena se concentró en Brandt, que empujó a Lassiter contra la cama y se lanzó sobre ella con todo su peso. El aire emergió de su pecho como de un balón reventado. Él continuó murmurando, y a ella los ojos se le pusieron en blanco. Lassiter intentó hablar otra vez, pero sus súplicas quedaron ahogadas.

—¡Apártate de ella! —chilló Serena, corriendo hacia la cama. Arañó el hombro de Brandt, pero era como un peso muerto. Serena le propinó un puñetazo en la cabeza, y los nudillos le crujieron bruscamente al impactar contra la sien de Brandt. Éste perdió el equilibrio, se retorció de dolor y se apartó de Lassiter, que se escabulló de debajo de él. Brandt se recuperó del golpe y quiso agarrarla de nuevo, pero Serena usó la palma de la mano para darle de lleno en la frente. Se oyó un chasquido y él cayó hacia atrás con un gruñido, arrastrando en su caída la seda resbaladiza.

Lassiter salió como pudo de la cama. Brandt se puso en pie tambaleándose y dio unos pasos inseguros. Los demás miembros del club estaban paralizados, escondiéndose contra las paredes y por el suelo. Serena observó a Brandt y se posicionó de manera que Lassiter quedara detrás de ella. Él se las quedó mirando a las dos con la cara deformada por la ira y luego desvió su atención hacia los demás, como si los estuviera viendo por primera vez.

—Que os jodan a todos —espetó.

Brandt salió de la habitación. Uno de los hombres fue a por él, pero éste le empujó con fuerza y el otro cayó hacia atrás, impactando contra una mesa y tirando botellas por el suelo. El vino fluyó como sangre, y afilados triángulos de vidrio se esparcieron por la alfombra. Brandt abrió la puerta del templo y la cerró de un portazo tras de sí. Se oyeron sus pasos aporreando los escalones.

—¿Está bien? —preguntó Serena a Lassiter.

—Sí —respondió ella con expresión sombría—. ¿Quién diablos es usted?

—Una amiga del teniente Stride.

—Pues no debería haberse metido.

Serena se apartó.

—¿Qué?

—Debería haberse mantenido al margen —repitió Lassiter.

—La estaba atacando —protestó Serena—. Podría haberla matado.

—Usted no sabe nada.

Sonia se unió a ellas. Su pálida piel estaba blanca y sus ojos desaforados echaban chispas.

—¿Cómo se atreve? —le espetó—. Fuera de aquí ahora mismo.

Serena la ignoró.

—¿Qué le ha dicho él? —preguntó a Lassiter.

—No me ha dicho nada.

—He visto cómo le susurraba.

—No me ha dicho nada —insistió Lassiter.

Serena acercó los labios a su oído:

—Puedo hacer que entre la policía.

—No. —Lassiter negó con la cabeza—. Tengo que salir de aquí. Ahora mismo.

—Deje que la ayude —dijo Serena.

—Yo no necesito ayuda.

—¿Está segura de que no necesita un médico? —preguntó Serena.

—Lo único que necesito es largarme de aquí.

Serena la llamó a voz en grito cuando Lassiter se abrió paso hacia la puerta para salir del templo:

—¡Espere, puede que aún esté en la casa!

—No, se ha ido —replicó Lassiter—. Y no va a volver.

Capítulo 39

—Ahí va Mitchell Brandt —dijo Stride.

Dejó el café en el salpicadero del Cadillac y se inclinó hacia delante para observar.

—Tiene prisa —señaló Teitscher.

Brandt acababa de cerrar de un golpe la puerta de la casa de Sonia Bezac y bajaba corriendo el camino de entrada en dirección a la calle. Su abrigo abierto ondulaba detrás de él. Llevaba vaqueros negros y una camisa de vestir por fuera y sin abrochar. Al abrirse la camisa, le vieron el pecho desnudo. Cruzó la calle, esquivando los faros de un coche que hizo sonar el claxon. Subió a un Porsche oscuro.

—Esto no me gusta nada —dijo Stride.

—¿Lo detenemos?

—No, veamos adónde va.

Teitscher llamó por radio a Guppo, que estaba en un Caprice marrón a la vuelta de la esquina.

—Brandt se larga. Va cagando leches. Síguelo de cerca, pero que no se note.

El Porsche se alejó como un bólido por la calle residencial y desapareció en dirección a las pronunciadas curvas que llevaban al lago. El Caprice aceleró por la misma calle instantes después.

—¿Quieres entrar? —preguntó Teitscher.

—Aún no.

Esperaron quince minutos. Los demás miembros del club fueron saliendo de la casa de uno en uno o de dos en dos, ocultando sus rostros huraños mientras se iban. Dejaron el vecindario en procesión, y los coches pasaron de largo uno tras otro, a buena velocidad.

Serena fue de los últimos en salir, con pasos rápidos y apretados. Llevaba el chaleco sin abrochar y su cara reflejaba una gran tensión. Echó un vistazo a las personas que la rodeaban y luego se agachó y se escabulló dentro del Cadillac. Se recostó en el asiento de piel y silbó alto y largo.

—¿Qué diablos ha ocurrido ahí dentro? —quiso saber Stride.

Serena apoyó los codos en los asientos delanteros entre los dos detectives.

—Brandt ha perdido los estribos.

—¿Qué?

—Ha atacado a Kathy Lassiter delante de todo el mundo.

—¿No le ha detenido nadie?

Serena asintió.

—Yo. Lassiter dice que está bien, pero Brandt estaba fuera de sí. Cuando yo he intervenido, ha echado a correr.

—Le hemos visto. Guppo anda tras él.

Teitscher seguía vigilando la puerta de la casa de Sonia.

—¿Qué ha hecho explotar a Brandt?

—No lo sé. Estaba tenso todo el rato. No apartaba los ojos de Lassiter.

—¿Y tú? —preguntó Stride—. ¿Estás bien?

—Sí, pero ¿sabes aquello que te dicen cuando estás nervioso? ¿Que si te imaginas a todo el mundo desnudo te tranquilizarás? Pues no funciona cuando lo están de verdad.

Stride no pudo evitar reírse.

—Pervertidos —soltó Teitscher.

—¿Crees que Brandt es nuestro hombre? —quiso saber Stride—. ¿Podría haber atacado a las otras mujeres?

—No lo sé. No fue una reacción fortuita, era más bien como si tuviera una rencilla con Lassiter.

—¿Ha pasado algo entre ellos?

Serena negó con la cabeza.

—No, eso es lo sorprendente, no ha pasado nada. Él ha entrado en ese cuarto empalmado por ella, no sé si sabes a qué me refiero. Era algo personal.

—¿Personal? ¿Como si se conocieran?

—Eso creo, sí.

Teitscher lanzó una mirada a Stride.

—¿Qué sabemos de Lassiter?

—No lo suficiente —dijo Stride, furioso consigo mismo.

—Es abogada, ¿no? —preguntó Serena—. Comprueba si sale su biografía en la web de su gabinete.

Stride cogió el portátil y se conectó a internet. Buscó la página web del despacho y una vez la encontró, entró en la sección de las biografías de los abogados y abrió la referente a Lassiter, que incluía, además de una foto y un resumen de su experiencia, sus áreas de actuación. Tras leer el texto, maldijo y cerró el ordenador de golpe.

—Kathy Lassiter es consejera externa de Infloron Medical.

—¿Crees que ella le dio a Brandt el soplo de la aprobación de la FDA? —preguntó Serena—. ¿Y que él la usó para su propio beneficio?

—O eso, o ella es uno de los que le denunciaron a la SEC. Cuando Proutz me llamó desde Chicago dijo que tenían un informador anónimo.

Teitscher estaba frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres hacer?

—Pillarla —dijo Stride—. La ha atacado. Y eso es suficiente para retenerlo.

—Tenemos que asegurarnos de que el cerco en torno a Lassiter es seguro —añadió Serena—. Tal vez Brandt vaya a por ella otra vez, y si él no es nuestro

hombre, entonces hay dos personas que quizá se la tengan jurada.

Teitscher observaba la puerta de la casa de Sonia.

—Tenemos un problema.

—¿Qué pasa? —preguntó Stride.

—Lassiter no ha salido.

Serena se inclinó hacia el asiento delantero.

—¿De qué estás hablando? Tendría que haber sido de las primeras en cruzar esa puerta.

—He estado vigilando —dijo Teitscher, sacudiendo la cabeza—. Lassiter no se ha ido.

Capítulo 40

Sonia abrió la puerta con violencia. Su cabello pelirrojo era un amasijo de rizos flácidos, como serpientes dormidas. Llevaba una bata atada flojamente a la cintura y su cuerpo emanaba olor a sexo.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿Acaso no habéis hecho ya bastante?

—¿Dónde está Kathy Lassiter? —la apremió Stride.

Sonia se encogió de hombros.

—Deberíais saberlo. Vosotros sois los espías.

—Aún está dentro —insistió Teitscher.

Los surcos de su frente estaban tirantes y su mirada reflejaba desaprobación, un evidente rechazo a la profunda V de piel desnuda entre los pliegues de la bata de Sonia.

Ésta interpretó su expresión.

—¿Cree que la tengo atada en una cama? Lo siento, detective. Se ha ido.

—¿Nos permites echar un vistazo? —le pidió Serena.

Sonia apretó los labios y negó con la cabeza.

—Por mí podéis quedaros aquí fuera congelándoos.

—Sonia —la reprendió Stride.

—Vale, joder.

Sonia abrió más la puerta y los tres entraron en avalancha. Además de las secreciones y el perfume, Stride olió el alcohol del aliento de Sonia. Ella se tambaleó. Sus pezones dibujaban dos protuberancias a través de la bata de seda.

—Miraré arriba —dijo Serena.

La incomodidad de Teitscher era patente, y su estampa en el recibidor parecía la de alguien que se estuviera ensuciando de barro unos zapatos nuevos. Le sonó el móvil y Stride vio que ponía mala cara mientras atendía la llamada. Cerró el teléfono de golpe y lo apretó dentro de su puño.

—Era Guppo —le explicó a Stride—. Brandt se ha saltado un semáforo en rojo en el centro y Guppo se ha quedado atrapado en el tráfico. Le hemos perdido.

—Mierda —maldijo Stride. Las cosas estaban escapando a su control. Teitscher señaló la puerta de entrada con el pulgar y Stride asintió—. Vete. Emite una orden de búsqueda en Duluth y Superior. Alerta también a la patrulla de carreteras, por si se dirige hacia el sur por la interestatal.

Teitscher salió de la casa.

Stride registró la sala. Las luces eran tenues y la habitación estaba vacía. Sonia se arrastró detrás de él.

—Ya te he dicho que no estaba.

—No ha podido salir volando —espetó él.

La apartó a un lado y se dirigió al otro extremo de la casa, pero no encontró el menor rastro de Lassiter en ninguna de las habitaciones de la planta baja.

—¿Dónde está Delmar? —preguntó.

—Durmiendo —replicó Sonia.

—¿Solo?

Ella se burló.

—A no ser que Serena quisiera montárselo con él. Puede que con ella ni siquiera necesite Viagra.

Stride sintió que se le estaba agotando la paciencia, como un fragmento de moqueta por el que han caminado demasiadas veces.

—Muéstrame el sótano.

—Toda la diversión está aquí arriba.

—Tú enséñame.

Sonia se encogió de hombros y lo guió hacia una escalera que descendía hasta una puerta cerrada de roble. Era pesada pero no estaba echada la llave. Tenía a Sonia pegada en los talones cuando entró en el templo. Olió el humo de las velas consumidas y palpó la pared hasta encontrar un interruptor que, al encenderlo, bañó la estancia de luz fluorescente.

Entornó los ojos y Sonia se los cubrió. Stride evaluó la habitación, y el estómago le dio un desagradable vuelco. Las sábanas de la cama redonda estaban manchadas. Vio envoltorios de condones desparramados por el suelo junto a manchas de vino y cristales. El olor a secreciones sexuales era muy intenso. Por un instante, vio a Maggie tirada en esa cama y sintió una ira irracional.

Le llevó sólo un momento inspeccionar la estancia y ver que no había nadie. Cuando se dio la vuelta Sonia estaba justo ahí, y entrelaza los dedos detrás de la nuca de él acercándolo para que pudiera respirar su aliento. Se inclinó hacia Stride.

—Bésame —murmuró—. Necesito que me besen.

Él le arrancó las manos de su cuello.

—Ya te han besado bastante.

Sonia se puso a girar con ojos soñadores.

—Oh, no, no, no. Me han follado mucho, pero no me han besado nada. Tú solías besar de maravilla.

—Cállate, Sonia. ¿Dónde está Kathy Lassiter?

—No lo sé.

—Estás mintiendo.

Sonia se encogió de hombros.

—Si me besas, a lo mejor te lo digo.

Stride cogió a Sonia del hombro y apretó más de lo que hubiera debido.

—Adelante, pégame —dijo ella—. Sabes que quieres hacerlo.

Él apartó la mano como si la piel de ella le hubiera quemado.

—Esto no es un juego, Sonia. Kathy Lassiter podría estar en grave peligro. ¿Qué demonios habrías hecho si Serena no hubiera estado allí? ¿Os habrías quedado ahí plantados mientras Brandt la violaba?

—Serena lo ha malinterpretado, no era más que un juego sexual que se les ha ido un poco de las manos. Kathy me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

—Después.

—Has hablado con ella —concluyó Stride—. O sea que sabes qué está pasando. Dime dónde está.

Sonia lo ignoró y se desanudó el cordón de la bata para dejarla caer como una toalla sucia. Estaba desnuda.

—¿Te trae recuerdos?

Sí, se los traía. Recordaba su cuerpo con todo detalle, hasta la peca del pecho izquierdo y la cicatriz de apendicitis que le arrugaba el estómago. Alejó ese recuerdo de su mente.

—Dime dónde está Kathy Lassiter ahora mismo o enviaré tu culo desnudo a comisaría y te quedarás ahí bajo arresto. Ayúdame, Sonia; no estoy bromeando.

Stride recogió la bata y se la tiró. Ella la arrugó contra su pecho y la olió.

—Vamos arriba —dijo él—. Póntela.

Sonia se ató la bata alrededor de la cintura, dejando que los pechos bailasen al descubierto. Se agarró al cinturón de Stride y cayó de rodillas delante de él. Stride la apartó y le miró las dilatadas pupilas.

—¿Qué te has tomado?

Ella soltó una risita.

—Un poco de Coca Light y un poco de la normal —susurró.

—Hija de puta. Dime, ¿cuánta has tomado? ¿Necesitas ir a un hospital?

Sonia sacó la lengua.

—Vamos, Jonathan. Por los viejos tiempos, ¿eh? Yo estoy húmeda y tú estas tieso, ¿así que por qué diablos no lo hacemos?

Stride sintió que los huesos de las manos se le agarrotaban. En aquel instante odiaba a Sonia, detestaba que hubiera tenido algo que ver en su pasado. Apartó la mano y supo que al cabo de un segundo iba a darle una bofetada y a mirar cómo Sonia caía hacia atrás, con los dedos de él marcados al rojo en la mejilla.

—No, Jonny.

Al darse la vuelta vio a Serena de pie junto a él. Estaba increíblemente calmada mientras sacudía la cabeza.

Él maldijo y se alejó. Observó a Serena agacharse delante de Sonia, que le dedicó una sonrisa torcida, cerró los ojos y se balanceó hacia atrás.

—¿Dónde está Kathy Lassiter? —preguntó Serena con un tono de voz apacible.

—Ya os he dicho que no está aquí. —Sonia abrió los ojos y apuntó a Stride con el dedo—. Se ha llevado mi coche. No quería que tú la encontraras.

—¿Adónde demonios iba? —la apremió Stride.

—A buscar a Mitchell Brandt. Ha dicho que tenía que detenerlo antes de que lo echara todo a perder.

Capítulo 41

Serena permaneció un buen rato sentada sin poner el coche en marcha. En el gélido silencio del habitáculo arrugó la nariz. De los asientos de piel se desprendía un leve olor a pescado, que atribuyó al ahumado que había comprado en la tienda de Russ Kendall la semana anterior. Bajó la ventanilla para intentar disipar el olor, pero éste ya se le había metido en la nariz para alojarse allí. El viento sopló dentro del coche y trajo cristales de nieve consigo.

Jonny se había ido. La alarma por la huida de Mitchell Brandt y Kathy Lassiter se había extendido por toda la ciudad, pero ella no participaba en la persecución. La frustración la estaba carcomiendo. En momentos así, cuando se veía al margen de la acción, lamentaba haber entregado la placa. Tuvo que quedarse mirando cómo el coche de Jonny arrancaba sin poder seguirlo. Odiaba esto.

Y además estaba preocupada por él. Stride estaba rodeado de secretos y mentiras, y Serena se sentía culpable porque algunas de esas mentiras eran suyas. Volvió a preguntarse si estaría cometiendo un terrible error al ocultarle cosas.

¿Era el hombre misterioso un simple chantajista? ¿O era el acosador cuya maldad ganaba enteros? Alguien que violaba. Alguien que mataba.

Alguien que la estaba siguiendo.

Se sintió nuevamente incómoda porque volvía a tener esa sensación: alguien la observaba. No sabía dónde, pero otra vez estaba cerca de ella y parecía que se le agotara el tiempo. Su incomodidad se triplicó al advertir que las calles estaban desiertas. Todos los agentes se habían ido y se encontraba sola. ¿Era lo que ese tipo había pretendido todo el tiempo?

Serena se sobresaltó cuando el móvil emitió su metálico timbre. Pensó: «Es él».

Pero era Dan Erickson.

—Quiere el dinero esta noche —dijo Dan—. Lo tengo.

—Deberíamos avisar a la policía ahora mismo —le advirtió Serena.

—Te contraté a ti porque eras agente de homicidios —replicó Dan, con la voz ronca de ira—. Dijiste que podrías con este tipo. ¿Y ahora me pides que destruya mi vida sacando esto a la luz?

—No sabemos con quién estamos tratando.

—Me da lo mismo. Quiero que esto acabe. Dice que es la última vez. Ahora está de camino saliendo de la ciudad.

—Sólo te dice lo que tú quieres oír —le explicó ella.

—No me estás escuchando. Lo haremos a mi manera. Con que ese tío huela a un solo policía, la foto de Tanjy conmigo acaba en los periódicos. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Perfectamente.

—Pues ven aquí a recoger el dinero.

—¿Dónde es la entrega?

—Ha dicho que te lo haría saber.

—Esto no me gusta.

—No se trata de ti —dijo Dan. Y colgó.

Serena tiró el teléfono y se aferró al volante, que parecía de hielo. Dan tenía razón: se trataba de negocios y ella no podía transformarlo en algo personal. Tenía un trabajo que hacer y punto. Hacer la entrega. Como la otra vez.

Al girar la llave y encender el motor, se le paró el corazón.

Un ruido tremendo retumbó dentro del coche como una bomba. De los altavoces brotó como un alarido una música rap, tan alta y desagradable que notó el ritmo dentro del pecho e instintivamente se apretó las palmas de las manos contra los oídos. Buscó el botón del volumen y lo giró tan fuerte y tan rápido que la pieza de plástico se le quedó en la mano.

El coche quedó en silencio. Respiró con dificultad.

La realidad se impuso: él había estado en su coche.

Se sintió como si un ejército de arañas le estuviera subiendo por los pantalones. Se le puso la carne de gallina y se frotó una palma contra otra. Al darse cuenta de que la ventanilla seguía abierta, la cerró rápidamente. Escudriñó los asientos delanteros y traseros del coche por si se le había pasado algo por alto, pero todo estaba en su sitio.

Estaba jugando con ella.

«No se trata de ti».

Se alejó conduciendo sin apartar la vista del retrovisor, aunque no había nadie detrás de ella. Aquel hombre había estado en el coche por alguna razón. Al echar un vistazo a la guantera, supo antes de abrirla que le había dejado un mensaje. Otra vez. Estaba empezando a pensar como él.

Se apartó junto a la acera y miró dentro de la guantera. Había otro sobre blanco, con una nota escrita en tinta roja:

Debajo del puente alto. Trae el dinero. Una hora.

Capítulo 42

Stride se encontraba en el área de Lincoln Park, una zona verde de forma rectangular que subía desde la autopista y que era un punto conflictivo de crimen y drogas. Ni siquiera el frío invierno disuadía a compradores y vendedores. Dio una vuelta por el parque y luego inició una lenta vigilancia de las calles residenciales adyacentes. Iba hablando por teléfono mientras conducía. Contactó con el detective que aguardaba en la oscuridad dentro de la casa de Kathy Lassiter, pero ésta no había vuelto. Los agentes del exterior registraron el perímetro alrededor de la vivienda y los bosques que se extendían detrás, pero no encontraron rastro de Mitchell Brandt ni de ninguna otra persona. Stride preguntó al equipo que estaba frente a la casa de Brandt y obtuvo la misma respuesta. Por todo Duluth y Superior había coches patrulla a la caza del Porsche de Brandt y el Mercedes de Sonia, pero por ahora ambos los habían esquivado.

Volvió a sonar el teléfono.

—Soy Philip Proutz de la SEC, teniente. En la oficina me han dicho que me estaba buscando.

—Así es —dijo Stride—. Tenemos un problema y quisiera cierta información acerca de una cosa.

—¿Tiene que ver con Mitchell Brandt?

—Sí, pero me interesa más alguien llamado Kathy Lassiter.

Proutz hizo una pausa antes de contestar.

—¿Por qué no me habla de ese problema?

—¿Debo entender que sabe quién es Lassiter? —preguntó Stride.

—Sí.

—Es una de las principales consejeras externas de Infloron Medical, ¿no es así? En consecuencia, debió de ser de las primeras en enterarse del curso de la solicitud de la empresa a la FDA.

—Por supuesto. —Proutz parecía disgustado—. Por favor, no me diga que tiene relación con Mitchell Brandt.

—Eso creemos. Los dos son miembros de un club sexual clandestino de Duluth.

—¿Un club sexual? —gruñó Proutz.

—¿Sabía Lassiter que ustedes estaban llevando a cabo una investigación interna sobre la venta de acciones de Infloron Medical? ¿O que Brandt era uno de los objetivos?

—No, porque no sabíamos adónde nos conducirían las pistas. Nunca avisamos a la empresa ni a su consejo hasta que hemos reunido más información.

—¿Se estaban centrando en Lassiter como origen de la filtración sobre la resolución de la FDA?

—En absoluto. Era la última de nuestra lista. No sé qué opinión tendrá de los abogados, teniente, pero no es habitual que el consejo de una empresa esté involucrado en esta clase de conducta criminal. Aunque no le quepa duda de que tarde o temprano nos habríamos fijado en ella y en su gabinete.

Stride dudaba de que hubieran encontrado una relación fácilmente; no sin acceso a la lista de miembros de Sonia.

—¿Pudo ser Lassiter su fuente anónima? —preguntó.

—Si lo fue, no llamó ella misma. La llamada que nos avisó de las actividades de Mitchell Brandt la hizo un hombre.

Stride pensó quién más podría haber descubierto la relación que vinculaba a Brandt, Lassiter e Infloron Medical a un tiempo. Cualquiera del club sexual los conocía a los dos, pero creía improbable que ése fuera el origen a partir del cual hubieran podido enterarse de una conspiración bursátil que nunca había salido en los periódicos.

—Yo le he enseñado mis cartas; ¿por qué no me enseña usted las suyas, teniente? —preguntó Proutz—. ¿Qué está pasando?

—Brandt y Lassiter han desaparecido —le explicó Stride.

—¿Cree que pueden haber huido de la zona?

—No lo sé. Me preocupa más la seguridad de Lassiter; Brandt la ha atacado esta misma noche. ¿Es posible que alguien le chivara lo de la investigación?

—No lo creo. Mi personal sabe que la confidencialidad es fundamental en estos asuntos. A no ser que fuera alguien de su bando, teniente.

Stride repasó mentalmente: Serena, Maggie, Teitscher y él. Eran los únicos que lo sabían.

—Es muy improbable —contestó—. Dígame una cosa, si Lassiter desapareciera, ¿sería difícil presentar cargos contra Brandt por abuso de información privilegiada?

—No lo consideraría imposible, pero sí muy difícil —admitió Proutz—. Dependería de su destreza en ocultar sus huellas. Sin pruebas de cómo se filtró la información sería complicado demostrar que Brandt disponía de información restringida cuando hizo las operaciones. Normalmente enfrentamos a unos conspiradores contra otros a través de acuerdos.

Eso significaba que Brandt tenía un motivo para asegurarse de que nadie volviera a ver a Lassiter.

—Le mantendré informado, señor Proutz.

—Hágalo, por favor.

Stride cortó la comunicación, pero el teléfono volvió a sonar inmediatamente. Esta vez era Teitscher.

—¿Estás cerca de Enger Park? —le preguntó.

Stride se dirigía hacia el norte por Lincoln Park Drive, que se comunicaba con

Enger Park cerca de un puente sobre la autopista 53.

—A menos de cinco minutos —respondió—, ¿por qué?

—Tenemos un 911 de un motorista de la zona. Ha oído a una mujer gritar cerca de la torre Enger.

Capítulo 43

Había dos coches aparcados en la nieve, en el arcén de la carretera de curvas que rodeaba la base de la colina de Enger Park. Uno era el Porsche de Brandt; el otro, el Mercedes de Sonia.

Stride aparcó la Bronco detrás de los dos vehículos, bloqueándolos. Abrió la guantera, cogió la Ruger y salió del coche. En lo alto, una luna con forma de coma salía y se escondía tras las veloces nubes, perfilando la torre de cinco pisos que coronaba la cima de la colina. Olió la nieve concentrándose en el oeste. Cuando disminuía la intensidad del viento, podía alcanzar a oír a alguien moviéndose a lo lejos, pero el ruido revoloteaba y él tenía que esforzarse por ubicar su procedencia.

Enger Park era el punto más elevado de la ciudad, hermoso y sereno, y lo odiaba. Las pendientes del campo de golf se encontraban al otro lado de la calle, cubiertas de nieve y surcadas por huellas de esquí. Pero para Stride nunca era invierno en Enger Park. Siempre era agosto de hacía diez años, bajo una canícula que le hizo sentir como si el estado entero se hubiera derretido y se escurriera por el Mississippi para ir a derramarse en el aire húmedo del Golfo. Incluso a las dos de aquella madrugada de verano, de pie en uno de los *greens* con Maggie, tenía la camisa empapada en sudor. A sus pies estaba la chica, con la piel de color chocolate, tatuada, mutilada y sin nombre. Mirarla le hacía sentirse furioso, y esa ira no hizo más que aumentar a medida que pasaban los meses y la investigación se congelaba como los lagos. A pesar del tiempo transcurrido, fuera la estación que fuera, la chica seguía allí, habitando el parque para siempre. Aún hoy la veía en sueños. Y lo mismo le pasaba a Maggie.

Escudriñó el campo de golf largo y tendido, prestando atención al menor ruido. Brandt y Lassiter no estaban allí. Se sacó una linterna del bolsillo e iluminó la nieve en torno a los dos coches, aparcados uno al lado del otro. Las huellas eran como un libro abierto. Brandt había rodeado su Porsche por detrás con zancadas largas y furiosas. Lassiter estaba de pie junto a la puerta del conductor del coche de Sonia. Forcejearon y las huellas se volvieron confusas. Había la marca enorme de un cuerpo donde uno de los dos había caído y manchas de sangre color cereza en el barro.

Las huellas de ella corrían colina arriba. Los zapatos de Brandt las seguían. Stride, pistola en mano, siguió las pisadas a lo largo del camino que serpenteaba en dirección a la torre. La nieve pisoteada era una maraña de ruedas de neumáticos y marcas de botas. Iba siguiendo el fino haz de su linterna, al acecho de las pisadas frescas. Grupos de árboles jóvenes se cernían sobre él a ambos lados. Las líneas de alta tensión se encorvaban en lo alto, y oía la electricidad chasqueando a través de los cables como beicon frito.

Más arriba, se oyó gritar a una mujer:

—¡No!

Y luego:

—¡Basta! ¡Socorro!

Stride salió del camino y se metió en la espesura que conducía directamente a la cima. La nieve se le aferraba a los muslos mientras se abría camino a través de las ramas alargadas, que se le enganchaban a la ropa y le herían el rostro. Era un bosque claustrofóbico. Sólo podía ver la telaraña de árboles que le obstruían el paso; el crujir de las ramas partidas y su propia respiración fatigosa rompían el estremecedor silencio del lugar. Llevaba cinco minutos afanándose para subir la colina. Luego diez. Estaba tardando demasiado. Cuando irrumpió desde los árboles en un pequeño claro, tuvo que detenerse y apoyar las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

Juró para sí que no volvería a fumar.

Vio dos cuerpos moviéndose, corriendo, cerca de la torre. Aún estaban lejos. «¡Socorro!», gritó la mujer otra vez.

Stride apuntó al aire con la pistola y apretó el gatillo. El estallido atronó en la noche y luego produjo un eco desaforado, rebotando a un lado y otro de la ladera. Vio que la sombra más alta se paralizaba. Stride echó a correr de nuevo.

Encontró un sendero agreste y avanzó más deprisa, ya que éste rodeaba los grupos de árboles, ascendiendo de forma constante. Las botas le resbalaron, le escocieron las rodillas y el pecho le dolía, pero la torre se agigantaba a medida que él se acercaba a la cima. Oyó unas pisadas cerca de allí, pero cuando enfocó la luz de su linterna hacia la izquierda, sólo vislumbró un ciervo en pleno salto, con sus astas de color hueso, buscando con gracilidad la protección de los bosques. Unos metros más allá, el terreno se niveló bajo sus pies.

Se detuvo, a la espera de recuperar el aliento y de que remitiera el mareo; entonces avanzó en silencio desde los árboles. Había llegado a los jardines en hibernación que rodeaban la torre conmemorativa. El monolito de piedra se alzaba casi veinte metros por encima de su cabeza, y la luna brillaba sobre la piedra vetuada y los oscuros cuadrados de las ventanas como sobre un tablero de ajedrez. Ahí donde la pendiente caía se veía la ciudad rodeando el lago negro. Dio toda la vuelta sin dejar de escudriñar el vacío del parque. Árboles desnudos, mesas de *picnic*, barbacoas cubiertas de nieve, huellas de ciervo y pisadas. Brandt y Lassiter parecían haberse esfumado. Escuchó por sí percibía algún movimiento pero no oyó nada. Lassiter ya no gritaba. Debía de estar escondida, o con la mano de Brandt cerrándole la boca, o muerta.

En su recuerdo vio otra vez a la chica de Enger Park. Mutilada y anónima. También ella guardaba silencio.

—No seas idiota, Brandt —gritó.

El viento recogió sus palabras y se las llevó. Avanzó hacia la base de la torre y

rozó la piedra con los dedos. Apagó la linterna para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, y entonces emprendió una lenta marcha alrededor de la circunferencia, protegiéndose la espalda y apuntando a los árboles con la pistola. En cada esquina de la forma octagonal, hacía una pausa antes de dar otro paso.

Muy por debajo, oyó el ulular de las sirenas aproximándose. Brandt también tenía que oírlas.

Casi tropezó con el cuerpo de Kathy Lassiter, desplomado junto a la piedra del flanco norte de la torre. Tenía el cabello castaño enmarañado sobre el rostro, y una mancha oscura de sangre caía en tres surcos por encima de una oreja hasta bañarle la mejilla.

Stride se agachó y presionó con dos dedos la piel caliente del cuello. La mujer estaba semiinconsciente y con vida. Al darle la vuelta para tumbarla de espaldas, ella gimió y se agitó. Sacudió las extremidades y abrió los ojos de golpe. Como no podía verle con claridad, gritó al percibir aquella sombra encima de ella y le golpeó el pecho con los puños. Stride le agarró las muñecas mientras intentaba calmarla.

—Está bien, está bien.

—¡No!

Demasiado tarde, se dio cuenta de que no lo estaba mirando a él, sino a su espalda.

Una fría correa se le ciñó al cuello y lo asfixió. Se sintió arrastrado hacia atrás, mientras el cuero se le clavaba en la piel y le oprimía la nuez. La pistola se le cayó en la nieve. Cuando quiso respirar, sus pulmones no hallaron aire y su cuerpo fue presa del pánico. Se agarró el cuello, tratando de meter los dedos por debajo del borde del cinturón, pero Brandt lo tenía bien cogido. Se hizo sangre con las uñas en su propia garganta. Parte de su mente sentía indiferencia, como alguien que fuera espectador en su propio funeral, y no notaba ningún dolor. Le pareció raro. Ningún dolor.

Sus pies encontraron un trozo de suelo sólido y se impulsó hacia atrás, impactando contra el pecho de Brandt y haciendo que ambos perdieran el equilibrio. Aterrizaron pesadamente, un cuerpo encima del otro. Sintió que la presión en su cuello aflojaba cuando la muñeca de Brandt perdió firmeza. Al respirar, el pecho se le hinchó, y él cogió el cinturón y se lo arrancó, lanzándolo por los aires. Brandt maldijo y se lo quitó de encima con un violento empujón. Se puso en pie, pero Stride le inmovilizó el tobillo cuando ya emprendía la carrera y le hizo caer de cara.

Brandt era rápido. Stride quiso sacar los puños y coger la mano derecha de Brandt al mismo tiempo, pero antes de que pudiera hacer alguna de las dos cosas, éste giró y le golpeó de costado. La fuerza del golpe dejó mareado a Stride, que se aferró con el puño al abrigo de Brandt y lo sostuvo mientras éste se daba impulso de rodillas.

Un destello de luz los cegó y ensordeció a ambos. Cerca, demasiado cerca, una bala levantó una nube de húmeda nieve. Tanto Brandt como Stride se agacharon y

pusieron cuerpo a tierra. Cuando Stride miró hacia atrás vio a Kathy Lassiter, de pie y tambaleándose, sosteniendo su pistola con manos inseguras. Mientras observaba horrorizado el balanceo del cañón del arma, abrió fuego otra vez; la onda sonora le rasgó los oídos, y pudo sentir el calor de la bala al pasarle como un rayo por delante del pecho para ir a dar contra la pata metálica de un banco de *picnic*. Un par de centímetros más y le hubiera perforado el ojo.

—¡No dispare! —le gritó.

Pensó que estaba apuntando a Brandt, pero se dio cuenta de que quizá los estuviera apuntando a los dos.

La mujer volvió a disparar. Esta vez no apuntó a nada, sólo al aire. Se tambaleó un poco, cerró los ojos y el arma se le cayó de las manos. Se desplomó de rodillas y luego de bruces. La herida en su cabeza sangraba profusamente.

Brandt se levantó, corriendo y resbalando en el lodo. Stride saltó a por él, pero se le escapó y acabó con un puñado de fría nieve en la boca. La escupió y fue a su caza, pero Brandt contaba con diez metros y diez años de ventaja, y vio cómo aumentaba la distancia entre ellos. Brandt se metió entre los árboles colina abajo, ganando velocidad. Ahora, las sirenas sonaban muy cerca, y Stride vio las luces de dos coches patrulla que se aproximaban a través de la apretada nieve en el camino de acceso, con dirección a la torre. Brandt, al verlas, viró en su carrera hacia el otro extremo de la ladera, lejos de los coches aparcados abajo. Los árboles eran más densos. Stride mantenía los brazos delante de él para detener las ramas que le rascaban la piel, y procuró no perder de vista a Brandt.

Cuando éste irrumpió desde el bosque a un sendero angosto y aceleró, Stride pensó que le había perdido, pero de pronto vio que Brandt salía despedido, daba volteretas e iba a dar con sus huesos al suelo. Stride divisó la roca helada que había hecho tropezar a Brandt y la sorteó sin problemas; al cabo de un segundo ganó terreno y se lanzó sobre su adversario, que forcejeaba para ponerse en pie. Stride propinó un sólido puñetazo en la espalda de Brandt, que cedió al golpe y separó las extremidades. Con la base de la mano, Stride golpeó a Brandt en el cráneo, más fuerte de lo necesario, y luego buscó sus manos húmedas y le sostuvo las muñecas con los puños. Se sacó el cinturón y le sujetó también los tobillos.

Stride agarró a Brandt del hombro y, al darle la vuelta, vio su cara retorcida como una máscara, tan contraída por la rabia que era casi irreconocible. Stride se dio cuenta de que, en ese caso, todos llevaban máscaras.

Capítulo 44

Stride subió a la parte de atrás del coche patrulla. Su fuerza de voluntad para dejar de fumar se evaporó nada más llegar al fondo de la colina; bajó la ventanilla a la mitad, encendió un cigarro y exhaló una nube de humo al exterior. Estaba mojado, tenía frío y le dolía todo el cuerpo. Se palpó la piel quemada del cuello, que era como un tatuaje rojo allí donde el cinturón de Brandt lo había estrangulado. Éste estaba sentado a su lado, esposado, sin abrir la boca y contemplando el mundo exterior a través del cristal.

Los que delinquían por primera vez siempre adoptaban esa actitud cuando la realidad se cernía sobre ellos. Adiós a la libertad.

Las luces rojas y circulares de una ambulancia brillaron como faros estroboscópicos en el interior del coche. Había coches patrulla y agentes por todas partes. Stride dio otra calada y esta vez soltó el humo dentro del coche. Brandt tosió.

—Lassiter se pondrá bien —dijo Stride.

Brandt torció la boca, pero se abstuvo de decir nada.

—Hay algo que no entiendo, Mitch. Eres un as de la bolsa, debes de sacarte... ¿cuánto? ¿Un par de cientos de miles al año? Eso es una fortuna en esta ciudad. ¿Por qué echarlo todo por la borda?

No hubo respuesta.

Stride suspiró y se recostó en su asiento.

—Lassiter me dijo que es difícil hacerse rico contando las horas, y seguramente trabajaba el doble que tú. Pero supongo que nunca es suficiente, ¿verdad?

Buscó alguna señal en el rostro de Brandt, pero el joven agente de bolsa se mostraba hosco y retraído.

—¿O acaso era la emoción de sentirse acechado? —preguntó—. ¿Lo hacías para saber si podías salir airoso? —puesto que Brandt seguía sin responder, continuó—: Está bien, no es necesario que digas nada. Consigue un abogado y empieza a planear alguna estrategia. Podemos acusarte de asalto e intento de asesinato, así que ya puedes despedirte de los próximos seis o nueve años de tu vida. Por supuesto, tendremos que competir con los federales, porque querrán que vayas a la prisión federal por el tema de Infloron Medical.

Brandt se volvió hacia él de golpe. Stride asintió.

—Así es, lo sabemos todo sobre el tráfico de información confidencial. Tú y Lassiter. La SEC también está al corriente, pero seguro que eso no es nuevo para ti. Por eso has ido a por Lassiter esta noche.

Stride tiró el cigarro por la ventanilla.

—Aunque la SEC tendrá que esperar su turno. Cuando hayamos añadido violaciones múltiples a la lista de cargos, tu delito de guante blanco parecerá una

minucia, como copiar en un examen. Estaríamos hablando de entre veinticinco años y cadena perpetua. Lo cual es mucho tiempo.

Al oír la palabra «violaciones», se decidió a despegar los labios.

—¿De qué diablos está hablando?

—No te hagas el tonto conmigo, Mitch.

—Yo no he violado a nadie.

—¿No? ¿Y lo de esta noche en casa de Sonia sólo era un juego? —vio que Brandt reaccionaba poco a poco, y luego añadió—: Sí, también sabemos lo del club sexual.

—No puede hacer pasar eso por violación.

—¿Y qué hay de las otras?

—¿Qué otras?

—Las otras chicas alfa —dijo Stride.

—¿Qué pasa con ellas? Por si no lo sabía, para eso vienen al club, para tener sexo. No violamos a nadie.

Stride se encogió de hombros.

—¿Y Tanjy?

—¿Qué?

—Simulas una violación con ella en Grassy Point Park, luego te deja y resulta que la violan en el mismo lugar. Eso sí que es coincidencia. Parece que el tema de las violaciones te persigue allí adonde vas, ¿no, Mitch?

—Tanjy se inventó lo de la violación —insistió Mitch.

Stride negó con la cabeza.

—No, no es cierto. ¿Fue emocionante volver a estar con ella de ese modo, sabiendo que si contabas sus fantasías nadie la creería? ¿Qué ocurrió luego? ¿Decidiste que te gustaba el poder que emanaba de ello? Cuando saliste airoso de la violación de Tanjy, ¿consideraste que las chicas alfa harían cualquier cosa por guardar su secreto? ¿Aun después de que las hubieras violado también?

—Eso es una locura. No sé de qué coño está hablando.

—Estoy hablando de las dos chicas alfa a las que atacaron después de las fiestas. Igual que estabas haciendo tú esta noche con Kathy Lassiter. Y quizá no lo sepas, pero este caso es una cuestión personal para mí.

Brandt forcejeó con los puños.

—Ni hablar.

—No será un caso difícil, Mitch. Tenemos una docena de testigos del asalto a Kathy Lassiter. Tú eres uno de los poquísimos hombres que estuvieron en todas las fiestas del club cuya chica alfa fue violada después. Tienes el tamaño y la fuerza necesarios para poder hacerlo. Y me dijiste que cada noche simulabas una violación con Tanjy a punta de navaja. Lo mismo que hiciste con las otras mujeres.

—Joder, no puedo creerlo.

Brandt se golpeó la cabeza contra la ventana tan fuerte que se hizo un corte en la frente; la sangre le cayó por la cara, apelmazándole la ceja. Una marca roja manchó el cristal. Stride se sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se acercó a Brandt para secarle la sangre. El pañuelo se volvió carmesí.

—El club era secreto, Mitch —continuó Stride—. Nadie más sabía lo de las chicas alfa. ¿Qué crees que va a pensar el jurado? ¿Crees sinceramente que se imaginarán a alguien como Delmar Bezac como violador? Tú eres el semental del grupo. —Se inclinó hacia el oído de Brandt y susurró—: Es lo que creyó Eric Sorenson, ¿verdad? Vino a ti y te acusó de violar a su mujer. Así que tuviste que pararle los pies. Y a Tanjy.

Brandt estaba tan cerca que podía oler su sudor. Con la mano de Stride encima de un ojo y la cara perfectamente cincelada y sin afeitarse, Brandt parecía un pirata.

—Usted no sabe nada —le dijo—. No tiene ni idea de lo que pasa en esta ciudad.

—Pues explícamelo.

—Me han tendido una trampa. Igual que a Maggie.

—Claro.

—Mire, no sé lo que dirá Lassiter, pero fue idea suya. Me conoció en el club. Vino a mí con todo el plan sobre Infloron Medical y la aprobación de la FDA. Así que cuando averigüé que estaba negociando un buen trato con la SEC para cargarme a mí el mochuelo, perdí los estribos.

Stride negó con la cabeza.

—Lo entendiste mal, Mitch: la SEC no tenía ni idea de lo de Kathy Lassiter. Tú eres el único que estaba en su punto de mira, no ella. Recibieron un chivatazo anónimo.

Observó la mirada de Brandt, que cambió como un camaleón.

—Miente —dijo éste.

—No. Alguien te engañó.

—Qué hijo de puta —replicó Brandt, soltando el aire entre los dientes.

—Parece que sabes quién fue.

Brandt cerró los ojos.

—Maldita sea. Tengo que hablar con mi abogado. Tengo algo con que negociar, pero quiero averiguar hasta qué punto vale la pena antes de decir otra jodida palabra.

—¿De qué se trata? —quiso saber Stride.

—Dice que anda detrás de un violador, ¿no es así?

Stride vio que la sangre había sobrepasado los bordes del pañuelo en la frente de Brandt. Presionó más la herida y éste se tensó de dolor.

—Me parece que no me he explicado bien, es posible que ese tipo haya matado a dos personas. Ahora mismo, pienso que podrías ser tú. Si no lo eres, será mejor que me cuentes por qué y me ayudes a encontrarle.

—Quiero algo a cambio si atrapan a ese individuo. Quiero algún trato.

—De acuerdo, ¿qué te parece una placa con tu nombre en el ayuntamiento?
¿Quién es?

—No lo sé.

—Entonces no tienes nada con qué negociar.

—Oiga, no sé nada sobre él, pero es el tipo que buscan.

Stride aguardó.

—Le pagué —continuó—. Hicimos un trato, y ahora está echando a perder mi vida de todos modos. Para él es como un maldito juego.

—¿De quién estás hablando?

—Ya le he dicho que no le conozco —insistió Brandt—. Usted dice que yo era el único que sabía lo de las chicas alfa, pero no es cierto. Él también lo sabía todo.

—¿Quién?

—El hijo de puta que me ha estado chantajeando.

Stride arrugó el pañuelo y lo tiró al suelo del coche. Se apartó de Brandt y oyó la voz de Serena: una sola palabra, cuando le vencía el sueño después de que hicieran el amor. Una sola palabra, en la caja.

«Chantaje».

—Aún estoy sangrando —protestó Brandt.

—Sobrevivirás. Cuéntame más cosas.

—Ese tío sabe cosas. No sé de dónde las saca. Me llamó hace un par de meses y lo sabía todo sobre Infloron Medical y las operaciones aprovechando información privilegiada. Fechas, compras e importes. Me ha exprimido hasta la médula.

—¿Y las chicas alfa?

—También lo sabía. Bromeó sobre el hecho de que Lassiter y yo nos hubiéramos conocido en el club. Me preguntó cómo era hacerlo con las chicas alfa. Conocía sus nombres. Y ayer por la noche me volvió a llamar. Sabía que Lassiter iba a ser la chica alfa de hoy, y me dijo que ella le había estado hablando de mí a la SEC. Dijo que tuviera cuidado con ella. Pero el bastardo también debió de llamar a la SEC.

—¿Intentaste estafarle?

—¡No! Simplemente, el muy hijo de puta ha decidido joderme.

Stride salió del coche patrulla y cerró la puerta de golpe detrás de él. Alzó la vista al perfil de la torre de la colina y pensó en la chica de Enger Park y luego en Maggie y Serena. Y en la violación, el asesinato y el chantaje. Trató de organizarlo todo en su cabeza y no le gustó adónde le llevaba aquello.

A Mitchell Brandt le estaban chantajeando. Si Serena quiso decir lo que él creía, entonces también Dan Erickson estaba siendo víctima de un chantaje. Alguien que sabía lo del club sexual y las chicas alfa. Lo que le convertía a él en sospechoso principal de la serie de violaciones y los asesinatos de Eric y Tanjy.

Sufrió un ataque de ira al preguntarse cuánto sabía Serena y por qué no se lo había contado.

Después de meses de trabajar en las sombras, el chantajista debía de darse cuenta de que el reloj avanzaba inexorablemente. Ahora, la policía sabía lo de las violaciones. Sólo era cuestión de tiempo que Stride encajara las piezas del rompecabezas.

Eso significaba que Dan Erickson estaba en la trayectoria del huracán. Y en consecuencia, Serena también.

Capítulo 45

Serena detuvo el coche en un aparcamiento vacío bajo el elevado arco del puente Blatnik, que llevaba hasta Wisconsin a través de la bahía Superior. Los soportes de cemento en forma de Y se alineaban como una fila de soldados marchando desde la ciudad para adentrarse en el agua, siguiendo una senda de luces blancas. Cada vez que un coche aceleraba en lo alto, el lecho de acero de la autopista retumbaba como si aporrearan un tambor de hojalata. Cuando Serena salió del coche, miró hacia la gélida sábana del puerto que quedaba a su derecha. En el lado opuesto de la carretera, donde ésta trazaba un círculo de vuelta a la ciudad, se veían los campos oscuros que llevaban a los silos de la terminal portuaria, el motor de la industria de la ciudad durante los meses cálidos: un hervidero de barcos metalíferos que cargaban y descargaban sus vientres. En esta estación el puerto estaba abandonado, cerrado por la nieve a cal y canto a la espera del deshielo primaveral.

Había empezado a nevar, y los copos sobrevolaban las luces del puente como una lluvia de estrellas fugaces. Pestañeó cuando le entraron en los ojos. Llevaba la Glock bien cogida en una mano y una caja de zapatos atada con cinta aislante debajo del brazo, llena de billetes de cien dólares. La carretera, el parque, el agua helada, los edificios del puerto y los campos que cruzaban las vías, todo estaba desierto. Se preguntó dónde estaría él. Tenía los tacones enterrados en dos centímetros y medio de húmeda nieve, y rápidamente se le entumecieron y enfriaron los pies. No había tenido tiempo de cambiarse después de encontrar la nota; sólo había podido ir a recoger el dinero a casa de Dan y dirigirse a la ensenada del puerto. Ahora deseaba haber dejado unas botas de recambio en el coche. Encontró una zona abierta cerca de la torre del puente donde la nieve estaba apelmazada y decidió esperar allí. Se agitaba impaciente, golpeando con los pies en el suelo para sacudirse el frío.

Una vibración retumbó atravesando el cemento cuando un camión con doble remolque pasó como un rayo por el puente, justo encima de ella. El trueno del tambor de hojalata le hizo estremecerse, como si el puente se derrumbara a su alrededor.

El teléfono móvil sonó y dejó la caja de zapatos en la nieve para poder sacar el aparato con la mano libre.

—¿Dónde estás? —preguntó Stride.

Ella miró con cautela el aparcamiento vacío. A medida que nevaba con mayor intensidad era más difícil ver algo.

—Estoy haciendo un trabajo. No puedo hablar.

—¿Es sobre el chantaje a Dan?

Ella titubeó.

—Sí.

—Lárgate de ahí ahora mismo —le ordenó él—. A Brandt también lo estaban

chantajeando. Ese tío lo sabe todo sobre el club sexual y las chicas alfa. Puede que sea el criminal.

—Entonces es nuestra oportunidad para atraparlo —contestó Serena.

—No tú sola.

—Fui policía durante diez años. Sé cuidar de mí misma.

—Deberías haberme contado lo que estaba pasando con Dan.

—No podía, ya lo sabes.

—¿Dónde diablos estás?

Pensó en no decirle nada, pero comprendió que estaría siendo estúpida y testaruda.

—En Rices Point, debajo del puente.

—¿Te has vuelto completamente loca, joder?

—Él eligió el sitio.

—Sal de ahí ya; puede que vaya a por ti.

—Viene por una caja llena de dinero. Eso es lo que busca.

—Voy a mandar un coche.

—No lo hagas —insistió Serena—. Espantarás a la presa.

—Pues iré yo mismo.

Sonó un pitido en su teléfono, tenía otra llamada. Y sabía quién era.

—No, Jonny, no lo hagas. Aún no, dame media hora. Si no vuelvo a llamarte, envía la caballería.

Colgó dejándole con la palabra en la boca. Cuando dio paso a la otra llamada, oyó la voz del chantajista y percibió algo vagamente familiar en ella. Ojalá supiera por qué, pero era una de esas sensaciones que llegaban cuando llegaban y cuyo recuerdo no podía forzarse. Lo único que sabía con certeza era que iba de la mano de algo tenebroso, y esta vez el escalofrío que le recorrió la columna no se debió al tráfico sobre el puente, sino a un temor repentino.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó él.

Serena guardó silencio.

—Te he imaginado ahí dentro —continuó el hombre—. ¿Te has desnudado igual que los demás?

—Que te jodan.

—¿Te ha puesto húmeda todo ese sexo? ¿Te has tocado?

—Me voy —dijo Serena—. Con tu dinero.

—No, no te vas. Te quedas justo aquí.

—Mírame.

Serena se agachó para recoger la caja con la esperanza de que él pudiera verla. Hizo una pausa para ver cuál era su siguiente movimiento.

—Dime cómo es —insistió él.

—Parece que tú ya lo sepas.

—¿Quieres ser una chica alfa?

—No, gracias.

—Lástima —dijo—. Podrías ser igual que tu amiga Maggie. O Katrina. Ellas fueron chicas alfa.

Las implicaciones de sus palabras tensaron el cuerpo de Serena. Apretó el arma con más fuerza y no contestó.

—Ahora me tienes miedo —dijo él.

—¿Por qué iba a tenértelo?

—Sabes lo que les hice.

Se quedó allí, petrificada, mientras la nieve pintaba su cuerpo de blanco.

—Sí.

—A ti te voy a hacer lo mismo. Sólo quería que lo supieras antes.

—Eres un bastardo.

—Y algo peor, Serena. Mucho, mucho peor.

Serena colgó. Tropezando, cayéndose y levantándose otra vez, empezó a correr hacia el coche. Volvió la cabeza y miró a su espalda, y su pelo ondeó al viento cuando se puso a girar escudriñándolo todo a su alrededor, segura de que lo vería echársele encima. El tambor de hojalata volvió a retumbar; gritó, pero se mordió la lengua para obligarse a callar y notó el sabor metálico de la sangre. La nieve caía en abundancia, siguiéndola como un enjambre de abejas enfurecidas.

Mientras corría, la caja de zapatos se le resbaló y cayó al suelo. Maldijo y se agachó a recogerla, y cuando volvió a erguirse le cegó el resplandor de un faro blanco que inundaba su cuerpo de luz. Una sirena que conocía bien aulló y paró. Al ver unas luces giratorias en lo alto de un coche de la policía de Duluth se alegró de que Jonny no le hubiera hecho caso.

Paralizada bajo la luz, sintiéndose como un ciervo en la carretera, cayó en la cuenta de que estaba sosteniendo una pistola y una caja con dinero en efectivo.

El agente también lo vio. Utilizó un megáfono y ella captó su acento sureño:

—Tire la pistola.

Obedeció.

—Échese al suelo y mantenga los brazos alejados del cuerpo.

Serena tenía los brazos en alto. Se agachó sobre ambas rodillas y colocó las palmas sobre la nieve al tiempo que extendía todo el cuerpo. Estiró el cuello para ver algo, pero el reflector le apuntaba directamente a los ojos. Oyó que se abría la puerta del coche patrulla, y el agente le gritó a viva voz:

—No se mueva.

Pero ella ya estaba absolutamente quieta, conteniendo el aliento.

—No pasa nada, agente —dijo cuando él se acercó—. Mi nombre es Serena Dial.

Soy la compañera del teniente Stride.

—Cállese.

Estaba furioso, y además de furioso probablemente estaba asustado. Ella no dijo nada más, pues no quería irritarlo. Vio una silueta de piernas largas y musculosas, y junto al muslo, en su mano, la pistola, que apuntaba hacia ella. El policía la rodeó por detrás. Ella permanecía tumbada, sin moverse; era como tener a un oso olisqueándola y hacerse la muerta. Él recogió la pistola de la nieve, le quitó el cargador y se la guardó en el bolsillo.

Serena hizo una mueca cuando él le puso una rodilla en el centro de la espalda. Le cogió una muñeca con brusquedad, se la torció para echarla hacia atrás y se la metió en el aro de las esposas. Le cogió también el otro brazo y la sujetó. Cuando le agarró el pescuezo con sus gruesos dedos, ella le olió las manos.

—Arriba.

Aún no había enfundado el arma. Tiró de ella y la puso de rodillas, y luego Serena se levantó sin hacer movimientos bruscos.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó él.

—Dinero. Oiga, llame a Stride, él sabe de qué va esto.

—Suba al coche.

Le presionó el cuello con la base de la palma de una mano y la empujó hacia delante. Recogió la caja mientras se dirigían al coche patrulla. Ella caminaba un par de pasos por delante de él y en su interior escuchó la extraña palabra que le repetían sus sentidos: pescado.

Un hedor a pescado estropeó el aroma fresco de la nieve, y se dio cuenta que procedía del agente, allí donde le había tocado bruscamente con los dedos. Las manos le olían a pescado.

El mismo olor que impregnaba el coche cuando se subió a él después de la fiesta. Exactamente igual.

Sus pensamientos se desbordaron por completo, hasta el punto de ver cómo se alejaba su alivio como cenizas de un fuego. Pensó en lo extraño que sería que Jonny no le hiciera caso y mandara a alguien a pesar de todo. Pensó en lo rápido que había llegado ese coche. Pensó en un comentario casual que había hecho Jonny el día antes: «A Pete McKay le han robado un coche patrulla cuando respondía a una llamada en el instituto».

Había cometido un terrible error. El acento en su voz era un disfraz. Detrás de ella no había ningún policía. Era él. Le había dicho lo que pensaba hacerle y ella había dejado que se le acercara, la desarmara y le pusiera las esposas.

Serena no miró atrás ni cambió de actitud, pero sabía que sólo disponía de unos segundos para actuar. Una vez entrara en el coche, estaría perdida. Allá en lo alto, sobre el puente, vio las luces de un camión que se alejaba de la ciudad a toda

velocidad, y supo que estaba a punto de aporrear con fuerza el tambor de hojalata.

El lecho de la autopista bramó y el hombre que tenía a su espalda se sobresaltó. Oyó el suave rasgado de su ropa cuando los reflejos le llevaron a mirar por encima del hombro una fracción de segundo. Serena echó a correr. Salió desbocada a través de la nieve, poniendo rumbo a los campos y la hierba crecida que conducían a la terminal portuaria. Tras recuperarse de la sorpresa, su captor la siguió inmediatamente, pero Serena era rápida. Perdió los zapatos por el camino, incluso corrió más deprisa sin ellos, luchando por mantener el equilibrio con los brazos inmovilizados a la espalda. No miró atrás, pero le oyó gruñir tras caerse. Serena alcanzó la carretera, la cruzó como una bala y se lanzó a la maleza, que le llegaba casi hasta el cuello. Cuando se arriesgó a mirar atrás, no le vio.

Abrirse paso entre la nieve era como correr dentro del agua. El esfuerzo la había dejado exhausta, y sólo la sangre que bombeaba frenéticamente por sus venas evitaba que se le congelaran los pies. Pasó bajo unos cables telefónicos encorvados y junto al esqueleto de hormigón de un puente que había sido derribado hacía años, dejando unas ruinas que semejaban los restos bombardeados de una zona de guerra. Podía oírlo otra vez, volvía a tenerlo tras de sí, golpeando la maleza. Serena emergió del campo al cabo de unos cien metros y se encontró en mitad de un sistema de vías cubiertas de nieve que entraba serpenteando en el corazón del puerto. También vio vagones oxidados, abandonados durante la temporada baja. El esfuerzo por correr sin la ayuda de los brazos estaba acabando con sus menguadas fuerzas. Mientras seguía las vías tropezó con un bloque de hielo y se cayó de bruces, y algo duro y afilado le cortó el rostro. Perdió unos segundos preciosos retorciéndose y girando e intentando levantarse otra vez; entonces le vio: una sombra violenta que irrumpió desde el campo cubierto de hierba y se dirigía hacia ella, ganando terreno.

Serena no sabía cuánto tiempo había pasado, y rezó para que Jonny llenara aquello de agentes muy pronto. Las vías la guiaron al puerto, donde se encontró en un universo habitado por gigantes durmientes. Las grúas planeaban en lo alto, y los ganchos colgaban de cables de acero como hombres ahorcados. Se vio diminuta junto a montañas de basura, material de desguace y taconita, tapizadas todas ellas de nieve, y de depósitos de hormigón que se alzaban más de treinta metros sobre la tierra llana, intentó perderse en el laberinto inmenso y silencioso, roto únicamente por el silbar de la ventisca. Observó y escuchó, pero el hombre se había metido en el puerto siguiendo su estela y se había esfumado. Podía estar en cualquier parte.

Le costaba caminar. Sus pies dejaban un reguero de sangre y apenas los sentía o podía mover los dedos. Cortes y cardenales le escocían en la cara y notaba el sabor de la sangre en los labios. Las esposas le estaban dejando las muñecas en carne viva. No podía dar un paso más. Se detuvo frente a una grieta causada por la erosión en una pirámide de tierra y se introdujo por ella como pudo, maldiciendo por no poder ver el

exterior y esperando que él no pasara por delante. Se agachó, encogiéndose al máximo, pero se tambaleó sobre sus pies congelados y perdió el equilibrio hacia delante, quedando expuesta. La nieve seguía cayendo en una lluvia blanca que la helaba y la envolvía. Trató de erguirse, pero apenas le quedaban fuerzas para quedarse allí, con la única esperanza de que los gigantes la protegieran.

El teléfono móvil empezó a sonar. Estaba a un volumen tremendamente alto. Al tener las manos atadas, se limitó a escuchar cómo emitía un reclamo para su perseguidor. Oyó el crujir lento y seguro de las pisadas de éste cuando la encontró, y vislumbró su sombra cerniéndose sobre ella; ni siquiera le importó. Él rompió a reír mientras observaba su cuerpo tendido, y la levantó del suelo cogiéndola de la ropa. Llevaba el revólver colgado de la mano, con la culata mirando afuera. Serena desistió de ofrecer resistencia.

—Es hora de pasar cuentas —dijo él.

El arma se movió arriba y abajo y, en algún lugar, Serena vio la luz naranja del sol que se acercaba y le quemaba los ojos hasta dejarla ciega.

Tercera parte

ZONAS PELIGROSAS

Capítulo 46

El segundo vaso de vino hizo que a Helen Danning la cabeza le diera vueltas. Procuraba no beber alcohol, pero aquellos días en casa de Evelyn la habían relajado. Estaba sentada en una butaca raída y canturreaba mientras escuchaba la banda sonora de *Damn Yankees* en el estéreo. Había visto casi todas las representaciones del espectáculo musical en el Ordway, con Jerry Lewis interpretando el papel de diablo. Un diablo magnífico.

Helen se pintó las uñas de las manos como medialunas perfectas y levantó las piernas para hacer lo mismo con las de los pies. Era muy exigente con sus uñas, su maquillaje, su pintalabios y su pelo. Todo tenía que estar limpio y en su sitio. Planchaba todas sus prendas, hasta los calcetines y la ropa interior, recién sacadas de la secadora. Siempre tenía las encimeras desinfectadas y brillantes, y nunca dejaba un plato sucio en el fregadero. Evelyn no era tan quisquillosa. A su amiga le gustaba que el desorden rozara el caos, aunque no se quejaba cuando Helen limpiaba la casa obsesivamente.

Evelyn hacía los coros de la canción que sonaba por los altavoces. Se agachó sobre una rodilla y separó ambos brazos tras irrumpir de un salto en la sala de estar.

Helen se rió.

—Así me gusta —le dijo Evelyn—. Que te rías. Con los pies en alto.

—Estoy algo borracha —dijo Helen.

—Bien.

Evelyn buscó en el armario del recibidor y sacó una chaqueta de chándal con tiras de cinta reflectante plateada. Se la puso.

—¿Te vas a correr? —preguntó Helen—. Es tarde.

—Ya lo sé. Me he quedado pillada con mi última obra maestra. —Evelyn se limpió una mancha de pintura de la mejilla.

—El suelo estará resbaladizo.

Las ventanas estaban atrancadas por la nieve. Evelyn se encogió de hombros:

—Estoy acostumbrada. De todos modos, la tormenta se ha desplazado hacia el norte, ahora sólo quedan chaparrones. ¡Duluth está quedando sepultado!

—Tengo hambre —dijo Helen.

—No tardaré, luego podemos cenar. —Evelyn suspiró al oír que su golden retriever ladraba frenéticamente en el exterior de la casa—. Ese perro le ladra a cada puñetero ciervo que merodea por el bosque. ¡*Edgar*, deja a Bambi tranquilo! ¿Sabes?, una mañana me lo encontré morro contra morro con un alce, y éste lo miraba como si estuviera chalado.

Evelyn se subió a la otomana con sus calcetines blancos, apartó las piernas de Helen y se sentó. Empezó a ponerse las zapatillas de deporte y observó a su amiga

con aire pensativo.

—¿Contestaste a esa mujer que te envió el correo electrónico, la esposa de Eric?
Helen frunció el ceño.

—Le dije que me dejara en paz.

—¿Te parece que eso es lo correcto?

—Es una poli. No quiero tener nada que ver con polis.

—También es una mujer cuyo marido ha muerto asesinado. A lo mejor podrías servirle de ayuda. ¿Crees que es posible?

—No quiero implicarme en todo esto.

—Ya lo estás.

—¿Qué quieres decir?

Evelyn hundió la mano en el bolsillo del pantalón de chándal y sacó un trozo de papel. Se lo entregó a Helen: era un número de teléfono con el prefijo 218.

—Alguien me ha llamado hoy a la tienda —dijo Evelyn—. Era de la policía de Duluth.

Helen se puso tensa.

—Oh, Dios mío.

—Te están buscando, cielo.

—No les habrás dicho nada, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero sabía que somos muy amigas. Me ha dado este número y me ha rogado que le llames.

Helen se levantó de un salto.

—Tengo que irme.

Evelyn le puso una mano tranquilizadora en el pecho.

—Quieta ahí, pequeña. Piénsalo. ¿Por qué no llamas y hablas con él? ¿Qué daño puede hacerte una llamada telefónica? Sé que tuviste una mala experiencia con la policía en la universidad, pero esto es distinto.

—Evelyn, lo único que quiero es que todo esto pase. Quiero vivir mi vida sin que nadie me moleste, ¿entiendes?

—Demasiado tarde para eso —replicó Evelyn—. Tal vez seas la única persona que pueda ayudarles a atrapar a ese tipo.

—Yo sólo quería dejar esto atrás.

—Ya lo sé. Oye, bebe un poco más de vino y reflexiona sobre ello, ¿de acuerdo? Volveremos a hablar mientras cenamos.

—Tal vez ya no esté aquí cuando regreses.

—¿Y te perderás mis espaguetis con espinacas y mis albóndigas sin carne? No digas eso.

—Estoy asustada.

—No debes estarlo. Ya te he dicho que aquí estás a salvo, ¿vale? Tú espera,

volveré en cuestión de minutos.

—¿No puedes saltarte tu carrera esta noche? —preguntó Helen.

—Me la podría saltar todas las noches, pero entonces nunca saldría a correr. No tardaré. —Fue haciendo jogging hasta la puerta principal. El golden retriever seguía ladrando en el exterior—. ¡*Edgar!* ¡Si ni siquiera te gusta la carne de venado! Estúpido perro.

Después de que se fuera, Helen apagó el estéreo y dejó el segundo vaso de vino en el borde de un estante. Presa de la inquietud, se levantó del sillón para dar unos pasos. Utilizó el mando a distancia para encender el televisor y se quedó de pie con los brazos cruzados mientras veía una vieja teleserie, hasta que se dio cuenta de que ni siquiera estaba escuchando el diálogo. Así que también apagó el televisor.

Helen pensó en Eric Sorenson, aquel hombre tan atractivo de pelo rubio y largo. Cuando se acercó a ella por primera vez en el teatro no le creyó, y se negó a escuchar su historia. Sólo cuando le contó lo que le había pasado a su esposa Helen accedió a cenar con él después de la función. Fue un error. No quería verse involucrada. Llevaba huyendo del asalto en la universidad desde que tenía veinte años, y lo último que necesitaba era que ese extraño le hiciera revivirlo todo.

Luego, tres días después, salió en las noticias: el hombre que había estado sentado a la mesa frente a ella había muerto. Asesinado. Y su mujer era sospechosa.

Su mujer, la que había enviado un mensaje al blog de Helen. «Necesito tu ayuda».

Helen no quería ayudar. No quería que la arrastraran hacia todo eso. Llevaba mucho tiempo viviendo por sus propios medios, manteniendo su universo immaculado, perdiéndose en musicales todas las noches. Quería que la dejaran tranquila, estar a salvo, olvidar. Pero Evelyn tenía razón: ya era tarde para eso. Estaba demasiado implicada, le gustara o no.

Cogió el vaso de vino y lo apuró. Volvió a sentarse en el sillón, cerró los ojos y puso de nuevo la banda sonora de *Damn Yankees*. La escuchó toda hasta el final, cuando el diablo es burlado y al bueno le devuelven su alma. Cuando terminó, Helen se preguntó si algo así podría pasar en la vida real, si era posible correr más que el diablo o si al final éste acababa por atraparte.

Miró el trozo de papel con el número de teléfono. Llamar a la policía. Parecía sencillo, pero Evelyn no sabía lo que le estaba pidiendo. ¿Y para qué? Ella no tenía ninguna prueba de nada. Por lo que sabía, la culpable de la muerte de Eric era su esposa. En realidad no tenía nada que decirles.

Helen descolgó el teléfono, sintió el peso del auricular en la mano y volvió a colgar. Tenía problemas para respirar. Si el policía atendía a la llamada, no estaba segura de ser capaz de articular ni una palabra. No sabría qué decir. Tenía la boca seca. Se alejó del teléfono y se lo quedó mirando desde el otro extremo de la estancia. No le debía nada a Eric. No le debía nada a su mujer. A la única que le debía algo era

a sí misma.

«Pues hazlo por ti», pensó.

Helen se dirigió resueltamente al teléfono y marcó el número antes de que sus dudas la paralizaran. Contuvo el aliento mientras daba señal, y un instante después alguien descolgó.

—¿Diga? —preguntó la voz.

Helen se quedó sin habla de la sorpresa.

—Oh —soltó finalmente—. ¿Es la policía de Duluth?

—No, no es aquí.

—¿Y vive aquí algún policía?

—No, se equivoca de número.

—Perdone —dijo Helen.

Colgó y volvió a pulsar los botones cuidadosamente, leyéndolos en voz alta de la nota de Evelyn. Aguardó mientras sonaba la señal.

—¿Diga? —preguntó la misma voz.

Esta vez, Helen no dijo nada. El cerebro se le aceleró. El corazón se le disparó como un cohete.

—¿Quién es? —interrogó el hombre en voz alta.

Helen guardó silencio. Él soltó una maldición y le colgó. El tono de llamada le zumbó en el oído.

Volvió a dejar el auricular en su sitio, con suavidad. Empezó a sudar profusamente y se le encogieron las entrañas. Se le puso la carne de gallina.

Si Evelyn estuviera allí, diría: «Tranquila, cielo. Me habré equivocado al anotar el número».

Pero no era un error propio de Evelyn.

¿Dónde estaba? Ya debería haber vuelto. Evelyn nunca se iba a correr durante más de media hora por las noches, y cuando Helen comprobó el reloj de la chimenea cayó en la cuenta de que había transcurrido una hora mientras ella escuchaba música.

«Tranquila, cielo. Sólo llego un poco tarde». Tal vez Evelyn se había torcido un tobillo. Tal vez se había encontrado un animal herido por el camino y estaba intentando salvarlo. Era habitual en ella. Tal vez.

Helen retrocedió despacio y en silencio hasta que rozó con la mano la pared norte de la casa; entonces se quedó inmóvil, escrutando las sombras del pasillo que conducían al dormitorio. Se mordió el labio superior con fuerza. El perro ya no ladraba. ¿Por qué?

Tal vez el ciervo ya no estaba. Tal vez *Edgar* se había dormido. «Has estado bebiendo —se dijo—. Estás paranoica». Helen siguió la pared en dirección al porche de atrás que daba al río. Cuando alcanzó el sillón donde había estado sentada, extendió el brazo hacia atrás y apagó la luz, bañando la casa de oscuridad. Rodeó el

mueble de mimbre, apoyó una mano en el frío vidrio y se quedó mirando el exterior a través de la contrapuerta. En algún lugar de la noche, debajo del jardín, detrás del sauce llorón que barría el suelo con sus ramas colgantes, estaba el Mississippi. No veía luz en ningún sitio. Rememoró su odio a la oscuridad y los espacios abiertos, su preferencia por estar enclaustrada donde hubiera luz y gentío.

«Tienes que irte. Ahora». «Él está aquí».

Helen abrió la puerta del porche de golpe y se deslizó al aire gélido del exterior. El suelo de madera estaba glaseado por el hielo. Estuvo a punto de caerse al bajar dos escalones de una vez en dirección al césped, que crujió por la escarcha.

Tenía el coche a unos pasos, aparcado junto al viejo trasto de Evelyn. Sólo tenía que ir hasta allí.

Meterse en el coche y alejarse. Ya llamaría a Evelyn desde la carretera. Para entonces ella estaría a salvo en casa y disgustada con Helen por haberse ido. No le había ocurrido nada. Helen se estaba imaginando la niebla de la amenaza a su alrededor. La presencia del diablo.

Podía ir hasta Duluth, encontrar a la esposa de Eric y poner fin a toda una vida huyendo.

Veinte metros de espacio abierto, veinte metros de noche, se interponían entre el coche y ella. Luego, la libertad.

Se acordó de que tenía la banda sonora del musical *Show Boat* en el reproductor de CD, y sonrió ante la idea de escucharla mientras conducía. Estaba pensando en el hombre negro que cantaba *Ol' Man River* cuando corrió hacia el coche. Estaba pensando en el miedo que le daba morir cuando sintió las manos alrededor de la garganta.

Capítulo 47

Dan Erickson tenía un vaso de ginebra en la mano e iba vestido con pantalones negros y camisa de vestir, y la corbata aflojada alrededor del cuello. Estaba despeinado. Al ver a Stride en su puerta a medianoche, encogió la boca en una mueca y sus ojos delataron ansiedad. Stride apoyó ambas manos en el pecho de Dan y lo empujó al interior de la casa, donde tropezó en el suelo de madera; la bebida y los cubitos se derramaron y el pesado cristal se alejó rodando hasta dar con la pared.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Dan.

—La tiene él, estúpido y arrogante hijo de puta —gritó Stride—. Tiene a Serena y quiero saber quién es.

Dan se apartó el pelo de la cara.

—No sé de qué estás hablando.

—No juegues conmigo. Ni se te ocurra siquiera. Alguien te apretó las pelotas y tú contrataste a Serena para que te sacara del lío.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Qué pasa? ¿Quieres poner una reclamación? Es hora de hablar claro, Dan. Y no me importa que lo pierdas todo por eso. Vas a contarme qué está pasando.

—Yo no tengo que contarte nada.

Stride negó con la cabeza.

—Puede que Lauren no tenga más que agua helada en las venas, pero tú no. No creo que en tu caso se tratara sólo de dinero y poder.

—Pues me parece que soy más superficial de lo que piensas.

—Está bien, quizá lo seas —dijo Stride—. Me importa una mierda. Lo que estoy diciendo es que la vida tal como la conoces se te ha acabado. Todo está saliendo a la luz. Tienes dos opciones, o me lo cuentas ahora mismo y me ayudas a salvar la vida de Serena, o te callas y los periodistas empiezan a cebarse contigo a partir de mañana. Tú eliges.

Dan se apoyó contra la pared, exhalando como si el aire saliera rechinando de un neumático. Cuando se retiró pasillo abajo, Stride frunció el ceño. Una puerta de nogal se abrió a un despacho oscuro, donde la pantalla de un ordenador brillaba sobre el escritorio de Dan. Éste se sentó en la silla reclinable, echó el respaldo hacia atrás y clavó la mirada fija en el techo, con las piernas separadas y los brazos colgando. En la pared, encima de su cabeza, había una foto de Lauren y él, sonriendo y exultantes.

—Lo siento por Serena.

—El hecho de que lo sientas no cambia nada —replicó Stride.

Dan se irguió.

—¿Sabes por qué soy tan bueno metiendo a gente en la cárcel? Porque entiendo el proceso mental de los criminales. Sé lo que es perseguir algo que quieres y no

pensar en absoluto en las consecuencias. Soy como un adolescente que echa un polvo sin usar protección.

—Me estás haciendo perder el tiempo, Dan.

—Sólo quiero que lo entiendas, ¿vale? Pero tú no lo entiendes. Eres demasiado disciplinado, Stride. Nunca pierdes el control.

—No soy así en absoluto.

—Pero nunca permitirías que una mujer te tuviera cogido por la polla, ¿verdad? Pues ésa es mi vida.

Stride oyó un movimiento tras de sí y vio a Lauren, que aguardaba en la tenue luz del umbral, escuchando. Sus miradas se encontraron. Él nunca había visto sus ojos azules tan duros y glaciales. Entró despacio en el despacho, con las manos en los bolsillos de unos vaqueros lavados a la piedra. Llevaba una camisa de franela azul marino por fuera, con los dos botones de arriba sin abrochar, y botas de ante.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

Dan se la quedó mirando y Stride vio reflejado en su expresión lo que implicaba una vida de impotencia bajo el yugo de una mujer rica.

—Esto no te concierne.

—¿No? He oído que mencionabas tu polla, Dan. Eso siempre me concierne.

—Muy gracioso.

—No, no tiene ninguna gracia —dijo Lauren—. ¿Qué has hecho?

Dan guardó silencio. Ella se volvió hacia Stride con mirada interrogante.

—Le están chantajeando —explicó Stride—. Contrató a Serena como intermediaria y el chantajista la ha raptado esta noche.

—Oh, Dios mío.

—Ese tipo está haciendo estallar todas las minas que había enterrado, Dan —le dijo Stride—. Mitchell Brandt le estaba pagando a tu chantajista por hacer negocios con información confidencial, y el tío ha decidido joderlo. Tú eres el siguiente. ¿Lo pillas, Dan? Ha salido tu número. Ese tío es capaz de cualquier cosa. Pensamos que al delito del chantaje ya ha añadido los de violación y asesinato.

—¿Cuánto le has pagado? —preguntó Lauren a su marido.

Dan no respondió.

—¿Cuánto?

—Ciento diez mil dólares.

—Idiota —espetó ella.

—¿Que tiene contra ti? —quiso saber Stride.

Dan vaciló y miró a Lauren.

—Díselo —ordenó ella—. Dínoslo a los dos.

Dan se encogió de hombros.

—Era por Tanjy.

—¿La violaste? —preguntó Stride—. ¿La mataste? ¿Es de lo que va todo esto?

—¡No! Teníamos una aventura.

Stride negó con la cabeza.

—¿Y por qué valía eso tanto dinero?

—Ya sabes cuáles eran las fantasías de Tanjy. Hicimos cosas que nadie entendería. El tipo tiene fotos de nosotros. Si salieran a la luz sería desastroso.

—¿Mataste a Tanjy para cerrarle la boca? —preguntó Stride.

—No, no, no es eso lo que ocurrió.

El rostro de Lauren era de granito.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? Carnaza para los periódicos. —Lauren miró a Stride—. ¿Tengo razón?

Él asintió.

—Adiós a Washington —le dijo a Dan—. Estamos acabados.

—No tenía por qué saberse —protestó Dan.

—¿Quién te crees que eres? ¿JFK? ¿Bill Clinton? ¿Crees que puedes salir airoso de cualquier embrollo? No puedo creer que me hayas hecho esto. Todo ha terminado, Dan. ¿Te das cuenta? Has destrozado nuestras vidas.

—Lo siento —dijo él.

—¿Realmente valió la pena? —le preguntó Lauren—. ¿Valía ella la pena?

Dan la miró con dureza, y Stride se preguntó si era la primera vez en su vida que le decía la verdad.

—Sí, la valía.

Lauren cruzó la habitación indignada y le pegó un bofetón tan fuerte que sonó como el disparo de un rifle. Fue como la escenificación de una ruptura. El final de todo. Lauren y Dan estaban al borde del precipicio. Ella dio media vuelta y salió resueltamente de allí, y cinco segundos después la puerta principal se cerró con tanta fuerza que la vieja casa tembló.

—Tenemos que encontrar a ese tío —repitió Stride—. Tengo que saber quién es.

—No tengo ni idea.

—Entonces nos sentaremos aquí y pensaremos cómo ha podido arruinar tu vida, y cómo ha arruinado la de Mitchell Brandt, y cómo sabía lo de Sonia y el maldito club sexual. Y no me digas que no sabes que el club existe.

—Sí, lo sé —admitió Dan—. Mira, Stride, no quería contarte esto, pero hay algo más. No creo que nos ayude a encontrarle, pero seguramente deberías saberlo.

—Dispara.

—Ese tío está obsesionado con Serena —dijo Dan—. Lo estaba desde el principio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Stride. Apenas podía respirar.

—No fue casualidad que yo contratase a Serena como intermediaria. Formaba

parte del trato. Era parte del precio. No sólo quería dinero cuando contactó conmigo por primera vez. Quería a Serena.

Capítulo 48

Stride dejó que el silencio se instalara entre ellos y se tornara violento. La hostilidad llenó la habitación como humo fluyendo de los respiraderos. Se quedaron mirando el uno al otro. El ordenador del escritorio de Dan runruneaba al girar el ventilador. En algún lugar del exterior, el motor de un lujoso sedán aceleró cuando Lauren salió del garaje alejándose de la propiedad como alma que lleva el diablo.

—No tenía ni idea de que fuera a ocurrir algo así —dijo Dan.

—Seguro que sonó alguna alarma en tu cabeza, pero simplemente no hiciste caso. Estabas intentando salvar tu culo.

Dan se encogió de hombros.

—De acuerdo, tal vez sí.

—Si le ocurre algo a Serena, acabaré contigo.

—Tendrás que hacer cola.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Oye, yo nunca pensé que esto pudiera acabar así. Sabes tan bien como yo que la mayoría de los chantajistas no son violentos. Bien al contrario, en el fondo son unos cobardes. Pensé que a lo mejor ese tío estaba colado por Serena, o qué diablos, llegué a pensar que podían estar juntos en esto. Ella era nueva en la ciudad, yo no tenía ni idea de quién coño era.

Stride no le creyó, pero eso no importaba. Dejó su ira de lado.

—¿No tienes ninguna pista de quién es ese hombre?

—Ya te he dicho que no.

—¿Y Serena?

—Si la tenía, no me lo ha dicho nunca.

—¿Cómo contactó contigo?

—La primera vez fue por teléfono —dijo Dan—. Me llamó a casa.

—¿Cuándo?

—El martes pasado.

—¿Qué dijo? —preguntó Stride.

—Sabía lo de mi aventura con Tanjy.

—¿Qué quería?

—Diez mil dólares, o de lo contrario se lo contaría a la prensa y a Lauren.

—¿Dijo por qué quería implicar a Serena?

—No, sólo que sabía que yo no querría hacer el trabajo sucio personalmente, y propuso que alguien hiciera de intermediario. No sé de qué la conoce ni por qué la quería a ella.

—¿Cómo supo lo de Tanjy y tú?

—No tengo ni idea.

—¿Qué pasó luego?

—Le pagué, fin de la historia. Serena hizo la entrega. Unos días después, le dio a Serena una fotografía muy explícita de Tanjy y yo en Grassy Point Park. Esta vez aumentó el precio.

—¿De dónde sacó la foto?

—Ya se lo dije a Serena, no lo sé. Las hizo Tanjy, pero yo las borré de su ordenador. No había forma de que ese tipo pudiera llegar a encontrarlas.

—¿Había copias guardadas en algún otro sitio? ¿Las tenías en tu ordenador?

—No, Tanjy las tomó con una cámara digital y yo se las descargué en su PC. Por lo que sé, eso era todo. Puedes estar seguro de que Tanjy no las habría compartido con nadie más. Me deshice de ellas el pasado noviembre, después de que estallara el asunto de la violación y Tanjy y yo rompiéramos.

—Así que pudo haberlas recuperado.

—¿Tanjy? La pobre necesitaba un manual de instrucciones para encender el ordenador.

—Pues alguien las recuperó. A menos que ese tío las encontrase antes de que tú las borraras.

—Entonces ¿por qué esperó para chantajearme?

Stride asintió. Aquello no tenía lógica, pero se daba cuenta de que se estaba acercando a algo importante. Era indudable que el chantajista tenía acceso al ordenador de Tanjy.

—Podría tratarse de un *hacker* —aventuró Stride—. Un pirata informático que interceptara el correo electrónico, o se metiera a través de internet, o pinchando una red inalámbrica.

Al pensar en todo lo que sabía el chantajista, Stride sintió que le subía la adrenalina. Mitchell Brandt y su tráfico de información confidencial. «Fechas, compras e importes», dijo Brandt. El club sexual y Sonia, que guardaba un registro detallado en el disco duro. Fotos de Dan y Tanjy, almacenadas en el ordenador de ésta.

—No hay forma de que ese tío accediera a la máquina de Tanjy desde el exterior —dijo Dan—. Tuvo que ser alguien que estuviera dentro de su apartamento.

Stride recordó su primera visita al apartamento de Tanjy y se acordó del chico al otro lado de la calle que se pasaba el día espiándola desde la ventana de su dormitorio. ¿Cómo diablos se llamaba? ¿Doug? ¿Duke? Si Stride se había colado en casa de Tanjy simplemente abriendo una ventana, ¿cuántas veces habría hecho lo mismo ese chico? ¿Y si había encendido el ordenador y había encontrado una mina de oro?

Stride estaba excitado con la idea, pero la descartó ipso facto: aun en el caso de que el chico tuviera alguna relación con Tanjy, eso no explicaba cómo podría haber

averiguado lo que ocultaban Mitchell Brandt y Sonia Bezac.

Pensó en lo que Dan acababa de decir.

—¿Por qué estás tan seguro de que no podía piratear desde el exterior?

—Me aseguré de que Tanjy instalara el cortafuegos más avanzado —contestó Dan—. Yo sabía la clase de cosas que ella guardaba en su sistema, y no quería que nadie les echara mano.

—Has dicho que era una negada con los ordenadores.

—Y así es. Llamó a Byte Patrol. Ellos le configuraron el cortafuegos.

Stride se detuvo. Todo se detuvo.

—¿Byte Patrol? Esos tíos de las furgonetas púrpura, ¿no? ¿Y camisas púrpura también?

—Sí, se les ve por toda la ciudad.

Uno tras otro, Stride recordó los detalles que se iban destacando de la masa de hechos en su cabeza y caían como monedas en la cubeta metálica de una máquina tragaperras. Las cerezas se alinearon y le tocó el premio gordo.

Estaba en el dormitorio de Tanjy, y vio la carpeta púrpura fosforescente al lado del ordenador.

Estaba en la sala de estar de Sonia, mientras ella le hablaba del sistema de seguridad a prueba de piratería informática que le había instalado Byte Patrol.

Estaba hablando con Mitchell Brandt y le oía hablar del software que utilizaba. Diseñado por Byte Patrol.

Estaba en Silk mientras Sonia regañaba a un técnico con camisa púrpura. Era un tipo enorme como un oso, aporreando el teclado con sus pezuñas gigantes. Stride trató de recordar el aspecto exacto de ese individuo, pero lo único que recordaba era el instante en que la mirada del técnico se cruzó con la de Stride y aquél le hizo un guiño.

El empleado de Byte Patrol sabía exactamente quién era Stride. Se estaba riendo de su propia broma. Era el hombre que conocía todo lo que se ocultaba dentro de los ordenadores. Era el hombre que manejaba los hilos y vendía secretos por toda la ciudad. Era el hombre que había violado a Maggie.

Stride pensó en Eric hablando con Tony Wells. «¿Hay algún modo de saber si una persona corriente puede ser un criminal sexual?».

«Ése es el hombre —pensó Stride—, al que Eric fue a ver esa noche».

El hombre que tenía a Serena.

Capítulo 49

Serena sabía que estaba despierta por el dolor. Sentía el cráneo como si se lo hubieran abierto como una cascara de huevo. Al girar el cuello, un pinchazo le sacudió la columna y la hizo temblar de arriba abajo. Abrió los ojos; a su alrededor sólo había oscuridad y todo le daba vueltas. Intentó mover las manos, pero las tenía atadas. Igual que los pies. Estaba clavada, como una mariposa capturada por un coleccionista. El colchón que tenía debajo parecía de arpillera y le rascaba la piel. Olía a moho y sangre. El aire transportó un hedor a pescado destripado con las huevas, los huesos y los órganos fuera. Trató de hablar, gritar, llorar y chillar, pero estaba amordazada y un sabor a algodón húmedo le agriaba la boca. De su garganta brotó un sonido tan lamentable que el viento se rió de él.

La ventisca era como un monstruo a sólo unos centímetros de distancia, ruidosa y feroz. El acero se estremecía y vibraba cada vez que una ráfaga asaltaba las paredes metálicas. Oía un siseo como de mil serpientes: era el azote del viento, rabioso como un tornado. Estuviera donde estuviese, era como estar a la intemperie, porque aquello no servía como protección del viento y el frío que arremetía contra las paredes. El aire gélido que se le metía en la piel le dijo que estaba desnuda. Su carne descubierta se frunció, los dedos de los pies se encresparon y sus puños se apretaron. Una gota de agua le cayó encima atravesando el techo, dibujando un rastro helado muslo abajo.

Se maldijo a sí misma por haber sido tan estúpida. Por no decírselo a Jonny. Por no cubrirse las espaldas. Ahora estaba prisionera y no se hacía ilusiones de que la rescataran, y sabía que iba a pasar algo malo. La clase de cosas que te hacían darte cuenta de que no había un Dios que intercediera por ti. La clase de cosas por las que ya había pasado antes.

Él también estaba en la habitación. Cada tantos segundos, Serena oía un chirrido de madera y clavos que se separaban cada vez que él se movía en una mecedora. Aunque no lo veía, sentía su mirada. Quería que dijera algo. Quería que aquello empezara para poder acabar, pero durante lo que pareció una eternidad él la dejó sufriendo en su universo frío y ciego, como consciente de que la espera era lo peor de todo. Se sintió como una niña haciendo cola para entrar en la casa del terror, con el estómago hecho un ovillo por el miedo.

Se dijo a sí misma que no le importaba. Sólo era dolor. Mucho tiempo atrás había aprendido por sí sola a sumergirse en el interior de su cerebro para esconderse de ese dolor. Desconectar de sus emociones hasta no sentir nada. Ni daño ni rabia ni amor. Intentó recordar cómo lo hacía entonces, cómo seguir esa senda otra vez, cómo encontrar aquel sitio. Y aun ahora se resistía, pues no quería volver atrás. La nada era una tortura en sí misma, una habitación vacía en la que se había pasado décadas para tratar de escapar.

Forcejeó con sus ataduras, y notó cómo se zarandeaba la cama al intentar liberarse, consciente de que estaba malgastando sus fuerzas. Él se rió; era el primer sonido real que emitía, y entonces le oyó levantarse. Olió cómo se acercaba. Quiso escabullirse hacia atrás, pero no había ningún lugar al que ir. El hombre se agachó sobre ella. Tenía su aliento en la cara. Serena la apartó, pero él le cogió la mandíbula con dedos como tenazas y se la volvió a girar.

—He esperado mucho tiempo para esto —dijo. Serena trató de sofocar esa voz y los extraños ecos de terror que despertaba en ella. Se concentró en la tormenta, imaginando el manto de nieve al otro lado de la pared, preguntándose si el viento no la cogería para llevársela lejos.

Él le pasó algo frío y cortante por la piel, empezando por el cuello y trazando una línea por su garganta con lo que notó que era la punta de un cuchillo. Apretó lo bastante para ponerle los pelos de punta, pero no como para rasgarle la carne. El cuchillo la exploró como un animal curioso. Perfiló un círculo alrededor de sus pechos y de las aureolas, y luego le pinchó el centro de un pezón, una punzada que la hizo estremecer y dibujó una gota húmeda y cálida de sangre.

Las lágrimas le brotaron espontáneamente por las mejillas.

El cuchillo descendió arañándole el ombligo, desviándose en los muslos, escondiéndose debajo de las rodillas, recorriéndole las plantas de los pies, subiendo otra vez y apuntando entre las piernas. El hombre giró el arma y depositó la parte roma de la fría hoja sobre su montículo. Serena se tensó persiguiendo aquel sitio lejano, la habitación de la nada, pero lo había perdido y no sabía cómo encontrarlo.

—Tengo que firmar mi obra —dijo él—. Así, cuando Stride te encuentre sabrá quién fue.

Ella echó la cabeza adelante y atrás con violencia, ignorando el dolor en el cráneo, e impulsó su cuerpo para levantarlo de la cama. Otro grito murió en el algodón húmedo de su boca. Él aguardó a que se quedase sin fuerzas y se derrumbara otra vez, agotada y mareada.

Su gran mano buscó el llano del estómago de ella y empujó hacia abajo expulsando el aire, que salió por la nariz. Tensó la piel con sus dedos hasta que quedó tirante como un lienzo.

«¡No!», chilló ella, pero no salió ningún sonido; lo único que se oía era la tormenta en el exterior. Las quejas, los ruegos y las súplicas estaban sólo en su cabeza.

La punta del cuchillo la penetró. El tejido se separó célula a célula. La sangre manó. Él empezó a tallar.

En algún punto del proceso, Serena se desmayó. Cuando volvió en sí, tenía el estómago frío y caliente, irritado y helado, todo al mismo tiempo. La sangre se había convertido en hielo, dura como azúcar candi. La tormenta seguía bramando detrás de

la pared. Los olores y ruidos eran los mismos, pero notaba algo distinto, y cayó en la cuenta de que ya no tenía el trapo metido en la boca. Podía mover los músculos de la mandíbula y respirar ese aire rancio.

Serena gritó, y descubrió que estaba en un espacio pequeño porque el sonido rebotó entre las paredes, insoportablemente alto y metálico. Sin embargo, en el exterior era un murmullo enfrentándose al rugir del viento. Siguió gritando hasta que se quedó ronca y se le irritó la garganta, y cuando paró no había pasado nada de nada. Nadie corrió a rescatarla. La ventisca no le prestaba atención.

—Grita si quieres, pero nadie te oirá —dijo él.

Ella no respondió.

—Aléjate un metro en el exterior y no oirás nada. Créeme, no te gustaría salir ahora. No durarías ni treinta segundos.

A ella le sonaron como treinta segundos de paraíso. Treinta segundos de congelación y luego estaría caliente y dormida, alejada del dolor.

—¿Por qué yo? —preguntó Serena.

—Es a ti a quien quería desde el principio —contestó él.

—¿Por qué? —repitió.

—¿No lo has adivinado?

Algo en su forma de decirlo le hizo caer en la cuenta por primera vez de que no había sido una cuestión de azar. No era que se hubiera cruzado en el camino de un violador y hubiera acabado accidentalmente en su punto de mira. Esto tenía que ver con él y ella, y había sido así siempre. Era algo personal.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Creo que ya lo sabes.

Tenía razón. Le conocía. Cuando lo pensaba de este modo, se daba cuenta de que había algo familiar en él, algo en su voz que le traía recuerdos. Rebuscó en su pasado, pero había tantos nombres... Era lo que pasaba cuando se era policía: los nombres se confundían entre sí. La mayoría de las veces no importaba, porque ¿cuántos criminales se fijaban si les echaba el guante un poli gordo de cincuenta y tantos? Pero cuando eras mujer, eras guapa y eras de Las Vegas, de algún modo el pasado planeaba sobre ti y no te dejaba ir nunca.

Su mala suerte.

Lo supo allí y en aquel momento. Mala suerte. Tommy Luck^[15].

Tommy Luck, el que había marcado a su novia con la punta de un cuchillo. Tommy Luck, el que tenía esa pared horrible en su apartamento con docenas de fotografías furtivas de Serena, imágenes torturadas con ojos que faltaban, su cuello acuchillado, su cuerpo cubierto de pintura roja, agujeros donde él había apuñalado las fotos repetidamente con un punzón... Oh, Dios, Dios, ¿por qué no le había seguido la pista? Había entrado para veinte años, pero cuanta más gente llegaba a las cárceles

más rápido salían otros.

Ahora estaba fuera. Había vuelto. Tommy Luck. Debería haber hecho lo que pensó en hacer años atrás, cuando salió de la cárcel la primera vez: seguirle y matarlo. Podría haberlo borrado a él y borrar todo el dolor de aquéllos que se cruzaban en su camino. Maggie. Tanjy. Eric. Todos los demás.

Era culpa suya. Debería haberlo matado cuando tuvo la oportunidad.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —le preguntó él.

Ella guardó silencio.

—Quiero que me veas para lo que viene ahora. Quiero que me mires a los ojos. Te los sostendré abiertos con cinta si es necesario. Vas a mirar lo que te hago.

Ella volvió a sentir el cuchillo, esta vez en el rostro, magullándole la mejilla mientras él le cortaba la venda que la cegaba. No pudo evitarlo: abrió los ojos aunque su mente le repetía que los mantuviera cerrados. Había una sola bombilla iluminando el espacio, pero de todos modos era luz después de tanta oscuridad, y tuvo que entornar los ojos y volver la cabeza. Él se le acercó, enorme y fuerte, interponiéndose entre ella y la luz, como una silueta del mal.

Capítulo 50

Echaron la puerta abajo con arietes a las dos de la madrugada, aunque Stride sabía que no iba a estar allí; y no estaba.

Utilizaba el nombre de William Deed, y la gente que lo conocía lo llamaba Billy. Tanto Mitchell Brandt como Sonia Bezac confirmaron que Billy Deed era el técnico de Byte Patrol que había manejado sus ordenadores. El propietario de la tienda, que ahora estaba sentado al ordenador en el apartamento de Deed, comprobó sus registros y le dijo a Stride que éste se había encargado del sistema de cortafuegos de Tanjy Powell.

No constaba ningún William Deed en la base de datos de criminales del estado, y el número de la seguridad social que había proporcionado en su solicitud de empleo era falso.

Stride se pasó ambas manos por el pelo ondulado y trató de mantener el control. Le subió la adrenalina, maldiciendo a través de su flujo sanguíneo como si se hubiera tragado media docena de tazas de café. El corazón le dio un vuelco y sentía sus trompicones cada minuto. Además de la adrenalina, un nudo de terror le comprimía el estómago, y éste despedía un ácido que le subía hasta quemarle la garganta. Ahora no podía pensar en Serena. Si lo hacía, se volvería loco. Sólo podía pensar en William Deed y en cómo encontrarle.

Max Guppo emergió del dormitorio de éste. Era un detective flatulento de ciento cincuenta kilos y cincuenta años, con la calva peor disimulada con cuatro pelos de todo el Medio Oeste, y también era el mejor técnico de pruebas de Stride. Llevaban trabajando juntos desde que Stride se unió al cuerpo. Nadie quería estar encerrado en una furgoneta con Guppo durante una vigilancia, pero ese hombre era un mago con las huellas latentes y los mapas de indicios, y sabía moverse por los ordenadores tan bien como cualquiera de Byte Patrol.

—Está infestado de huellas —le dijo a Stride. Tenía una línea de sudor en el labio superior—. Me he llevado las mejores. Me voy a la comisaría a escanearlas.

—Llama al oficial de servicio del BCA^[16] en Saint Paulo, y que alguien del laboratorio nos compruebe la base de datos ahora mismo. Si no hay nada que concuerde, mándalas al FBI con la etiqueta de urgente.

—Ya lo he hecho —replicó Guppo—. He despertado a un colega que es el mejor del laboratorio del BCA, y ya va hacia el centro. Ha dicho que se encargaría personalmente.

—Eres magnífico.

—No se preocupe, señor; volveré a estar con usted en menos de una hora, aunque tenga que despertar al agente especial al cargo.

Guppo salió corriendo del apartamento, y cuando Guppo corría, el suelo

temblaba. Stride sabía que tanto él como el resto del equipo doblarían su turno al trabajar toda la noche en este caso. Lo habrían hecho con cualquier rapto, pero éste era personal. Su lealtad era el único consuelo que tenía ahora mismo.

Teitscher llegó al apartamento unos minutos después, y sus ojos de sabueso encontraron a Stride junto a la ventana. Su gabardina estaba mojada por la nieve.

—¿Hay algo? —preguntó Stride.

Al ver el rostro de Abel supo que eran malas noticias. El corazón le falló de nuevo. Abel frunció el bigote.

—Hemos encontrado el coche patrulla de Pete McKay en la rampa de un aparcamiento del centro.

—¿Lo habéis registrado?

—Sí. Teniente, no puedo suavizarlo. Hemos encontrado manchas de sangre en el maletero. Pero no estoy hablando de mucha sangre, nadie se ha desangrado allí, ¿vale?

Stride necesitaba un cigarrillo más que nunca. Tenía los nervios a flor de piel y los dedos le temblaban. Volvió a recordarse que no debía pensar en Serena ni dar vueltas a qué le podía estar pasando. Pensar en Deed. Resolver el caso.

—O sea que crees que ha cambiado de coche —dijo Stride.

—Sí. Y también pienso que Serena está viva.

Teitscher no se explicó, pero Stride sabía a qué se refería: de haber estado muerta, Deed habría dejado el cuerpo en el maletero del coche.

—¿Había alguna cámara en la rampa? —preguntó Stride.

—No, pero el tipo tiene una de esas furgonetas púrpura de Byte Patrol a su cargo, y no la hemos encontrado. Estamos llamando a todo el mundo con un aviso de búsqueda urgente para la furgoneta. Tenemos a la patrulla de carreteras recorriendo las tres arterias de norte a sur: la 35, la 61 y la 169. Por si ese tío intenta ir a las Gemelas. La frontera canadiense también está avisada.

—¿Y Wisconsin?

—Sí, tenemos la Wisconsin 35 cubierta. K-2 ha metido a personal que no tenía turno, y estamos cubriendo toda la ciudad. La prensa también está en ello. Sé que no servirá de mucho hasta el noticiario de la mañana, pero entonces tendremos a todo el mundo alerta. Fletaremos helicópteros cuando deje de nevar.

Stride no podía evitar la sensación de que mañana sería demasiado tarde.

—A lo mejor tiene otro vehículo —dijo.

—A lo mejor.

Stride llamó a gritos al dueño de la tienda, que estaba filtrando material del ordenador de Deed. Craig, que no pasaba de los treinta, llevaba pantalones grises de chándal, una sudadera roja de la Universidad de Duluth y unas zapatillas de deporte raídas. Parecía medio dormido. Era alto y delgado, con el pelo crespo, voluminoso y

pelirrojo y barba de leñador.

—¡Eh! —gritó Stride—. ¿Sabes si ese Deed tiene otro coche? ¿Alguna vez le has visto conduciendo algo aparte de la furgoneta? Craig se frotó los ojos.

—No, casi siempre se la quedaba por la noche.

—Esconderse a plena vista —dijo Teitscher—. Esas furgonetas se ven tanto que ya nadie se fija.

—Tal vez tengamos suerte y siga en ella —replicó Stride—. Mantenme informado. Llama cada media hora.

—Lo haré. Oye, teniente, sé que esto no significa una mierda viniendo de mí, pero lo siento mucho.

—Gracias, Abel.

—No digo que me equivocara con Maggie, pero esto parece más complicado de lo que pensé.

—Actuaste como yo lo habría hecho en tu lugar —le dijo Stride.

—Maggie me ha llamado para preguntarme si podía participar en la búsqueda. Seguramente no debería haberlo hecho, pero le he dicho que sí.

Stride se encogió de hombros.

—Se habría metido de todos modos.

—Lo sé.

—Será mejor que tengas cuidado, Abel, la gente empezará a decir que te estás ablandando.

—Sí. No creo que falte mucho.

Teitscher se fue, y Stride siguió examinando el apartamento de Deed, buscando pistas que le condujeran hasta él. El edificio era una torre insulsa cerca de las tiendas de empeños y comercios de armas del extremo sur de la calle Superior. A través de la ventana del sexto piso, Stride bajó la mirada al rompecabezas de pasos elevados sobre la carretera, donde la autovía se escindía para adentrarse en la ciudad. Era barata, anónima y a unos segundos de una evasión rápida.

Dentro del apartamento de un solo dormitorio había poca cosa que caracterizara a ese hombre. Comía pollo de microondas, tacos, patatas fritas y trozos de pescado congelado envueltos en papel de aluminio. La cocina apestaba a pescado. El apartamento venía amueblado y Deed le había añadido poca cosa aparte de un PC de gama alta. No encontraron revistas ni comprobantes de banco ni recetas. Lo único que tenían era la descripción del tipo: alto, pesado, robusto, de cuarenta y pocos, con el pelo negro y largo, ojos oscuros y nariz aguileña. Cuando no llevaba la camisa púrpura de Byte Patrol, vestía pantalones y camisa vaqueros.

Había algo en el apartamento que preocupaba a Stride, pero fuera lo que fuese estaba aguardando como un barco en la niebla y se negaba a mostrarse. Y cuanto más intentaba concentrar sus sentidos, más confusa se volvía la sensación, como si fueran

imaginaciones tuyas. Aquí no había nada que ver ni nada que buscar.

Stride acercó una silla de cocina al dueño de la tienda, Craig, que estaba introduciendo las claves para acceder al sistema y observando la pantalla con ojos adormilados.

—¿Qué has conseguido? —preguntó Stride.

—Lo suficiente para cerrarme el negocio —replicó Craig—. Ese capullo puso puertas traseras y programas espía en cada maldito ordenador que tocó a través de la empresa.

—¿Y eso qué significa?

—Que podía usar las conexiones de internet para entrar en sus sistemas, manosear sus discos duros y conocer cada jodida pulsación en los teclados. Lo sabía todo.

—Voy a necesitar nombres.

—Sí, claro; le imprimiré una lista. Van a demandarme todos.

—¿Qué más? —quiso saber Stride.

—¿Qué más está buscando?

—Cualquier cosa que pueda ayudarnos a encontrarle. Adónde va, dónde compra, qué hace. Debe de tener un escondite en alguna parte.

—Lo que he encontrado no servirá de mucho. La mayoría es porno duro. Cosas repugnantes, con mucho sadomaso.

—¿Y páginas web locales? Gente, sitios, negocios de Duluth... ¿Blogs, páginas de MySpace, algo de eso?

—No he visto nada.

—¿Alguna vez visitó un blog llamado «La dama que hay en mí»? ¿O mencionó a una mujer llamada Helen Danning?

Craig tecleó unos segundos.

—No lo parece.

—¿Y archivos de banco *online*?

—No. —Craig bostezó.

—¿Sigues aquí conmigo? —le preguntó Stride.

—Son las tres de la mañana, tío. Tendría que estar durmiendo.

—Sí, las cosas están feas para todos. He despertado a una juez en plena noche para conseguir una orden de registro y te puedo asegurar que tampoco está muy contenta conmigo. Realmente es mala suerte que te haya sacado de la cama sólo porque el hijo de puta al que contrataste ha raptado a una mujer a la que tal vez ya ha violado y asesinado. Así que sigue buscando y encuentra algo.

—Sí, vale, vale, lo siento. —Craig encorvó los hombros y volvió al teclado.

Cuando el móvil de Stride se puso a sonar, el tono lo hostigó. Tenía prisa y sabía por qué. Se levantó y caminó de nuevo a la ventana mientras respondía a la llamada.

—Negativo en la base de datos estatal —dijo Guppo—. No es de por aquí.

—¿Y el FBI?

—Están trabajando en ello. Han prometido que sería máxima prioridad.

—Gracias.

Stride colgó.

Se sentó a horcajadas en una silla y escrutó otra vez el apartamento. ¿Qué diablos era? Había algo allí, algo obvio que no encajaba, y se le estaba escapando. Se puso en pie y volvió a comprobar la basura. Examinó los trozos de envoltorios de alimentos. Un paquete de bacón. Una caja de huevos vacía y cascaras de huevos rotos. El envoltorio de un paquete de carne, comprado en la carnicería de una tienda de la zona de veinticuatro horas. Ya había enviado a alguien allí para averiguar si algún empleado recordaba algo de Deed. Adónde iba, qué conducía o con quién estaba.

Se le seguía escapando algo.

—Eh, teniente —gritó Craig—. Creo que debería ver esto.

Stride se asomó por encima del hombro del tipo.

—¿Qué es?

—Fotos. Montones de ellas. La mayoría de la misma mujer.

Craig arrastró el ratón e hizo clic sobre un icono minúsculo, y una retahíla de imágenes como la uña de un pulgar se desplegaron por toda la pantalla.

—Puedo ir abriéndolas todas en exposición —propuso Craig.

—Hazlo.

La primera imagen se abrió a tamaño completo. A Stride se le cayó el alma a los pies. Era Serena. Reconoció la zona: el centro de Saint Paul, en Rice Park, cerca del Ordway. Apareció otra foto en la pantalla, también de ella. Cerca de los juzgados de Duluth. Se obligó a mirar toda la colección. Casi todas las imágenes, más de sesenta, eran de Serena. Fotografías furtivas, sacadas a distancia. Algunas eran cerca de su propia casa, desde la playa, a través de sus ventanas.

Ese tío llevaba mucho tiempo tras Serena.

Stride señaló una imagen por el centro, apenas un destello de luz blanca.

—¿Qué es eso?

—Un error —dijo Craig—. Seguramente se le disparó la cámara por accidente.

—Vuelve a ponerla delante.

Craig restableció la imagen en la pantalla y Stride se inclinó, escudriñando la foto. Era evidente que la mancha de luz la había causado el flash, pero también se podía distinguir algo que parecían manchas marrones y líneas oscuras y ondulantes.

—¿Qué es eso? —preguntó Stride.

Craig miró más de cerca.

—No estoy seguro.

—Creo que es madera.

—Demasiado liso.

—Me refiero a contrachapado de madera. Material barato.

Stride barrió el lugar con la mirada y no vio contrachapado de madera en ningún sitio. Comprobó el dormitorio y el cuarto de baño y no halló ningún panel que encajara con la foto.

—¿Hay paneles de madera en el interior de vuestras furgonetas? —preguntó.

Craig negó con la cabeza.

—¿Y dónde la sacó? —interrogó Stride.

Pero estaba hablando consigo mismo. Con el aire. Pensando que, allí donde estuviera el panel, estaría Serena ahora. Aquél era el escondrijo de Deed.

Mientras repasaba mentalmente una lista de lugares que tuvieran revestimientos falsos de madera, Guppo llamó otra vez.

—Dime que lo tienes —respondió Stride.

—Sí, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Concuerda perfectamente —le explicó Guppo—. Está fichado en Arizona, Texas y Alabama. Drogas, asesinato, extorsión y dos acusaciones de violación que se retiraron cuando a las mujeres les entró miedo.

—Parece nuestro tipo —observó Stride—. ¿Qué problema hay?

—El problema es que está muerto.

—¿Cómo dices?

—Las autoridades de Alabama aseguran que está muerto. Fue testigo en un juicio por narcóticos y dos agentes lo estaban escoltando de vuelta al correccional de Holman. Un huracán los pilló de pleno y murieron los tres.

—¿Has dicho un huracán? —repitió Stride, esperando que Guppo se hubiera equivocado y consciente de que no era así.

—Sí.

El temor que ya sentía mudó y se multiplicó. Stride sabía adónde iba a parar todo eso. Él había estado presente cuando Serena recibió una llamada de la policía de Alabama, y recordaba la expresión de alivio en su rostro. Se sintió liberada. A salvo.

—Encontraron a los dos policías —continuó Guppo—. Y también el coche, convertido en chatarra. No había señales de que fuera juego sucio. Supusieron que el prisionero había acabado en el mar.

Ésa era la conclusión lógica, y a todas luces errónea. No había acabado en el mar. Escapó y se dirigió al norte como un rayo. Stride recordaba cómo describió Serena a aquel hombre muerto que la había torturado en su pasado: brillante, implacable y calculador. Exactamente la clase de araña a la que le encantaría jugar con su presa para luego comérsela. Un vendedor de droga. Un chantajista. Un violador. Un asesino.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Stride, aunque ya lo sabía.

—Hay para elegir —respondió Guppo—. William Deed, alias Billy Deed, alias B. D. Henry, alias Billy «Dog» Ketcher, alias Blue Dog.

Capítulo 51

Se había equivocado. Se había equivocado por completo. No era Tommy Luck el que estaba junto a ella. No era nadie de su época de Las Vegas. Era infinitamente peor. Era un fantasma de años atrás, de su infancia, un fantasma salido del infierno.

—Estás muerto —dijo Serena entrecortadamente.

Blue Dog sonrió.

—Sí, soy como el hombre invisible, no existo.

—Me llamó la policía de Alabama —insistió ella, aunque tenía la prueba ante sí—. Dijeron que te había matado una tormenta.

—No conoces el sistema carcelario del sur. Hay tantos cuerpos hacinados en una celda que uno menos ahí dentro es motivo de celebración. Seguro que pensaron que la tormenta les había hecho un favor.

Los recuerdos afluyeron a la mente de Serena. Imágenes que había aislado hacía mucho en un rincón oscuro de su cerebro y que irrumpieron como ratas saliendo de sus jaulas en tropel. Volvía a estar en el apartamento de Blue Dog en Phoenix. Tenía quince años. La canícula veraniega era infernal, y tenía la piel tan agrietada que se hacía sangre al rascarse. Las cucarachas la observaban desde las paredes. Igual que su madre, que no era mejor que esos bichos, con la mirada ávida y salvaje por la coca. Los ojos de Blue Dog eran negros y despejados: él nunca consumía drogas, sólo las vendía. Sonreía al poseerla, al penetrarla como un clavo violando una madera. La misma sonrisa que tenía ahora.

Él se dio cuenta de que Serena estaba recordando.

—Fueron buenos tiempos, ¿eh?

—Que te jodan.

—Oh, sí, ése es el plan. Me he pasado los últimos diez años pensando en ti. La idea de hacértelo pagar era lo único que me mantenía con vida ahí dentro.

—Ya he pagado un alto precio durante toda mi vida por lo que me hiciste —le respondió Serena—. Estamos en paz.

—Puede, pero tendrías que haberlo dejado correr y no lo hiciste —dijo Blue Dog—. Viniste a por mí.

Era verdad. Serena recordaba ese verano de hacía diez años. Había ido a Phoenix en busca de antecedentes para un caso en el que estaba trabajando en Las Vegas. Cuando llegó allí, sus recuerdos de adolescencia volvieron a aflorar, y acabó pasando tres días seguidos bebiendo en un antro al sur de la ciudad y despertando en un motel cerca del aeropuerto junto a un hombre al que no conocía. Ahí también había cucarachas en las paredes. Fue a un loquero que le dijo que no tenía resuelto el asunto de su madre y Blue Dog, lo que era como pagar cien pavos para oír que vas a mojarte si sales con lluvia. Era el mismo terapeuta que le preguntó si había tenido algún

orgasmo con Blue Dog. Hijo de puta.

Así que buscó su propia terapia. Solicitó un mes de permiso y siguió el rastro de Blue Dog desde Arizona a Texas y luego a Alabama, donde le encontró haciendo lo de siempre: dirigiendo un imperio de crack y extorsión y durmiendo con una chica negra que no tendría más de dieciséis años. Contactó con la policía de Alabama, y fueron testigos de cómo Blue Dog liquidaba a un camello que se estaba quedando parte del producto. Le disparó en la cabeza, delante de sus ojos, antes de que pudieran salir de los coches de vigilancia y arrestarlo.

Serena lo examinó. Estaba más viejo, se le veía en la cara y en los mechones grises de su pelo largo. Pero era el de siempre. Alto, casi dos metros, y ancho como un oso pardo. Y con el mismo ego. Seguía necesitando controlar el mundo, tener a las mujeres a sus pies, demostrar que era más listo y más duro que nadie.

Ésa era la única ventaja con que contaba Serena. Le conocía y sabía cómo pensaba. No era un extraño.

Lo primero que tenía que hacer era entretenerle. Hacerle hablar. Serena sabía que a estas alturas media ciudad estaría en alerta y que Jonny la estaría buscando por todas partes. Cuanto más tiempo le diera para encontrarla, más aumentarían sus posibilidades de escapar con vida. Aunque era realista y sabía que seguramente estaba a punto de morir.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

Se daba cuenta de que el pequeño recinto era algún tipo de chabola con una bombilla en el techo que proyectaba sombras. Vio paneles baratos de madera, un fregadero, un mini frigorífico y botellas vacías de cerveza tiradas por ahí. Era angosto: debía de medir dos metros de ancho por tres y medio de largo. Vio dos ventanas en la pared más lejana, tapadas con cinta aislante gris. La puerta, a su izquierda, tenía una ventana en forma de rombo, tapada también. Cuando el viento soplaba, toda la estructura temblaba.

—¿Aún esperas que alguien te encuentre? No cuentes con ello.

Su mirada la recorría. Se estaba excitando ante su cuerpo desnudo. Acercó una silla a la mesa, se inclinó sobre ella y se puso a jugar otra vez con el cuchillo en su piel. Ella se erizó al tenerle cerca. Aún sentía mucho frío y odiaba que eso le mantuviera los pezones duros, lo que provocaba en él una mirada lasciva. Blue Dog les dio un pinchacito con el filo y luego se agachó y los chupó, limpiando la sangre.

«Haz que hable», pensó Serena.

—Si esto era entre tú y yo, ¿por qué has metido a tanta gente en medio?

Blue Dog se encogió de hombros.

—¿Te refieres a capullos como Dan Erickson y Mitch Brandt? Ya te he dicho que éstos no son distintos a mí. Todos tienen secretos.

—¿Cómo los descubriste?

Se hizo una idea de cómo estaba atada. Estaba en un catre bajo, a no más de medio metro por encima del suelo. Tenía las piernas separadas, colgando de la cama y atadas con cinta aislante a las patas metálicas del somier. Su cuerpo ocupaba dos terceras partes de la longitud del catre. Los brazos también le colgaban a cada lado de la cama y, al tirar de ellos, se dio cuenta de que los tenía atados con ropa, no con cinta. Una tela elástica, como una camiseta de algodón, le rodeaba las muñecas con un fuerte nudo y luego iba hasta a las patas del cabezal del somier, unos centímetros detrás de ella, donde se sujetaba con otro nudo. Los brazos le daban cierto juego: si bajaba la mano, podía apoyar la palma en el suelo. Lo hizo y notó un frío metálico.

—En Holman había un chico joven que era pirata informático —le explicó Blue Dog—. Estaba ahí por molestar a niños, el muy enfermo.

Lo dijo sin la menor ironía.

—Un tipo como ése no dura mucho sin protección —continuó—. Me aseguré de que nadie se metiera con él.

—Vaya, eres un santo —comentó Serena.

Blue Dog se rió.

—Joder, iba a acabar haciendo mamadas de todos modos, así que mejor que fuera mi polla la que chupara.

—No me había dado cuenta de que eras marica.

La sonrisa de Blue Dog se evaporó, y puso el cuchillo de punta y lo hundió un centímetro en la carne del hombro derecho de Serena. Ella gritó y se sacudió. El somier se balanceó. Él extrajo el cuchillo y limpió la sangre en el colchón. A Serena la invadió una oleada de dolor.

—Harías bien en ser educada, o será una noche muy larga.

—Como si no fuera a serlo de todos modos.

—Sí, es verdad. Pero hay noches largas y noches largas.

Serena cerró los ojos. Volvió a tantear el suelo con la mano izquierda: la cama se había movido. Exploró el terreno con la mano, en busca de algo afilado que pudiera utilizar para rasgarla tela que sujetaba la muñeca al somier. Palpó migas y charcos de agua helada que había goteado del techo, pero nada que pudiera cortar.

—¿Y qué hizo ese tío? —preguntó. «Haz que hable».

—Me enseñó todo lo que sabía sobre ordenadores. Me di cuenta de que se podía ganar mucho más dinero *online* del que había ganado nunca en la calle. El dinero de verdad está en todo aquello que la gente quiere ocultar.

—Chantaje.

—Exacto. Vine aquí y empecé a vigilarte. Pero uno tiene que ganarse la vida. No tenía prisa. Encontré otros modos de desahogarme.

—Entonces ¿por qué has venido a por mí ahora?

—Ya es hora de dejar la ciudad —dijo Blue Dog—. Los polis se estaban

acercando demasiado. Pero tú y yo tenemos asuntos que resolver.

Fuera de su vista, bajo la cama, Serena separó los dedos de la mano izquierda y los extendió cuanto pudo. Rozó el extremo de una pieza de metal, pero ésta rodó fuera de su alcance al tocarla.

Blue Dog buscó algo en su espalda y sacó un revólver. Era un Smith Wesson Airweight de pequeño tamaño. Parecía un juguete en sus manos. Serena evaluó el arma mentalmente. Ligera y fácil de disimular. Cinco balas. Se preguntaba si seguiría con vida para ver las últimas cuatro.

—He pensado mucho en cómo hacer esto —le dijo él. Le apoyó el cañón en lo alto de la rodilla—. ¿Sabes lo que es que te disparen justo aquí? Desearías morir. Pensé en hacértelo en las dos rodillas y metértela después.

Serena se retorció e intentó mover la cama.

—Luego pensé que si hacía eso no me notarías dentro de ti. No quiero que estés tan agonizante que no sientas cómo es.

Le puso la pistola en la frente. El cañón estaba caliente después de llevarlo dentro del pantalón.

—También pensé en hacer que me chuparas la polla.

—Méteme algo en la boca y no lo volverás a recuperar —dijo Serena.

Blue Dog se rió.

—No, soy un tío práctico.

—Nunca saldrás de ésta.

—Eso ya lo veremos. ¿Crees que seguimos en el planeta tierra? Deja que te enseñe lo equivocada que estás.

Alejó el revólver de su cabeza, apuntó al techo y, sin vacilar, apretó el gatillo. Serena sintió la onda expansiva dentro del cráneo. Polvo y pintura cayeron en una nube y, a través del agujero que se había abierto en lo alto, un chorro de agua le fue a parar encima del pecho como una cascada de montaña. El eco retumbó en sus oídos. La cabeza le zumbó como si se hubiera colocado dos cables con corriente en las sienes.

Nadie vino corriendo. Afuera no había otro sonido que el rugir constante y agudo de la ventisca. Serena se estremeció a medida que caía el agua, empapándole la piel.

—¿Lo ves? —continuó él—. Sólo estamos tú y yo. —Blue Dog se levantó. Recogió del suelo una corbata pasada de moda y la balanceó delante de su cara. Era ancha, a rayas inclinadas negras y amarillas—. ¿Verdad que es fea? La encontré en la granja donde me escondí durante el huracán.

La colgó alrededor del cuello de Serena y empezó a tirar con fuerza de los extremos.

Blue Dog se bajó la bragueta.

—¿Te acuerdas de éste?

Serena sabía que se le acababa el tiempo. Extendió otra vez la mano en busca de la pieza de metal que había en el suelo, pero no la encontró. Ni siquiera sabía qué era ni si la ayudaría a cortar la tela que la sujetaba a la cama.

Blue Dog se subió al catre por los pies y los muelles gruñeron bajo el peso de los dos cuerpos a la vez. La cama se movió una fracción de centímetro. Se inclinó sobre ella y la camisa se le humedeció al friccionar el pecho mojado de Serena. Cogió con las manos los dos extremos de la corbata y se puso a tirar de ellos en direcciones opuestas, estrechando el lazo alrededor del cuello de Serena. Más abajo, entre sus piernas separadas, ésta notó cómo intentaba invadirla.

—Me encantará mirarte a los ojos —dijo él.

La arena se apilaba al fondo del reloj.

Puso los dedos planos en el suelo. Volvió a extenderlos y, esta vez, sintió que la pieza metálica se deslizaba bajo su palma, donde la acurrucó cerrando la mano antes de rezar.

Era un anzuelo de pesca. Nada más afilado que eso.

Capítulo 52

La desesperación de Maggie iba en aumento a medida que cruzaba las calles de Duluth. El tiempo no hacía sino complicar las cosas. El limpiaparabrisas del coche apartaba la nieve a un lado, pero ésta caía con tanta intensidad que apenas podía ver un remolino de polvo blanco a través de la luz de sus faros. Aguzó la vista para ver adónde iba, y el vehículo viró y dio un coletazo sobre el suelo mojado. El reloj luminoso de su Avalanche le anunció que eran casi las cuatro de la madrugada. Quedaban varias horas de oscuridad, y aun cuando saliera el sol lo haría detrás de un manto impenetrable de nubes negras. La tormenta continuaría aullando, derramando medio metro de nieve sobre la ciudad y amontonándola luego en pilas grandes como casas con un viento que soplaba desde la tundra canadiense y lo barría todo.

No había nadie más en la calle; no a esas horas ni en mitad de la tormenta. Los coches eran montículos blancos, tapados con capas de nieve. Cuando pasaba por una furgoneta que encajaba en la forma y el tamaño, tenía que bajarse del todoterreno y limpiar con las manos la nieve suficiente para poder asegurarse de que no era el vehículo de Byte Patrol que estaban buscando.

Al pasar de largo el lado sur de la plaza Portland por la calle Cuarta, vio unas ventanas iluminadas en una casa al otro lado del parque y cayó en la cuenta de que era el apartamento de Katrina. Debía de tener todas las luces encendidas, y Maggie sabía por qué. Semanas después de que hubiera ocurrido, ella aún se despertaba en plena noche, encendía las luces y se sentaba en la cocina con la pistola a mano, sobre la mesa. Era irracional, pero el miedo te hacía actuar así.

Giró a la izquierda, dio la vuelta a la plaza hacia su lado norte y aparcó cerca del edificio de Katrina. Cuando salió del coche, el vendaval casi la arrojó al suelo. Llegó a la acera peleándose con las ráfagas y se protegió metiéndose en el portal de Katrina. Llamó al timbre.

La voz de Katrina crepitó por el altavoz:

—¿Quién es?

—Maggie.

—Ah, hola. Sube.

Maggie se apresuró escaleras arriba, dejando huellas húmedas en los peldaños. Katrina estaba de pie ante la puerta abierta cuando ella llegó al segundo piso. Llevaba una camiseta extralarga de los Minnesota Wild que le llegaba hasta medio muslo. Las piernas estaban desnudas.

—Perdona que venga tan tarde —se disculpó Maggie.

—Estaba despierta.

—Sí, me lo he imaginado.

Katrina asintió.

—Estaba viendo la tele. Me he enterado de lo que está pasando con tu amiga Serena. Pinta muy mal.

—Así es.

—¿Es el mismo tío que...?

—Eso pensamos, sí.

—¿Quieres entrar?

—Claro, un par de minutos.

Maggie se quitó el abrigo una vez dentro y lo colgó cerca de la puerta*. Lo mismo hizo con el gorro y los guantes. La nieve se fundió y cayó en la moqueta. Katrina tenía la chimenea de gas encendida, lo que le proporcionó a Maggie algo de calor cuando se sentó junto al hogar en el futón amarillo. Katrina se arrastró hasta el extremo opuesto, y se quedaron mirándose la una a la otra.

—Oye, supongo que debería decir que lo siento —comenzó Maggie.

—¿Por qué?

—Por no denunciar lo que ocurrió. A lo mejor podríamos haber pillado a ese tío antes de que fuese a por ti.

—No es culpa tuya.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Como un cartón vacío de leche, sin nada dentro.

—No será así siempre.

—¿Tú te sentiste igual?

Maggie negó con la cabeza.

—Yo me puse como loca. No podía dejar de llorar.

—Dime una cosa: ¿has practicado el sexo desde entonces? —Maggie volvió a negar con la cabeza—. Yo tampoco; sólo de pensarlo me dan náuseas. Siento que ese cabrón me ha arrebatado mi vida sexual.

—Date tiempo. —El rostro de Maggie reflejó otra vez su culpabilidad—. Ojalá hubiera dicho algo.

—Déjalo —respondió Katrina—. A la única que le debes algo es a ti misma.

—Stride no lo entiende —continuó Maggie.

—Es un hombre. Y no le pasó a él. No puedes vivir tu vida en función de lo que él piense.

—No lo hago.

—¿No? ¿Desde cuándo?

—Él es mi red de seguridad. Ya lo sabes. Cuando las cosas iban mal con Eric, yo siempre acababa recurriendo a Stride. Es seguro porque en cualquier caso sé que no está interesado en mí.

—No estés tan convencida de eso.

—Por favor. Para él soy como una niña. Y de todos modos, no puede decirse que

yo sea rival para alguien como Serena.

—Pues empieza a vivir en el mundo real —le dijo Katrina—. ¿Qué quieres realmente?

—No tengo ni idea.

—Tonterías. Yo creo que sí.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que sólo hay una cosa que has deseado en los últimos dos años. Y no se trata de Stride, ni de Eric tampoco.

—Un hijo —contestó Maggie.

—Bingo.

—Pues vaya sueño. Tres intentos y estoy fuera.

—Eso no lo sabes.

Maggie negó con la cabeza.

—Ni hablar. No pienso pasar otra vez por esa montaña rusa. ¿Volver a alimentar esperanzas y hormonas, para luego sentir que la vida ha terminado cuando las pierda por cuarta vez? No, gracias. Además, ahora me falta la mitad de la ecuación, no tengo marido.

—El marido es un elemento opcional.

—Demasiado pronto para pensar en ello —dijo Maggie.

—Podrías adoptar.

—Sí, claro, una inmigrante china soltera, una policía sospechosa de matar a su marido. Seguro que soy la primera de todas las listas.

—Tú piénsatelo.

—Sí, lo haré.

Lo cierto era que ya lo había pensado. Hasta había hecho algunas llamadas.

—¿Quieres una copa? —preguntó Katrina.

—Me bebería una botella entera, pero no, no puedo.

—¿Estás trabajando? Maggie asintió.

—Extraoficialmente, pero sí. Tenemos a casi todo el cuerpo buscando a ese hijo de puta. Sólo que no tenemos ni idea de dónde buscar.

—Pues espero que lo cojáis. Por mí pueden saltarse el juicio y llevarlo directamente a la silla eléctrica. Y ya les diré dónde pueden sujetar los electrodos.

—Sí.

—¿Tienes pesadillas? —preguntó Katrina.

Maggie asintió.

—Sin parar.

—Yo también. Vuelvo a verlo una y otra vez, pero es como si mirase una película, ¿sabes? Como si le hubiera ocurrido a otra persona.

—Yo lo he bloqueado bastante —confesó Maggie—. Normalmente me acuerdo

de todo, pero he construido un muro alrededor de esa noche y lo que pasó.

—Qué suerte —añadió Katrina—. Mira, nunca tendría que haber hecho lo de la chica alfa. Tu incomodidad era patente.

—Yo soy yo. No podía decirte lo que tenías que hacer.

—Sí, pero se te notaba en la cara, nena. Debería haber visto lo embarazoso que iba a ser. Es decir, nunca pensé que Eric fuese a estar allí, ¿sabes? Diablos, no sé en qué estaba pensando. Fue una estupidez.

Maggie frunció el ceño.

—Nunca imaginé que después tendrías que pasar por lo mismo que yo. Cuando me sucedió a mí, no lo relacioné con el club. Me siento como si hubiera dejado que te pintaras una diana en el pecho.

—Tendría que ser de las grandes —dijo Katrina.

—Ya me entiendes.

—Oye, para mí lo peor no es lo del sexo ni que me dejase la cara como un helado de arco iris. Lo peor es que ya no me apetece el pescado con patatas. —Se rió con amargura.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Maggie.

—Vamos... Ni siquiera puedo pasar por delante de la pescadería del supermercado. Ese olor me lo hace revivir todo.

El rostro de Maggie carecía de expresión.

—No lo pillo.

Katrina arrugó la nariz, sorprendida.

—¿Me estás diciendo que tú puedes comer pescado después de eso?

—La verdad es que no, tienes razón. Hace semanas que no lo soporto. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Vaya, realmente lo tienes bloqueado. Bueno, mejor para ti. No tendría que haber dicho nada. La cuestión es que las manos del tío olían a pescado, incluso a través de los guantes. Era un olor a humedad y salobre, como si estuviera bajo el agua. Horrible.

El recuerdo ni siquiera llamó a la puerta. Hizo saltar el cerrojo, echó la puerta abajo, irrumpió en el cerebro de Maggie y la asfixió. Se llevó las manos a la boca. Cerró los ojos con fuerza. Podía olerlo como si estuviera ocurriéndole de nuevo.

—Oh, Dios.

—Mierda, lo siento.

Maggie apretó los puños.

—No pasa nada, no pasa nada. Esto es importante. ¿Recuerdas algo más?

—No. Sólo estaba yo con Charlie el Atún^[17].

Maggie arrancó el móvil de su bolsillo y llamó a Stride. Éste contestó a la primera.

—Pescado —dijo ella.

—¿Qué?

—Pescado. A ese tío le huelen las manos a pescado. Estoy en el apartamento de Katrina y ella me ha hecho recordar cómo le apestaban las manos. Tiene que significar algo. A lo mejor tiene una parrilla para ahumar o algo así, o trabaja en una planta de procesamiento.

El silencio se impuso en la línea.

—¿Estás ahí? —preguntó Maggie.

—Paneles de madera —respondió Stride.

—Me he perdido.

—En su ordenador había una foto de paneles de madera. Como de una caravana o algo por el estilo. También tenía pescado en el congelador, pero no de una tienda: estaba envuelto en papel de aluminio. Lo había pescado él.

—Está en una caseta de pesca —concluyó Maggie.

—Exacto. Tiene que ser eso. Está en uno de los lagos.

—Pero ¿cuál?

—Encontraron el cuerpo de Tanjy en el Lago del Infierno —dijo Stride—. Es muy posible que se deshiciera del cuerpo en el mismo lago donde tiene su choza.

—¿Estáis cerca? —preguntó Maggie.

—Estoy mirando almacenes cerca del aeropuerto. Puedo estar en el hielo en diez minutos.

—Yo llegaré poco después.

Capítulo 53

Serena hundió el anzuelo en el trozo de ropa que le ataba la mano al somier, y aquél penetró en la tela como si fuese mantequilla. Al hacerlo, la ropa se rasgó y crujió. Blue Dog lo oyó y se lanzó con todo su peso hacia el hombro de ella, pero Serena liberó el brazo de un solo movimiento antes de que él pudiera inmovilizarla. Dobló el brazo en torno a la espalda de él, donde aún llevaba la pistola metida en el cinturón, y rozó la culata del revólver. Estaba orientada hacia el lado equivocado, así que buscó a tientas con los dedos, pero entonces le dio la vuelta y la culata se alojó en su palma y su dedo halló el gatillo.

Era diestra, así que se sentía incómoda con el arma en la otra mano, pero encontró el percutor con el pulgar y lo amartilló y disparó a la vez. El arma apuntaba hacia la carne dura y musculosa de la cadera de Blue Dog, pero éste ya se estaba moviendo cuando ella soltó la bala. Él bramó de dolor y se cayó del catre, aterrizando pesadamente y alejándose de ella a rastras. Serena disparó otra vez, pero fue un tiro a ciegas que reventó una de las ventanas traseras de la choza con un estallido de cristales. Un olor a metal quemado y humo colmó el lugar.

Él se tambaleó de una pared a otra, presionándose el costado con la mano. Un hilo delgado de sangre brotaba de entre sus nudillos. Ella le seguía con la pistola, pero no disparó. Sólo le quedaban dos balas y no confiaba en la puntería de su mano izquierda.

—Eres buena —le dijo él.

—Si me sueltas ahora, no dispararé —respondió Serena—. Sólo me iré de este condenado sitio.

—No lo creo.

La cabeza le retumbaba. El punto del cráneo donde la pistola le había dado en la sien le latía con fuerza y hacía que su visión temblara antes de volverse a enfocar. Quiso cerrar los ojos, pero no pudo. Algo caliente le rodaba por la piel, y se dio cuenta de que le salía sangre del hombro, donde él la había apuñalado. También veía su propio vientre, un amasijo pegajoso de rayas rojas, y cuando se movía, los músculos del abdomen le daban ganas de aullar de dolor.

Balanceó el arma adelante y atrás, a derecha e izquierda, hasta marearse. No podía mantener aquello para siempre; él lo sabía, y estaba esperando a que se diera por vencida.

—Suéltala y te prometo que será rápido —dijo Blue Dog.

—Y una mierda. Acércate y te vuelvo la cabeza.

—Estás sangrando —le avisó él.

—Tú también.

Serena observó la mirada de él, que se detenía en una estantería de la choza, y allí

vio su propia pistola con el cargador al lado.

—Ve por ella —le dijo.

Si se acercaba tanto, sabía que podría acertar.

Él se agachó y recogió una botella de cerveza del suelo. Aún tenía la chapa y estaba llena. La agarró por el cuello y dibujó círculos con la muñeca como si fuese a arrojar un lazo. La espuma siseó y burbujó bajo la chapa. Serena se aferró más al arma y apuntó a la estantería, consciente de que era allí adonde él quería ir. Blue Dog zigzagueó hacia el otro lado y lanzó la botella contra el catre. Ésta pasó por encima de la cabeza de ella y no la tocó por unos centímetros; cuando se estrelló contra la pared de atrás, una cascada de cerveza y granizo le cayó sobre la piel. Involuntariamente, se estremeció y cerró los ojos. Apenas fue un segundo, pero aun así fue demasiado tiempo, y le oyó lanzarse por la pistola.

No tenía otra opción. Tuvo que disparar. La pistola dio un culatazo y le quemó la piel desnuda. No tocó a Blue Dog, pero éste tuvo que tirarse al suelo antes de poder alcanzar la estantería, y era lo bastante listo como para saber que no tenía tiempo de volver a intentarlo sin aparecer en su campo de visión. Retrocedió escabulléndose como un insecto. Ella mantenía los ojos abiertos, a pesar de que la cerveza se le estaba metiendo en los lagrimales y le resbalaba por la cara. Parte de ella le llegó a los labios, y Serena la lamió con la lengua.

Sam Adams. De la buena.

Ahora, él estaba otra vez en la parte de atrás de la choza, aunque iba más despacio. No podía seguir moviéndose siempre, ni ella podía seguir siempre consciente, y tarde o temprano uno de los dos cedería.

—Una bala —le dijo él—. Sólo tienes una bala.

—Es todo lo que necesito.

Pero ella sabía que tenía las de perder. Miró a su alrededor en busca de otra arma y sus ojos se toparon con el cuchillo que él había usado para torturarla, yaciendo en el suelo justo debajo del catre. Si conseguía liberarse la mano derecha, podría extender el brazo y cogerlo. Sabía que tenía el anzuelo en algún lugar debajo del cuerpo, y sería fácil buscarlo y rasgar la tela que la sujetaba, pero eso significaba dejar la pistola. Y no podía hacer eso.

Él sonrió al ver su dilema.

—Se te está acabando el tiempo.

—Para ti tampoco pinta muy bien.

Él habló con voz despreocupada, como si fuesen dos amigos charlando de los viejos tiempos.

—Allí, en Fénix, yo sabía que a veces te ponía. Un hombre adivina esas cosas.

—Sí, desde luego, realmente me ponías mucho. Estúpido hijo de puta.

—Algunas mujeres se corren con eso. Como Tanjy.

—Se corría con sus fantasías. Te aseguro que no le gustó cuando fue de verdad.

—Es que no tenía que gustarle. Tenía que ser un castigo.

—¿Qué?

Él hizo un movimiento que la cogió por sorpresa. Simuló que iba por la pistola y entonces se lanzó en la otra dirección y cruzó la choza a lo ancho. Sus dedos alcanzaron el interruptor. Antes de que ella pudiese disparar, él lo apretó, volvió a tirarse al suelo y se alejó rodando.

La luz se apagó. Estaba tan oscuro que Serena ni siquiera veía la pistola delante de ella, y lo único que podía hacer era escuchar. ¿Dónde estaba?

La tormenta era estrepitosa, y el viento se colaba por la raja de la cinta aislante y la ventana rota hasta el fondo de la choza. A través del techo seguía goteando agua que caía sobre su piel. Fijó la mirada en la negrura y trató de recordar cómo era con luz, para poder adivinar dónde se había metido y cómo la atacaría. Aguzó el oído en busca de cualquier crujido o chirrido metálico del suelo, pero sólo oyó la ventisca. Él aguardaba en algún sitio. Sin moverse.

Una bala.

Se arriesgó mucho. Si ella no podía verlo, él tampoco podía verla a ella. Dejó el arma encima de su pecho y palpó el catre en silencio, buscando el anzuelo. Al oír un crujido y notar que la choza se balanceaba, agarró otra vez la pistola y apuntó a la nada. Él se acercaba, moviéndose con sigilo. No tenía mucho tiempo. Trató de encontrar el anzuelo, pero comprendió que debía de haberse caído de nuevo al suelo durante el forcejeo con Blue Dog. Con la pistola otra vez sobre el pecho, bajó el brazo y recorrió el suelo de metal con los dedos hasta que encontró el anzuelo. Rápidamente, se lo guardó en la mano. Apartó el arma de su cuerpo para que no le resbalara y entonces se retorció, procurando estirar el brazo izquierdo hasta llegar al trozo de tela que le sujetaba la mano derecha.

El somier rechinó. Esperaba que él no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Su muñeca derecha quedaba más lejos de lo que había pensado, y el cuerpo se le quejaba de tanto forzarlo. El corte del hombro le enviaba oleadas de dolor y calor. Trozos de vidrio de la botella de cerveza se le clavaron en la piel y se esparcieron ruidosamente por el suelo. La cabeza le dio vueltas y la oscuridad se puso boca arriba.

En algún lugar, él dio dos pasos apresurados, muy cerca, y antes de que ella pudiese volver a coger la pistola él se alejó y Serena oyó el escalofriante sonido del cargador introduciéndose en su propia arma.

La voz de él surgió de la noche.

—Adivina lo que tengo.

Tenía que actuar deprisa. Volvió a estirarse, ganando cada centímetro que podía a costa de los músculos de su espalda, y los dedos le temblaron tanto que casi se le

cayó el anzuelo. Estiró al máximo la mano derecha en la otra dirección hasta que las ataduras tiraron otra vez de ella. No sabía a cuánta distancia estaba, pero parecían kilómetros. No podía acercarse lo bastante. No podía liberarse.

Blue Dog disparó. El ruido sacudió la choza. La bala le pasó a no más de seis centímetros de la cabeza, y pudo notar su calor al surcar el aire. Fragmentos metálicos rebotaron en la pared que tenía detrás. Recogió la otra pistola y apuntó adonde había visto el destello del cañón, pero pudo oírle moviéndose.

—Tengo un montón de balas —dijo él.

Volvió a disparar, y otra vez se alejó antes de que ella pudiera responder. Esta vez, la bala le abrasó la parte alta del muslo antes de ir a enterrarse en la pared, y ella jadeó sonoramente, como si en su pierna se hubiera prendido fuego y éste se le extendiera por el cuerpo. Él sabía dónde estaba ella. No podía ir a ninguna parte.

El silencio y la espera se dilataron. Ella estaba tensa, pistola en mano.

Blue Dog disparó otras tres veces seguidas, inundando el espacio de una explosión tras otra, y una lluvia de nieve y metal cayó desde lo alto. Antes de que Serena comprendiera que estaba disparando al aire para distraerla, él ya se había lanzado a cubrir la distancia que los separaba. Apareció por su lado derecho como un meteoro, a la velocidad del rayo. El hombro de él topó con su brazo izquierdo, y Serena sintió que todas sus esperanzas se desvanecían cuando la pistola se le cayó de la mano y se alejó deslizándose por el suelo. Él la aplastó con todo su peso, hundiéndole cristales en la piel. Tenía su aliento en la cara, y él le puso la pistola en la frente.

—Has perdido.

No pensaba echarse a llorar.

—Que te jodan.

Rebuscó en el suelo con la mano esperando que el revólver aún estuviera a su alcance, pero no lo encontró. Estuvo a punto de gritar de rabia, sabiendo que muy cerca se escondía una bala con la que perforar esa cabeza de sádico, para hacerle pagar por toda la humillación y el dolor que había sufrido en sus manos. Acabar con las pesadillas y los recuerdos. Pero él estaba en lo cierto: había perdido.

La realidad pudo con ella, y deseó hallar la habitación vacía de su mente a la que poder escapar. Cada sensación hacía mella en su cordura. El peso y el olor de él. Los círculos ardientes de dolor. El mareo. El frío, el vidrio, el metal y el hielo. La oscuridad, como si todo estuviera ocurriendo en la nada, inconexo.

«Bum, bum, bum».

Oyó un ruido sordo y profundo en algún lugar de su conciencia, y por un instante pensó que era el latido frenético de su corazón; pero continuó como un martillo. Era algo real, algo inesperado. Blue Dog retrocedió espantado y dio la vuelta.

Alguien estaba golpeando la puerta. Serena sólo podía imaginarse a una persona.

Jonny venía a buscarla.

Blue Dog se arrastró hacia la puerta. El suelo se combó bajo sus pasos. Ella sabía que tenía su pistola firmemente agarrada. Él espero. Hubo una larga pausa, y luego continuaron los golpes, como si algo pesado estuviera impactando contra el armazón.

Oyó una voz:

—¡Billy! ¡Abre la puerta!

A Serena se le cayó el alma a los pies. No era Jonny. Era una voz familiar pero distante, ahogada por la tormenta. No era la policía. No venían a rescatarla. No podía ver a Blue Dog, pero casi sintió cómo se tranquilizaba y sonreía. Abrió la puerta y la empujó hacia fuera, y hasta la noche tenía más luz que la oscuridad interior, y la abertura proyectó un pálido triángulo que dibujó su silueta. El viento y la nieve revolotearon por toda la choza.

Blue Dog empezó a decir algo, pero no llegó a terminar.

Una llama anaranjada estalló y desapareció. La detonación fue tan fuerte que silenció la tormenta por un instante. El humo olía a tostada quemada. Serena notó un rocío cálido en la cara, y se dio cuenta de que esta vez no era nieve. Era la sangre de Blue Dog.

Capítulo 54

Stride bajaba como una bala por un cortafuego que serpenteaba bosque a través rumbo al Lago del Infierno. Las ruedas del Bronco devoraban la nieve. Ramas finas de árboles abrazaban ambos lados de la senda y las copas de los pinos se doblegaban en lo alto, convirtiendo el camino en un túnel oscuro. Sabía que estaba cerca del lago, y entonces la espesura se abrió, como si emergiera por la puerta de una iglesia al aire libre. El cielo era una bóveda gris y furiosa que escupía cortinas de nieve. El Bronco pasó ruidosamente del camino de tierra a la gruesa capa de hielo del lago, dejando el cobijo de los árboles tras de sí. Lo aguardaban unas ráfagas de ochenta kilómetros por hora que casi levantaron el todoterreno en vertical. Aquí, la ventisca era como un espíritu maligno, como una bruja vestida de blanco remontándose hacia el cielo y clamando por los muertos.

Las casetas de pesca formaban una ciudad fantasma de sombras que aparecían y desaparecían ante sus faros. Tuvo que aminorar para no estrellarse contra ellas. Las había de todas las formas y tamaños, algunas apenas mayores que un contenedor y otras grandes como caravanas, lo bastante para poder vivir y dormir allí si alguien quería aislarse completamente del mundo. Esa noche estaban a oscuras. Trazó un círculo alrededor de cada una y no vio ningún coche aparcado cerca, porque nadie quería verse atrapado en la tormenta si el depósito de propano se acababa o el viento destrozaba una ventana. Stride se sintió minúsculo allí, y el mundo le pareció inmenso y violento.

El lago tenía la forma de una ameba extendida bajo el microscopio, con dedos redondeados de tierra que penetraban el agua, con penínsulas boscosas y un centro llano y abierto donde corrientes subterráneas creaban zonas de fino hielo que engullían a los intrusos. Tenía kilómetros de extensión, pero desde donde él estaba sólo se veía una fracción de su superficie, y en plena tormenta menos todavía. Le parecía avanzar a paso de tortuga, empujando el Bronco al pasar por cada montículo en el que se escondía una caseta de pesca.

Sonó el teléfono.

—Estoy en el lago —le dijo a Maggie—. He llegado por el cortafuego desde el suroeste.

—Yo estoy llegando por el este —respondió ella—. Seguiré la costa y vendré hacia ti.

—Este sitio es una pesadilla. Ten cuidado con las zonas peligrosas.

—Tú también. ¿Está llegando la caballería?

—Sí, tengo a media docena de coches en camino.

—¿Podemos delimitar la búsqueda de algún modo? —preguntó Maggie.

—El cuerpo de Tanjy apareció en la orilla sur, así que espero que ella también

esté en algún lugar de por aquí.

—Mantenme informada.

Stride tiró el teléfono móvil al asiento del copiloto. Salió como un bólido hacia la franja abierta de hielo, pegándose a la orilla y siguiendo la línea de tierra a medida que rodeaba la próxima ensenada. La nieve lo cegaba, pero cuando una ráfaga ascendente alzó la cortina por un instante, vio otro grupo de chozas medio kilómetro más allá. Se dirigió hacia allí y, en medio de la oscuridad, pudo distinguir un diamante amarillo de luz. Había alguien en casa.

La luz salía de la puerta de una autocaravana, aparcada como una solitaria ballena embarrancada, con la que el propietario podía moverse por encima del hielo a voluntad. Stride aparcó al lado y salió de su todoterreno pistola en mano. En un instante se convirtió en un muñeco de nieve, con una capa húmeda y blanca pegada al cabello, la piel y la ropa. Corrió bajo la polvareda hasta la puerta del vehículo y escuchó, aunque no consiguió oír nada a causa del viento que bramaba a su alrededor.

Llamó con el puño.

—¡Policía!

Unos segundos después, la puerta se abrió con un crujido y él apuntó a la abertura con el arma, pero la retiró rápidamente al ver a un anciano que lo observaba con ojos sorprendidos y asustados. El hombre llevaba una gruesa camisa a cuadros rojos, vaqueros anchos y zapatillas raídas. Su pelo gris y descuidado le caía sobre la frente.

—¿Quién diablos es usted?

—Policía, señor —gritó Stride, porque era la única forma de hacerse oír.

—No pienso irme del lago.

—¿Puedo entrar un minuto?

—¿Y si me enseña su placa?

—Hay tormenta, señor, ¿puede darme un respiro?

—Vale, vale, entre. Se está colando la nieve.

Empujó la puerta y Stride subió los peldaños metálicos. El interior de la autocaravana estaba sembrado de latas de comida, cervezas e instrumentos de pesca. Un televisor en blanco y negro, encaramado a una estantería, emitía una película de los cincuenta entre rayas zigzagueantes. El aire era gélido y Stride veía su propio aliento.

El viejo medía poco más de metro y medio.

—No pienso salir del lago —rezongó—. Me da lo mismo que haya tormenta. He visto otras peores.

—No he venido para echarle, aunque es de locos quedarse aquí en una noche como ésta.

—Muy bien, pues estoy loco. ¿Qué es lo que quiere?

—Estoy buscando a un hombre que tal vez tenga una caseta de pesca en el lago.

Es enorme, de unos dos metros de estatura, y con una constitución como la de un jugador de rugby. Pelo muy largo y negro.

El viejo asintió. Sorbió y se aclaró la garganta como si fuese a regurgitar una bola de pelo.

—Lo he visto. Cuesta no fijarse en ese tipo.

Stride se puso fuera de sí.

—¿Dónde? ¿Dónde está su choza?

—No lo sé exactamente. No es en esta parte del lago. He visto esa furgoneta púrpura que tiene rodeando la península hacia el noreste.

—¿Sin salir de la orilla sur? —precisó Stride.

—Sí, supongo. No tiene mucho sentido que alguien conduzca por aquí si acampa en el lado norte. Hay un largo camino hasta allí, a menos que uno quiera cruzar por en medio del lago y nadar. —Se rió entre dientes.

—Gracias —le dijo Stride—. Vaya con cuidado.

—No puede decirse que vaya a morir joven.

Stride salió volando de la autocaravana y volvió al Bronco. Llamó al 911, dio la posición de su localizador GPS, dijo adónde iba y pidió que pusieran en marcha a todo el que estuviera disponible. Cuando obtuvo la confirmación de la operadora, lanzó otra vez el teléfono al asiento del copiloto y se concentró en el lago. Abandonó el resto de las casetas de pesca de esa ensenada y aceleró para volver a la superficie abierta de hielo. Los neumáticos escupían cortinas de nieve en dos estelas, como si estuvieran partiendo el mar. Intentaba no perder de vista la mancha oscura de tierra al este, pero la tormenta arreció más si cabe, reduciendo su universo a unos pocos metros por delante del todoterreno. Aun así, aceleró el Bronco hasta apoyar el pie en el suelo y hasta que el chasis vibró y se tambaleó sobre el hielo irregular. Demasiado rápido.

Perdió el control. El todoterreno giró. Dio vueltas y más vueltas en una extraña y grácil pirueta, los neumáticos se despegaron y el vehículo amenazó con volcar. Se encontró flotando en una esquina, deslizándose, pero entonces el Bronco volvió a tambalearse y se enderezó, posándose de nuevo sobre sus ruedas, con una sacudida que le machacó los riñones, y se detuvo de golpe. Volvió a pisar el acelerador y el todoterreno tosió, se agarró a la nieve y se precipitó.

Ahora estaba perdido. No veía nada y no tenía ni idea de dónde se encontraba o en qué dirección iba. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza sin dejar de conducir, pero el viento y la nieve eran como cuchillos en su rostro. El lago, el cielo y los bosques, todo se confundía. Le pareció distinguir la mancha oscura del siguiente brazo de tierra que emergía por el este y giró hacia allí, pero lo desorientó el enjambre plateado que no dejaba de soplar por todas partes alrededor del todoterreno. La visión de la tierra se esfumó, como si hubiese sido una ilusión desde el principio.

Se estaba adentrando, y ya se había alejado demasiado cuando se dio cuenta de que había ido en la dirección equivocada y se apartaba de la orilla. Algo cambió bajo sus neumáticos. Lo que había sido un metro de hielo impenetrable ya no resultaba sólido y robusto, sino que el suelo temblaba y se desplazaba mientras él conducía. Sabía que tenía que parar, dar la vuelta y salir de allí. Se estaba deslizando sobre una de esas zonas más cálidas, como si intentase andar sobre el agua, y cuando giró el volante el primer crujido agudo fue como si un rifle se disparase bajo sus pies.

El hielo se estaba rompiendo.

El todoterreno daba bandazos.

La sacudida propulsó a Stride hacia delante. El morro del todoterreno se estremeció y bajó en picado. Él buscó a tientas el cinturón de seguridad, abrió la puerta de un empujón y se arrojó al exterior, donde impactó contra el frío hielo y empezó a rodar. Avanzó a rastras, mientras oía el hielo crujir a su alrededor y detrás de él. Se extendió cuan largo era y prácticamente nadó a través de la nieve hacia la seguridad de una plataforma de hielo más gruesa. Desde donde estaba ahora veía banderas rojas, balizas de advertencia que se había pasado de largo conduciendo, sin darse cuenta debido a la tormenta.

Se puso en pie. El hielo era lo bastante resistente para soportarlo.

Veinte metros más allá, Stride vio desaparecer su Ford Bronco de diez años, llevándose consigo su pasado y su teléfono móvil. Grietas como telas de araña se abrieron y se ensancharon formando fisuras. Las ruedas delanteras sorbieron el agua del lago, que se liberó de su cárcel como un monstruo marino y envolvió el todoterreno. El Bronco se sacudió, luchó y flotó, aunque no por mucho tiempo. Un agua helada penetró en su cuerpo, y el vapor salió silbando al anegarse el motor. El extremo frontal se sumergió y el trasero le fue a la zaga; entonces el todoterreno escoró a un lado, salpicó levemente al hundirse entre las macizas placas de hielo y fue engullido hasta desaparecer.

La tormenta arreció.

Estaba solo en medio del lago.

Capítulo 55

Blue Dog retrocedió dos pasos y topó con la pared opuesta. Un juego de estanterías de metal cedió bajo su peso y cayó al suelo con estrépito. Otra persona entró en la choza con ellos y cerró la puerta. Por un instante, la oscuridad fue otra vez tan absoluta que Serena se sintió como si llevara una máscara, pero entonces se encendió la bombilla del techo, y hasta la tenue luz bastó para obligarla a cerrar los ojos y volver la cabeza.

Al pestañear, vio a Lauren Erickson con una escopeta alojada en su hombro derecho, apuntando a la cabeza de Blue Dog. El arma parecía inmensa en sus pequeños brazos, pero ella sostenía el cañón de forma estable y segura.

La mirada de Lauren saltó a Serena y se detuvo en ella. Tenía la boca tensa de rabia y de algo que tal vez fuera culpabilidad o remordimiento. Volvió a mirar a Blue Dog, que se estaba apretando el hombro destrozado con la otra mano. Su herida era un amasijo de hueso, músculo y sangre.

—Estúpido cabrón —espetó Lauren—. Tenías el dinero. Podrías haber dejado la ciudad y todo habría salido perfecto.

—Nunca se trató de dinero. —Señaló a Serena con la cabeza—. Ella y yo tenemos una historia.

Serena lo interrumpió con voz sosegada y firme.

—Lauren, suéltame.

Blue Dog apuntó con el dedo a la cara de Lauren.

—No puedes hacer eso. Si ella sale por esa puerta, se sabrá todo.

—Lauren, me da igual lo que hayas hecho —aseguró Serena—. Mírame. ¡Mírame! —le suplicó— tú nunca podrías formar parte de algo así.

Lauren contempló a Serena, atada al catre. Desnuda, con el cuerpo surcado de sangre.

—Siento que te hayas visto metida en esto —le dijo.

—No vale la pena, Lauren —continuó Serena—. No importa qué hicieras. Podemos arreglarlo.

Lauren negó con la cabeza.

—Ya es tarde para eso.

Hundió los dos cañones de la escopeta en la piel de la frente de Blue Dog.

—Lauren, no aprietes ese gatillo —insistió Serena—. No lo hagas. Una vez lo hayas hecho no podrás volver atrás. Llama a la policía. Es a él a quien quieren, tú puedes negociar un trato.

Lauren retrocedió medio paso.

Los pulmones de Blue Dog retumbaron al reírse:

—¿Un trato? ¿Te crees que puedes conseguir un trato? No después de que

mataras a Tanjy.

Serena cerró los ojos y maldijo en silencio para sí.

—Cállate —masculló Lauren entre dientes.

—¿No quieres que Serena sepa la arpía calculadora que eres? —preguntó Blue Dog. Le sonrió a Serena—. Le conté a Lauren lo de la aventura de Dan. Lo de las fantasías de Tanjy. Las cosas morbosas que hacían juntos. Hasta tenía las fotos. Sólo pedí dinero para guardar silencio, pero a Lauren se le ocurrió una idea mejor.

—Cállate —repitió ésta.

—Me pagó para que mantuviera el culo de Dan lejos de los periódicos, pero luego me pagó aún más. Me contrató.

Serena vio un temor primario en los ojos de Lauren. El reducido espacio vibró bajo las ráfagas que azotaban las paredes desde el exterior. El frío era insoportable.

—¿Para que hicieras qué? —preguntó Serena, aunque había empezado a atar cabos.

—Para que violara a Tanjy Powell —dijo Blue Dog—. No sólo quiso que acabara con lo de Tanjy y Dan. También quiso ver destruida a esa zorra. Así que eso hice.

—Oh, Dios mío —murmuró Serena.

—Era una puta retorcida —sentenció Lauren, escupiendo las palabras.

—Sí, y Dan nunca tenía bastante de su salvaje y húmedo coño, ¿verdad? Pero tú lo arreglaste. —Blue Dog volvió a mostrar su sonrisa—. Luego Tanjy llamó para decir que sabía quién la había violado. Eso te acojonó, ¿eh? Si Tanjy sabía algo de mí, también acabaría averiguando lo tuyo.

—¡Basta! —gritó Lauren.

—Pero tú sabías qué hacer, ¿no es así? Apuesto a que cuando la azotaste con esa linterna en la nuca, tuviste el mayor orgasmo de tu vida.

Lauren estaba sumergida en el recuerdo de lo que hizo y temblaba, furiosa. La escopeta flaqueó en sus manos. No vio a Blue Dog moverse en el suelo, extender la mano derecha y tantear el terreno tras de sí. Serena gritó una advertencia, pero Lauren no la entendió ni vio cómo la mano de Blue Dog asomaba desde detrás de su espalda, con el arma de Serena. Él sonrió y disparó, sonrió y disparó, dos balas en dos segundos, y ambas entraron y salieron: la primera perforó un túnel en la carne del elegante cuello de Lauren y la otra le atravesó la clavícula con un crujido audible.

Blue Dog se levantó del suelo, con el brazo izquierdo inmovilizado y moviéndose despacio. Lauren se volvió para huir, pero tenía los pies torpes como los de un payaso. Él se le abalanzó desde atrás, le rodeó el cuello con el brazo y la alzó en peso del suelo. Lauren se agitó como una muñeca, y la escopeta osciló mientras ella forcejeaba para liberarse. Los ojos se le salieron de la órbita y su boca formó una O en un grito agónico y silencioso. Blue Dog la retenía con brazo férreo, exprimiéndole la vida.

Lauren tenía el dedo en el gatillo. Serena seguía con horror la rotación desenfadada del cañón, y vio que la apuntaba directamente al pecho. Se encogió y trató de zafarse, pero no tenía adónde ir, adónde escapar. Observaba el dedo de Lauren, que estaba todo el tiempo próximo al espasmo, y realmente vio que el gatillo empezaba a moverse. Contuvo el aliento pero no cerró los ojos. Luego el arma se apartó y apuntó al techo, a las paredes, a la puerta. Lauren pateó y se agitó. Blue Dog la giró y el arma volvió a alzarse, apuntando ahora a la pared trasera, lejos de Serena. Esta vez, el cañón soltó dos proyectiles. El retroceso los empujó a ambos atrás y Lauren cayó de las garras de Blue Dog. El estruendo de la detonación hizo que el catre se elevara del suelo.

El proyectil atravesó la estancia y abrió un agujero en el exterior metálico.

Con un agudo y espantoso sonido metálico, como una nota tocada en un piano mal afinado, perforó la cisterna de gas propano instalada detrás de la choza.

Stride se cubría la cara con las manos enguantadas, pero apenas las veía. Parecía un yeti, recubierto de pesada nieve, avanzando con dificultad a través de los cúmulos de nieve, luchando contra el viento que le cortaba la piel. Llevaba una larga bufanda gris envuelta alrededor de la cabeza y las orejas y tapándole la cara y el cuello. La nieve se acumulaba encima y se congelaba. De los párpados le colgaban bolas de hielo. Tenía la chaqueta de piel tiesa, como de cartón. Cuando se detuvo a escuchar, sólo oyó el rugir incesante de la bruja blanca y se preguntó qué muerte estaría anunciando esa noche, si la de Serena, la de él mismo o la de ambos.

Escudriñó el horizonte. Hubo un momento en que le pareció ver la línea de árboles de la costa cuando la tormenta se levantó brevemente, pero desde entonces tal vez estuviera andando en círculos: sus huellas desaparecían casi en cuanto las dibujaba. Puede que estuviera siguiendo caminos cruzados, marchando sobre el terreno en una especie de cinta de Moebius que daba vueltas y vueltas sin llegar nunca al final.

Casi chocó con la choza antes de verla. Cuando la nieve invasora remontó el vuelo, se dio cuenta de que se encontraba en medio de una colonia remolcada al centro de la ensenada, a un tiro de piedra de la espesura. Buscó alguna luz y no vio ninguna. Se preguntó dónde estaría Maggie, si estaría muy lejos de allí y qué habría pensado al ver que él no contestaba al teléfono, que estaba en el fondo del lago.

Un ruido de trueno lo envolvió como una ola. Se giró de golpe, intentando establecer dónde había tenido lugar el disparo. Buscó vehículos, pero sólo distinguió montañas de marfil.

Cien metros más allá, una caseta de pesca voló por los aires. La noche se convirtió en día y una esbelta nube de fuego de metro y medio se alzó con un rugido.

Stride corrió.

Capítulo 56

Un instante después, la casucha de hojalata se convirtió en una hecatombe.

Serena sintió como si la hubieran proyectado al espacio y se hubiera salido de la órbita de vuelta a la tierra. La explosión partió la choza por la mitad y las paredes emitieron un ruido atormentado al resquebrajarse. Las ventadas en forma de rombo de la pared trasera volaron hacia dentro, y una inmensa llama brotó a través de ellas como si fuesen bocas de dragón. Aparecieron manchas negras en el metal gris, que crepitó y reventó al volverse quebradizo.

La onda expansiva separó a Lauren de Blue Dog. La escopeta impactó contra el suelo, ya vacía e inofensiva. Lauren salió proyectada por los aires, se incrustó contra la puerta y luego la atravesó, emergiendo de la estancia y desapareciendo con un grito. El impacto dio a Blue Dog de lleno en la espalda y lo arrojó al suelo a cuatro patas. Sacudió la cabeza para aclararse el cerebro disperso, y el largo cabello le cayó sobre el rostro como a un perro afgano. Cuando se puso en pie tambaleándose, su silueta se recortaba contra el fuego que tenía detrás. La cabeza casi le llegaba al techo de la choza. Llevaba el brazo izquierdo colgando a un costado, inservible, pero seguía sosteniendo la pistola de Serena con la otra mano.

La alzó y le apuntó a la cabeza. Ella pudo distinguir el blanco de sus ojos y sus dientes al descubierto. Cayó ceniza en la herida de Blue Dog, cosa que le provocó una sacudida.

—¿Quieres que me encargue de que sea rápido? —preguntó.

—Que te jodan.

Las llamas rozaban la espalda de Blue Dog.

—Arder hasta morir es una forma horrible de irse —continuó él. Serena casi deseó que apretase el gatillo—. Te veré en el infierno —le dijo Blue Dog, y entonces dio la vuelta y atravesó el umbral.

Estaba sola y atrapada. Era como si ya estuviese en el infierno, con llamas enormes y el cáustico olor a metal quemado para torturar a los pecadores. El frío invernal se desvaneció y Serena notó el ardor de un sol feroz y sin piedad. La pared trasera estaba quemada casi por completo, y en las demás el fuego jugueteaba con las chapas de madera, empezando a prender y avanzar con rapidez. El humo colmó el espacio. Se cubrió la boca y la nariz con el brazo libre, pero la nube gris encontró el modo de metérsele dentro. Le vinieron arcadas y se le secaron los ojos.

Serena se lanzó con todo su peso hacia la derecha. El catre se balanceó sobre las patas del somier, pero volvió a su posición. Lo intentó otra vez, tratando de volcar para poder colocar las dos manos en el suelo y hacer palanca para impulsarse hacia atrás y salir por la puerta, utilizando el colchón y el somier sobre la espalda para demorar el asalto del fuego. Se balanceó de nuevo, y sintió que el catre se elevaba

unos centímetros del suelo antes de caer. Apretó los puños y empujó contra la pared, pero el catre permaneció anclado al suelo.

La choza se estremeció. El extremo opuesto, donde estaba el fuego, se hundió por una esquina, y Serena oyó un siseo como si hubieran atizado un nido de serpientes. Entonces se dio cuenta de que estaba en una caseta de pesca en el lago, y de que el siseo que oía lo creaba el vapor a medida que el fuego se abría paso en la dura capa de hielo. La choza estaba empezando a hundirse, creando una charca fangosa en la que se ahogaría si el fuego no la alcanzaba primero.

La intensidad de las llamas proyectadas a través de las ventanas disminuyó poco a poco mientras la cisterna de gas se deslizaba dentro del agua, pero ahora el fuego se alimentaba de la propia caseta, devorando la madera y el material aislante, reventando botellas vacías y avanzando hacia el catre. La primera lengua de fuego perfiló la puerta abierta de un naranja subido y lanzó una lluvia de chispas que causaron agujeros negros y humeantes en el colchón. Algunas de ellas le cayeron en la piel y la royeron como ratas hambrientas. No pudo evitar gritar. El destino que la aguardaba era terrible: morir así, chamuscándose centímetro a centímetro hasta quedar reducida a huesos y cenizas.

Apoyó el brazo izquierdo en el suelo en un fútil intento por darse impulso y alejarse de la arremetida del fuego. Su mano encontró algo frío y duro y comprendió que era el revólver, que había ido resbalando con todo el tumulto hasta acabar en un punto a su alcance. Lo recogió y se lo quedó mirando.

Una bala. Parecía una broma cruel encontrar el revólver ahora, cuando ya no le servía para nada. O quizá para una sola cosa. Serena observó acercarse las llamas como un ejército inexorable. Danzaron en el techo y fragmentos de metal ardiente cayeron a su alrededor. Se arremolinaron como guirnaldas brillantes en las paredes. Le carbonizaron las puntas de los pies, como si andase sobre ascuas. El humo se volvió denso como la niebla y se concentró alrededor de su rostro hasta cegarla. Intentó tomar aire, pero no se podía respirar otra cosa que gases y cenizas, no se podía ver más que la bruma ni se oía nada aparte de la mortal agonía de la choza al desplomarse; ningún olor salvo el de su propia carne chamuscada.

Aún tenía el arma en la mano. Tenía una bala, y no la desperdiciaría.

Una bala para escapar de una vez por todas del dolor, las llamas y el veneno.

Una bala que la ayudaría a encontrar la habitación de la nada en aquel rincón de su alma al que había huido de niña, y quedarse allí para siempre.

Serena se llevó el arma a la boca.

Stride llegó corriendo a la choza desde el oeste. La mitad estaba completamente inmersa en llamas, y el lago iba abriéndose lentamente a su alrededor y apoderándose de ella. Sentía la oleada de calor desde donde estaba. Ya había visto otras explosiones de gas, y siempre resultaban infalibles y absolutas, reduciendo metal, madera, vidrio

y tejidos a unas ruinas informes y humeantes, nada más que un rectángulo negro en el suelo. Nunca tardaba demasiado, nunca más de unos cuantos minutos.

Rodeó la choza y descubrió un sedán cubierto de nieve, con la puerta entreabierta, y el perfil rectangular de una furgoneta aparcada a veinte metros de la puerta de la choza. El viento había disipado la nieve y reconoció el logotipo de Byte Patrol. Era la caricatura de un ganso vestido de policía, con un portátil en una mano y un destornillador en la otra. El dibujo se reía de él.

Alguien se dirigía a la parte frontal de la caravana medio corriendo y medio cojeando. Era alto y robusto, y Stride vio su pelo largo agitarse al viento descontroladamente.

—¡Alto!

El hombre se quedó inmóvil y se volvió a mirar. Los ojos de Blue Dog brillaron al reconocerle a través de la corta distancia que los separaba.

—¿Dónde está ella? —gritó Stride.

El otro señaló con la cabeza la caseta en llamas y sonrió. Stride corrió hacia la puerta, que ya era un anillo de fuego. Con el rabillo del ojo vio alzarse el brazo derecho de Blue Dog y reaccionó por instinto, tirándose al suelo y rodando mientras dos balas rebotaban en el hielo a su alrededor. Stride se retorció en la nieve, sacó la pistola de la chaqueta y devolvió el tiro. Las balas retumbaron contra el costado de la furgoneta. Blue Dog abrió la puerta de ésta y Stride disparó de nuevo, cuatro veces más, apuntando a la cabeza de su adversario y, errando por un centímetro, hizo añicos la ventanilla. Blue Dog se agachó y se alejó de la furgoneta, haciendo eses a través de la ventisca y aprovechando el vehículo para cubrirse mientras se dirigía a los árboles.

Stride le dejó ir. Se puso en pie como pudo y llamó a la pared de la caseta de pesca.

—¡Serena!

El calor y la intensidad del fuego le echaron atrás. Sus botas chapoteaban en medio metro de fría agua del lago allí donde el hielo se estaba derritiendo. Las paredes de la choza empezaban a combarse.

—¡Serena!

Se puso de rodillas, se empapó la cabeza de agua helada y se tumbó en el suelo para tener todo el cuerpo mojado y gélido. Ahora mismo, la hipotermia era la menor de sus preocupaciones; lo único que quería era ralentizar la acción del fuego en su piel. El viento lo picaba, el calor lo quemaba y la bruja gritaba.

Stride observó las fauces del diablo.

Mientras se preparaba para saltar a través del umbral, el corazón se le detuvo al oír un ruido que se elevó por encima de la tormenta y el fuego: el agudo estallido de un solo disparo.

Capítulo 57

Maggie viró hacia el fuego.

Al seguir la línea recortada de la península, vio la caseta de pesca ardiendo como una hoguera pagana que elevara su sacrificio al dios de la tormenta. El fuego iluminaba la ensenada entera. Veía las contorsiones de la nieve llevada por el viento, las otras chozas encogidas como cajas de hojalata bajo la tormenta, y el perfil de los abedules como monigotes en la costa. A medida que sorteaba las demás casetas para acercarse, distinguió a un hombre fuera de la choza, e incluso en la distancia reconoció a Stride.

Vio que estaba a punto de entrar, y Maggie se dio cuenta por el tamaño monstruoso de las llamas que hacer eso sería un suicidio. Tocó febrilmente la bocina para intentar detenerle pero, la oyera o no, la ignoró.

—¡No! —gritó dentro del coche, y propinó un puñetazo al volante.

Mientras observaba impotente a cincuenta metros de distancia, Stride dio tres pasos y se adentró por el centro del umbral, atravesando las llamas y desapareciendo en el interior.

Maggie no vio a Blue Dog hasta que fue demasiado tarde. Ni siquiera oyó la detonación de la pistola. Una bala entró por su parabrisas y se incrustó en el reposacabezas de su asiento, tan cerca de la cara que, cuando se tocó la oreja instintivamente, notó sangre en los dedos. El parabrisas se mantuvo entero excepto por el orificio perfecto y circular y una telaraña de grietas grabadas en el cristal. Aun así, giró el volante de forma automática y la camioneta hizo un trompo, con lo que la parte trasera empezó a trazar círculos mientras ella pisaba el freno.

Cuando al fin se detuvo, otra bala entró chillando por el extremo opuesto del parabrisas, que finalmente cedió y se transformó en una lluvia de cristales. Maggie vio a un hombre correr hacia su vehículo con el brazo derecho en el aire, disparando a lo loco. Y entendió qué quería: la camioneta, no a ella; algo con lo que poder escapar. Quitó las llaves del contacto y se agachó, luego pasó al otro asiento y abrió la puerta del copiloto. Se arrojó fuera del Avalanche.

Maggie fue a dar con el pecho contra el hielo y miró por debajo de la camioneta, desde donde apenas podía ver las piernas de Blue Dog a través del tornado de nieve. Éste se movía con cuidado y en silencio, paso a paso, a unos quince metros de la puerta del conductor. Maggie pensó en huir, pero no iba a hacer tal cosa. No de ese hombre. No después de lo que le había hecho.

Necesitaba un arma. Llevaba los bolsillos vacíos, y lo único que había en la guantera era un medidor de la presión de los neumáticos. En el fondo cubierto de la camioneta guardaba una radio de emergencia, un saco de arena de veinte kilos, un botiquín, unas pinzas para la batería, un pulpo y una pala. Ésta era de plástico,

diseñada para despejar de nieve un camino, y no la clase de objeto contundente con que dejar a un hombre inconsciente.

Era todo lo que tenía.

Decidió marcarse un farol.

—¡Detente ahí mismo! —gritó, y lo vio inmovilizarse en seco, tratando de ubicar el débil sonido de su voz—. Da un paso más y acabo contigo.

Siguió un largo silencio; luego, él disparó varias veces, haciendo añicos las demás ventanillas de la camioneta y sembrando la nieve de trozos de vidrio.

—Si tuvieras una pistola, ya estaría muerto —respondió él con un grito.

Maggie se arrastró rápidamente a la parte trasera del camión. Confió en que él no viera cómo abría la puerta, metió los brazos y, con cuidado, cogió el pesado saco de arena, procurando que el chasis no se balanceara.

Se puso en cuclillas y vio que lo tenía a algo más de cinco metros. Maldiciendo en silencio, cerró el maletero, dejó el saco de arena en el suelo y volvió a la puerta abierta del copiloto. Se mantuvo agachada y se deslizó dentro, esperando que él no la viera meter la llave de nuevo en el contacto. Retrocedió con cautela, recuperó el saco de arena y lo colocó de costado bajo la camioneta, justo detrás del neumático frontal derecho. Confió en que los aullidos de la tormenta atenuaran el ruido que pudiera hacer.

Maggie regresó junto al maletero y se pegó al suelo para vigilar el avance de Blue Dog. Éste dibujó una curva abierta para comprobar la parte delantera de la camioneta y siguió rodeándola hasta el otro lado. Ella lo esquivó retrocediendo y manteniéndose fuera de su vista. Lo vio levantar una pierna, cerrar de una patada la puerta del copiloto y, enseguida, disparar tres balas al suelo. Una de ellas fue a dar en el parachoques de atrás con un sonido metálico. Maggie rezó para que no viera el saco escondido detrás del neumático.

Blue Dog aguardó. Tenía que saber dónde estaba ella: en la parte de atrás, junto al maletero. La cuestión era si le merecía la pena perder tiempo en seguirla, sabiendo que podían estar dando vueltas sin parar. Lo vio retroceder despacio hacia el morro y volver a la puerta del conductor. Allí vaciló.

En la distancia, Maggie oyó un sonido celestial: sirenas. Montones de ellas.

Él abrió la puerta del conductor, se subió y la cerró de golpe tras de sí. Encendió el motor y Maggie se puso en pie de un salto y corrió hacia la parte frontal. Sabía que la vería acercarse por el retrovisor, pero estaba bien así: quería que acelerase. Él pisó el pedal y la camioneta chirrió sobre el hielo y brincó hacia delante.

Tres metros más allá, el Avalanche se paró con una sacudida cuando la rueda trasera tropezó con el saco de arena. Maggie alcanzó la puerta del conductor en el mismo instante. La abrió a toda prisa, le agarró a él del pelo y le golpeó el cráneo repetidamente contra el marco metálico de la puerta. Él gimió y cayó fuera del

vehículo. Maggie le buscó la pistola, pero no la llevaba en la mano; la vio en el extremo opuesto de la guantera, donde se le habría caído con el impacto.

No se molestó en luchar limpiamente. Cuando se inclinó sobre él y vio que tenía el hombro sangrando y roto, le golpeó el miembro herido con el puño una y otra vez hasta hacerle aullar de dolor. Le clavó las uñas en ambos ojos. Él la buscó a ciegas con la otra mano, pero ella se la cogió, le agarró la muñeca y se la retorció, y le dobló hacia atrás el dedo índice hasta rompérselo con un horrible chasquido. Él soltó un grito ahogado, como un gorjeo.

—No es igual que la otra vez, ¿verdad, saco de mierda? —le espetó Maggie.

Blue Dog cerró los ojos, pero ella no quiso correr ningún riesgo. Echó el puño izquierdo hacia atrás, como si fuese a clavar una estaca, y se lo hundió en el estómago. Él no se movió, no abrió los ojos, pero se le revolvió el abdomen y empezó a vomitar. El líquido le salía de la boca a borbotones. Era como mover a un elefante muerto, pero Maggie consiguió darle la vuelta para asegurarse de que no se asfixiara. Le quitó el cinturón y lo usó para atarle las muñecas. Se levantó y fue al maletero de la camioneta, donde encontró un pulpo para sujetarle los tobillos.

Maggie recogió la pistola del Avalanche y se la metió en el bolsillo.

Oyó un estrépito metálico a través del hielo; alzó la vista y no le gustó lo que veía: las llamas habían engullido la choza por completo. Las paredes se estaban derrumbando.

Capítulo 58

Serena oyó gritar a Jonny y comprendió que éste estaba a unos centímetros de ella, al otro lado de la pared incendiada. En ese instante cambió de parecer. Si el fuego y el lago la querían, tendrían que ir a por ella. También se dio cuenta de que podía darle otro uso a la bala que quedaba en el revólver, y sin dudar lo alejó cuanto pudo el brazo izquierdo de su cuerpo, estiró la mano derecha hasta el límite de lo que le permitía la tela que la sujetaba y disparó. La bala rasgó el trozo de ropa. El brazo derecho le escocía a causa de la pólvora, pero al tirar de la mano, ésta se separó del somier. Tenía los dos brazos libres.

Se sentía cada vez más mareada, a medida que el fuego se aproximaba y el humo consumía todo el oxígeno del minúsculo espacio. Apoyó ambas manos en un costado del somier y se dio impulso. Una oleada abrasadora le azotó la cara. Se inclinó hacia delante cuanto pudo hasta que sus dedos alcanzaron el tobillo izquierdo y tiró frenéticamente de la cinta que la ataba al somier. Apretó los párpados, pues era incapaz de mantenerlos abiertos de cara al calor. Los tejidos desgarrados del estómago y el hombro se abrieron, y sintió cómo le manaba la sangre sobre los muslos. La cinta aislante se le pegaba a la piel. Blue Dog la había atado muy fuerte, y la cinta se resistió cuando trató de serrarla con las uñas. No podía creer que estuviera tan cerca y siguiera atrapada.

Se quedó sin aire. Un veneno negro y alquitranado le llenó los pulmones. Se rindió y se dejó caer hacia atrás, con la esperanza de que aún quedase algo que respirar en la parte más baja de la caseta, pero el humo también había descendido hasta allí. Se oyó jadear y resollar, y fue como si saliera de sí misma y se viera desde lejos luchando por un poco de oxígeno. Sabía que seguiría consciente tan sólo unos segundos.

Ahora que tenía las dos manos libres, se agarró al somier y se impulsó hacia la derecha, y sintió que la cama se levantaba unos centímetros del suelo antes de tambalearse y volver a caer en su sitio. Expulsó el último hálito de aire que le quedaba y, gruñendo por el colosal esfuerzo, lo intentó de nuevo; esta vez el catre se irguió hasta volcar. El peso del somier le aplastó la espalda y su piel desnuda presionada contra el suelo era como un pedazo de carne cruda tostándose en la parrilla. Pero en algún lugar cerca de sus labios percibió algo de aire fresco.

Palpó el suelo y se dio cuenta de que estaba sobre una de las trampillas que usan los pescadores para acceder al hielo. Notó una arandela de metal debajo de una uña, levantó la pequeña puerta y casi gritó de alegría cuando una ráfaga de aire frío le azotó el rostro desde el agua del lago. Sus pulmones se convulsionaron al tratar de expulsar los restos de humo y remplazarlo por oxígeno. Al cabo de varias bocanadas, sintió que volvía a la vida.

Ahora, las llamas la rodeaban como lobos. Percibió una quemadura en la espalda, señal inequívoca de que el somier estaba ardiendo ya. Empezaba a pensar que se había salvado para acabar muriendo de la peor manera.

La choza se sacudió, y ella oyó una voz a un metro de distancia.

—¡Serena!

Era Jonny. Estaba dentro.

Stride avanzó unos pasos y arrancó algo de la pared. El bufido del aire comprimido reventando en una oleada de espuma llenó el espacio. Las llamas más cercanas retrocedieron hasta morir. Stride siguió rociando hasta vaciar el extintor, repeliendo el fuego y creando una breve burbuja de seguridad a su alrededor.

Fue a liberarle los tobillos. Serena vio brillar a su alcance el cuchillo de Blue Dog, y lo cogió y lo blandió en el aire.

—¡Jonny, utiliza esto! ¡Date prisa!

Sintió cómo él cortaba rápidamente la cinta que la ataba a las patas metálicas del catre y, en cuestión de segundos, pudo liberar las piernas. Stride le quitó de encima el somier y el colchón, que estaban ardiendo. Ella quiso darse la vuelta pero descubrió que no tenía fuerzas suficientes. Las piernas eran de plomo. La sangre le volvía a fluir poco a poco por los pies.

—¿Puedes andar? —le preguntó él.

—No —contestó con rabia.

Jonny se agachó delante de ella.

—Cógete a mis hombros y no te sueltes.

Ella le rodeó el torso con los brazos desde atrás y se aferró mientras él se ponía en pie, tambaleándose bajo su peso.

—Agárrate bien —dijo.

Entonces la oyó decir:

—Mierda.

Ambos observaron cómo se desplomaba la mitad del techo. Un muro de fuego descendió como una cortina de acero tapando la salida. La caseta se estremeció otra vez, como un barco naufragando bajo las aguas. El lago se abrió en una charca cada vez más profunda que surcaba el suelo. El humo se mezcló con el vapor. No había forma de salir.

Stride se agachó otra vez y la volvió a dejar en el suelo caliente. Ella ocultó el rostro bajo la trampilla. Por debajo de la choza aún corría aire fresco, pero el hielo era cada vez más fino y el charco de agua crecía, amenazando con inundar el interior. Cuando alzó la mirada, vio a Jonny con una bufanda mojada envolviéndole la cara. Con la punta de la bota, daba furiosas patadas a la pared de hojalata que tenían detrás, pero el metal ofrecía resistencia. En su ropa aterrizaban chispas que empezaron a prender. Reparó en el taladro mecánico que había en una esquina y arrastró la hélice

metálica de un metro hasta la pared. Tiró de la manivela y el motor carraspeó. La choza se balanceaba: se estaba hundiendo deprisa. Tenían el fuego sobre sus cabezas.

Volvió a estirar una y otra vez, y por fin el motor volvió a la vida. Stride lo clavó en la pared y el metal chilló, cediendo; entonces lo retiró e hizo otro orificio y perforó toda una franja que llegaba hasta el suelo, hasta formar un agujero de un metro cuadrado en el metal.

Tiró el taladro, dio otra patada y esta vez la pared se dobló, abriéndose al exterior y al aire libre. La oleada de oxígeno avivó las llamas, que se cerraron sobre ellos. No tuvo que decirle a Serena cuál era el siguiente paso: ella se le agarró a la cintura y él se escabulló por la abertura, arrastrándola tras de sí. Al salir de la caseta de pesca cayeron al agua helada, y él siguió reptando hasta que Serena salió a la superficie detrás de él. Entonces ella se soltó y cayó en medio metro de agua fangosa, aunque había un bloque de hielo debajo de ella.

Stride salió a rastras de la charca y la sacó. La nieve congeló las heridas de Serena con un escozor terrible. Quería quedarse allí tumbada para siempre, pero él ya la estaba moviendo. Se quitó la chaqueta, se la puso a ella, y luego se la volvió a echar a la espalda. Junto a ellos, el fuego partió el orificio que habían abierto en la pared. Lo que quedaba del techo se desplomó con un rugido, y las paredes se abalanzaron sobre el espacio donde habían estado hacía sólo unos segundos. Una nueva torre de fuego se elevó y cayó, consumiendo los restos de metal y madera, hasta que no quedó nada de la caseta de pesca.

Serena no podía andar, y sabía que Jonny estaba exhausto. Sin embargo, a lo lejos atisbo la salvación: Maggie corría hacia ellos, haciendo señas como una loca. Detrás de ella, a menos de medio kilómetro de distancia, media docena de coches patrulla acudía a la escena.

Jonny también los vio, cayó de rodillas, incapaz de dar más de sí. Ella sintió cómo sus cuerpos se estremecían y temblaban, pero ya no dejaba de repetirse que casi estaban a salvo, que el auxilio era inmediato, que el calor y las mantas y la morfina estaban a sólo unos minutos. Rezó por que no fuese un espejismo.

Hubo alguien más que vio llegar los coches patrulla.

Cerca de allí, el sedán Lexus cubierto de nieve cobró vida junto a la furgoneta de Blue Dog. Los limpiaparabrisas apartaron la nieve. Los neumáticos giraron y salió a toda prisa, alejándose de la policía y de los escombros de la choza, poniendo rumbo al centro el lago.

—¿Quién diablos era? —murmuró Jonny.

Serena no contestó. Ya estaba inconsciente y, en sus sueños, el dolor se alejaba y ella se sentía bien.

Capítulo 59

Lauren estaba dentro de una nube blanca y no veía nada, pues la tormenta ocultaba la noche y el lago, grande y abierto como el propio océano. Las ruedas del Lexus giraban en silencio, a ciento cincuenta kilómetros por hora a través del hielo. Era como si estuviera volando.

No tenía esperanzas de escapar. Se estaba muriendo. No se puede perder tanta sangre y continuar con vida. El corazón le latía con fuerza y el torrente rojo le empapó la blusa azul hasta volverla púrpura, encharcando los asientos de piel del Lexus. Dan se pondría furioso. Era capaz de perdonar prácticamente cualquier otra cosa, pero iría hasta su tumba a preguntarle por qué no se había muerto en la nieve en lugar de estropear el interior del coche. Así era Dan. Para él, el amor era sexo, pero el dinero era amor.

No le importaba morir ahí. Lo exasperante era que nadie lo entendería. Nunca se trató de dinero o poder, ni de evitar la publicidad. No clavó esa linterna en la cabeza de Tanjy por miedo a que la verdad saliera a la luz. Lo hizo porque Dan estaba enamorado de ella.

Lauren hacía la vista gorda con las demás aventuras de Dan porque al final siempre volvía a casa y dependía de ella para todo. Si quería acostarse con chicas de bandera que creían tener alguna oportunidad de desplazarla a ella, no le importaba; lo único que quería era no saberlo. El sexo nunca le había interesado demasiado, así que dejaba a Dan hacer lo que quisiera. Ella era quien lo amaba, quien lo había creado. Su relación era más importante que cualquier otra cosa.

Hasta Tanjy.

Hasta esa preciosa y perversa zorra que había destrozado sus vidas.

No entendía cómo Tanjy y sus viles fantasías volvieron loco a Dan y le hicieron olvidar lo que Lauren había hecho por él. La gente decía que Lauren era un témpano y bromeaban con lo fría que se mostraba ante todos, pero estaban muy equivocados. Cuando ese enorme y espantoso chantajista llamado Billy Deed le enseñó lo que pasaba entre Tanjy y Dan, se obsesionó con castigar a la chica. Con borrarla del mapa. Con aniquilarla.

No eran sólo las fotografías, aunque no podía creer que fuera tan imprudente. Cualquiera de esas fotos habría acabado con su universo, arruinándolo todo. Había algo más. Blue Dog también tenía mensajes electrónicos. Eso sí que la asustó y la enfureció. Dan diciéndole a Tanjy lo mucho que la quería. Cuánto lo excitaba. Que no dejaba de pensar en ella.

Que estaba hablando con un abogado para divorciarse.

No mentía. Ella comprobó sus llamadas y su agenda: se estaba citando con un abogado matrimonialista en las Gemelas. El divorcio. Dejar plantado a alguien como

Lauren, a la que debía todo lo que era, que había hecho girar toda su vida alrededor de la carrera de él, por una criatura desquiciada como Tanjy Powell. Lauren no estaba dispuesta a aceptarlo.

Si Tanjy creía que una violación era tan excitante, iba a saber cómo era en realidad.

No sintió nada mientras observaba a Tanjy sufrir en el parque, con su cuerpo desnudo atado a la verja. Más tarde, cuando los medios de comunicación crucificaron a la chica, por fin Dan rompió con ella y Lauren se sintió exultante. El mundo volvía a estar bajo su control. Hizo cuanto estaba en sus manos para conseguirle a Dan un empleo lucrativo lejos de Duluth y de Tanjy Powell.

Todo iba a la perfección hasta que Tanjy llamó esa noche, rogando hablar con Dan. Asegurando que sabía quién la había violado.

Lauren guardó un silencio mortal. Se encontraba en una encrucijada. No pensaba dejar que la verdad saliera a la luz, ni que Tanjy hechizara a Dan otra vez. Le dijo a Tanjy que Dan estaba en su casa del lago, y sabía que ésta iría hasta allí para hablar con él esa misma noche. Para seducirlo. Lauren fue a interceptarla en su lugar.

La quería matar. No sólo para conservar el secreto, sino para quitársela a Dan de la cabeza de una vez por todas. Sabía que podía hacerlo.

Tanjy. Esa pequeña y estúpida chiflada. Lo más irónico de todo era que estaba equivocada, pero cuando vio a Billy Deed aparecer con su furgoneta de Byte Patrol detrás de ellas, fue demasiado tarde para echarse atrás. Así que se lo dijo.

—Fui yo, zorra enferma.

Cuando Tanjy se dio la vuelta para huir, Lauren soltó toda su rabia de un solo golpe. Fue todo lo necesario. Tanjy cayó al suelo y murió. ¿Fría? En absoluto. Echaba chispas.

Pero siempre se paga un precio, tal como le había enseñado su padre. Él sabía lo que era atajar, pactar con el diablo. La justicia siempre encontraba un modo de equilibrar la balanza. Como ahora.

Al menos no sentía dolor. Ya no. Los médicos dictaminarían que era un chute de endorfinas segregadas por el cuerpo disponiéndose a morir, pero la paz que la embargaba mientras conducía era casi un éxtasis.

No sintió nada ni siquiera cuando el Lexus se saltó las banderas que advertían de una zona peligrosa en el lago, ni cuando la parte delantera del coche rompió el delgado hielo y el vehículo se paró de golpe y el airbag se abrió. Nada.

Se dio cuenta de que, mientras éste se desinflaba, se iba tiñendo de borgoña, como si hubiera derramado una botella de vino encima.

El Lexus se adentró perezosamente en el agua. Estaba prácticamente insonorizado y Lauren apenas oía cómo el hielo se agrietaba y cedía. Un agua casi congelada se filtraba a sus pies, pero tampoco la sintió. Sabía que debía abrir la puerta del coche;

sin embargo las señales que emitía el cerebro ya no llegaban hasta sus miembros. Se le ocurrió que Tanjy había salido del lago y ahora ella estaba entrando en él. Equilibrar la balanza. Un cuerpo por otro.

El agua le alcanzó la cintura, el estómago, los pechos, el cuello... Estaba flotando. El coche quedó bajo la superficie y el lago, la tormenta y la nieve desaparecieron de su vista, y ya no hubo nada más que las frías y húmedas manos del diablo apoderándose de ella. Sus pulmones se rebelaron, como protestando por tener que morir sólo porque el resto de su cuerpo estuviera acabado, pero ellos también se rindieron a lo inevitable, y Lauren respiró hondo aunque ya no le quedaba aliento.

Tuvo el fugaz pensamiento de que el hielo se habría cerrado sobre ella por la mañana, y se preguntó si alguien averiguaría alguna vez lo que le había pasado. Simplemente, se habría ido.

Pobre Dan. Echaría de menos el coche.

Cuarta parte

LA DAMA QUE HAY EN MÍ

Capítulo 60

Los médicos de la cárcel hicieron esperar tres días a la policía antes de interrogar a Blue Dog. En cuanto a Stride, pasó un día en el hospital por hipotermia y quemaduras de primer grado. Serena estaría hospitalizada varios días más, quizá semanas, pues los médicos tenían que tratarla por inhalación de humos y quemaduras más graves, la mayoría en las piernas. Necesitaría injertos de piel donde las úlceras eran peores y en los cortes del abdomen. Aún era demasiado pronto para conocer los efectos a largo plazo del humo en los pulmones. Con todo, había tenido suerte. Suerte de estar con vida y de que los daños no fueran más graves.

Stride estaba observando a Blue Dog a través de la ventana antes de entrar, y los músculos se le tensaron como nudos. Un odio salvaje le fluyó por las venas.

Teitscher, que se encontraba junto a él, notó su reacción.

—Esto es un asunto personal para ti. No deberías entrar.

—Quiero estar ahí —insistió Stride.

Abrió la puerta antes de que Teitscher pudiera alzar ninguna otra protesta, y los dos hombres entraron. La habitación era de un gris de institución, y olía a desinfectante. Las sábanas estaban blanqueadas con lejía. Teitscher cruzó los brazos y se plantó junto a la cama, con la mirada bajada hacia Blue Dog. Stride se apoyó contra la pared y hundió las manos en los bolsillos.

Las piernas de Blue Dog estaban esposadas al somier, al igual que su brazo derecho, cubierto de tatuajes. Los médicos le habían amputado el izquierdo cuando lo trajeron del lago, pues las consecuencias de la herida de bala eran demasiado graves como para salvarlo. Estaba conectado a sueros de morfina y antibióticos. Le habían cortado el largo cabello, dejándole una pelusa de unos centímetros de color negro y gris. Llevaba una espesa barba de tres días y su piel estaba pálida bajo los fluorescentes. Tenía el fornido pecho descubierto.

—Eh —lo llamó Stride—. Despierta, gilipollas.

Los ojos enrojecidos de Blue Dog pestañearon, y se dio cuenta de que había dos hombres en la habitación. Se agitó, forcejeando con sus ataduras, y el dolor atravesó todo su cuerpo, provocándole una mueca. Bajó la mirada al muñón vendado del costado izquierdo de su torso.

—Duele, ¿eh? —preguntó Stride—. Bien.

—Que te jodan.

Teitscher se sacó una grabadora digital del bolsillo y la colocó en la mesita de noche.

—Vamos a grabar esta conversación. Soy el detective Abel Teitscher y éste es el teniente Jonathan Stride, de la policía de Duluth.

—Ya sé quiénes sois —replicó Blue Dog. Miró a Stride—: Lo único que siento es

que sacaras a esa zorra de la caseta de pesca. Me hubiera gustado oír sus gritos cuando las llamas la alcanzaban.

Teitscher lo ignoró.

—Ya te leyeron tus derechos cuando te arrestaron. ¿Necesitas que te los lea otra vez?

—Conozco mis derechos.

—¿Quieres un abogado?

—¿Para qué? Un abogado no me serviría de nada.

—¿Quieres hablar con nosotros?

—¿Qué ganaría con eso?

Teitscher se encogió de hombros.

—Ya nos hemos puesto en contacto con las autoridades de Alabama: están ansiosos por que vuelvas a Holman. Acabarán juzgándote por los agentes a los que mataste en el huracán y luego te pincharán el brazo. Claro que tendrá que ser el derecho.

—Que te jodan —respondió Blue Dog.

—Yo sólo te digo cómo funciona. Antes de volver a ese agujero infecto del sur, donde te ejecutarán seguro, tendrás que hacer una visita a los tribunales de aquí. Te juzgaremos por asesinato, intento de asesinato, violación, asalto, chantaje, fraude... lo que quieras.

—A lo mejor no tengo que volver a Alabama —dijo Blue Dog—. A lo mejor podéis retenerme aquí.

Teitscher negó con la cabeza.

—¿Te refieres al estado de Minnesota, donde no rige la pena capital? ¿Donde no se hacinan veinte prisioneros en una celda? Lo siento, pero el hecho es que nadie tiene tantas ganas de que te quedes por aquí. Pero puede ser rápido o puede ser lento. Puedes estar de vuelta en Holman en un par de meses, o todo el proceso podría alargarse y tardar un año o más en mandarte otra vez allí. Incluso tal vez tendríamos que ponerte en una celda privada debido a tu estado de salud. Así que, ¿dónde te gustaría pasar el próximo año? ¿En Minnesota o en Alabama?

Blue Dog frunció el ceño.

—Vale, ¿qué es lo que queréis?

—Que nos hables de Lauren Erickson y de Tanjy Powell.

—¿Por ejemplo?

—¿Violaste a Tanjy? —preguntó Teitscher.

—Sí, lo hice, pero fue idea de Lauren.

—Seguro que tú se la metiste en la cabeza.

—No, yo no. Eh, a mí Tanjy me importaba una mierda. Yo quería dinero. Sabía que Lauren pagaría por mantener las fotos de Dan y Tanjy lejos de los periódicos; fue

ella quien le dio la vuelta a todo y me dijo que lo hiciera.

—¿Por qué? —quiso saber Teitscher.

—Castigo, venganza... llámalo como quieras. Esas fotos volvieron loca a Lauren.

—¿Y qué se torció?

—No se torció nada, todo salió tal como Lauren había planeado. Pero entonces Tanjy la llamó hace un par de semanas y dijo que sabía quién la había violado. Lauren se asustó y me llamó a mí.

—¿Qué hiciste?

—Lauren me dijo que me reuniera con ella en su casa del lago. Las dos estaban allí cuando llegué yo. Cuando Tanjy me vio llegar seguramente pensó que era Dan, ¿sabes? Luego pareció que iba a echar a correr, pero Lauren le dio fuerte. Muy fuerte. La otra se desplomó como un saco de cemento. Entonces la metimos en el maletero y nos la llevamos del lago.

—¿Y Maggie y Katrina? —preguntó Stride desde la pared—. ¿Las atacaste tú?

—Sí, fui yo.

—¿También fue idea de Lauren?

—No, ella no supo nada de eso hasta más tarde.

—¿Y por qué las violaste? —lo interrogó Stride.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Después de lo de Tanjy me di cuenta de lo que era. Joder, era como tirarme a Serena en mi cabeza antes de hacerlo de verdad, ¿sabes?

Stride deseó haber tenido mejor puntería en el Lago del Infierno y que ese animal que se hacía llamar Blue Dog estuviese ya muerto.

—Además, era seguro —continuó Blue Dog—. Me enteré de lo del club sexual de Sonia por su ordenador. Supuse que las chicas alfa no querrían que los medios les dispensaran el mismo trato que a Tanjy. Y no me equivoqué.

—¿Qué hay de Eric Sorenson? —preguntó Teitscher.

—¿Qué pasa con él?

—¿Trabajaste con su ordenador?

—No.

—¿Le habló Tanjy de ti?

—No.

—Entonces, ¿cómo te encontró? ¿Cómo averiguó que habías violado a Tanjy y Maggie?

—No lo hizo.

Las palabras de Blue Dog fueron como si un pájaro chocara contra el cristal de una ventana.

—¿Qué?

—Él no sabía nada de mí.

Teitscher y Stride se quedaron mirando mientras intentaban dar un sentido a sus

pensamientos.

—¿Nos estás diciendo que no tuviste nada que ver con el asesinato de Eric? —preguntó Teitscher.

—Me enteré de que lo habían matado cuando lo vi por la tele.

—¿Sabes quién lo hizo? —quiso saber Teitscher.

—Me imaginé que se lo había cargado su mujer, como dijeron en las noticias —contestó Blue Dog, riéndose al mirar a Stride—: A lo mejor, después de hacerlo conmigo su marido ya no daba la talla.

Stride contraatacó.

—Eric era el marido de Maggie y tú la violaste. Él lo descubrió y se enfrentó a ti esa noche.

—Yo no conocía de nada a ese tal Eric —insistió Blue Dog—. ¿No me creéis? Comprobad mi coartada.

—¿Qué coartada? —repitió Teitscher.

—Mi jefe y yo nos pasamos toda la noche quemándonos las pestañas con el sistema de una empresa de Hermantown cuando asesinaron a ese tío. Preguntádselo.

—Nos has contado que Tanjy sabía que tú la habías violado —le recordó Stride.

Blue Dog dibujó una sonrisa.

—Tanjy se equivocó.

—¿Cómo?

—Lauren me lo explicó cuando nos deshacíamos del cuerpo: Tanjy creía que lo había hecho otra persona. Gracioso, ¿eh? Cometió un estúpido error y la mataron por eso.

—¿Quién pensó que la había violado?

—Lauren no me lo dijo.

Stride se pasó la mano por el pelo. Blue Dog lo había trastocado todo. Ahora que creía dar la investigación por acabada, comprendía que las principales preguntas todavía estaban por responder.

¿Quién mató a Eric? ¿Y por qué?

—¿Conoces a una mujer llamada Helen Danning? —preguntó Stride.

Blue Dog negó con la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre.

—¿Nunca te has topado con un blog llamado «La dama que hay en mí» en alguno de los ordenadores que reparabas?

—No.

—Si nos mientes en algo de esto, te envío de regreso a Holman en el próximo vuelo.

—Es la verdad —respondió Blue Dog.

Stride le hizo una seña a Teitscher y ambos se dirigieron a la puerta.

—¿Crees que es sincero respecto a Eric? —preguntó Teitscher, una vez estuvieron a solas en el pasillo.

Stride deseaba contestar que no, pero no podía mentirse a sí mismo.

—No creo que nos diera una coartada que luego no se sostuviese.

—Ya sabes lo que esto significa —continuó Teitscher.

—Maggie no lo hizo —insistió Stride.

—¿Quién, entonces?

—Lauren mató a Tanjy. A lo mejor también mató a Eric.

Teitscher negó con la cabeza.

—Eso no colará: Lauren estaba en Washington esa noche, lo comprobé.

—Pues a lo mejor Blue Dog está mintiendo. Maggie le dio una buena paliza y tal vez quiere hacerle cargar con el asesinato.

—Sabes que eso no sucederá —dijo Teitscher—. Mira, no sé si lo hizo Maggie o no; sigo pensando que es muy probable que lo hiciera, pero está libre y limpia. No presentaremos cargos contra ella: hay suficientes dudas razonables como para que Archie Gale no quiera oír hablar de ello.

—La duda seguirá planeando sobre ella si no averiguamos quién mató realmente a Eric —aseguró Stride.

—Todos llevamos alguna carga.

—Ese tío dice que Tanjy se equivocó —dijo Stride—: Eric y Tanjy creían que el responsable de las violaciones era otro. Quienquiera que fuese, tal vez mató a Eric.

Teitscher negó con la cabeza.

—Eso no tiene sentido, teniente. Si Eric se equivocaba, ¿por qué matarlo? Si yo acuso de un crimen a alguien que no lo ha cometido, ¿por qué diablos va a matarme por ello?

Stride sabía que eso era cierto. Algo se le estaba escapando.

Los dos hombres alzaron la vista cuando un guardia abrió la puerta al otro extremo del estrecho pasillo y Max Guppo apareció corriendo hacia ellos. Guppo nunca corría, y para cuando los alcanzó gruesas gotas de sudor le caían de la frente y el ancho pecho se le hinchaba y deshinchaba desbocado. Al inclinarse hacia delante soltó unos ruidosos gases, y ambos retrocedieron un paso por un acto reflejo.

—Eres un cabrón, Guppo —se quejó Teitscher.

Stride contuvo una sonrisa y preguntó:

—¿Qué pasa, Max?

Guppo tomó aliento con dificultad. Se aflojó la corbata y se subió el cinturón por encima del protuberante estómago.

—Se va a montar una buena.

—¿Con qué?

—Otro cuerpo —les dijo Guppo—. Tenemos un cuerpo en Enger Park. Justo

donde encontraron a esa chica hace diez años.

Capítulo 61

Era como un *déjà vu*. Stride no podía creerlo.

El cadáver se encontraba exactamente donde habían hallado a la adolescente negra y anónima una década antes. Había examinado ese lugar tantas veces que era capaz de precisar cuánto habían crecido los árboles que se alineaban junto a esa calle del campo de golf y la cantidad de pasos que separaban aquel punto de la carretera. El cuerpo estaba de espaldas, con las piernas y los brazos separados como en un dibujo de Da Vinci. Se encontraba en un valle invisible desde la carretera y guarecido de los golfistas que pasaban por allí directamente hacia el *green*. A la chica de entonces, la que encontraron en agosto, la que acechaba sus sueños desde entonces, la localizaron gracias al tiro errante de un doctor.

—Dos esquiadores de fondo se han tropezado con ella —dijo Guppo.

La nieve les llegaba a la pantorrilla, y Guppo miraba la pendiente que conducía a la carretera como preguntándose si sobreviviría a la ascensión. Era media tarde. Ya no nevaba y hacía sol, aunque era incapaz de dar más que un débil resplandor.

Stride asintió. Tenía los labios apretados y fríos.

—¿Alguna idea de cuánto lleva aquí?

—Está congelada, así que no será fácil de determinar —explicó Guppo—. Pero uno de los esquiadores dice que siguió la misma ruta hace dos días y que no había ningún cadáver.

—¿Está seguro de que pasó por el mismo punto?

Guppo asintió.

—Dice que es su ruta favorita.

—¿La han matado aquí? —preguntó Teitscher.

—No. No hay suficiente sangre —contestó Guppo.

Stride examinó a la víctima, o lo que quedaba de ella. Igual que la chica de hacía diez años, este nuevo cadáver estaba sin manos ni cabeza. En la parte del cuello que se mantenía intacta, vio unas marcas de ligaduras que sugerían que la habían estrangulado. Estaba desnuda, y vio contusiones en la zona pélvica. En estos aspectos, era indudable que el crimen lo había cometido el mismo asesino.

Pero había algunos detalles diferentes. Aquello fue en verano y ahora era invierno. La víctima original era negra y esta mujer era blanca. La chica de entonces era joven, no tendría más de diecisiete años; pero por el estado de la piel de esta víctima era fácil adivinar que era mayor, de treinta o cuarenta y tantos.

—No confíes mucho en el ADN esta vez —dijo Guppo.

Stride asintió. Tenía la sensación de que el autor era demasiado listo como para volver a dejar su tarjeta de visita.

—¿Qué más tenemos?

—No mucho. Violet se encarga del cuerpo. Ahora está en su camioneta. Estamos peinando la zona, pero ya te digo que creo que el autor sólo la tiró aquí.

—¿Y las huellas? Tuvo que venir hasta este punto.

Guppo señaló una franja estrecha de nieve apelmazada que descendía la pendiente.

—Sí, al parecer la arrastró. Hemos encontrado manchas de sangre y pelos a lo largo de todo el camino de vuelta a la carretera. Pero debió de coger una pala para remover la nieve. Y en los dos últimos días ha caído otro centímetro más o menos.

—¿Y las marcas de neumáticos?

—En la carretera no hay nada.

Teitscher alzó la mirada al oír el ruido atronador de un helicóptero cerniéndose sobre sus cabezas.

—¿Quién demonios se lo ha chivado a los medios? Esto parece un maldito circo.

—A mí no me mires —lanzó Guppo—. Uno de los esquiadores llamó a su mujer y resulta que era secretaria de la KBJR^[18]. Han sido los primeros en sacarlo, y los demás se han sumado a la fiesta. Ahí arriba también hay periodistas de las Gemelas. Todos se huelen un asesino en serie. Todo el mundo pregunta por el primer caso de la chica de Enger Park y si tiene alguna relación con éste.

—Es más probable que algún imitador nos esté dando falsas pistas —dijo Teitscher.

Guppo se encogió de hombros.

—Todos hablan de esto como si estuviera sacado de la próxima novela de John Sandford.

—No podemos descartar nada —dijo Stride—. Ha transcurrido mucho tiempo entre los dos crímenes si estamos hablando del mismo autor, pero nunca se sabe. Y si se trata de un imitador, la cosa es igual de grave.

—¿Tenemos alguna idea de quién es esta mujer? —preguntó Teitscher—. ¿Hay alguna denuncia de personas desaparecidas que encaje con el perfil?

—La única candidata probable es Lauren Erickson.

Stride negó con la cabeza.

—No es ella, demasiado alta.

Suponía que Lauren estaba en algún lugar del fondo del Lago del Infierno, y que la encontrarían en primavera.

Sonó su teléfono móvil, y se alejó unos pasos en la nieve profunda para contestar. Oyó la voz de Maggie.

—Estoy viendo las noticias —dijo ésta—. Estás saliendo en directo, ¿lo sabías?

—Fantástico.

—Tienes una cosa verde en los dientes.

—Ja, ja.

—Dime que se equivocan —pidió Maggie—. Dime que no es una repetición de lo de la chica de Enger Park.

—Es el mismo modus operandi, Maggie. La escena es prácticamente idéntica.

—Mierda.

Stride no pudo evitar pensar en Maggie, diez años atrás, de pie en ese mismo lugar aquella calurosa noche de agosto. Por entonces sólo llevaban juntos un año. Maggie era joven y lista e iba saliendo poco a poco del cascarón; era una muchacha más que una mujer.

—¿Has hablado con Blue Dog? —quiso saber.

—Sí.

—¿Lo has matado?

—No me faltaban ganas.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no tuvo nada que ver con la muerte de Eric —explicó Stride.

—¿Le crees?

—Por desgracia, sí. Tiene una coartada.

—O sea que vuelven a pasarme la pelota.

—Vamos, tú ya te has librado, Mags. Ni siquiera Abel quiere presentar cargos.

—¿Porque no pueden condenarme o porque soy inocente?

Stride guardó silencio.

—Me lo imaginaba —continuó Maggie—. Oye, eso no es suficiente, jefe, y tú lo sabes. No puedo volver al trabajo si todo el mundo sigue pensando que soy una asesina.

—Aún no ha terminado, Maggie.

—¿No? Abel piensa que fui yo pero no puede demostrarlo. No creo que invierta mucha energía en resolver el caso.

—Dame tiempo.

—Quiero volver —insistió ella—. Quiero estar contigo en la escena de ese crimen ahora mismo. Merezco estar en este caso.

—Lo sé.

Maggie suspiró al teléfono.

—Oye, lo siento, sé que no es culpa tuya. Tienes trabajo que hacer. Iré a ver a Serena, ¿vale?

—Gracias.

—Seguramente te estará viendo en la tele, así que ¿por qué no le enseñas el trasero a la cámara?

—Adiós, Maggs.

Colgó el teléfono y volvió a unirse a Guppo y Teitscher, que estaban rígidos y de pie a medio metro el uno del otro. No se soportaban: Guppo era de los que más se

habían quejado durante el breve período en que Teitscher fue teniente, y éste lo sabía. Tampoco ayudaba el hecho de que Guppo tuviera, además, una larga y estrecha relación con Stride.

—Quiero revisar el expediente del primer caso de la chica de Enger Park —dijo Stride—. ¿Quién lo tiene ahora?

Teitscher palideció.

—Creo que está en mi escritorio.

—¿Y qué hay?

—¿Que qué hay? Nada. Ya sabes lo que pasa con los casos fríos, teniente... cada tantos meses los sacas del cajón y les das un repaso, por si se te ocurre algo nuevo. No es que tenga mucho tiempo para dedicar a un expediente de hace diez años.

—Sobre todo si la víctima sólo es una adolescente negra, ¿no? —dijo Guppo.

—Aguarda un minuto —explotó Teitscher—. Eso es una chorrada y lo sabes.

Stride alzó las manos.

—Dejadlo correr los dos. No vamos a entrar ahora en esto.

—No tiene nada que ver con blancos y negros —insistió Abel, apuntando a Guppo con un dedo—. Tiene que ver con que es un caso congelado.

—Tienes razón —afirmó Stride—, yo nunca he dicho que no se hubiera enfriado. Callaos los dos y sigamos adelante. ¿Quién fue la última persona que intervino realmente en el caso?

—¿Aparte de tú y Maggie? —preguntó Guppo—. Nicole.

Stride lo miró sorprendido.

—¿Nicole?

—Claro. Cuando volvió después de lo del tiroteo en el puente, tú le diste media docena de casos fríos en lugar de ponerla otra vez en la calle. El caso de Enger Park era uno de ellos.

—No recuerdo ver apuntes de Nicole en el expediente del caso —objetó Teitscher.

—¿Y eso te sorprende? —respondió Guppo.

Nicole siempre llevaba meses de retraso con el papeleo.

—Pues si trabajó en ello, tendríamos que averiguar si pilló algo que se nos escapara a nosotros —dijo Stride—. Abel, quiero que vayas a hablar con ella.

La frente de Teitscher dibujó un amasijo de arrugas.

—Me tomas el pelo.

—No. Ve mañana. Tenemos que actuar deprisa.

—Fue hace seis años. ¿Qué diablos va a recordar?

—No lo sabrás si no se lo preguntas.

—Yo soy la última persona con la que ella hablaría —aseguró Teitscher—. Envía a Guppo, Nicole y él eran uña y carne.

—Necesitamos a Guppo aquí para las pruebas. Y prefiero que te encargues tú, Abel, así que tendrás que tragar con ello.

Abel negó con la cabeza con furia.

—Esto es jodidamente increíble.

Se dio la vuelta y se alejó indignado, ascendiendo por la ladera nevada rumbo a Hank Jensen Road. Su gabardina ondeaba detrás de él como si fuese a echarse a volar, y sus zancadas eran largas y contundentes.

—Lo que pagaría por verles a Nicole y a él juntos —comentó Guppo.

Stride sonrió.

—Sí.

Ambos levantaron la mirada cuando la investigadora forense les hizo una seña.

—¡Eh, detectives!

Violet Gabor era una mujer baja y rechoncha de treinta y pocos que llevaba una gorra de béisbol con la visera en la parte de atrás. Estaba inclinada sobre el cadáver y enfocaba el tobillo de la víctima con una lupa.

—Aquí hay algo —les dijo.

Stride se agachó. Enseguida se le mojaron las rodillas con la nieve. Entornó los ojos hacia donde apuntaba Violet.

—No lo veo, ¿qué es?

—Vaya, sí que estás viejo —observó ella.

—Estoy curtido, Violet.

—Es el cuero lo que se curte —replicó la forense—, tú sólo estás viejo. Es un tatuaje muy pequeño, detrás del tobillo.

Stride ya lo veía. El tatuaje se encontraba en el tobillo de la víctima y parecía una serie de letras trazadas con un estilo antiguo, la clase de caracteres que uno esperaría encontrar en un pergamino. Era fácil que la minúscula marca pasara por alto a quien no la buscara o no supiera que estaba allí.

—¿Qué dice?

—Por lo que puedo ver, pone LDHM —le dijo Violet—. Sea lo que sea eso.

—¿LDHM? ¿Estás segura?

—Sí, está en tinta de color púrpura y cuesta un poco de leer, pero estoy segura de que eso es lo que pone. ¿Por qué? ¿Te dice algo?

—Sí, así es —Stride se puso en pie y se sacudió la nieve, luego añadió en voz muy baja—: Maldita sea.

Se sentía como si la hubieran matado ellos por haberla metido en eso. Por no encontrarla antes cuando estaba ahí fuera, cuando era un blanco sin protección. Lo único que lo salvaba era que, esta vez, el asesino había cometido un error al no fijarse en el tatuaje. Al desconocer que la víctima tenía una identidad secreta.

Stride sabía de quién era ese cuerpo mutilado que yacía en la nieve, y eso

significaba que no había sido en absoluto un crimen aleatorio: de algún modo, estaba relacionado con la muerte de Eric.

LDHM.

La dama que hay en mí.

Se trataba de Helen Danning.

Capítulo 62

Maggie encontró a Serena en la cama del hospital, mirando con aire ausente el televisor suspendido del techo. Al verla, Serena apago la pantalla con el mando a distancia y dibujó una débil sonrisa. Tenía el hombro vendado. Un tubo claro le llegaba por detrás de las orejas y se extendía sobre su rostro pálido y hermoso, proporcionando oxígeno a los pulmones. Llevaba el pelo negro echado hacia atrás y recogido detrás de la cabeza. Una manta le cubría el cuerpo, pero Maggie vio que sus brazos desnudos estaban salpicados de quemaduras rojo cereza.

Serena vio cómo la observaba.

—Éstas son las pequeñas —dijo.

—Lo sé.

Maggie acercó una silla a la cama y se sentó. Se mordió el labio superior y lo mantuvo sujeto entre los dientes. Hacía un calor incómodo. Su mirada se detuvo en el fluido ámbar de la bolsa intravenosa y luego en la reproducción de una acuarela de Canal Park, colgada en la pared lisa de color azul cielo.

—No sé muy bien qué decir: todo suena tan estúpido. Cómo estás, si estás bien, cosas así...

Serena echó una ojeada a la caja rosa que Maggie sujetaba.

—¿Es para mí?

Maggie bajó la vista.

—Ah, sí, casi me olvidaba. Donuts. ¿Quieres uno? He traído de los clásicos, con chocolate y un par de rellenos, de los que chorrean cuando los muerdes.

Serena se rió, lo que le costó unas dolorosas punzadas.

—Un clásico, por favor.

—¿Quieres que te lo dé yo?

—No, el brazo izquierdo no lo tengo tan mal. Puedo hacerlo yo.

Maggie abrió la caja rajando la cinta adhesiva con la uña y le tendió un *donut*. Serena lo engulló en tres mordiscos y se limpió las migas de los labios. Maggie cogió uno de chocolate para ella y dejó el resto en la caja sobre la mesita de Serena.

—¿Por qué no te inyectan morfina? —preguntó Maggie.

—Les pedí que me la quitaran.

—¿Por qué? Las quemaduras son lo peor.

—Lo instalan de tal manera que puedes apretar un botón para darte un chute cada vez que lo necesitas —explicó Serena—. Ya me conoces, tengo una personalidad adictiva. No quiero salir de aquí enganchada a los calmantes.

—Pero necesitas algo para el dolor —le dijo Maggie.

—Cuando me duele tanto que desearía cortarme las piernas, llamo a la enfermera y ella me da el chute.

—¿Cuándo ha sido el último?

—Hace demasiado —admitió Serena.

—No te hagas la mártir.

Serena lanzó una mirada al botón para llamar a la enfermera que pendía a su derecha, pero no hizo ademán de cogerlo.

—He visto las noticias —dijo—. Lo de Enger Park.

—Stride cree que se trata del cadáver de Helen Danning.

Serena arqueó las cejas.

—Entonces ¿está relacionado con el asesinato de Eric?

—Es posible.

—Eso es bueno para ti.

Maggie se encogió de hombros y mordisqueó el *donut*. Se lamió el chocolate de los dedos.

—Siempre que no piensen que fui yo. Aunque decapitar no es mi estilo. Odio toda esa sangre. Prefiero un golpe en la cabeza.

—Qué fina —observó Serena.

—Odio pensar otra vez en el caso de Enger Park. Ya llevé ese peso durante mucho tiempo.

—Todos tenemos un caso como ése.

Maggie sabía que era cierto, pero la chica de Enger Park era distinta. Había algo desgarrador en esa chica negra y solitaria sobre la hierba mojada; ya ni siquiera era una chica, sólo un cuerpo mutilado abandonado a su suerte para pudrirse. Una humillación final después de la agonía, la violación y la muerte. Deseaba poder darle un nombre y hacerle algo de justicia para que recuperara su condición de ser humano. Tampoco le dijo a Serena que fue entonces cuando sus sentimientos por Stride se convirtieron en algo más, porque de repente trabajar con él ya no era sólo resolver crímenes, sino sufrir juntos por los fracasos.

—Gracias por pillar a Blue Dog —dijo Serena—. No sé si podría soportar todo esto sabiendo que él sigue ahí fuera.

—También fue una compensación para mí —le recordó Maggie—. Ya no nos molestará a ninguna.

—Eso pensé yo la otra vez.

—Creo que incluso Alabama puede mantener a un asesino con un solo brazo entre rejas —concluyó Maggie.

Por su expresión, Serena estaba muy lejos, y Maggie desconocía dónde.

—¿Te hizo...? —preguntó con suavidad, y añadió—: No tienes por qué contármelo.

—No tuvo oportunidad —contestó Serena.

—Qué alivio. Es decir, un peso menos con que cargar.

Serena se mordió el labio.

—Desde luego.

—¿Estás bien?

—Sólo quiero que esto termine. Quiero salir de aquí.

—No corras tanto. Tienes que curarte. Al menos te pondrás bien.

—Sí, eso dicen.

Maggie observó cómo afloraba la vulnerabilidad al rostro de Serena. La voz se le quebró, le tembló el mentón y los ojos se le humedecieron, asustados.

—Eh... —murmuró Maggie. Se acercó y acarició el pelo de Serena.

—Lo siento —dijo Serena—. Qué dura, ¿eh?

—Tienes todo el derecho.

—Debería estar agradecida, estoy aquí y saldré de ésta. Pero entonces toso y es como si me ardieran los pulmones, y me pregunto si alguna vez podré volver a respirar sin acordarme. Me pregunto si volveré a correr. Joder, hasta me pregunto si podré andar otra vez.

Ahora, las lágrimas le brotaron de los ojos. Maggie se sintió furiosa e impotente.

—También me he mirado el cuerpo —continuó Serena—. Me dijeron que no lo hiciera, pero lo he hecho. Oh, Dios mío, Maggie. Dios mío...

—No te hagas esto.

—Será estúpido y vanidoso, pero no quiero que Jonny vuelva a verme nunca. No así.

—Te curarás. Superarás esto. —Serena negó con la cabeza. Maggie susurró—: Vamos, no es sólo tu cuerpo el que necesita tiempo. También es tu cabeza. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Tenías razón, me engañaba a mí misma. Necesito ayuda, y tú también. Mañana iré a ver a Tony otra vez; haz tú lo mismo. Siempre que necesites a alguien, me tendrás a mí. Y a Stride también, ya lo sabes.

—Duele —le explicó Serena—. Duele mucho. Cuando pienso en ello duele aún más. Me parece que no parará nunca.

Maggie extendió el brazo y presionó el botón de llamada. Serena no protestó. Tenía la boca abierta de dolor y tensaba la piel, empeorándolo, mientras sacudía las piernas bajo la manta.

—Nada volverá a ser igual —murmuró Serena—. Nada volverá a estar bien.

—Chis. No hables.

—Dile a Jonny que no venga. Dile que no venga.

La enfermera entró corriendo y ya con una epidérmica de morfina en la mano: sabía lo que Serena necesitaba cuando sonaba el timbre y sabía que lo necesitaba deprisa. Maggie la observó limpiar el hombro izquierdo de la paciente, introducir luego la aguja y apretar el émbolo. El narcótico empezó a actuar casi de inmediato. La mirada de Serena se desenfocó y se relajó. Su cuerpo se recostó suavemente en el

colchón. Maggie y la enfermera se quedaron hasta que a Serena le remitió el dolor y se durmió.

—¿Cómo está realmente? —quiso saber Maggie.

—Éste es el peor momento —respondió la enfermera—, el dolor te debilita mucho emocionalmente. Pero no se preocupe, la piel se le está empezando a curar. Hoy tiene los pulmones más limpios y respira mejor. Ya verá como dentro de unos días, no podrá creer lo bien que se ha puesto.

«Al menos por fuera», pensó Maggie.

La sala estaba a oscuras cuando Stride llegó al hospital. Era pasada la medianoche. Las luces eran tenues en las habitaciones que iba pasando de largo, y vio a pacientes tumbados en sus camas y a varios enfermeros cansados bebiendo café. Olió los desinfectantes que se usaban para fregar los suelos. Allí había niños y adultos, hombres y mujeres. Algunos estaban mejorando, otros se estaban poniendo peor. Viviendo y muriendo. Era complicado decirse que Serena iba a estar bien, porque ése era el mismo hospital en el que Cindy finalmente había sucumbido al cáncer. Estar allí dentro, andar otra vez por esos pasillos, hacía que los recuerdos fueran casi demasiado vividos para soportarlos.

Encontró la habitación de Serena y se detuvo a los pies de la cama, observando cómo su pecho subía y bajaba reposadamente mientras dormía. Hizo lo mismo que había hecho tantas veces años atrás: quitarse la chaqueta de piel, colgarla en el respaldo de la silla y sentarse en la penumbra a contemplar a la mujer que amaba. En aquel entonces, Cindy estaba cada vez peor, y cada vez que la veía él sentía como si una rata le royera un pedazo más de corazón. No podía creer que la mujer de la cama fuese su preciosa y radiante esposa, la que una vez fuera aquella chica de diecisiete años que cambió su vida en el transcurso de un verano increíble.

Se había ido demasiado pronto, y nada fue como él había planeado.

Ahora no podía creer que le hubieran dado una segunda oportunidad, e hizo algo que no recordaba haber hecho en años: rezar. En esa época también había rezado, y cuando Dios ignoró sus plegarias, cerró su corazón en banda y decidió que no tenía sentido volver a desear nunca nada. Hasta ahora. Hasta que esta mujer entró en su vida; alguien por quien literalmente se arrojaría a las llamas para salvarla. Estaba agradecido de que estuviera viva y desesperado por verla recuperarse.

Sin levantarse de la silla, Stride extendió el brazo y suavemente enlazó sus dedos con los de Serena encima de la cama. Procuró no despertarla, pero sintió que ella le devolvía un débil apretón. Abrió los ojos despacio, como si los párpados le pesaran toneladas. Estaba aturdida y drogada. Al verle se le animó la cara, y él hizo lo que pudo por no derrumbarse. Cindy también hacía eso: se iluminaba como un árbol de Navidad cuando le veía, incluso cuando ya le quedaba poco tiempo.

Serena masculló algo que él no oyó. Al repetirlo, sonó importante y profundo.

—No podía ir —le dijo.

Él se inclinó, pero siguió sin entenderla.

—¿Qué?

—Lo intenté —murmuró ella con voz desmayada—. No podía ir.

Stride sonrió como si supiera qué trataba de decirle.

—Por ti —continuó ella.

—No hables —respondió—. Duérmete.

—Aún sigo aquí —dijo Serena, y sus ojos se cerraron.

Stride la observó un rato más, hasta que sus propios párpados le pesaron como si unos lastres de plomo tirasen de ellos, y se durmió y soñó con un antiguo verano en el Point.

Capítulo 63

Abel Teitscher se agitaba inquieto en la silla de una sala de entrevistas privadas, en la cárcel de mujeres de Shakopee. Sostenía un vaso blanco de papel con ambas manos y observaba el negro café sin beber. Llevaba un traje gris planchado, la clase de atuendo que llevaría a la iglesia si fuera alguna vez. Su gabardina estaba cuidadosamente doblada en la silla de al lado. Había dado brillo a sus zapatos negros. Daba mucha importancia a su aspecto cuando visitaba un correccional, como si el traje y la corbata fuesen otra barrera entre él y los prisioneros retenidos allí.

No veía a Nicole Castro desde hacía seis años, cuando se la llevaron de los juzgados del condado de Saint Louis tras ser condenada. Entonces le lanzó una mirada asesina y, cuando él se la devolvió, le pareció ver a una extraña. No sentía ninguna curiosidad morbosa por saber qué aspecto tendría Nicole ahora, y lo único que deseaba era olvidarla. Él nunca quiso verla otra vez y odiaba estar allí, sombrero en mano, esperándola para sacar información. Sabía la clase de reacción que podía causarle.

La puerta se abrió ruidosamente y un guardia introdujo a la rea en la estancia. Abel no levantó la mirada, pero sintió la de ella al verle, y el aire cálido y rancio de la habitación se volvió helado. En lugar de escupir o gritar, Nicole se dirigió al guardia.

—Quiero largarme de aquí.

—Sé buena —replicó el guardia, con una voz grave que retumbó en la pequeña sala, pues él solo ocupaba casi todo el umbral.

—No quiero verle. Llévame de vuelta.

—Es un agente de policía, así que sé educada, pon tu culo en la silla y escucha lo que tenga que decir.

Nicole se arrastró hacia una silla al otro lado de la mesa de reuniones y se dejó caer. Fijó la mirada en Abel como una serpiente y clavó la uña en las muescas de la madera. Él no alzó los ojos del café. El guarda cerró la puerta y echó el cerrojo. La habitación estaba en un silencio absoluto, y permanecieron dos o tres minutos sentados sin decir nada. Nicole irradiaba desprecio desde la otra punta de la mesa, y él se quedó ahí sentado y sufriente, dejando que aquello le lloviera encima y deseando poder largarse de allí.

—Tienes un aspecto de mierda —dijo Nicole al fin—. Dime que te estás muriendo o algo así.

Abel apartó la mirada del café humeante y se centró en ella. No era la joven policía que recordaba.

—Mira quién habla.

—He oído que te divorciaste. Que te encontraste a tu mujer tirándose a un semental.

—Has oído bien.

—¿Y ahora qué haces? ¿Te sientas en ese sofá viejo que tienes y te pasas la noche mirando tus peces?

Abel detestaba que hubiera dado en el clavo.

—Corro.

—Ah, ¿sí? Tienes mucho de lo que salir corriendo, Abel. Una montaña de cosas. La verdad es que también fracasaste como teniente. La gente te odiaba tanto que tuvieron que volver a traer a Stride, o todos se hubieran largado.

Abel se encogió de hombros.

—¿Has terminado?

—No he hecho más que empezar.

—Puedes culparme todo lo que quieras, pero yo no soy la razón por la que estás aquí. La cagaste, Nicole. Yo no podía ayudarte.

—Sí, claro, como si tu ayuda valiese una mierda. Me ayudaste a que me cayeran veinte años. Mi hijo tuvo que crecer sin su madre.

—Yo no maté a esa gente. Fuiste tú.

—Sabes que eso no es verdad.

Abel negó con la cabeza. La misma canción de siempre.

—Por favor.

—A mí no me sacudas así la cabeza. No después de amañar la escena del crimen para hacérmelo pagar.

—¿Ésta sigue siendo tu mejor baza? ¿Que yo te tendí una trampa? Creía que después de seis años probarías con otro cuento.

—Que te jodan, me largo de aquí.

Se levantó y aporreó la puerta cerrada. La cara cuadrada el guarda asomó detrás de la ventana e, ignorándola a ella, miró interrogante a Abel, que negó con la cabeza. La puerta se quedó sin abrir. Nicole maldijo con rabia, se sentó pesadamente de nuevo y cruzó los brazos.

—¿Y qué coño quieres? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí porque Stride me ha pedido que hable contigo.

—¿Sí? ¿Sobre qué?

—Sobre el caso de la chica de Enger Park.

Nicole inclinó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

—¿Quieres que os ayude en un caso? ¿Me tomas el pelo?

—Quiero saber si averiguaste algo cuando trabajaste en ese caso una vez enfriado. En el expediente no hay nada.

—Sí, bueno, el papeleo nunca fue lo mío.

—Y entretanto, el caso acumula polvo en mi despacho.

—Tú no me preguntaste. Nadie lo hizo. En seis años, nadie me preguntó por ello. Yo tenía una buena teoría.

Nicole siempre presumía de ser una super policía. La mayoría de las veces, sus pistas llevaban a callejones sin salida.

—Te estoy preguntando ahora —dijo él a regañadientes.

—¿Y por qué coño iba a decirte algo ahora? Investiga tú mismo. No puede decirse que yo siga en mi puesto exactamente.

—Otra mujer ha sido asesinada y abandonada en el parque —le explicó Abel.

Nicole guardó silencio. Agitaba las piernas, nerviosa.

—¿El mismo modus operandi? ¿Le han cortado la cabeza y las manos?

Abel asintió.

—Mierda. Otra cría.

—No, ésta era mayor. Creemos que se llama Helen Danning. ¿Alguna vez te topaste con ese nombre?

Nicole negó con la cabeza. Estaba contenida.

—No.

—¿Cuál era tu teoría?

—¿Pensáis que es el mismo autor? —quiso saber Nicole—. ¿Después de tanto tiempo?

—Puede, o tal vez se trate de un imitador. En cualquier caso, estamos intentando averiguar si hay alguna relación entre los dos casos. Si supieras algo, de verdad que nos ayudaría. —Soltó las palabras lo más deprisa que pudo, antes de atragantarse con ellas.

—¿Por qué Stride te manda a ti?

—Yo no lo he elegido —admitió Abel.

—¿Entonces? ¿Eres una especie de virgen que Stride me entrega en sacrificio? ¿Me da una oportunidad de burlarme de ti para que a cambio te diga lo que sé?

—Algo así. Ahora, el caso es técnicamente mío.

—Técnicamente, lo que significa que no haces una mierda.

—Pues sí, tienes razón; no tengo tiempo que perder en casos que no van a ninguna parte, porque cada día llegan a mi mesa un montón de expedientes nuevos.

—Te refieres a casos en que las víctimas son blancas.

—No me vengas con esa gilipollez. Ya hemos hablado de eso. Guppo cree que soy un racista, pero tú sabes que no es verdad.

—Sí, claro, te sorprendiste mucho cuando arrestaron a tu compañera negra por asesinato. Las manzanas de color no caen lejos del árbol, ¿no?

—Oye, si no luché más por ti no fue porque eras negra, sino porque eras culpable.

—Es lo mismo que dice tu informe, Abel. La misma maldita excusa.

—¿Vas a ayudarme o he perdido el tiempo viniendo aquí?

—¿Qué te hace pensar que recuerdo algún detalle de ese jodido caso seis años después?

Abel le había dicho lo mismo a Stride, pero al mirarla ahora a los ojos supo que así era: lo recordaba todo. En algún lugar muy profundo, seguía siendo una policía.

—Que tienes un hijo —dijo él—. Y que no querías que acabara como esa chica del parque.

La ira de Nicole se hizo añicos.

—Sí.

—¿Cómo está tu chico? —preguntó Abel suavemente.

—Muy lejos. Está muy lejos, y mejor para él. Ahora va al instituto en el sur.

—Eso está bien.

Nicole examinó sus manos llenas de callos como si pertenecieran a otra persona.

—Aerosmith —dijo—. Ésa era mi teoría.

—¿Cómo?

—La chica de Enger Park estaba llena de tatuajes de videojuegos y heavy metal, ¿recuerdas?

—Stride y Maggie siguieron esa pista, ellos hablaron con las bandas, yo no fui a ninguna parte.

Nicole sonrió.

—Ya, eso fue antes de toda la movida de internet, ¿verdad? Cuando no había *chats* ni mierdas de ésas. Yo me pasé horas chateando con fans de los grupos. Bon Jovi, Barenaked Ladies, Aerosmith... Pensé que, si la chica era una fan incondicional, alguien tendría que recordar a una *grupi* que no se dejaba ver desde el verano del 97.

—Eso es una aguja en un pajar. Los adolescentes revolotean alrededor de los grupos sin parar.

—Ya, pero no podía hacer muchas más cosas, ¿sabes?

—¿Y qué encontraste?

Nicole se inclinó hacia delante. Volvía a estar emocionada y se había olvidado de dónde estaba.

—Una chica de Chicago me habló de esa chica negra con la que fue a un puñado de conciertos de Aerosmith durante su gira «Nine Lives» del verano del 97. La chica negra se llamaba Teena.

—¿Quién era la chica de Chicago?

—Nunca me dijo su nombre. Cuando le expliqué que era una policía que investigaba un asesinato, le entró el pánico, se dio de baja y nunca volví a encontrarla.

—¿Y?

—Dijo que había quedado otra vez con Teena en el concierto de Chicago, pero que no acudió.

Abel frunció el ceño.

—Eso no es una gran pista, que digamos.

—No, pero escucha esto: esa chica vio a Teena por última vez en el concierto que dio el grupo en Kansas City el 26 de agosto de 1997. La vio meterse en un coche con un tío mayor y blanco. Nunca volvió a cruzarse con ella.

—¿El 26 de agosto? —repitió Abel, que ahora sí veía la relación.

—Exacto, dos días antes de que encontraran a la chica de Enger Park. Vale, a lo mejor no es nada, pero es muchísimo más que lo que teníamos antes. Pensaba ir a Kansas City y empezar a comprobar las listas de ventas de entradas de aquel entonces, a ver si encontraba a Teena o a algún comprador relacionado con Duluth o a alguien con antecedentes. También quería seguir el rastro de personas que hubieran estado en el concierto y averiguar si alguien más podía hablarme de la chica o del tío con el que se marchó.

—Eso es mucho trabajo.

—Sí, bueno, ya te he dicho que me sobraba tiempo, y tenía ciertas cosas que demostrar a mucha gente.

Abel se recostó en su silla.

—¿Y por qué lo dejaste?

Nicole frunció el ceño y señaló las paredes.

—Me retuvieron otros asuntos, ¿sabes?

—Claro, perdón.

—Lo que te estoy diciendo es que pienso que esa tal Teena es la chica de Enger Park; un tío la recogió en el concierto, la violó, la mató y se deshizo de ella en Duluth.

—Ojalá le hubieras hablado a alguien de esto —observó Abel.

—Como ya he dicho, me surgieron ciertos problemas.

—No estoy seguro de cuánto de todo esto tiene que ver con el asesinato de Helen Danning.

—A lo mejor también era fan de los Aerosmith.

Abel negó con la cabeza.

—Esa mujer era acomodadora en un teatro de Broadway; no suena a fanática del rock duro.

—Mira, tú sabrás lo que tienes en ese nuevo caso —dijo Nicole—. Quizá no hay ninguna relación. Pero hazme un favor, ¿vale? No lo dejes correr. Quiero decir que puede que aún encuentres algo en Kansas City. O puedes volver a buscar a esa chica de Chicago.

—Sí, me paso mucho tiempo en los *chats* de *heavy metal* —replicó Abel—.

Seguro que no desentono.

—Esos fanáticos son incondicionales. Si a la chica le gustaba Aerosmith en 1997, le seguirá gustando ahora.

—¿Y cómo la encontraste hace seis años?

—Hablé con mi loquero —contestó Nicole.

Abel se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Conoces a Tony Wells, ¿no? Es un fan absoluto de Aerosmith. Él me dio varias páginas web, así es como la encontré.

—¿Estabas viendo a Tony? —preguntó Abel.

—Sí. Estaba destrozada, ya lo sabes.

Seguramente no era nada. Abel lo sabía: nada de nada. Tony Wells visitaba a medio cuerpo de detectives. Era su trabajo.

Salvo que lo era todo. Para ser un hombre que no confiaba en nada que no pudiera ver, tocar y oler, Abel se encontró de pronto siguiendo una corazonada. Viendo toda la película. Se quedó mirando a Nicole y sintió un pozo de dolor tan profundo que podría haberse caído por el agujero sin llegar a impactar contra el agua fría en un kilómetro y medio.

—¿Sabía Tony para qué querías la información? —le preguntó.

—Al principio no. Se lo conté luego, cuando encontré la pista sobre Teena.

—¿Qué le dijiste exactamente?

Nicole escudriñó su ceño fruncido y abrió los ojos, curiosos y duros.

—Lo mismo que a ti, que pensaba que tenía algo sobre el caso de Enger Park. Ya sabes que nos asesoraba en ese caso. Él trazó el perfil.

—Sí —dijo Abel—. Ya me acuerdo.

—Teniente, será mejor que vea esto —lo llamó Guppo.

Stride tiró de la anilla de una lata de Coca-Cola, que se abrió con un siseo efervescente.

—Ya voy.

Se encontraban en la oficina central y eran las siete de la tarde. La mitad de los fluorescentes del techo estaban apagados. Guppo ocupaba un cubículo con unas paredes que parecían de arpillera gris, y tres ordenadores brillaban ante él. El primero era una unidad estándar propiedad del departamento de detectives; los otros dos los habían traído de la casa y el despacho de Eric.

Stride aguardó en la puerta del cubículo con la mirada puesta en Guppo, que sobresalía de una pequeña silla con ruedas. No se acercó más. Guppo estaba mascando unos aperitivos de guacamole con salsa, lo que en su caso constituía un arma letal.

—¿Tienes algo? —quiso saber Stride.

—Oh, sí.

Stride se frotó los ojos y observó cómo los gruesos dedos de Guppo tecleaban en el moderno portátil que habían cogido de la oficina central de la empresa de Eric. El olor a moho del sótano se la había metido en la nariz. Se sintió extrañamente en casa entre las sombras de la noche.

—Yo buscaba a «La dama que hay en mí» —explicó Guppo—, pero era un callejón sin salida. Ella eliminó el blog y no encontré ninguna página oculta que pudiera decirnos algo. Pero el tatuaje me ha dado la clave y he vuelto a revisar las páginas web que visitó Eric. Sólo que ahora he buscado el acrónimo LDHM.

—¿Y?

—*Voilà* —dijo Guppo, hizo clic en la entrada de un blog y maximizó la ventana en la pantalla.

—¿Es la página de Helen? —preguntó Stride.

Guppo negó con la cabeza y se llevó un puñado de aperitivos a la boca.

—He recuperado una página para víctimas de violación del Medio Este —explicó—. Necesitas una contraseña para entrar.

—¿Y tú cómo has accedido?

—He encontrado la contraseña de Eric —dijo Guppo.

—¿Cómo entró él?

—Parece ser que se apuntó a la lista. Los familiares de las víctimas también pueden formar parte de la comunidad. Su apodo era *Nadador*. No era difícil de adivinar.

—¿Y qué has averiguado?

—Hay un hilo de hace unos dieciocho meses. Una estudiante fue violada en la Universidad de Minnesota y habló de ello en la red. Entonces se metió una mujer que contó su propia historia de principios de los noventa.

—¿LDHM?

—Así es. Helen Danning.

—¿Qué decía? —quiso saber Stride.

—Compruébalo tú mismo.

Stride se inclinó junto a Guppo y olió cebollas y pimientos en el cálido aliento del detective. Leyó la entrada del blog en la pantalla:

Lo mismo me pasó a mí en la universidad a principios de los noventa. Salí con un chico que ya se había licenciado y bebí demasiado. Entonces no me pareció tanto, y no fue hasta mucho, mucho después cuando me di cuenta de que seguramente me echó algo en la bebida. Chicas, debéis ir con cuidado con esa mierda. Ahí fuera hay criminales. Ese tío iba a matarme pero, gracias a Dios, un guarda de seguridad nos encontró en el parque. La policía dijo que fue culpa mía (!!) debido al alcohol. Ni siquiera acusaron a ese animal. LDHM.

—Las fechas encajan —comentó Stride—, pero esto no pudo bastarle a Eric para ver una relación.

—Hay algo más —continuó Guppo—. Esto sólo es el principio. Helen cuenta que dejó los estudios y fue saltando de un trabajo a otro. Nunca lo superó. Entonces la otra chica le pide consejo.

Hizo clic en otras entradas y se apartó para dejar ver a Stride.

¿Consejos? ¡Mira por dónde, lo que más me repatea es que el cabrón que me hizo eso ahora se dedica a aconsejar a víctimas de violaciones! ¡Es psiquiatra en Duluth! LDHM.

—Maldita sea —murmuró Stride—. Abel tenía razón con lo de Tony. Todo este tiempo nos ha estado asesorando a nosotros sobre patologías sexuales.

—Sí, es un experto —observó Guppo amargamente.

—¿Podemos demostrar que Eric llegó a ver esto?

—Vaya si lo vio. —Guppo hizo clic en una nueva entrada.

LDHM, creo que ese tío sigue en sus trece. Creo que violó a mi mujer. ¿Cómo se llama? Nadador.

—¿Qué respondió Helen? —preguntó Stride.

—No hubo respuesta. LDHM no volvió a escribir.

—Así que Eric fue a buscarla —concluyó Stride.

Y supo que fue en aquel punto donde empezaron a caer todas las piezas del dominó.

Capítulo 64

Tony no había cambiado.

Maggie llevaba casi dos meses sin verlo, pero sus hábitos seguían siendo los mismos, pasara el tiempo que pasara. Siempre estaba en su sillón de cuero al llegar ella, con la cabeza inclinada sobre sus apuntes y la papada asomando como un pez globo bajo la barba. Siempre tenía su taza negra de café en una mano y un bolígrafo Cross de plata en la otra, que frotaba con nerviosismo entre los dedos. Sus ojos rumiaban como la mirada de un perro dormido, y las cejas recortadas eran la única parte de su cuerpo que movía alguna vez. Era tan predeciblemente insulso que carecía de personalidad propia. Era un observador. Una máscara.

Salvo cuando se trataba de Aerosmith.

Aquella era la única clave que había encontrado de quién era Tony. Siempre estaba escuchando heavy metal al llegar ella, y solían pasarse los primeros minutos de su hora juntos hablando de música y grupos. A veces de Motley Crue, otras de Guns N'Roses y la mayoría de Aerosmith. Maggie sabía que era una forma de que ella se relajara lo bastante como para hablar de los monstruos que acechaban su mente. Hoy, Tony escuchaba su último gran sencillo, *Jaded*, y había algo en la letra que resultaba nostálgico, como si estuviera dando un raro paseo por el jardín de los recuerdos. Hablaba de la infancia pasada, de cosas que se habían perdido para no volver más.

Apagó la música cuando ella se sentó en el sofá, y el silencio se hizo audible. Era de noche, y la pared acristalada que daba a la espesura detrás de él era como un espejo oscuro. El despacho parecía el fin del mundo, como si allí donde acababa la moqueta pudieras saltar y ser succionado por la gravedad de un agujero negro.

Maggie se agitó para ponerse cómoda. Los pies le colgaban sobre el suelo, haciéndole sentirse como una adolescente. Tony no alzó la vista. Nunca lo hacía hasta que ella hablaba. Se quedaba ahí sentado, sorbiendo café, a veces agitando la taza como si se hubiera acumulado un poso en el fondo y lo sacara a la superficie para darle sabor.

—Cuánto tiempo —dijo Maggie.

Tony se llevó la taza negra a los labios y tomó un sorbo con calma.

—Sí.

Entonces se dignó mirarla, sosteniendo la taza delante de la cara como un bozal.

—¿Te has enterado de todo lo que ha pasado? —le preguntó ella.

Él asintió, y la luz del techo danzó sobre el liso y alto cuero cabelludo de su frente.

—¿Cómo está Serena?

—Se recuperará, pero necesitará ayuda.

—Desde luego.

No la presionaba ni le hacía preguntas. Cómo estás, qué es lo que sientes, qué te pasa por la cabeza... A veces se pasaban mucho rato sin decir nada de nada. Él se limitaba a escudriñarla desde detrás de la taza de café, y ella se sentía como una rata de laboratorio.

—Debería haber acudido a ti cuando me violaron —le confesó Maggie.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Tony.

—Pensé qué, si no se lo decía a nadie, podría hacerlo desaparecer. Bloquearlo. Soy buena en eso.

—Pero no lo suficiente.

—No —admitió—. Nadie lo es.

—He oído que cogiste al violador.

—Sí.

—¿Eso ayuda? —le preguntó.

—Pensé que ayudaría, pero sinceramente, no es así. No del todo. No me malinterpretes; me alegro de que ese imbécil esté fuera de circulación, pero es como si después de que apagaras el fuego se te incendiara la casa.

—Entiendo. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no puedes cambiar lo ocurrido. Ya está hecho.

—Esperaba poder andar por ahí deprimida y compadecerme a mí misma por un tiempo —contestó Maggie—. Comer Doritos, ver culebrones...

Tony no sonrió.

—La verdad es que estoy pensando en adoptar a un niño —admitió.

Se preguntó por qué le estaba contando eso. Cuesta romper las viejas costumbres.

—Ajá.

—Ajá, ¿qué?

—Nada. Continúa.

—¿Crees que es demasiado pronto?

—¿Qué crees tú? —le preguntó Tony.

—Creo que estaría bien obtener alguna respuesta de vez en cuando con todo el dinero que pago.

—¿Cómo has llegado a esta decisión? —quiso saber él.

—No es una decisión. Es algo que me estoy planteando. Siento que eso es lo que le falta a mi vida, ser madre. Todo lo malo me empezó a suceder después de los abortos. Fue entonces cuando el mundo se me vino abajo.

—Y si te conviertes en madre, las estrellas volverán a su sitio.

—Algo parecido.

—Suena como si pidieras aprobación o censura.

—Eso hago.

—¿De mí? —preguntó Tony.

—No, de ti no —respondió ella, demasiado rápido—. Supongo que estoy buscando mi propia aprobación.

—¿Y?

—Aún no estoy lista para concederla.

—¿Y eso por qué?

—Todavía no he encontrado la salida.

Tony levantó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Maggie suspiró.

—¿Alguna vez has observado una araña en un mosquitero? Se mete por una rendija de la malla y luego se queda atrapada dentro, y da vueltas y más vueltas y más vueltas tratando de encontrar esa misma juntura para poder salir. Puede tirarse días así. La cuestión es si podrá encontrarla antes de morir de hambre.

—¿Y cuál es tu rendija en la malla, Maggie?

—¿No es evidente? Eric fue asesinado.

Tony dejó de jugar con el bolígrafo y se quedó inmóvil con la taza de café a medio camino de su cara. Sus miradas se encontraron.

—Por supuesto.

—Necesito averiguar quién lo hizo. Hasta entonces no podré seguir adelante.

—Creí que el asesino era ese violador, ese preso fugitivo.

Maggie negó con la cabeza.

—Tiene una coartada.

—Nadie seguirá pensando que lo hiciste tú.

—Un motón de gente. No pueden demostrarlo, pero eso siempre estará ahí. No puedes ser un policía sospechoso de asesinato.

El labio superior de Tony desapareció bajo su bigote.

—Ambos sabemos que los asesinatos no siempre se resuelven, y no es culpa de nadie. No puedes cargar con todos.

—No, pero ésta es mi montaña, Tony. O la subo o me quedo atascada para siempre. Si la supero, podré continuar con mi vida. Cualquier otra cosa sería despeñarse.

—Parece que pienses que puedo ayudarte.

—Tú fuiste la última persona que vio a Eric esa noche —le dijo Maggie.

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—Sígueme la corriente —dijo Maggie—. Cuéntamelo otra vez.

Tony bebió de su taza de café y examinó el rostro de ella.

—Eric me dijo que te habían violado y creía saber quién había sido. Quería que le

informara sobre cómo averiguar si tenía razón. Quería saber qué clase de preguntas tenía que hacer para determinar si alguien podía ser un delincuente sexual.

—Pero no te dio ningún nombre.

—No, no sé de quién sospechaba —respondió Tony.

—Eric no habló con Blue Dog —continuó Maggie—. Lo que significa que pensaba que me había atacado otra persona, y estaba equivocado. El problema es que sigo pensando que lo mató el tipo del que sospechaba. Una locura, ¿no?

Tony frunció el ceño.

—Si Eric se equivocaba, ¿qué motivo tendría nadie para matarlo?

—A lo mejor esa persona tenía algo que ocultar.

Las palabras flotaron como hojas muertas suspendidas en el aire sin tocar nunca el suelo.

—Hace mucho que nos conocemos, Tony —dijo Maggie con suavidad—. Desde el caso de Enger Park.

—Sí, es verdad.

Maggie recordó lo jóvenes que eran todos por entonces. Los tres —Stride, Tony y ella— pasaron horas juntos siguiendo pistas, buscando un patrón, construyéndose una imagen del asesino. Tony era quien trazaba el perfil: «Nos enfrentamos a un asesino en serie —les explicó—. Volverá a hacerlo. Seguramente es un hombre casado de cuarenta y tantos años. Tiene una hija adolescente y o bien abusa de ella o tiene fantasías al respecto. No creo que lo de cortar la cabeza y las manos sea para ocultar la identidad de la víctima. Tiene que ver con la ira y la culpabilidad del asesino. Necesita borrar a esa chica».

Ese perfil que tanto sentido tenía no los llevó a ninguna parte.

—El caso de Enger Park vuelve a estar de actualidad —añadió Maggie.

—Ya lo sé.

—¿Qué te dice tu instinto, Tony? ¿Podríamos estar buscando al mismo autor?

—¿Diez años después? Eso es mucho tiempo entre un crimen y otro.

—Pero esas cosas pasan. Es decir, a veces los asesinos en serie esperan mucho.

Tony se encogió de hombros.

—Sí, depende de si encuentran alguna otra forma de resolver su patología. Algo que les proporcione una sensación similar de poder o de escape.

—¿Cómo podría «resolver» su patología un violador y asesino? —quiso saber ella—. Siempre me lo he preguntado.

Tony se levantó y fue hasta el bar de caoba donde tenía la cafetera y se sirvió otra taza. Su barriga formaba un bulto bajo el jersey. Hizo una mueca al beber: el café estaba frío. Se quedó de pie frente a la pared acristalada, y Maggie sólo veía reflejos y la oscuridad encuadrada detrás de él.

—Hay muchas vías —explicó él—. Depende del individuo. El criminal necesita

encontrar a una sustituta para su comportamiento depravado, algo que satisfaga su necesidad subyacente de poder y control. Mira a BTK^[19], el asesino de Wichita, acabó como líder de su iglesia, y el estatus social que adquirió en ese papel parecía bastar para evitar que cometiera más asesinatos durante varios años.

—Suenan demasiado fáciles.

—No, no lo es en absoluto. No olvides que la mayoría de esos asesinos quieren controlar su violencia. Viven en una lucha constante y a muerte entre el bien y el mal. Algunos controlan sus impulsos durante toda su vida, pero otros fracasan. Los más afortunados encuentran el modo de enjaular a su bestia.

—¿Siendo por ejemplo una especie de voyeur sexual? —sugirió Maggie—. Ya sabes, estar involucrado de algún modo en casos de violación, trabajar con víctimas de esos casos, cosas así. ¿Podría funcionar?

Tony entornó los ojos.

—Tal vez.

—Entonces, supongo que ser policía funcionaría.

—Es posible.

—O trabajar con policías. Eso también serviría.

—Como ya he dicho, cualquier cosa es posible.

Maggie asintió.

—Te acuerdas de Nicole Castro, ¿verdad?

Tony se sentó detrás de su escritorio, en el otro extremo de la sala. Se reclinó en su silla Aeron.

—Sí.

—No sabía que la tratabas —continuó Maggie.

—Trabajo con muchos agentes, pero no puedo hablar de los pacientes.

—Claro, secreto profesional, ya lo sé.

Tony tomó un sorbo de café frío.

—Stride ha venido a verme esta noche —explicó Maggie—. Abel Teitscher ha estado por la tarde en las Gemelas hablando con Nicole sobre el caso de Enger Park.

—¿De veras?

—Resulta que Nicole creía estar acercándose a algo importante justo antes de que la arrestaran. Dice que tú fuiste de gran ayuda.

—¿Yo? No lo recuerdo.

—Dice que tú la orientaste en la dirección correcta. Le dijiste «ve por ahí^[20]». ¿Lo pillas? Aerosmith. Qué gracioso, ¿no?

—Me he perdido.

—Bueno, tú la ayudaste a enterarse de muchas cosas sobre páginas web y chats de fans de Aerosmith, y no sé si sabes que creía haber averiguado quién era la chica de Enger Park. Piensa que es una chica a la que un tipo recogió en un concierto de

Aerosmith en Kansas City en 1997. Eso ocurrió un par de días antes de que encontrarán su cadáver en el parque. Así que Nicole supone que el asesino también estuvo en el concierto.

—Parece un pajar muy grande como para ponerse a buscar una aguja —dijo Tony.

Maggie puso los ojos en blanco.

—Sí, ni que lo digas. Nicole pecaba de optimista. Esos conciertos son como zoológicos, decenas de miles de personas acuden a ellos. Pero no hace falta que te lo cuente a ti.

—No.

Maggie se giró y entornó los ojos alzando la mirada hacia los diplomas colgados en la pared detrás de ella.

—Estoy fatal, necesito gafas. Dime una cosa: ¿me equivoco o fuiste a la Universidad de Minnesota? ¿Estuviste allí a principios de los noventa?

—Sí. Allí me licencié e hice también el posgrado.

—Seguramente debíamos de rondar por ahí hacia la misma época, aunque nunca nos cruzamos.

—La universidad es como una ciudad —comentó Tony.

—Desde luego. Hay miles de estudiantes y nunca conoces a más de un puñado. Nunca te enteras de sus vidas. Como Helen Danning; fue a la universidad en la misma época que nosotros, pero lo dejó y nunca volvió a estudiar. Qué pena.

—¿Quién es Helen Danning? —preguntó Tony sin entonación alguna.

—La segunda chica de Enger Park —le explicó Maggie—. La mujer que encontramos ayer.

Tony se atusó la barba y cerró brevemente los ojos. Cuando los volvió a abrir, Maggie lo estaba observando sin pestañear. Tenía los ojos brillantes y fríos. Le estaba hablando en silencio. Diciéndole la verdad. Desafiándolo. Era como si estuvieran conectados por una cadena invisible, un cordel de cera atado al fondo de dos vasos de papel, y ella le susurraba al oído.

—No he oído que hayáis identificado el cadáver —dijo Tony.

—No, aún no se lo han comunicado a la prensa, pero es ella. El asesino cometió un gran error, pasó por alto el tatuaje que ella llevaba en el tobillo.

—Ah, ¿sí?

—Las siglas LDHM. Helen tenía un blog: «La dama que hay en mí». A través de ese blog fue como Eric le siguió la pista hasta el Ordway de Saint Paul.

—¿Eric?

—Así es. Eric fue a ver a Helen Danning justo antes de morir asesinado. Ella desapareció al día siguiente. Como ves, aún estamos encajando piezas, pero pensamos que Eric la encontró por una historia que Helen escribió en la web sobre la

violación que sufrió cuando estudiaba en la universidad.

Tony se encogió de hombros.

—¿Por qué iba Eric a querer hablar con ella de eso?

—Sí, ahí está la verdadera cuestión, ¿verdad? ¿Qué pudo hacer pensar a Eric que la violación de una universitaria llamada Helen Danning podía tener algo que ver con la mía quince años después?

—Creo que vas a decírmelo.

Maggie buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una hoja de papel.

—Ésta es la parte del blog que a Stride y a mí nos parece interesante —dijo—. Lo escribió Helen: «¡Lo que más me repatea es que el cabrón que me hizo eso ahora se dedica a aconsejar a víctimas de violaciones! ¡Es psiquiatra en Duluth!».

Tony contemplaba la lustrosa superficie de su escritorio como si se tratara de un espejo.

—Así que corrígeme si me equivoco, Tony —continuó Maggie—. Eric estaba intentando averiguar quién nos había atacado a Tanjy y a mí y se topó con esa página web para víctimas de violaciones. Vio lo que Helen había escrito y las alarmas empezaron a sonar en su cabeza, porque sabía que Tanjy y yo teníamos una cosa en común, nuestro loquero. Así que Eric fue a ver a Helen Danning para confirmar a quién se refería exactamente, quién era ese psiquiatra de Duluth que la había violado cuando era estudiante. Pero él ya sabía qué le iba a contestar, le respondió que eras tú, Tony. Por eso Eric vino a verte la noche que lo asesinaron. No vino a informarse de cómo alguien normal y corriente puede ser un violador. No te dijo que iba a ver a otra persona después de dejarte. Vino a acusarte de violarnos a Tanjy y a mí. Tony levantó la cabeza de su mesa.

—El problema de esta historia es que no os violé ni a ella ni a ti, Maggie. Aunque Eric sospechara algo tan ridículo, ¿a mí qué más me daba? Era inocente.

—Claro, puede que seas inocente de violarnos a Tanjy y a mí. Pero ¿y tu ADN?

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de la chica de Enger Park, Teena. La chica a la que conociste en el concierto de Aerosmith en Kansas City. La chica a la que violaste, mataste y mutilaste. Dejaste semen en su interior, Tony. No pensaste en eso entonces, ¿verdad? Pero si ahora comprobáramos tu ADN, nos conduciría de vuelta al caso de Enger Park. Por eso mataste a Eric, para asegurarte de que eso no ocurriera.

—Por favor, Maggie, no soy un pardillo —contestó Tony—. Conozco los procedimientos que aplica un tribunal para aceptar la solicitud de tomar una muestra de ADN. Rumores e insinuaciones como éstos no constituyen una causa probable.

Maggie señaló con el dedo a modo de pistola a la mano derecha de Tony, con la que sostenía la taza de café.

—Pero eso a Eric no le importaba. Él cogió una muestra para sí mismo. ¿Sabes?

Me había olvidado por completo de la taza de café. Cuando volví a casa la noche en que mataron a Eric, estaba borracha. Eric me escribió una nota y la dejó en la encimera debajo de una taza de café negra. No le dediqué ni dos minutos de atención. Lo malo es que desapareció, y yo no me di cuenta. Ni siquiera he hecho encajar las piezas hasta que te he visto a ti sosteniendo esa taza. La misma de siempre. Como si me desafiaras a comprenderlo. Eric te la robó esa noche, ¿verdad? Iba a pedirme que comprobara tu ADN. Así que tenías que recuperarla.

Tony rompió a reír. Aquella risa sonaba rara brotando de un hombre que nunca sonreía. Se quedó mirando la taza, negó con la cabeza como si fuera la cosa más graciosa del mundo y luego la lanzó a través de la habitación. La taza dio vueltas en el aire y el café se derramó y ensució la moqueta, dejando un reguero de manchas oscuras. Al impactar contra el suelo, rebotó y rodó hasta detenerse junto a la pared.

Tony abrió el cajón del medio de su escritorio.

—No lo hagas —dijo Maggie, que sabía qué estaba buscando.

Tony sacó una Glock negra y la sostuvo en la mano.

—Echa un vistazo a la cámara —dijo.

Él lanzó una mirada hacia el monitor que ofrecía una vista de su sala de estar. Allí estaba Stride, pistola en mano, devolviendo la mirada a la cámara como si supiera que Tony le estuviera observando y decidiendo si escapar o no.

—Y a la puerta —añadió Maggie.

Tony se dio la vuelta y escudriñó la puerta de vidrio que conducía del despacho al campo de abedules, y vio a Abel Teitscher, alto y despeinado, contemplando a Tony con su rostro mal afeitado. También él iba armado.

—Hay más —continuó Maggie—. Estamos rodeados. No vas a ir a ninguna parte, Tony. Así que deja esa pistola y vámonos.

Tony sostuvo la Glock como si la sopesara y comprobara su solidez al tacto.

—¿Sabes? Pensaba matarte a ti también, Maggie. Esa noche. Pero no lo hice.

—Preferiste utilizar mi arma para matar a mi marido y culparme a mí —le acusó ella.

—No pretendas que fue una gran pérdida... Tú no le querías.

—Vete a la mierda. Eso no tiene nada que ver.

—Una vez hube matado a Eric, no podía arriesgarme a volver a subir las escaleras —explicó Tony—. Echar a tu marido de tu cama te salvó la vida. Qué ironía.

—¿Y Nicole Castro? —preguntó Maggie—. También le tendiste una trampa a ella, ¿verdad?

Tony deslizó su dedo alrededor del gatillo de la Glock.

—Sí, en una de nuestras sesiones juntos me habló de seguirle la pista a la chica del concierto de Kansas City. Me quedé aturdido. Sabía que si escarbaba lo bastante, me encontraría.

—¿Y por qué no limitarte a matarla?

—Si mataba a Nicole la gente se preguntaría el porqué, pero si acababa en la cárcel por asesinato, todo colaría. Conocía a Nicole, sabía que nunca apunta nada. Siempre se olvidaba de nuestras citas porque no llevaba una agenda.

—Así que mataste a su marido y su amante y preparaste pruebas contra ella.

—Siempre dejaba algún pelo en ese sofá —explicó Tony—. La verdad es que fue bastante fácil. Todo funcionó durante años hasta que Eric empezó a meter las narices. Se puso a delirar y a decir que yo os había violado a ti y a Tanjy, que era un monstruo, que a quién más habría violado en el pasado... ¿Puedes imaginarte qué horror? Todos esos años guardé mi secreto, combatí a mis demonios y los encerré en una caja. Y ahora ese idiota iba a descubrirme por algo que yo no había hecho.

—¿Qué ocurrió?

—Fui a vuestra casa y esperé hasta que llegasteis los dos. Tienes razón, necesitaba recuperar esa taza.

—¿Por qué me esperaste a mí?

—Esta vez tenía que mataros a ambos —expuso Tony—. Quería que la atención se centrara en ti, no en Eric. Pero como ya he dicho, no estabais juntos en la cama. Y la trampa funcionó con Nicole, así que supuse que podía amañarlo otra vez.

—¿Qué me dices de Helen Danning?

Tony se encogió de hombros.

—Cabos sueltos.

—Eres un cabrón.

—Si alguien la encontraba, la flecha apuntaría directamente hacia mí. Tenía que desaparecer. ¿Y sabes una cosa? Fue emocionante volver a hacerlo otra vez. Dejar de luchar contra el deseo y ceder por fin después de todos estos años. Abandonar otro cuerpo en Enger Park fue como revivir mi mayor triunfo. Era como gritaros a ti, a Stride y al mundo entero: «He vuelto, chicos, he vuelto». Le dije a Serena que llega un momento en que has de mirar fijamente a tu pasado y decidir quién eres en realidad. Yo sé quién soy, Maggie.

A Maggie se le puso la carne de gallina. Se levantó.

—Vámonos, Tony.

—No, me parece que no.

—No hay otra salida. —Se acercó un paso al escritorio.

—En realidad sí la hay. Siempre la he conocido. Sabía que el monstruo regresaría algún día y tendría que exterminarlo. Me engañé pensando que podría resistir para siempre.

—Tony —dijo ella en tono de advertencia.

—No pasa nada, Maggie. Soy psiquiatra, sé cómo funcionan estas cosas. ¿Sabes cuál es el truco de suicidarse? La velocidad. La vacilación es el enemigo. Si te metes

la pistola en la boca y lo piensas, seguro que no lo harás. He tenido a un montón de gente sentada en mi sofá hablándome de ello, y el hecho es que si no aprietas el gatillo de inmediato, ya no lo haces.

—Baja el arma.

—Quiero que recuerdes algo, Maggie.

Ella no apartaba la vista de la pistola; todo su cuerpo estaba inmóvil, tenso como un cable extendido entre las torres de un puente. Estaba calibrando lo deprisa que podría huir y lo lejos que podría saltar.

—Los policías como Stride y tú pensáis que podéis descubrir al monstruo —siguió Tony—. Pensáis que si miráis a alguien a los ojos, veréis lo que hay en su corazón. Pero en realidad no tenéis la clave. Nada de eso. Todo el mundo lleva una máscara.

Maggie saltó. Gritó al avanzar dos pasos y lanzarse sobre el escritorio, con los brazos abiertos como las garras de un halcón dejándose caer sobre la tierra, y con los dedos encorvados para atrapar la pistola. No fue ni de lejos lo bastante rápida. Tony se tragó el cañón oscuro de la Glock y apretó el gatillo como si nada, sin dudar ni una milésima de segundo, y ya estaba muerto cuando ella alcanzó el otro lado del escritorio. La explosión retumbó en su cerebro como una canica rodando en un cuenco vacío. Ella siguió avanzando de todos modos, llevada por la inercia, y su cuerpo colisionó con el de Tony; ambos se cayeron dando tumbos y aterrizaron juntos, y la sangre de él, sus tejidos y fragmentos de hueso le salpicaron a ella la piel y la ropa.

Stride abrió una puerta de una patada. Teitscher irrumpió por la otra. Los dos entraron como un huracán, con las pistolas en alto.

—¡Estoy bien! —chilló Maggie. Apartó el cadáver de Tony de encima de su pequeño cuerpo y se puso en pie, escupiendo sangre y limpiándose la cara con el dorso del brazo. Se tambaleó un poco pero se enderezó, sin poder apartar la mirada—. Estoy bien.

Diez años de su vida llegaron y se fueron con el hombre que yacía en el suelo. Oyó que Stride decía algo, pero no supo el qué. El disparo aún resonaba en su cabeza, ensordeciéndola. Tuvo una visión de Eric en el sofá, recordó su cuerpo desnudo extendido cuan largo era, y siguió sin sentir nada de nada. Cuando al fin alzó la mirada, contempló los reflejos desordenados en el cristal oscuro, y en algún lugar de ahí fuera le pareció ver a la chica de Enger Park, no profanada y sola sino viva y bailando. Siguiendo el ritmo de una canción de Aerosmith. Así era como tenía que ser, como habría tenido que ser, con esa chica ahí fuera sin prestarle a ella ninguna atención.

Sintió los brazos de Stride rodeándola.

—Estoy bien.

Capítulo 65

Abel Teitscher ensartó una gamba de un grasiento plato de plástico, donde estaba nadando en una salsa rojo caramelo. Estaba correosa, pero su lengua se deleitó con el fuerte sabor agridulce, aunque supiera a quemado. Cogió arroz frito con el tenedor y lo hizo bajar todo con un sorbo de té verde. Se recostó contra el rígido armazón de su viejo sofá y observó a un grupo de peces tetra limón que recorrían su pecera dibujando rayas de un azul brillante.

Sinatra cantaba suavemente en el estéreo. *Ring-a-ding-ding*.

Era un lunes como cualquier otro, y también como muchos martes y miércoles. «El Palacio del Rollito —viejas canciones, burbujas aflorando en la pecera—... Tienes que salir más, papá», le había dicho su hija al llamarle desde San Diego, pero eso era muy fácil de decir si vivías en California.

Aunque tenía razón: estaba muy solo. Aún no hacía suficiente calor para que la ola criminal de primavera inundara la ciudad, así que no tenía que pasarse las noches encerrado en su cubículo de la oficina central. En ocasiones era más sencillo eso que quedarse en casa.

Le sorprendió oír el timbre. Se estiró y, al mirar por la ventana de la sala, vio un Ford Taurus sucio que no reconoció aparcado bajo la farola. Se levantó, reparando en su arrugada camisa blanca de vestir. Los pantalones grises que llevaba le venían anchos, porque la cadera había adelgazado un par de centímetros en el último año y no se había molestado en comprarse ropa nueva. Se limitó a estrecharse el cinturón.

Abrió la puerta.

—Hola, Abel —dijo Nicole Castro.

Se quedaron mirando el uno al otro a través del umbral. Él se sintió cohibido ahí de pie, preguntándose si tendría salsa roja en la boca. Se limpió la cara.

—Hola.

—¿Puedo entrar? No te preocupes, no voy a matarte.

—Muy graciosa.

Abrió más la puerta y Nicole entró en la sala de estar. Iba vestida con un jersey de los Minnesota Vikings y vaqueros, y llevaba un par de Nikes nuevas. Su pelo gris aún era corto, al estilo de la cárcel. Tenía las manos en los bolsillos. Se la veía tan incómoda como lo estaba él.

—Me enteré de que habías salido —dijo Abel—. Me alegro mucho por ti.

—Sí. Libre como un pájaro, ésa soy yo.

Se quedó de pie en medio de la habitación, mordiéndose el labio inferior.

—¿Quieres comida china? —le ofreció él.

—No, estoy bien. Parece vómito rojo, Abel.

—Ya, no es nada del otro mundo, pero para mí es una especie de rutina.

—Ajá.

Se atusó los cuatro pelos grises de la calva e intentó pensar en algo que decir.

—Oye, Nicole, lo siento. No sé qué puedo decirte. No confié en ti y me equivoqué.

—En realidad, he venido para disculparme.

—¿Por qué diablos tendrías que hacerlo?

—Por pasarme todos estos años pensando que tú me habías tendido una trampa.

—Yo nunca haría eso —dijo Abel.

—Sí, bueno, ahora ya lo sé. Supongo que necesitaba culpar a alguien, ¿sabes? Y tú eras un buen blanco.

Abel se sentó en el sofá y apoyó las manos en las rodillas.

—No supe enfocarlo con perspectiva. Vi la prueba y eso fue todo. La prueba decía que tú eras culpable, así que lo eras. Y lo mismo con Maggie.

—No puede decirse que fueras el único.

—¿Quieres sentarte? —le ofreció.

Nicole negó con la cabeza.

—No puedo quedarme. Voy hacia el sur, mi hijo y mi madre están en Knoxville y me mudo con ellos.

—¿Te reincorporarás al cuerpo?

—Ni hablar, eso no es para mí. Ni pensarlo. No quiero meter a nadie en la cárcel nunca más, ¿entiendes qué quiero decir? No podría. No soportaría la idea de estar equivocándome. No, mamá tiene un restaurante y seguramente trabajaré allí.

—¿Qué clase de restaurante? ¿Chino?

Nicole se rió.

—Muy buena. Me había olvidado de que puedes ser gracioso.

—Creo que yo también.

Ella miró la sala a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Por qué demonios sigues aquí, Abel? ¿No va siendo hora de que hagas tu vida? Esa zorra con la que te casaste se marchó hace mucho, así que deja de darle vueltas.

Abel esbozó una mueca de dolor, aunque ella estaba en lo cierto. Su ex mujer le había atizado una buena, y él seguía ahí sentado tratando de recuperar el aliento.

—Me hundí en un pozo, y me quedé atrapado tanto tiempo que imaginé que me gustaba estar ahí —explicó.

—Pues acude a un almuerzo de la parroquia y consíguete una chica.

Abel resopló.

—Hace unos cuarenta años que olvidé lo que es una cita.

—No estoy hablando de tener citas, sino de darte una fiesta.

Sonrió. Tenía los dientes amarillentos. Era diez años más joven que él, pero

podrían haber pasado por ser de la misma edad. Abel se sintió responsable.

—No vas a creerlo, pero echo de menos tenerte como compañera —dijo Abel.

—Porque yo era la única que aguantaba tu mierda.

Él asintió.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Y si tiras ese vómito chino y tú y yo vamos a cenar a algún sitio, eh? Antes de que me vaya. Por los viejos tiempos.

—Invito yo —contestó él.

—Por supuesto que invitas tú.

Maggie se llevó a los labios la botella de cerveza importada y apuró el último tercio, y luego la tiró a la pila de cascos vacíos sobre la arena.

—Habría pagado una buena cantidad por ver una cosa. ¿Sabéis cuál?

Stride y Serena alzaron la vista a la vez, y el resplandor naranja de la hoguera se reflejó en su piel.

—¿Cuál? —preguntó Stride.

Maggie soltó una risita.

—Me habría encantado ver tu cara cuando tu querido Bronco se hundió en el fondo del lago.

Serena se rió también.

—Oye —protestó Stride—, no tiene ninguna gracia.

Las dos mujeres se rieron tan fuerte que tuvieron que apoyarse la una en la otra para no caerse de espaldas sobre los fragmentos de madera traídos por la marea.

—¿Estás de broma? —continuó Maggie—. No puedo creer que no te tirases al agua después de todo.

—Ese coche era un clásico.

—Vamos, Jonny, era un pedazo de chatarra —dijo Serena—. Tenía como un millón de kilómetros a sus espaldas.

—Sólo doscientos sesenta mil —contestó él. Se acabó su cerveza y sacó la salchicha que se estaba chamuscando en una brocheta, goteando grasa con un sonoro crepitar sobre el círculo de llamas. Sopló, mordió un extremo y suspiró—. Qué bueno está esto.

Era de madrugada. Los tres llevaban horas en la playa detrás de la casa de Stride, alimentando la hoguera, contemplando las estrellas y escuchando el oleaje del lago a unos metros de distancia. Era una fresca noche de marzo y aún había parches de nieve sobre la arena, pero el invierno había dejado de apretar, dando al mar un tono azul como respuesta al cielo gris. El aire tenía un agradable aroma a primavera. Era la época del año en que la gente del norte de Minnesota sabe que todavía no está a salvo

de que un tardío arrebató de furia helada caiga sobre la punta de flecha^[21], pero también que el tiempo juega a su favor.

—No te he enseñado mi nuevo truco —le dijo Serena a Maggie.

—A ver.

Serena inspiró despacio por la nariz, hinchándose el pecho hasta llenarse por completo los pulmones de aire. Se había pasado semanas incapaz de respirar hondo sin que le diera un ataque de tos. Ahora, era capaz de aguantar la respiración durante quince segundos, luego treinta y luego cuarenta y cinco.

—Cielo, es estupendo —dijo Maggie, y añadió—: ¿Cómo tienes las piernas?

Stride vio que Serena le lanzaba una mirada antes de responder. Era un terreno delicado: él estaba tan acostumbrado a pensar en Serena como una persona dura que le había cogido por sorpresa verla deshecha en lágrimas por su aspecto físico. Le había explicado una y otra vez que debía ser paciente y que, pasara lo que pasase, para él no tenía ninguna importancia. Pero no servía de nada. A ella sí que le importaba.

—Creo que este verano no voy a lucir bañadores —dijo Serena, en tono algo áspero. Stride pensó que la fina capa de hielo que la sostenía iba a ceder otra vez, pero ella volvió a respirar hondo—. Aunque voy mejorando. Desde la última operación me escuece al andar, pero remitirá en unos días. Ya no me siento con piel de lagarto.

El día anterior se había detenido frente a un espejo. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

—¿Y tú? —se interesó Serena.

—Por mí no te preocupes —respondió Maggie, alzando los brazos por encima de su cabeza—. Estamos en primavera, mi época preferida del año. Los lagos se derriten y todos los cuerpos salen a la superficie. Me siento como un guardián entre el centeno.

—Lo que pasa es que te alegras de haber vuelto —añadió Stride—. Y estás borracha.

—Sí, un poquito, y estoy de vuelta en el trabajo, y soy lo bastante rica como para compraros y venderos a los dos, así que sed buenos conmigo.

—Nos gustaría saber cuánto dinero tienes ahora —comentó Serena.

—No, no os gustaría. De verdad que no. Pero no es quejéis, porque he *chaído* las *saltrichas*. Quiero decir que he traído las salchichas. Lo que sea.

—Sí, pero yo he traído la cerveza —dijo Stride—. Y ya vas por la quinta.

Maggie rió otra vez, feliz y achispada, olvidándose del resto del universo.

—Hablando del deshielo primaveral... —comenzó a decir Stride con calma.

También él estaba bebido, pero a él, cuando bebía, le daba por barruntar. Llevaba todo el día tratando de no pensar en las malas noticias, y ahora le brotaban de dentro.

Nunca podía escapar del todo. Era como vivir en el Point, a la sombra del lago. Había largos y magníficos días de verano, frescas brisas primaverales, una acuarela multicolor de hojas caídas y mañanas de invierno en que cada ramita de cada árbol desnudo estaba cubierta por una envoltura plateada de hielo. Cada instante era hermoso y fugaz, pero acechando detrás de ellos estaba la mole del lago, que se llevaba vidas y no las devolvía, que era como la brumosa mortaja del mal aglomerándose siempre tras él. Imposible darle esquinazo.

Serena, que no bebía nada más que agua mineral, captó la tristeza en su tono.

—¿Qué ha pasado?

—Tony dejó una tarjeta de visita —dijo.

—Oh, Dios —murmuró Maggie—. ¿Qué hizo?

—Me ha llamado la policía de Hassman —explicó Stride—. Al fundirse esta semana la nieve en el arcén de la carretera, han encontrado el cadáver de una mujer.

Maggie y Serena asimilaron la información en silencio. El viento eligió ese momento para soplar desde el agua.

—¿Saben quién es? —preguntó Serena.

—Eso creen. Una mujer llamada Evelyn Kozlak llevaba semanas desaparecida en Little Falls. Resulta que era la compañera de cuarto de Helen Danning en la universidad y su mejor amiga. Así fue como Tony localizó a Helen: las conoció a las dos cuando estudiaba.

—Mierda —exclamó Maggie, y añadió—: ¿Sabes qué es lo que más me jode? Que Tony realmente me caía bien. Me está costando asumir esto.

—A mí también —dijo Serena—. A ambas nos ayudó.

—Os ayudasteis vosotras mismas —les recordó Stride—. Y resulta que Tony sólo estaba en la habitación.

—Por la que me siento mal de verdad es por Helen —comentó Maggie—. Ella no formaba parte de esto, sólo quería vivir su vida y que la dejaran tranquila. Y en lugar de eso, a su amiga y a ella las arrolló un huracán. Me hace sentir bastante impotente.

—No estamos para prevenir —afirmó Stride—, sino para curar.

Maggie se levantó y se sacudió la arena de los vaqueros.

—Tras la guinda de esta observación, chicos y chicas, me iré a casa a dormir un par de horas. Vosotros podéis hacer lo que sea que hagáis en esa cama vuestra.

—No deberías conducir —le advirtió Serena—. Duerme en la cama de invitados.

—Gracias, pero últimamente lo he hecho demasiado a menudo. Tengo una casa, ¿sabes? Al menos hasta que venda ese apestoso mausoleo y me busque mi propio sitio. Además, no estoy tan zumbada como parece. Hablar de cadáveres me despeja. No te preocupes, iré despacio.

—Te acompaño —dijo Stride.

Mientras se alejaban del círculo de fuego, Stride sintió que los restos del viento

invernal se le metían por debajo de la ropa. A Maggie no parecía afectarle, con su chaqueta roja de piel colgando sobre el hombro. Llevaba desabrochados los dos últimos botones de su blusa rosa. Stride llevaba una linterna, cuya luz los guió a lo largo del camino entre los árboles. Pasaron de largo la casa y el polvoriento Ford Expedition negro del camino de entrada y salieron a la avenida Minnesota. La carretera que cruzaba el Point estaba desierta. El nuevo y flamante Avalanche de Maggie, pintado de amarillo chillón, estaba aparcado junto a la acera.

—Me alegro de que hayas vuelto, Maggs —dijo él cuando se apoyaron en la camioneta.

Sus dedos ansiaban un cigarrillo, pero lo había dejado otra vez, y esperaba que para siempre. Ahora Serena no soportaba el humo.

—Gracias.

—Ya no necesitas el dinero. ¿Por qué vuelves a un trabajo como éste? —le preguntó.

Maggie se encogió de hombros.

—Es a lo que me dedico.

—¿Has llegado a alguna conclusión sobre lo de adoptar a un niño?

—Sigo pensando en ello —admitió—. Primero tengo que rehacer mi vida y luego ya veremos. Paso a paso.

—Sería un crío afortunado —le dijo Stride.

Maggie se puso de puntillas, le acarició el pelo ondulado, atrajo su cabeza hacia ella y lo besó. Él sintió el suave tacto de sus labios al moverse sobre los de Maggie, y la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. El beso continuó, largo y profundo, la clase de beso que nunca se hubiera imaginado que compartiría con ella.

Maggie se apartó y le dedicó una sonrisa.

—No te ofendas, pero he decidido dejar de quererte.

—Vale. —Como si fuera así de fácil.

—Tengo otras cosas que hacer con mi vida y tú estás enamorado de Serena. Aunque ha estado bien saber que he tenido una oportunidad. —Le dedicó una de esas miradas sarcásticas, sabihondas e irritantes que llevaba diez años dedicándole—. Porque ahora mismo he tenido una oportunidad, ¿verdad?

—Sí, así es —contestó él, sorprendiéndose a sí mismo.

—Déjalos con ganas de más, ése es mi lema.

—Vete ya.

—Nos vemos mañana, jefe.

Maggie jugueteó con las llaves mientras rodeaba el coche hacia la puerta del conductor. Él la oyó silbar. Se quedó largo rato donde estaba, porque aún sentía los labios de ella y el olor de su perfume, y eso lo desorientaba. Cuando regresó al lago por el sendero nevado y se sentó delante del fuego junto a Serena, seguía callado. Se

sentía culpable.

Serena le echó un vistazo, lo sorprendió sonriendo y posó la mirada en el lago.

—Así que te ha besado, ¿eh? —dijo ella.

—¿Sabes leer la mente?

—No, pero ése no es tu tono de pintalabios.

Stride maldijo y se limpió la cara.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Contemplaron la danza de las llamas. La nudosa madera de pino crujió y chisporroteó.

—Pero dejemos las cosas claras —añadió Serena—, si volvéis a hacerlo otra vez, me veré obligada a mataros a los dos.

—No te preocupes, tú eres mi chica alfa.

—Será mejor que te lo creas.

Serena se deslizó sobre la arena y se sentó con las piernas tocando las de él. Jonny le posó la mano cuidadosamente en el muslo y le acarició la piel a través de la tela de los pantalones de deporte, sin apretar demasiado. Ella no le detuvo: su cuerpo no se encogió de dolor y su alma no se replegó. Cuando él la miró, vio que tenía los ojos cerrados, y que estaba sonriendo.

—¿Qué tal así? —le preguntó.

—Maravilloso.

Se quedaron ahí sentados en silencio mientras el fuego se reducía a cenizas, y cuando no quedó más que un débil resplandor rojizo sobre la arena, lo enterraron con nieve y ascendieron la pendiente cubierta de hierba que llevaba a su casa.

Agradecimientos

La mayor parte de la concepción e investigación de esta novela la hice en una casita alquilada en Point Park, en Duluth, de un parecido sospechoso con la casa de Stride y Serena. También vosotros podéis alojaros o visitar la residencia en www.cottageonthepoint.com. Le agradezco a Pat Burns su hospitalidad.

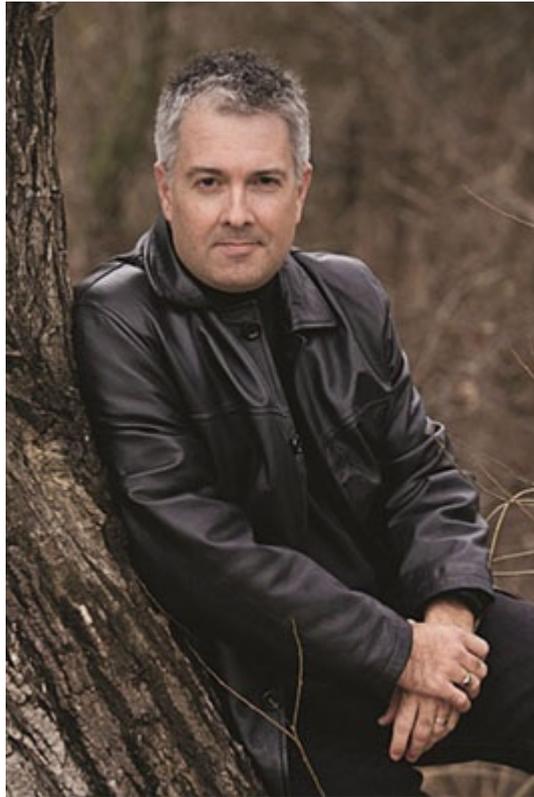
Hoy igual que ayer, estoy en deuda con muchas personas que tanto han hecho por fomentar mi carrera y me han ayudado a convertir un manuscrito en una novela cada año, mis agentes Ali Gunn, Deborah Schneider y Diana Mackay, mis editoras Jennifer Weis y Marion Donaldson y mi esposa Marcia (a la que también debo muchas otras cosas).

Sería un descuido por mi parte no mencionar a muchas otras personas del sector que han sido unos maravillosos amigos y seguidores: Peter Newsom, Kim McArthur, Beth Goehring, Carole Baron, Markus Wilhelm, Sally Richardson, Gary jansen, Silvia Sesé, Iris Graedler, Matthew Shear, Carrie Hamilton-Jones, Kate Cooper, Carol Jackson, Gunilla Sondell, Genevieve Waldmann, Frank van de Stadt y multitud de colegas del sector editorial en Estados Unidos y en todo el mundo.

En los últimos tres años he forjado relaciones con muchos, muchísimos librereros y lectores. Agradezco a todos ellos su apoyo y entusiasmo, y en especial a Gail E, Eric S., Paul P., Shelley G., Jean N., Ron E, Bonnie B., Mike O. y Jim H.

Por último, espero que visitéis mi página web, www.bfreemanbooks.com y continuéis enviándome correos a brian@freemanbooks.com. Uno de los mayores placeres de mi vida como escritor es la oportunidad de charlar con los lectores.

Gracias, mamá y papá, que hicisteis que todo fuera posible.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] Abreviatura de dietilo de toluamida, un líquido oleoso y de suave fragancia que se utiliza como repelente de insectos. (*N. de la T.*) <<

[2] Ciudades Gemelas, *Twin Cities*, es el nombre con que se conoce el área metropolitana más extensa del estado de Minnesota y que incluye las ciudades de Minneapolis y Saint Paul. (*N. de la T.*) <<

[3] *Restless* significa «inquieto», y *I'm in a hurry*, «tengo prisa». (N. de la T.) <<

[4] Véase *Immoral*, primera novela de Brian Freeman. (N. de la T.) <<

[5] El museo Liberace de Las Vegas se creó en 1979 para conmemorar al polifacético artista Wladziu Valentino Liberace, conocido como «Mr. Showmanship». (*N. de la T.*) <<

[6] Mandarina, en inglés, es *tangerine*. (N. de la T.) <<

[7] Joe Friday: personaje de una serie policíaca de ficción que se emitió por radio y luego por televisión, durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. El significado de *Friday*, «viernes», da pie a hacer un juego de palabras con el nombre del protagonista de la serie. (N. de la T.) <<

[8] Marca de refresco energético, dulce y con cafeína. (*N. de la T.*) <<

[9] Cadena de grandes almacenes. (*N. de la T.*) <<

[10] Juego tradicional de feria, en que unos topos asoman por unos agujeros y el jugador tiene que golpearlos con un mazo. (*N. de la T.*) <<

[11] Vino australiano muy de moda en Estados Unidos. *(N. de la T.)* <<

[12] Cantante y compositor de música *country* de gran éxito en Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[13] Siglas de Securities and Exchange Commission (Comisión de valores y cambios), institución federal que regula y controla el sector de la inversión privada. *(N. de la T.)*

<<

[14] Siglas de Food and Drug Administration, institución federal que depende del Departamento de Salud de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[15] *Luck* es «suerte» en inglés. (N. de la T.) <<

[16] Despacho de arrestos criminales, del Departamento de Seguridad Pública de Minnesota. (*N. de la T.*) <<

[17] Charlie the Tuna, famosa mascota de una marca de atún en conserva. (*N. de la T.*)

<<

[18] Filial de la cadena de televisión NBC en Duluth, Minnesota. (*N. de la T.*) <<

[19] Asesino en serie que cometió sus crímenes entre 1974 y 1991. Él mismo se puso el apodo, que corresponde a las siglas en inglés de «atar, torturar y matar». En 2004 empezó a enviar mensajes a la policía y los medios de comunicación. (*N. de la T.*) <<

[20] En el original, *walk this way*, título de una canción de Aerosmith. (N. de la T.) <<

[21] *Arrowhead* «punta de flecha», nombre que recibe la región nordeste de Minnesota, llamada así por su forma puntiaguda. (N. de la T.) <<